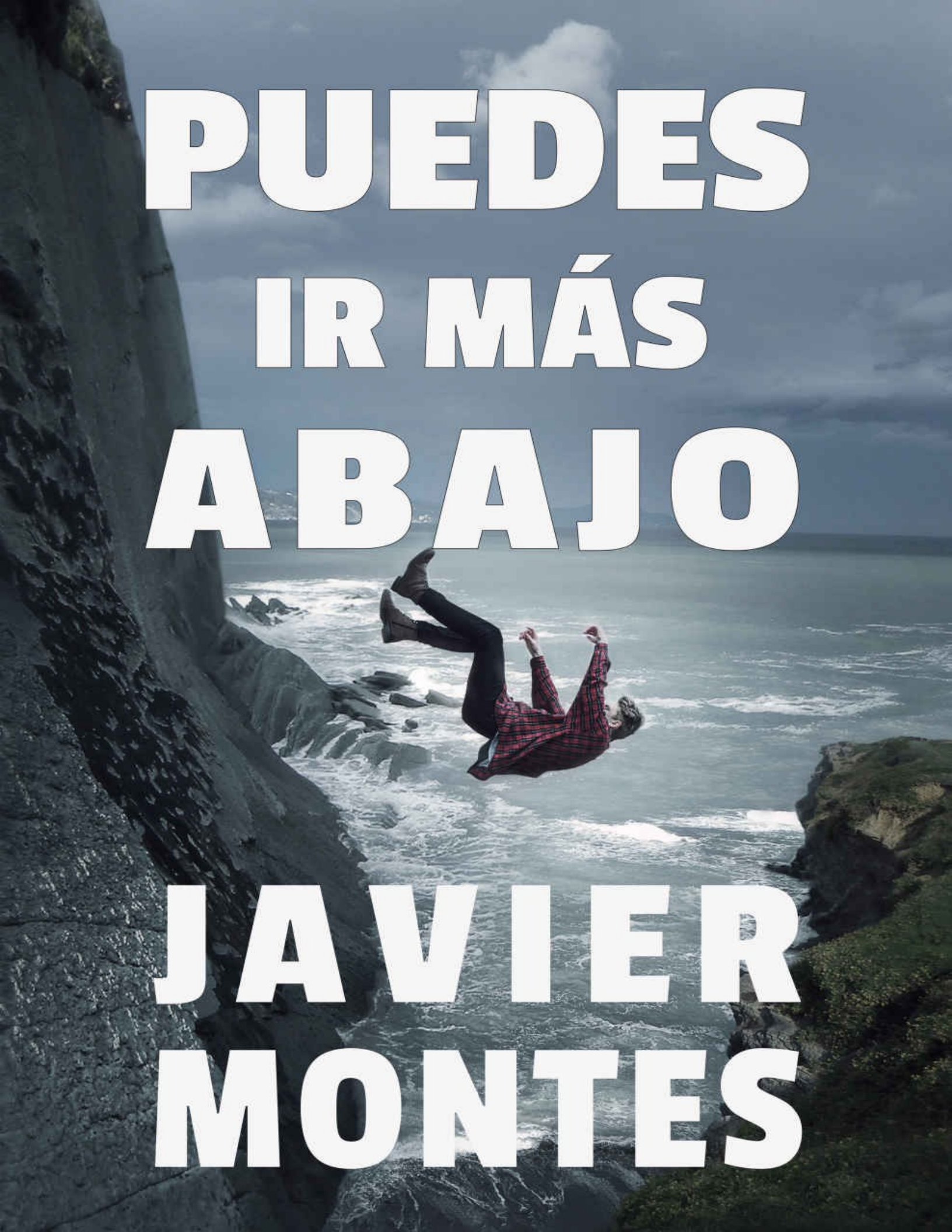
PUEDES IR MÁS ABAJO



JAVIER MONTES

Índice de contenido

PUEDES
IR MÁS
ABAJO
    JAVIER MONTES
Primera parte
EL ACANTILADO
    Capítulo 1
    Capítulo 2
    Capítulo 3
    Capítulo 4
    Capítulo 5
    Capítulo 6
Segunda parte
REDES
    Capítulo 7
    Capítulo 8
    Capítulo 9
    Capítulo 10
    Capítulo 11
    Capítulo 12
    Capítulo 13
Tercera parte
EN LA PLAYA
    Capítulo 14
    Capítulo 15
    Capítulo 16
    Capítulo 17
    Capítulo 18
    Capítulo 19
    Capítulo 20
Cuarta parte
LA SAETA INDIA

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Quinta parte
IN VINUS VERATI
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
UNA NOTA DE JAVIER
SERIE JANE BARRET Y OTRAS OBRAS DEL AUTOR

PUEDES

IR MÁS

ABAJO

JAVIER MONTES

Para cualquier información adicional sobre los libros del autor, comentar la obra, consultar puntos de venta, adquirir los libros en formato electrónico, contactar con el autor, etc.… no dude en consultar nuestra página web: www.javiermontes.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la reproducción de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Javier Montes Gómez, 2025

Diseño de Portada: Amaranta. G. Desing

Realización: Lucas Rodríguez

Primera edición, junio 2025

A mi prima Gloria

Todos los personajes de la obra, así como las situaciones recreadas, no son más que producto de la imaginación del autor, cualquier parecido con la realidad no es más que mera coincidencia. A excepción de los personajes históricos que fueron retratados según la documentación consultada con el mayor rigor posible.

Primera parte

EL ACANTILADO

Capítulo 1

Jueves, 23 de abril de 2024

El viento agitaba sus cabellos, mientras Víctor se colocaba a su lado. Andrea hacía tiempo que no era dueña de sus actos, después del accidente su cabeza no había vuelto a funcionar igual. Algo se había roto allí dentro. A veces su mente se quedaba en blanco por espacio de una hora y perdía la noción de la realidad. No recordaba donde estaba, ni quién era, como si careciese de identidad. El neurólogo había desestimado la posibilidad de que se tratase de Alzheimer y los psiquiatras lo achacaban al trauma sufrido tras lo sucedido.

Durante esas lagunas de memoria, Andrea regresaba de nuevo, una y otra vez, al día del accidente. Era una mañana de marzo, en que la naturaleza exhibía todo su esplendor vernal. Los cerezos, los naranjos, los limoneros y los almendros lucían un manto blanco que cubría toda la colina. Ese esplendor distrajo a Víctor de la conducción por un instante, justo lo suficiente para olvidarse de aminorar la velocidad, antes de acometer una curva muy cerrada. El vehículo se escoró bruscamente a un lado. Al dar un volantazo en el sentido contrario para intentar recuperar el control; las ruedas traseras derraparon intentando adherirse a la calzada, pero la inercia lo llevó a saltarse el quitamiedos y enfilar el barranco por el que se precipitaron, volcando varias veces hasta colisionar contra un cerezo.

Todo sucedió muy rápido. Andrea iba sentada delante con Víctor y su hija Laura detrás. Lo único que recordaba del accidente era la cabeza de la niña golpeándose contra el techo. Laura se había quitado el cinturón y bajado la ventanilla, para observar mejor la flor de los frutales que le indicaba con el dedo su padre mientras conducía; todo ocurrió durante los instantes previos a acometer la fatídica curva que terminó con la vida de la pequeña. El forense dictaminó que la niña murió en el acto. Un horticultor que se encontraba por la zona programando el riego por goteo, al escuchar

el estrépito de la colisión, llamó a emergencias. Víctor fue el único en abandonar el vehículo por su propio pie. A su esposa Andrea tuvieron que sacarla los bomberos abriendo un agujero en el techo con una radial. El monovolumen de siete plazas había quedado totalmente destrozado. Era un Lexus recién sacado del concesionario, que quedó reducido a un montón de chatarra.

Andrea no recuperó el conocimiento hasta unas horas más tarde en el hospital. Afortunadamente para ella, no tenía lesiones graves, solo algunas magulladuras en los brazos y el torso. El airbag evitó el impacto de su rostro contra la luna del parabrisas del coche. Andrea notó como el plástico relleno de fibra sintética la golpeó con fuerza en la cara, mientras todo giraba a su alrededor y el cráneo de su hija se hacía añicos contra el techo, casi saliéndosele los ojos de las cuencas. Luego perdió el conocimiento y no recordaba nada más.

Hacía solo un mes del accidente y era la primera vez en todo ese tiempo, que Víctor logró convencerla para que lo acompañase a la casa que la pareja tenía en la costa. La casa se encontraba cerca del acantilado, en una zona muy frondosa con imponentes vistas al océano Pacífico. Víctor pensó que era el lugar ideal para intentar salvar su matrimonio. Ella llevaba ignorándolo desde el día del accidente. Cuando a Andrea le dieron el alta, los dos regresaron a su piso en Crescent City. Ella dejó de hablarle. Solo se dirigía a él con monosílabos. Víctor sentía que su esposa lo culpaba de lo sucedido. Él había llamado la atención de su hija para que se fijase en los cerezos en flor, antes de terminar ambos en el fondo del barranco.

Desde entonces, comenzaron a dormir en camas separadas. Aunque en el fondo Víctor sabía que la pareja nunca se recuperaría del trauma, todavía una parte de él se resistía a dar el matrimonio por perdido. El hecho de que después de mucho insistirle, ella aceptase pasar una semana en la casa de la costa, lo veía como una victoria. Los dos habían cogido una baja médica temporal para recuperarse de las secuelas del accidente. Les vendría bien un poco de aire libre.

Hacía unas horas que habían llegado a la casa del acantilado. Andrea se mostraba distante como siempre. Fue Víctor el que se encargó de vaciar las maletas y preparar la comida. Ella permaneció

durante todo ese tiempo, impasible, sentada en la mecedora del porche, mirando más allá de la costa rocosa hacia el océano.

Al terminar de almorzar, Víctor le propuso dar un paseo hasta el borde del acantilado para contemplar la puesta de sol. Ella asintió, pero había algo enfermizo detrás de su mirada. Andrea estaba como ausente y al mismo tiempo excitada. Él intentó cogerle la mano, pero ella la retiró, afligida. No quería que nadie la tocase y mucho menos su marido. Víctor no dijo nada, prefería no presionarla. Todavía guardaba la esperanza de que un día ella lograse enterrar todo lo ocurrido y volviera abrirse a él. ¿Pero cómo se olvida la muerte de una hija? Laura lo era todo para Andrea y, aunque, Víctor había sido un padre ejemplar para ella: ¿Cómo iba olvidar lo ocurrido? Jamás podría volver a mirarlo a los ojos sin recordar lo sucedido. Laura tenía los mismos ojos de su padre. Cuando lo conoció, Andrea creyó que era el hombre más maravilloso del mundo, pero de eso ya hacía mucho tiempo.

Víctor Herrera no solo era un magnífico maestro de primaria sino también había escrito varios ensayos sobre educación infantil y a menudo lo contrataban para dar charlas en las más importantes universidades del país. Su fama como educador le avalaba. Llevaba años luchando contra la creciente adicción de los más pequeños a las pantallas. Y había dirigido varios programas en distintos centros destinados a la reinserción del alumnado más conflictivo en el sistema. Su misión era reducir al máximo el fracaso escolar dentro de los grupos más marginales de la sociedad. Ello le acarreaba muchos conflictos con los padres y la dirección de los centros que, generalmente, se negaban a acatar los cambios que exigían sus proyectos educativos, a menudo, tachándolos de excesivamente revolucionarios.

Sin duda tenía un marido famoso. Antes de declararse, habían trabajado juntos en el mismo centro durante ocho meses. Andrea siempre se consideró muy poca cosa. Era morena, de mediana estatura, pelo rizo, ojos castaños muy rasgados, un trasero discreto y, eso, sí, un generoso escote. Eso quizá fue lo que más le gustó a Víctor de ella. Siempre que Andrea se lo encontraba por los pasillos del colegio, solía desviar la vista hacia sus pechos al hablarle. No

podía culpabilizarlo por ello, por lo general todos los hombres hacían lo mismo, al menos Víctor no se molestaba en disimularlo. Eso le gustó de él desde el principio. Lo cierto era que tenían muchas cosas en común. Andrea daba clases de Lengua y Literatura en secundaria. En primaria Víctor impartía clases de todo tipo, pero su especialidad era la música. A Andrea le encantaba la música y a Víctor leer novelas de misterio, así que encajaron como anillo al dedo. Empezaron a salir juntos y en seis meses se casaron. Al poco tiempo Andrea quedó embarazada de Laura y sus vidas dieron un giro de trescientos sesenta grados. De repente eran padres de una criatura y sus responsabilidades se multiplicaron.

Los alumnos con los que trataba Andrea eran mayores y, en ocasiones, bastante conflictivos. La adolescencia era una etapa complicada, por eso ella le había propuesto a la dirección del centro elaborar un programa especial dirigido por Víctor para tratar de reconducir las conductas toxicas de parte de su alumnado. El programa se desarrollaría fuera de horas lectivas y Víctor trataría de reconducir la actitud de los adolescentes a través de la música. La mayoría de esos alumnos vivían en situaciones marginales con graves problemas económicos, pertenecían a familias desestructuradas y mostraban poco interés por aprender. El programa fue un éxito: los chicos se hicieron más disciplinados y Víctor logró despertar en ellos el amor por los instrumentos musicales, formando una banda de Jazz con la que organizó varias giras para dar conciertos en todas las instituciones en que daba las conferencias. Los conciertos formaban parte del Show.

La transformación de aquel grupo de gamberros en una exitosa banda de Jazz no pasó desapercibida para la prensa. Víctor había logrado con sus métodos, sacar a la luz todo el potencial que llevaban dentro los muchachos y que hasta entonces estaba dormido; logrando inculcarles el amor por la música. Pronto logró un contrato con una editorial para escribir un libro titulado *La sonata de los pitufos*, sobre los métodos empleados durante su exitoso programa de reinserción.

Su esposa Andrea lo había asesorado durante todo el proceso de escritura. Casi se puede decir que el libro lo escribió ella, a partir de

las anécdotas que le contaba Víctor. Lo cierto es que a Víctor no se le daba demasiado bien la narrativa, pero sus métodos para despertar el interés por la música en los adolescentes —de algún modo que ella ignoraba— resultaban infalibles. *La sonata de los pitufos* agotó hasta treinta ediciones y resultó un éxito editorial, siendo traducida a varios idiomas. Con los beneficios obtenidos con la venta de los libros compraron la casa del acantilado y cada vez que podían, acudían allí con su hija Laura para pasar los días libres.

Antes de acompañar a su marido para ver la puesta de sol, a Andrea le pareció ver el fantasma de Laura, balanceándose en el columpio del jardín. Víctor adivinó su pensamiento y colocó con suavidad su mano en el hombro de su esposa. Ella se estremeció y a su mente regresaron de golpe las imágenes del accidente. La niña tenía solo trece años cuando murió y los dos la echaban terriblemente de menos.

—Le encantaba que la empujaras cuando se columpiaba —. Fue lo único que acertó a decir Víctor, antes de retirar la mano del hombro de ella, con la misma ingravidez con la que la había colocado.

Andrea abandonó el porche y con sardónica actitud, comenzó a caminar hacia el acantilado. Víctor la siguió por el sendero en silencio. El cielo tenía un cierto tono negruzco como anunciando tormenta. Esa mañana había llovido a ráfagas. La hierba todavía estaba mojada. Había unos doscientos metros desde la casa al borde del acantilado que ambos recorrieron en un sepulcral silencio.

Él era un hombre esbelto, tenía sobre cuarenta y dos años, cuatro más que ella. Era delgado y medía sobre un metro ochenta. Caminaba con garbo, manteniendo los hombros erguidos al lado de su esposa, que no cesaba de mirar al suelo pensando de nuevo en su hija muerta. A Laura le encantaba contemplar las puestas de sol desde lo alto del acantilado, solía sentarse entre ambos, pasando un brazo por los hombros de sus padres. A Andrea se le hacía extraña su ausencia. Estaba como ida, muy fuera de órbita.

Las olas arremetían con fuerza contra el dique que los mariscadores mandaron construir a principios del siglo pasado para reconducir las aguas y anclar sus lanchas, antes del accidente que

terminó con el naufragio de un navío en el que sucumbieron cuarenta personas. La idea de los ingenieros náuticos era construir un espigón para modificar la corriente principal y crear como una especie de piscina natural para facilitar la labor de los mariscadores. Debido a la dificultad geográfica y a las fuertes corrientes, la obra nunca fue terminada. Después de la tragedia el dique quedó en desuso. Una vez más la humanidad había fracasado al intentar dominar a la naturaleza. La culpa la tuvieron las olas de más de veinte metros de altura que dejaban un lechoso rastro al chocar contra las rocas del acantilado que parecía esforzarse en robarle espacio al océano.

Las gigantescas olas habían precipitado la embarcación contra la costa; y los tripulantes, que no vieron por culpa de la bruma las señales de un faro cercano, chocaron de lleno contra el espigón de hormigón que había abierto varias brechas en el casco. Incapaces de contener las vías de agua abiertas, la mayoría presa del pánico se tiraron al mar para intentar alcanzar la playa nadando y terminaron destrozados debido a las fuertes corrientes contra las rocas; tan solo hubo dos supervivientes que decidieron permanecer en el barco, logrando acometer la subida por una escalera de hierro hasta la cima del dique para salvar su vida. El terrible naufragio tuvo como consecuencia la construcción de un nuevo faro diez veces más alto que el viejo y más cercano a la costa. Muchas voces fueron las que culparon a la mala ubicación del antiguo de la tragedia.

Andrea sintió su corazón latiendo con fuerza al acercarse a la orilla del acantilado. Se colocó al lado del monumento erigido en memoria de los cuarenta marineros muertos para contemplar la espuma coronando la cima de las olas derramándose sobre los nódulos. Era como si las almas de los náufragos devoradas por el mar saliesen de nuevo a flote después de tantos años. En la placa se veía la fecha en que el buque irlandés *Insigne* se hundió en el océano llevándose la vida de tanta gente con él. El desastre había ocurrido el doce de julio de 1908, y casualidades o no, coincidía con su fecha de nacimiento, solo que unos setenta y ocho años más tarde. Andrea había nacido el doce de julio de 1986 y todavía le faltaban unos meses para cumplir los treinta y ocho años de edad.

El monumento en memoria de los marineros muertos se trataba de un ancla gigante cuya cadena estaba colgada de una cruz de hierro, Andrea se detuvo un momento a observar como la resaca se llevaba algunos trozos de redes que los mariscadores habían abandonado en la orilla. La misma resaca que a Andrea le parecía que se había llevado la vida de su hija y los cuerpos de los marineros destrozados contra las rocas durante el histórico naufragio ocurrido allí hacía más de un siglo. Alelada Andrea observó como las aves marinas gimoteaban, cuando buceaban en medio de las olas, en busca de restos de plancton, para luego posarse en las negras rocas, sacudiendo el cuello con agilidad y con los restos orgánicos en la boca. Víctor le hizo un sitio a su lado para que se sentara frente al mar embravecido.

Ella, en cambio, permaneció de pie al borde del precipicio. Eso asustó a Víctor. No había sido buena idea llevarla hasta allí. La punta de los pies de Andrea sobresalía unos centímetros del cuero de sus sandalias. En aquel estado de somnolencia, provocado por el Alprazolam que le habían recetado su psiquiatra para combatir la ansiedad y los ataques de pánico, podía decidir precipitarse al fondo del acantilado, sin pensarlo demasiado.

Andrea dio un paso más hacia el vacío… Por fortuna, Víctor llegó a tiempo y tiró de ella por un brazo, apartándola del borde del acantilado. Pero al hacerlo, resbaló en el canto de una roca. La humedad de la reciente llovizna permanecía todavía adherida a ella, provocando que al resbalar, su cuerpo se catapultase hacia delante, precipitándose al vacío. Su esposa se apartó a un lado y no hizo nada para evitar su caída que se le hizo eterna. Desde la muerte de su hija, ella creyó que los dos habían tocado fondo y que aunque lo pretendiesen: era imposible hundirse más en el fango. Esa tarde al ver caer a su marido por el precipicio a Andrea no le quedó otro remedio que reconocer que todavía se podía ir más abajo. Quizás hasta las puertas del mismísimo infierno. Escuchó su grito de agonía al fracturarse la columna contra el espigón. Andrea miró un momento hacia las rocas negras del fondo del acantilado. Su marido permanecía inmóvil en posición supina, sobre la plataforma de cemento, suplicándole ayuda.

Lo miró con ojos tristes. Ya nada le importaba. Lo mejor era que ella se tirase también al mar. Había como unos treinta metros de caída hasta el dique. Víctor le adivinó la intención y le rogó que no lo hiciese. Sabía que se había roto algo dentro de él y que probablemente no volvería a caminar. Pero consiguió levantar dos palmos el brazo derecho del suelo y le indicó a su esposa que parase. Entonces con los pies al borde del abismo, Andrea con una mano apartó el cabello de los ojos y observó la abrupta y vertical superficie que se abría bajo sus pies por última vez.

Capítulo 2

Desde lo alto del acantilado, Jane Barret observaba como la lancha de salvamento se acercaba al espigón sobre el que permanecía tendido un varón de unos cuarenta y dos años. Su esposa había llamado a emergencias, antes de desaparecer de manera misteriosa. La Zodiac se batía contra el oleaje, provocado por un fuerte viento que amenazaba con desatar una tormenta. Era típico de esa zona de la costa perdida en la nada, que las corrientes marítimas fuesen muy intensas, aunque no siempre hubiese temporal, como sucedía aquella tarde.

La lluvia arreciaba y dificultaba el rescate. Acodado en la proa, el sargento al mando de la brigada marítima instó a la tripulación formada por seis hombres, a que se acercasen lo más posible al dique de hormigón. Debían hacerlo rápido, antes de que las corrientes marinas, precipitaran la lancha contra las rocas.

Al escorarse la embarcación, dos de ellos se sujetaron a la escalera metálica y subieron con una camilla de salvamento marítimo que, colocaron bajo la espalda de Víctor, después de ladear su cuerpo previamente para que les resultase más sencillo colocar los correajes de seguridad, sin tener que levantar el cuerpo en peso.

La agente Jane que se encontraba descansando por la zona de su última misión para la agencia; acababa de recibir una llamada imprevista de su superior para incorporarse al servicio. El profesor Víctor Herrera era muy conocido en los medios por haber salido en varios programas de televisión y participado en numerosas charlas sobre educación infantil. Se decía de sus métodos educativos que eran revolucionarios. El maestro había perdido recientemente a su única hija y se encontraba descansando con su esposa en una segunda vivienda en la costa, cuando sucedieron los hechos.

La pareja no estaba pasando un buen momento, tras el fallecimiento de la niña en un accidente de tráfico. Jane observó desde lo alto del acantilado, al lado del monumento erigido en memoria de las víctimas de un naufragio ocurrido en el pasado, como el equipo de rescate completaba su misión con éxito, a pesar de la tempestad. Al menos habían logrado salvar al profesor de una muerte segura. La Zodiac se alejó del acantilado, esquivando las olas, camino de una playa cercana, situada a unos cinco kilómetros del acantilado; desde donde el profesor sería trasladado en ambulancia al hospital más cercano.

El agente Liam Lobo la acompañó hasta la casa del matrimonio por el sendero. Era una vivienda de una sola planta, de unos setenta metros cuadrados, construida con madera de roble y pintada de azul marino; que disponía de una cocina abierta al salón, dos habitaciones y un baño. A pesar de su ubicación, había una buena cobertura de red en el móvil, debido a la cercanía del faro del cabo Mohán. Una pista de cemento comunicaba directamente la vivienda con el faro que se encontraba a una distancia de dos kilómetros de la playa donde la ambulancia recogió al profesor.

—Un lugar ideal para desconectar del mundo. ¿Quizás el profesor pretendía escribir un nuevo libro? —preguntó Liam a su superiora.

—No lo creo. Acababa de perder a su hija, puede que estuviese a punto de ocurrirle lo mismo con su esposa, por eso ella ha desaparecido tras dar el aviso. No creo yo que tuviese muchas ganas de escribir nada —contestó Jane.

—Es extraño. Andrea desaparece tras dar el aviso a emergencias. No puede estar muy lejos. Me gustaría hablar con ella —indicó Liam.

—Ya, pero de momento eso es imposible, no tenemos ni idea de a dónde ha ido. Más tarde nos acercaremos al hospital para ver si los médicos nos permiten hablar con su esposo. Una caída desde esa altura no augura nada bueno para el profesor. Por el momento te propongo examinar la zona, por si alguien ha visto algo. Daremos un paseo. Evitaremos la pista cementada. Hay una ruta de senderismo muy chula que va hasta la playa y pasa por el faro —propuso Jane.

—Está muy mal día, pero vengo conduciendo desde los Ángeles sin parar y me vendrá bien estirar un poco las piernas. El agente

Bruce me convenció para que aceptase ayudarte en este caso. La agencia ha recibido una denuncia que cuestiona los métodos de trabajo del profesor en el instituto donde ejerce, tachándolos al menos de poco ortodoxos. La mayor parte del profesorado y el director del centro lo apoyan, al considerarlos tremendamente efectivos. Al parecer ha logrado mejorar el rendimiento académico de los alumnos más descarriados, al menos en un sesenta por ciento —explicó Liam.

—¿Quién es el denunciante? —preguntó Jane.

—Un profesor interino que pidió el traslado a otro centro, debido a que según él estaban sucediendo cosas muy raras en la dirección del instituto donde trabaja Víctor —contestó Liam.

—Está bien, hablaré con él. Haremos una cosa. Nos dividiremos el trabajo. Yo investigaré los métodos de enseñanza de Víctor en el colegio, mientras tú buscas a su esposa. Cuando la encuentres, me avisas. Pero de momento, me acompañarás al hospital, para ver en qué condiciones se encuentra el paciente. Puede que nos dejen hablar con él y tenga alguna idea de a dónde haya podido ir su esposa —ordenó la agente Barret.

—Como quieras jefa y ahora vamos a ponernos a caminar o terminaremos los dos ateridos de frío.

Ambos se ajustaron sus cazadoras de gore-tex y recorrieron el sendero de la costa en silencio. De repente, había cesado la lluvia y las vistas desde el borde del acantilado eran estupendas. Jane llevaba el pelo recogido en una trenza y eso hacía resaltar la ligereza de su cutis y favorecía la belleza de sus facciones al llevar el rostro más despejado. Liam lo llevaba largo y suelto. Lo recogió con un coletero y se quitó la camiseta. Lucía un imponente bronceado de surfista, que dejaba al descubierto un torso hercúleo. Superaba a Jane, claramente, tanto en altura como en edad, pero en madurez ante su jefa, todavía continuaba siendo un niño.

A Jane le gustaba trabajar con él y todavía no entendía cómo no lo habían hecho fijo en el FBI. Aunque por una parte, Liam prefería no estar en plantilla, pues eso le daba más libertad a la hora de escoger los casos en los cuales quería trabajar. Liam continuaba ejerciendo de detective privado en las trastiendas de Hollywood:

trabajando para actores, extras, guionistas, directores y demás trabajadores del mundo cinematográfico en general que contrataban sus servicios para investigar presuntas infidelidades de sus parejas. Le gustaba vivir en California, cerca de la costa, donde a menudo brillaba el sol, para surfear cuando le viniese en gana y respirar el aire puro del océano Pacífico.

Ascendieron al faro por una rocosa pendiente. Primero se encontraron con el faro antiguo, que a pesar de que muchos lo culpaban del naufragio, nunca fue derruido

Se utilizaba como museo. En su interior albergaba una biblioteca dedicada a la recopilación de cartografía marítima, ocupando gran parte de su base. En su parte alta se mantenía conservado, respetando el diseño original. El faro nuevo lo habían construido por delante del viejo, pero mucho más cerca de la costa. Era ochenta metros más alto que el antiguo, visto desde la distancia parecía un minarete. En su cúspide estaba coronado por una torre con forma octogonal, montada sobre una base circular. Era uno de los más altos del mundo, tenía una altura focal de ciento cuarenta metros. Fue uno de los primeros en utilizar energía eléctrica de toda la costa de Redwood; disponía de un almacén de herramientas, una carbonera y dos bombas para alimentar las máquinas.

El farero les explicó que el antiguo funcionaba con petróleo, cuando construyeron el nuevo ya lo hacía con acetileno y que las lámparas eléctricas pronto fueron suplantadas por grupos halógenos más modernos. Conocía al profesor de verlo paseando por la zona con su esposa. Aunque lamentaba lo ocurrido, desde la muerte de Laura, no había vuelto a hablar con ellos.

Era un hombre de unos cincuenta y tres años. Con una media melena cana que le caía sobre los hombros, de facciones altivas con la barbilla afilada, frente alta, mirada despierta y una boca de labios finos, de la que le faltaban la mitad de los dientes. Lo cierto era que le tenía pánico a las agujas, por eso nunca se había tatuado y mucho menos ido al dentista. Se llamaba Edward y se mostró muy caballeroso con ellos. Tenía un hijo de unos treinta y dos años que ejercía de maestro de primaria en el mismo colegio que Víctor Herrera. Jane después de ponerlo al tanto de lo ocurrido, le dijo si

habría manera de hablar con él. Edward que tenía la piel del rostro corteada y marcada con pequeñas arrugas pero profundas, le dijo que si esperaba unos minutos no tardaría en aparecer. Había quedado en traerle un cartón de tabaco de la ciudad.

—Las horas aquí se hacen muy largas sin fumar —comentó Edward.

—Deberías dejarlo —propuso Jane.

—Lo dejo cada mañana al levantarme y lo retomo por las tardes cuando ya llevo más de seis horas de servicio en el faro. Aunque realmente lo que me relaja es la marihuana. Cada uno tiene su manera de evadirse. ¿No seréis de narcóticos? —preguntó Edward.

—Para nada, somos agentes federales. Estamos investigando las actividades extraescolares del profesor Víctor Herrera —informó Jane.

—Bien, yo de eso no sé nada. Mejor habláis con mi hijo. Solo conozco a la pareja de verlos pasear por la zona. A veces se detenían en el faro para observar las vistas. Charlábamos un rato y luego se iban. Aquí las horas pasan despacio, siempre se agradece un poco de compañía, cualquier excusa es buena para descansar un poco y fumarse un pitillo. Eran muy agradables. Ellos sabían que yo era el padre de Dave, supongo que por eso me trataban con especial atención —dijo Edward mientras liaba un pitillo.

—¿Venían hasta aquí siempre caminando desde el acantilado? —preguntó Jane.

—No siempre. A veces venían con el Lexus de Víctor, hasta que ocurrió lo del accidente y el coche quedó para la chatarra. Esta mañana sobre las diez, los vi pasar en el Audi de Andrea, cuando se dirigían a la casa. Más tarde volví a ver el vehículo. Me fijé en que iba ella sola en el coche. Creí que regresaba a la ciudad para comprar algo. Me alegro de que Andrea no cayese también por el acantilado. Es una mujer muy hermosa. Él también es un tipo bien formado: delgado, atlético, de ojos vivarachos y rostro sonriente. Siento lo que le ha ocurrido. Ya tiene bastante el pobre con haber perdido a una hija como para caerse al espigón.

—Es una verdadera pena —expresó la agente Barret y lo hizo sin fingimientos.

—¡Mira! ¡Ahí viene mi hijo! —exclamó Edward, señalando a un punto determinado de la pista de arena que comunicaba la carretera de la costa con el faro—. Así podrás hablar con él, de lo que quieras.

Un todoterreno azul de Subaru se acercó hasta ellos. Se bajó un hombre de aspecto inmejorable. Llevaba el pelo engominado, exhibiendo una elegante onda en la nuca que le dejaba la frente despejada. Vestía una elegante camisa sin cuello de color azul eléctrico y se acercó a ellos para entregarle el paquete de tabaco a su padre. Era un tipo muy sonriente que lucía una barba bien recortada. El contorno de su rostro era más avalado que el de su progenitor, pero seguía conservando la misma nariz y boca que su predecesor, aunque con todas las piezas dentales intactas.

—Hola hijo. Les estoy hablando a estos señores de mis problemas con la dentadura —comentó Edward sonriendo.

—Hola soy Dave. Supongo que no sois odontólogos. No logro convencer a mi padre para que se arregle la boca.

—No es necesario. De comer sin dientes, tengo las encías tan duras que ya mastico perfectamente con ellas —replicó Edward Mirren sonriendo.

—No me extraña. Al final el cuerpo se adapta a todo y los implantes son muy caros. Además quién te dice que el tornillo en el hueso no terminará también cediendo. Por lo que tengo entendido no te dan garantías de nada. Y si te las dan las pagas muy caras —comentó Liam Lobo que fue la única vez que intervino en la conversación.

—Eso digo yo. Para qué quiero implantes: si tengo las encías duras como las de un rumiante —comentó Edward riéndose.

—Para masticar mejor. Con lo que a ti te gusta la carne, al final vas a terminar comiendo solo hierba, bueno ya la fumas que es lo mismo —dijo Dave bromeando.

Padre e hijo parecían tener muy buen carácter. Liam y Jane se presentaron con un apretón de manos ante Dave y lo pusieron al tanto de lo ocurrido con Víctor en el acantilado. La reacción de Dave los dejó perplejos. Parecía realmente afectado por lo sucedido. Se quedó pálido de repente y a punto estuvo de desvanecerse y caer al suelo. Su padre les ayudó a sujetarlo. Enseguida se dieron cuenta de

su especial relación con Víctor. Le ayudaron a sentarse en un banco que había junto al faro antiguo y su padre le sirvió un vaso de agua.

—Lo siento. No me lo esperaba —acertó a decir una vez reincorporado—. Víctor es como un hermano para mí. Es mi mayor apoyo en el centro. Un tipo estupendo, espero que no le haya sucedido nada grave.

Dave Mirren les contó que él era el delegado sindical del colegio y le ayudaba a Víctor a organizar todas las actividades extraescolares. El día de la mujer, invitaban a las feministas y preparaban un concierto con los alumnos para recibirlas. Además de numerosos actos protocolarios para ayudar a concienciar a todo el mundo de la importancia de la igualdad de género en el mundo laboral. Una vez finalizados los actos, repartían pasteles entre los asistentes y se pronunciaban discursos sobre las mujeres más influyentes de la historia de la humanidad. Había de todo: científicas, arquitectas, médicas, escritoras, pintoras, poetisas, amazonas, astronautas, físicas, periodistas, reporteras, catedráticas y deportistas.

—Me parece estupendo. ¿Entonces cómo explicas que haya un profesor en el centro que os haya denunciado? —preguntó Jane.

—Alguna gente va por libre y no a todos los profesores les gustan nuestras ideas. Hay retrógradas por todas partes, pero nosotros todo lo hacemos para terminar con los cánones de servilismo y sometimiento que recaen desde hace siglos sobre las mujeres —contestó Dave.

—Como mujer no puedo dejar de estar más de acuerdo contigo. Hablaremos con el denunciante y cerraremos el caso lo antes posible. Lamento lo ocurrido a tu amigo. Espero que se recupere pronto de la caída —refutó Jane.

—¿Lo que no entiendo es que hace el FBI investigando a un simple profesor de primaria? —preguntó Dave.

—Nosotros tampoco lo sabemos. No somos más que unos mandados. Supongo que habrá algo más que una simple denuncia de un maestro detrás de todo esto y por algún motivo que desconocemos, nuestros jefes no nos han querido contar más. Tenemos una reunión con ellos mañana por la mañana, puede que

nos develen los verdaderos motivos de esta investigación —apuntó Jane Barret.

No era la primera vez que sus superiores la ponían a prueba, para ver hasta qué punto ella era capaz de construir un perfil psicológico de los sospechosos, antes de decirle el verdadero motivo por el que estaban siendo investigados. Si es que todo aquello no era más que un montaje de alguien de muy arriba del gobierno que veía en el profesor una especie de gurú de la enseñanza, dispuesto a hacer temblar los cimientos de un sistema educativo, solo preocupado en sacar el mayor rendimiento posible de unos futuribles: abogados, ingenieros, arquitectos, economistas o médicos que tarde o temprano ocuparían importantes puestos en nuestra sociedad. Eso en el mejor de los casos. Otros terminaban en las cloacas del narcotráfico o empleados en una fábrica cobrando una miseria para sobrevivir.

El profesor solo pretendía evitarlo y hacerlos pensar por sí mismos para que abrieran los ojos y que luchasen por una vida mejor, que hacia la que el destino parecía querer empujarlos. Tal vez eso volviese al alumnado menos manipulable para los intereses de los más poderosos. Si nadie quiere trabajar en una fábrica de peón, de que se van a nutrir las empresas. De todas maneras Jane lo veía algo absurdo. ¿Qué peligro podría suponer un simple maestro de primaria para la nación más poderosa del planeta?

Dave se despidió de ellos y de su padre. Quería viajar cuanto antes al hospital de Crescent City para saber del estado de su amigo. Edward le riñó por tener tanta prisa y por ponerse a conducir después de recibir una noticia tan dura para él. Dave lo tranquilizó diciéndole que ya se encontraba bien y montó en el todoterreno, dispuesto a regresar a la ciudad, donde ejercía de docente junto a Víctor Herrera en el Pacific View Charter Scholl.

Su padre les dijo al marcharse que Dave siempre había sido un defensor de las causas perdidas. Desde que aprobó magisterio, se involucró en la defensa de los más vulnerables. Se afilió al sindicato y representaba a todo el personal del centro ante las autoridades competentes. Aun así, nunca se había radicalizado y mantenía muy buena relación con el director y la secretaria, por lo que

recientemente había sido nombrado nuevo jefe de estudios del centro al jubilarse el anterior. Dave no dudó un solo instante en ejercer el cargo con orgullo. La idea de Dave, igual que la de su amigo Víctor era la de crear una especie de familia dentro del colegio. Por eso organizaban continuamente actos extraescolares, para crear una especie de conciencia grupal entre el alumnado. La mayoría de profesores lo veían bien, pero unos pocos como el denunciante Albert Wilson, pensaban que eso les perjudicaba. Más tarde Jane visitaría a Albert en su casa, para averiguar el porqué de esa opinión.

Antes de abandonar el faro, Jane le pidió a Edward que se pusiese en contacto con ella: si volvía a ver a Andrea por allí. Debían hablar con ella, para saber si había tenido algo que ver con la caída de su marido por el acantilado. El farero asintió y cogió la tarjeta con el número de teléfono que le entregó Jane. Edward les sonrió sin dientes, antes de despedirse y les deseó suerte con la investigación o lo que fuese que estuviesen haciendo.

Les pareció extraño que el farero no hubiese visto nada desde allí de la caída, pues a pesar de la distancia, debido a la altura del faro, se divisaba perfectamente toda la costa hasta una distancia de siete millas. Especialmente el acantilado que se encontraba a poco más de una milla de allí. Según les contó Edward, había estado entretenido engrasando unas bujías de la maquinaria del faro y, ni siquiera, había escuchado el ruido del motor de la lancha de salvamento. Era posible que mintiese, para no tener que declarar en un probable juicio o tal vez estuviese ocultando algo. Si le daba tanta pereza acudir al dentista, ni se imaginó que sería para él hacerlo a un juzgado. La gente currante de la zona solía ir a lo suyo, por eso procuraban nunca meterse en líos y Edward estaba claro que era uno de ellos.

Capítulo 3

Dos horas antes

Ella está a punto de dar el salto definitivo al vacío. La caída terminaría con todos sus males. Supondría el tránsito definitivo a la nada. Acaso no es eso la muerte, ausencia de vida.

Su mente se rompe en esquirlas, cada una de ellas pertenece al recuerdo de una vida que no merece ser vivida sin su hija a su lado. Una exigua existencia de la que en su memoria solo quedan retazos. Fragmentos del pasado que ahora solo la atormentan.

Observa a su marido en el fondo del acantilado con las vértebras rotas y suplicándole que viva. Sus miradas al cruzarse desprenden fuego y un dolor inmenso. Está a punto de dejarse caer, cuando siente que unas manos invisibles la sostienen. Son los dedos de su hija muerta, los que parecen decirle que retroceda.

No vayas más abajo mamá.

Andrea nunca ha tenido instintos suicidas. Siempre fue una madre muy protectora con su hija. Abajo las olas cada vez más altas rompen contra el espigón, dejando un reguero de algas contra las rocas del fondo. De su memoria fragmentada resurge el recuerdo de la voz de su hija. Nítido y cercano. No ha dejado de escucharla desde que sucedió la tragedia.

—Las cosas más bellas de la vida están siempre por llegar —le dijo Laura el día del accidente.

Se dirigían en el Lexus de Víctor hacia los Ángeles para enseñarle a su hija el paseo de la fama en Hollywood Boulevard. Laura desprendía vida por todos los costados. Andrea recordaba con todo detalle, todo lo sucedido ese día antes de terminar en el fondo del barranco. Lo que desayunó su hija, la ropa que llevaba, su peinado, cada movimiento, cada gesto de su rostro; estaba anclado en su memoria como los engranajes de un reloj.

Las cosas más bellas de la vida están siempre por llegar.

Su hija pronunció aquella frase como un mal presagio de lo que sucedió después. Ya nada bueno le sucedería a Andrea después de decirlo. Una premonición maldita. Que se truncó en todo lo contrario. Lo que estaba por llegar no traería nada bueno. Las cosas más bellas ya no le sucederían a ella. No podían sucederle porque estaba muerta.

—Mamá estoy deseando ver el paseo de la fama. ¿Crees que mi nombre podrá estar grabado allí algún día?

—Claro mi vida. Algún día serás la actriz más famosa del mundo.

Laura estaba sopesando estudiar interpretación al terminar el bachillerato. Ella siempre conseguía lo que se proponía. Ahora su nombre solo figuraría en una lápida de mármol. Las lágrimas resbalaron por el rostro de Andrea al recordarlo, pero obedeció las instrucciones de su marido y retrocedió un par de pasos, alejándose del borde del precipicio. Si se lanzaba al vacío podía terminar en una silla de ruedas para toda su vida.

Aprendería a vivir sin Laura y de nuevo escuchó en su mente su voz empujándola a continuar la lucha: «Las cosas más bellas de la vida están siempre por llegar». Laura tenía razón. No podría regresar al pasado y evitar el accidente. Lo ocurrido ya había sucedido y no se podía remediar. Por un momento le pareció ver la imagen de Laura con los tejanos rotos y la cazadora de pana marrón, sonriendo, desde el monumento de los marineros muertos. Era la misma ropa que llevaba el día del accidente.

—No te preocupes mamá todo sucede por algo bueno.

Era lo que ella solía decirle cuando Andrea se disgustaba por cualquier cosa. Era encantadora. Eso impedía que le soltase cualquier regañina. Nada bueno podía traer la muerte de una hija. Estaba empezando a delirar, debía pensar en los vivos y salvar la vida de su marido.

Echó a correr por el sendero hacia la casa. Al alcanzar el zaguán cogió el teléfono móvil del bolso que estaba sobre la mecedora y llamó a emergencias. Las lanchas de rescate marino todavía tardarían en llegar. Ella no pensaba permanecer allí cuando lo hiciesen. Necesitaba largarse antes de que cambiase de idea y decidiese tirarse ella también por el acantilado.

Su matrimonio ya estaba roto antes de ocurrir el accidente. Andrea era consciente de que Víctor la engañaba con otra. Ignoraba quién era, pero por las noches, él, se encerraba en su estudio y salía de allí al cabo de un rato con una demoledora sonrisa. Víctor le decía que estaba hablando con Dave su amigo sindicalista por FaceTime, pero su intuición femenina le decía que mentía. Nadie sonreía así después de hablar con un colega del trabajo. El brillo de sus ojos lo delataba. Era él de una persona enamorada. No había vuelto a ver ese brillo en sus pupilas desde que se casaron. Ella se daba cuenta de que Víctor no la quería, al menos no como antes, ni como a su amiga virtual. Estaba enganchado a las pantallas y ya no le prestaba atención, ni siquiera a su hija.

Eso sí, durante las horas lectivas en que impartía clases, les prohibía a sus alumnos el uso del móvil. El problema surgía cuando regresaba a casa. Lo conocía bien y sabía que se aburría con ellas. Le daba igual. Ella llevaba tiempo rumiando la manera de pedirle el divorcio. Luego ocurrió lo del accidente y todo dejó de tener sentido para ella. En cambio Víctor no cesó de navegar en la red, incluso se volvió más incisivo, aumentando su exposición a las pantallas. A Andrea le daba miedo lo que pudiese estar tramando. Puede que estuviese viendo porno o chateando con una banda yihadista. Supuso que cada uno llevaba el duelo como podía. La verdad era que acababa de perder a su hija y le daba lo mismo en que mataba el tiempo su marido. Si se quedaba paralitico tras caer por el acantilado: ella tenía claro que no pensaba cuidar de ningún inválido. Sería el momento perfecto para pedirle el divorcio.

Ella no pensaba cambiarle el pañal a otra persona que no fuese su hija. Ni ayudarlo a asearse, ni a vestirse, ni a subirse a la silla de ruedas, ni siquiera hacerle la comida. Ya nunca más volvería a ser su chacha. Que lo fuese su novia de FaceTime. Andrea solo quería alejarse de todo aquello. Alquilar una casa donde refugiarse. Le daba igual el sitio. Pero con tanta medicación encima no podría ir muy lejos conduciendo. El psiquiatra se lo había desaconsejado. Metió su equipaje en el maletero del Audi y abandonó la casa por la carretera de cemento que se dirigía al faro hasta conectar con la carretera de la costa. Había una playa cerca de la ciudad, donde

Laura solía ir con sus amigos de la banda de música del colegio por las tardes. Andrea los conocía a todos. Eran alumnos suyos de secundaria.

Estaba Tessa la trompetista. Era rubia de ojos azules como el océano. Una niña muy vulnerable con una familia desestructurada. Padre alcohólico y madre drogadicta. Vivía con ellos en un piso alquilado. El padre estaba siempre en los bares. Llegaba por las noches borracho y con ganas de bronca. Ella se escondía debajo de la cama y tapaba los oídos para evitar escuchar los gritos de sus padres discutiendo. La música era su única vía de escape. Todo el profesorado estaba siempre muy pendiente de ella.

Nelly era morena de tez clara y tocaba el trombón. Su padre era viajante de cosméticos y se pasaba horas fuera de casa por su trabajo. Su madre era adicta a los bollos de crema. Se los zampaba de tres en tres. Luego le dolía terriblemente la cabeza y tenía horribles molestias estomacales. Lo que la volvía muy irascible con su hija. No paraba de darle órdenes para que le ayudase en casa en vez de dejarla estudiar. Cosas que podía hacer ella perfectamente en vez de permanecer todo el día tirada en el sofá.

Fannie era una chica de origen guineano muy simpática, de padres humildes pero sin un centavo en los bolsillos. Tocaba el clarinete en la banda y era la única negra del grupo. Estaba repitiendo curso y era adicta al móvil. Los chicos de la banda eran cuatro: estaba Noah de origen senegalés. Espigado y alto era el típico adolescente que se masturbaba varias veces al día. Con el método de Víctor había conseguido que redujese un poco su ímpetu con las pajas para dedicarle más tiempo al saxo. Le encantaba el porno, igual que al resto de los chicos de la banda de los pitufos como se los conocía en el colegio. El que su profesor y director de la banda escribiese un libro titulado *La sonata de los pitufos* tenía mucho que ver en ello. Luego estaba Elías un chico mexicano que era muy grosero hablando y que tenía síndrome de TDA. Solía traer a todo el profesorado de los nervios. Pero se relajaba bastante tocando el bombo y las maracas; aunque a veces combinaba ambos instrumentos con la batería que le servía para consumir sus energías

sobrantes. Víctor le había encargado ocuparse de la percusión de la banda.

Tobías era rubio y tocaba la tuba divinamente. Su amigo Marcos de pelo castaño y ojos verdes era el saxo alto del grupo. Los dos eran de familias humildes y les gustaba demasiado coquetear con las drogas. Víctor los convenció de que así solo conseguirían meterse en problemas y que no había mejor droga que una buena dosis de solfeo. De momento parecía que le estaban haciendo bastante caso.

Los ocho amigos quedaban por las tardes en la playa a la salida de las clases para charlar y darse un baño. Andrea no le gustaba mucho que su hija se juntase con chicos tan problemáticos, pero Víctor le había asegurado que tenían un potencial tremendo; a pesar de que cada uno tenía su particular problemática. Andrea condujo hasta la playa entre un conglomerado de palmeras y eucaliptos donde su hija se encontraba con sus amigos. Aparcó el coche en el aparcamiento del camping y decidió alquilar un bungalow para pasar la noche, por el momento sería suficiente antes de recuperar fuerzas para enfrentarse a lo que se le venía encima. Pagó en efectivo para no dejar rastro de su estancia allí en el saldo de su tarjeta de crédito y decidió dar un paseo por la playa.

Laura estaba a su lado. La sentía. Se descalzó y caminó por una arena blanca, finísima, que se escurría entre los dedos de sus pies. Los amigos de su hija de la banda no estaban, pero observó el lugar bajo la sombra de un acantilado donde solían sentarse a merendar. Ella solía acudir allí a vigilarlos para que los jóvenes no consumiesen ningún tipo de estupefacientes. Ni ninguno de ellos se acercase con malas artes a su hija. Un embarazo no deseado podía arruinar los planes de Laura de hacerse actriz.

A esas horas las patrullas de salvamento marino ya estarían rescatando a su marido del espigón. No le apetecía estar allí para darle explicaciones a la prensa. En aquella época del año, no había un alma en la playa. El mal tiempo ayudaba a ello. Hacía más de un mes que se había celebrado el día de la mujer y Víctor había invitado al colectivo feminista de la ciudad a visitar el centro. Organizó un pequeño concierto de bienvenida con la banda del colegio. Los

pitufos estaban muy elegantes con sus trajes de lino azul y listas blancas en las hombreras.

Las feministas estaban sentadas en las gradas del patio. La banda estaba situada en el círculo central de la cancha de baloncesto. Subido a una especie de atril improvisado con una alfombra roja, como no podía ser de otra manera estaba papá pitufo —tal como lo conocían cariñosamente a Víctor sus alumnos— ejerciendo sus funciones de director de la banda. Comenzó moviendo la batuta ligeramente hacia la derecha para dar entrada a los instrumentos de viento, marcando un dos por cuatro, interpretaron un tema reivindicativo en contra del patriarcado vigente; acusando a los jueces de colaboracionismo y ceguera ante la violencia machista.

Laura acostumbrada a hacer ejercicios de aire, soplaba con fuerza el saxo soprano, secundada por Tessa con la trompeta y Fannie con el clarinete. La melodía llegó al alma de todos los presentes. Las feministas emocionadas se pusieron en pie para aplaudir, pero Víctor les hizo un gesto para que se sentaran, las palmas anegarían el sonido tibio de los instrumentos. Nadie debía moverse sin él ordenarlo. Con un golpe de batuta, los chicos entraron en acción cuando Víctor les dio la entrada. Nelly los acompañó con el trombón. Noah con el saxo tenor dio un mayor eco a la pieza secundado por Tobías con la tuba y Marcos con el saxo alto. Elías mantenía el ritmo alto golpeando el bombo con fuerza. En ese punto la melodía alcanzó su cúspide y provocó en los asistentes un cúmulo de emociones.

Víctor hacía virguerías con la batuta y la pieza estaba saliendo redonda. Luego cuando entró en acción el coro del colegio. Las protestas contra la violencia machista se acrecentaron. Antes de empezar el concierto se repartieron mariposas violetas entre los asistentes para poner con un clip en las solapas de las chaquetas. Las palabras respecto, justicia e igualdad se repitieron varias veces durante todo el acto. Dave que a través del sindicato había sido el encargado de organizar el acto con el comité feminista estaba sonriente al lado del director y la secretaria.

Como mujer a Andrea le pareció que las piezas que interpretó la banda eran muy bonitas. Se emocionó y lloró como una niña. Ver a sus alumnos tocar los instrumentos con tanta pasión y que su hija fuese uno de ellos le desgarró el alma. Nunca olvidaría aquel día. A ella siempre le gustaron las bandas. Su abuelo había tocado el clarinete en una durante muchos años. Todavía lo recordaba de niña sosteniéndola en su regazo mientras interpretaba una melodía solo para ella.

Ahora en su imaginación, Laura caminaba a su lado por la playa al lado del agua. Todavía era demasiado pronto para dejarla marchar. Nunca se acostumbraría a su ausencia, por eso charlaba en voz alta con ella y en su cabeza se imaginaba sus respuestas. Aquella enajenación vehemente la llevaba a imaginarse también las preguntas de ella que resonaban en su cabeza con el tono justo de voz que empleaba su hija en vida con cada silaba como si en la realidad todavía estuviese allí presente y no en el fondo de una fosa.

—¿Os vais a separar tú y papá?

—¿Por qué lo preguntas hija?

—Noto vuestro distanciamiento.

—¿A qué crees que se debe? ¿Crees que ya no le gusto?

—No es culpa tuya, mamá. Él ya no te quiere como antes. Recuerda que lo mejor está siempre por llegar.

—No me apetece estar con nadie, si te refieres a eso.

—Eso no importa. Ya lo verás alguien vendrá a buscarte. Será un hombre muy apuesto y apasionado. No podrás decirle que no, mamá. Tienes que vivir, ya es suficiente con que yo esté muerta.

Capítulo 4

Después de sacarle unas fotos a aquella magnífica obra de ingeniería para colgar en Instagram, se vieron obligados a bordear una piscifactoría dedicada al cultivo del rodaballo para dejar atrás el faro. Los tanques eran circulares y estaban cubiertos por lonas verdes. Jane supuso que era para proteger a los peces de los ataques de las aves marinas. Le preguntaron al encargado, si alguien había visto a un hombre caer desde el acantilado al viejo espigón y les contestó que desde allí no disponían de vistas del otro lado de la costa, puesto que se las ocultaba el faro debido a su envergadura. Jane comprobó que tenía razón: era imposible que hubiesen visto nada.

Al dejar atrás la valla de la piscifactoría, Jane y Liam, continuaron caminando en dirección a la playa. Las olas lamían la base de las dunas como una lengua gigantesca de un dragón llena de espumosa baba. La playa estaba casi desierta, salvo por un grupo de jóvenes, debido sobre todo a que no era apta para el baño. La resaca era brutal, por eso bañarse en sus aguas estaba prohibido. Algo que no atemorizó a Liam, que le pidió una tabla de surf prestada a uno de los chicos y se metió con ella al mar abierto. Después de pasarlo bomba, cabalgando sobre las olas, se la devolvió a su dueño. Este le comentó que hacía poco que habían desembarcado a un hombre en una camilla de una lancha de salvamento marítimo. Le preguntó si alguno de sus amigos conocía al profesor, pero el muchacho negó con la cabeza. Ninguno de ellos vivía por la zona, solo estaban de paso.

Se despidieron del grupo y Jane decidió dar por terminada la excursión y regresar a la casa del matrimonio donde, habían dejado los coches y dar otra vuelta por la cara norte del acantilado pegados a la costa, aunque a aquellas alturas dudaba mucho que alguien viera algo de lo ocurrido y si lo hiciese: no avisara a la policía. No

importaba el paisaje le encantaba y no estaba de más hacer algo de turismo; sobre todo cuando el que te pagaba el sueldo era el gobierno. Le extrañó que el FBI mostrase interés alguno en los métodos de enseñanza de aquel profesor tan peculiar; salvo que algún paranoico de las altas esferas creyese que pudiese resultar un peligro a la larga para la seguridad nacional, por algún motivo que de momento a ellos se les escapaba.

El camino de vuelta se les hizo más corto, debido sobre todo a que el último tramo desde el faro lo realizaron por la pista cementada. Al llegar a la casa del acantilado, observaron que estaba abierta. Andrea había salido tan rápido, que ni siquiera se había molestado en cerrar con llave. No tenían orden de registro, pero eso para Jane nunca había supuesto impedimento alguno.

La parte del armario de Andrea estaba vacía, solo encontraron la ropa de Víctor. Parecía que la profesora se había apresurado a llevarse sus pertenencias, seguramente en una maleta, aprovisionándose bien, como si se preparase para un largo viaje, antes de abandonar el lugar en su utilitario. ¿Por qué lo haría? ¿A dónde se dirigía? Al llamar por teléfono a emergencias, había insistido en que su marido se había caído al espigón desde lo alto del acantilado al resbalar con una roca. Nadie dudaba de que todo había sido solo un accidente. No tenían nada contra ella. ¿Por qué desaparecer de esa manera entonces?

La agente Jane llamó a su superior para preguntarle como proceder en aquel asunto e informarle de su conversación con el hijo del farero. No quería dejar la vivienda desprotegida, por si se colaban dentro unos ocupas o venían los ladrones y se llevaban alguna prueba que fuese de vital importancia para el caso. Si es que existía algún maldito caso, pues Jane no entendía que diablos estaban investigando.

—No dejes la casa sola. Si tienes que hablar con Albert que Liam se quede ahí hasta que vuelvas. Es de vital importancia que salvo vosotros, nadie más entre en la casa. Estoy tratando de conseguir una orden de registro. En cuanto la tenga, enviaré a unos agentes a revisarlo todo. No toquéis nada mientras tanto. Luego podréis desplazaos a la ciudad para visitar a Víctor en el hospital. De

momento su vida no corre peligro, pero tiene dañadas varias vertebras lumbares. He hablado con los médicos y os dejarán unos minutos para hablar con él, antes de anestesiarlo para comenzar a operarlo. Intentarán insertarle unos hierros en las vértebras para soldarle la columna e evitar daños mayores. De momento es demasiado pronto para sacar un diagnóstico definitivo, todo depende de cómo reaccione su cuerpo a las intervenciones quirúrgicas y cómo se adapten las barras y tornillos a las vértebras dañadas. Creen que alguna de ellas está bastante fracturada, por lo que quizás no vuelva a caminar —explicó Bruce Parker.

—Está bien jefe. Me puedes dar alguna pista de lo que realmente estamos investigando. Todo apunta que lo de la caída del profesor solo fue un accidente —solicitó Jane.

—De momento limítate a averiguar todo lo que puedas sobre las actividades extraescolares del profesor en el colegio y del paradero de Andrea. Mañana viajaré hasta ahí y hablaremos. Hemos recibido una nueva denuncia contra el docente, pero de momento no puedo contarte nada más, hasta que lo corroboremos todo y nos aseguremos de su veracidad. Parece que alguna gente le tiene manía al bueno del profesor. En principio parece un tipo modélico: feminista, ecologista, animalista y activista de lo social. Es posible que solo se trate de un buen tipo que despierta muchas admiraciones entre la mayoría de sus coetáneos y a la vez, sin pretenderlo, se haya creado algunos enemigos a su paso; quizás sin haber hecho ningún mérito para ello.

—Está bien, ojalá solo sea eso. Su amigo el sindicalista me ha dicho que solo se trata de unos pocos idiotas. Y de eso hay en todas partes —aseveró Jane Barret.

—Ojalá sigas pensando igual, después de hablar con el profesor Albert Wilson.

—Sí, estoy deseando hablar con él a ver que me cuenta. Siempre es bueno conocer las dos partes de una moneda, antes de tomar conclusiones precipitadas —dijo Jane.

—Muy bien, totalmente de acuerdo. Hasta mañana Jane.

—Hasta pronto Bruce —dijo ella desconectando la llamada.

Jane mandó a Liam que se quedase custodiando la casa hasta su regreso. Luego continuarían juntos recorriendo la costa en busca de testigos de lo sucedido. En cuanto ella iría a hacerle una visita al profesor Albert. Se despidió de su subordinado y se dirigió en su coche a la carretera de la costa, alejándose del faro.

La casa del profesor se encontraba a las afueras de la pequeña aldea de Requa, situada a menos de una milla de la desembocadura del río klamath. La aldea era conocida por albergar en el pasado una de las conserveras de salmón más grandes del país que llegó a importar en su auge más de 10.000 piezas al día y por tener una oficina de correos que funcionó entre 1878 y 1970. Su nombre en yurok —una lengua indígena— significa boca del arroyo. Es conocida por ser el primer lugar de Norteamérica en experimentar un eclipse anular desde la línea central; además de pertenecer al parque nacional de Redwood.

La casa era muy elegante estaba rodeada de frondosa vegetación y muy aislada de los grandes núcleos urbanos, por su ubicación supuso que a Albert le gustaba la tranquilidad. El profesor la estaba esperando vestido con unos vaqueros negros y una camisa a cuadros. Le dio la bienvenida con una sonrisa a su morada. A Jane le impresionó la gran superficie acuosa del Klamath, cuando lo cruzó con el coche, lo que la incitó a preguntarle si le gustaba pescar.

—No he tirado una caña en toda mi vida —contestó Albert.

—Gracias por atenderme tan rápido profesor. Vengo por la denuncia que usted ha interpuesto contra su colega de primaria Víctor Herrera —dijo Jane.

—Menos mal, pensé que nunca sería tramitada y menos investigada. La verdad es que traté de abandonar el colegio sin hacer mucho ruido, pero es que lo que allí sucedía no me parecía normal —dijo Albert, ofreciéndole una silla de aluminio y mimbre para que ella se sentase a su lado.

—Explíquese profesor…

Albert le contó que el ambiente en el centro escolar estaba muy enrarecido. Nunca había visto a un profesor mandar más que el director, el jefe de estudios y la propia secretaria juntos. Según

Albert todos parecían andar al son de la batuta que les marcaba el director de la banda de música oficial del colegio. Ayudado por su amigo el sindicalista Dave Mirren, Víctor organizaba continuamente actividades extraescolares fuera de horas lectivas. Algo totalmente inusual en cualquier centro. Normalmente es la APA (asociación de padres de alumnos) o el ayuntamiento los encargados de ello. En horas fuera del horario escolar los profesores no recibían ninguna retribución por participar en ellas.

—Eso era lo que le cabreaba: hacer horas extras sin cobrar un duro —apuntó Jane Barret.

—Claro. Yo solo quiero hacer mi trabajo tranquilo. Doy los buenos días al llegar y las buenas tardes al marcharme y me vuelvo a mi casa. Ningún profesor de un centro tiene la potestad para organizar este tipo de actos fuera del horario escolar y menos uno de música. Eso yo no lo he visto en la vida. Es algo totalmente ilegal —explicó Albert.

—Sin embargo no existe ninguna ley que lo prohíba. Si alguien en su oficio quiere realizar una actividad de modo altruista, puede hacerlo sin problema, nunca nadie ha sido condenado por ello. En mi trabajo también organizamos clases de tiro fuera de horas para practicar de manera voluntaria sin cobrar un duro. No le estoy llamando vago señor Albert: estaba usted en su derecho de no acudir a esos eventos, pero no hay nada malo en ellos mientras el director o los padres de los alumnos no se interpongan —aclaró Jane.

—Eso era lo extraño que nadie se oponía, todo el colegio bailaba al son que marcaba el profesor de música. Menos yo y el orientador del colegio, por eso nos largamos.

—Entiendo que el orientador ha sido la persona que acaba de interponer una nueva denuncia contra Víctor. Mi jefe no ha querido contarme quién había sido. Es su manera de ponerme a prueba, creo que con su ayuda puedo sorprenderlo.

—Has acertado agente. Lo cierto es que los dos íbamos a poner la denuncia juntos, pero él vive al norte de Crescent City y no nos fue posible por un problema de agendas. Aunque no lo crea los

profesores tenemos poco tiempo libre sobre todo en época de exámenes —explicó Albert.

—¿Qué tenía el orientador contra Víctor Herrera? —preguntó Jane.

—Algunos niños de la banda tenían serios problemas de adaptación al centro, y al orientador no le parecía recomendable que pasasen tanto tiempo fuera de clases con el profesor de música. El orientador recomendó al director del centro que era mejor que abandonasen los ensayos con la banda y realizasen actividades más deportivas. Según Jason Curry todos ellos necesitaban quemar energías para cansarse y que estuviesen más calmados durante el horario escolar en las aulas —explicó Albert.

—Pero se supone que la música les hacía bien. Era como una terapia para ellos según tengo entendido —apuntó Jane.

—No era lo que necesitaban. Pero el profesor tenía tanta influencia sobre ellos que ninguno se atrevió nunca a llevarle la contraria. Son solo críos, si lo hacían, los castigaría y los demás se burlarían de ellos.

»Víctor también se encargaba de organizar el festival de cine, torneos de ajedrez, parchís, mus, la cromática para jóvenes pintores, un concurso de cuentos, el festival de teatro y la fiesta del karaoke; todas ellas actividades que invitaban al sedentarismo. Lejos de la línea deportiva que reclamaba el orientador. Los pobres críos no tenían tiempo ni de jugar al fútbol en el recreo —explicó Albert.

—En eso estoy de acuerdo con usted, por mí reduciría las clases a veinte horas semanales. Todo lo demás es una tortura para un niño, demasiadas horas permaneciendo sentado en su pupitre escuchando al profesor. Las clases teóricas deberían limitarse a practicar la caligrafía, las matemáticas, un poco de ciencias sociales y ciencias naturales y el resto de actividades como la música deberían ser optativas —dijo Jane.

—Bueno al menos en primaria es más o menos así. Los alumnos tienen una jornada de veinticinco horas de lunes a viernes. El problema es que con las actividades que organiza Víctor las horas se multiplican. Además, al participar en ellas, los demás profesores del centro les suben la nota. Algo a lo que yo siempre me he negado.

»Según el orientador Jason también se deberían incluir unos conocimientos mínimos de psicología para prepararles para esta locura de mundo en que nos tocó vivir, pero eso y la filosofía es mejor dejarlo para secundaria. El resto del día deberían pasarlo jugando al fútbol o practicando senderismo. Al menos que aprendan a distinguir unos árboles de otros.

—Eso suena muy bien profesor, pero en la sociedad moderna resulta una utopía. Ni siquiera los profesores sois capaces de que los padres dejen de comprarle una Tablet a sus hijos cuando apenas han cumplido siete años, como para de repente, quererlos convertir en un personaje de Robinson Crusoe.

—Los padres lo hacen para que sus hijos no les den la lata. Mientras juegan con la Tablet, no tienen que llevarlos al parque, ni preocuparse por ellos. Ni siquiera les importa: si los juegos son educativos o se tratan de matar a personas. De tanta adicción a las pantallas, algunos sufren trastornos esquizofrénicos con episodios de desdoblamiento de personalidad. No es de extrañar que terminen disparando contra cualquiera dentro de un centro educativo. En su mente enajenada les dan puntos por cada alumno que matan, supongo que si es un adulto sumarán más. Aunque usted sabe más de ese comportamiento que yo agente —expuso Albert.

—Sí. Es cierto que algunos críos viven dentro de un video juego y eso es peligroso. Pero creo que nos estamos desviando del tema. ¿Cuénteme algo más sobre Víctor profesor?

—Una vez utilizó mi nombre sin mi permiso para meterme como coordinador durante el festival de cine; cuando se lo eché en cara: me miró perplejo. Estaba acostumbrado a que todo el mundo obedeciese sus órdenes sin rechistar y no le entraba en la cabeza que yo le llevase la contraria. En realidad nadie se atrevía a hacerlo: porque el resto del profesorado terminaba mirándote como un apestado. No me quedó otro remedio que pedir el traslado después de mostrarle mi rebeldía. Albert le explicó que tras el éxito de su libro *La sonata de los pitufos*, nadie se atrevía a llevarle la contraria a Víctor.

El director del centro era un tipo bajo, gordo de carácter voluble y con muy poca personalidad, que había dejado embarazada a la

cocinera. Algo que les chocó a todos. Era como si aprovechándose de su posición hubiese abusado de ella. Albert un día entró en su oficina para preguntarle ¿Qué le pasaba? ¿Por qué había hecho aquello? El director le respondió que de niño su padre lo encerraba durante cinco horas diarias en su habitación obligándole a estudiar matemáticas. Por eso a veces se sentía solo y necesitaba de compañía femenina.

—Pero con la cocinera. Mira que no hay mujeres en el mundo —le recriminó Albert.

—Bueno son cosas que pasan. Desde luego no pienso casarme con ella, pero me haré cargo de la criatura —explicó el director Arthur Hartman.

El nombramiento de la secretaria también sorprendió a todos. El único mérito de la profesora Bonneville de origen francés era haber encerrado durante cuatro horas en un armario a una alumna de primaria por portarse mal en clase. Albert se imaginaba como había conseguido el puesto. En su mente se proyectaba la imagen de la profesora de mediana estatura, desgarbada y tan flaca que se le notaba la curvatura de los huesos bajo la piel blanca, agachada debajo de la mesa del despacho del director para desabrocharle la bragueta y practicarle una felación. Desde luego en el centro los puestos no se otorgaban por méritos académicos.

Según Albert los dirigentes no tenían idea de nada, presumían de haber abierto un aula de atención especial para recoger a los alumnos más madrugadores del centro, a los que dejaban sus padres muy temprano, antes de entrar al trabajo y faltando dos horas para comenzar las clases, cuando ese tipo de aulas se denominan aula de madrugadores. Las aulas de atención especial son para niños con discapacidad que comparten actividades con el resto del alumnado. El orientador intentó explicárselo pero lo ignoraron. Era un tipo rubio de metro ochenta y complexión normal. Jason Curry estaba harto de sus estupideces. No podían llamarle a las cosas como les salía de las narices y no aceptaban consejos técnicos de los profesionales del sector. En aquella aula de madrugadores no existía ningún niño con discapacidad, por eso deberían de llamarla por su nombre y no aula de atención especial.

Era como si fuesen un poco a la deriva, sin enterarse mucho por donde andaban.

—Muchas veces los que mandan no son las personas más acreditadas para ocupar esos puestos, pero eso pasa cada día en política y no podemos hacer nada para evitarlo —concluyó Jane Barret.

—Es cierto. En ese colegio todo era muy raro. He estado en muchos centros y nunca he visto nada igual. Era como si Víctor secundado por el director, el jefe de estudios y la secretaria tratasen de hacerle la competencia al ayuntamiento de la ciudad que está gobernado por un partido conservador. Ellos iban de liberales, invitando a las feministas y los colectivos de lesbianas, guays y transexuales a sus actos. Lo cual no me parece mal, pero no tiene nada que ver con el cometido del centro que es educar. A mí me pagan para enseñar. No quería participar en aquel circo. Todo era una pantalla para conseguir votos.

»Sabías que Dave el socio de Víctor figuraba en el número treinta y dos de las listas del partido demócrata para la alcaldía de Crescent City y estuvo a punto de entrar de concejal: no lo consiguió por dos puestos. En la ciudad llevan años gobernando los republicanos y parece que eso en el colegio no les sienta del todo bien.

»El ayuntamiento de la ciudad tiene dispuesto un centro de ocio con ordenadores y distintas actividades extraescolares para los alumnos que lo dispongan a las salida de clases, con la idea de que tengan donde estar y pasar el rato, antes de que sus padres vengan a recogerlos después del trabajo. El ayuntamiento dispone de un autobús para llevarlos al centro de ocio, hace años siempre iba lleno, pero desde la llegada de Víctor Herrera comenzó a ir a menudo vacío, porque los alumnos prefieren acudir a las actividades del profesor de música que ir al centro de ocio. Eso no gusta demasiado en el ayuntamiento que decidió suspender la línea, pero no pueden hacer nada. Es como una guerra política.

—Bueno, en realidad, profesor eso que me ha contado no supone ningún delito. Una mujer es libre de acostarse con quién quiera y que una cocinera se líe con el director, no tiene nada de malo. Aunque a tipos clasistas como a usted, le parezca raro. ¿Tiene usted

algo contra el feminismo señor Albert? —preguntó enojada Jane, que comenzaba a no gustarle aquel tipo y sus ideas respecto a las actividades de sus colegas del colegio, aunque en algunas cosas llevase algo de razón como en el tema de la denominación de la aula de atención especial en vez de llamarla de madrugadores como corresponde.

—Para mí el feminismo no existe. El peor enemigo de una mujer es otra mujer. Solo hay que ver como os comportáis en el trabajo, siempre queréis ser el centro de atención de todo y os celáis de las compañeras si no lo lográis, siempre compitiendo entre vosotras para conseguirlo y ser mejores que las demás. Cuando ascienden a una compañera, no dudáis en ser las primeras en felicitarla, aunque por dentro os muráis de invidia. No sabéis trabajar en equipo.

—Eso todo es mentira. Lo que pasa es que somos mejores organizándonos, por eso funcionan mejor los hospitales y eso no os gusta nada. —replicó Jane.

—Nadie ha dicho que no seáis buenas en lo vuestro, solo que demasiado competitivas para mi gusto.

—Supongo que para usted también somos culpables por vestir de manera provocativa cuando abusan de nosotras.

—Nunca en la vida he pensado eso, cada una puede vestir como le dé la gana —protestó Albert.

No soportaba aquel individuo más. Nada de lo que decía le parecía creíble. Era un puto retrógrada. Machista y mal follado, por eso vivía solo en aquella casa. No le gustaban las feministas porque decía que odiaban a los hombres y que por culpa de ellas estaban cambiando algunos fragmentos de los textos de las más grandes obras de la historia de la literatura; sobre todo aquellos cuyas frases según el criterio del colectivo consideraban machistas. Eso según Albert iba contra la libertad de expresión y suponía un nuevo tipo de censura que terminaría con los grandes clásicos de la literatura.

—Bueno, no creo que la academia de la lengua permita eso —protestó Jane—. Y la culpa la tienen los tontos que compran esos libros modificados.

—Ya lo verás, al final los modificarán por ley y nos convertirán a todos en eunucos. Las feministas odian a los hombres.

—Es usted un exagerado profesor. Mejor dejemos ese tema que es muy delicado. No me extraña que no tenga novia con esas ideas. Vive aquí solo como un ermitaño rodeado de naturaleza. El aislamiento parece no sentarle bien —repuso Jane.

—Nada de eso. Después de pasarme el día dando clases, necesito desconectar, nada como vivir en plena naturaleza. No me interprete mal. Las mujeres me encantan, sois mucho más inteligentes que los hombres. No necesito ser feminista para darme cuenta de ello. Yo también tengo una madre y una hermana y las ayudo en lo que puedo. No te equivoques, no soy ningún bicho raro. Tengo más amigas que amigos. Para que tener una novia, cuando puedo estar con todas las mujeres que me apetezca —protestó Albert.

—Está bien. Lo siento, quizás lo he juzgado mal. Pero tiene usted pinta de no haberse comido una rosca en mucho tiempo. Ahora no se venga arriba dándoselas de Don Juan —replicó Jane.

—No lo hago. Simplemente no creo en la vida en pareja. Y menos en el matrimonio. No funciona. Las mujeres por lo general son mucho más mandonas que los hombres. En cuanto empieza la convivencia enseguida te recriminan que si dejas la puerta abierta, que si no cierras la tapa del váter, que si dejas los calzoncillos tirados en la ducha. Al final el hombre calla y obedece, hasta que un día se harta de aguantar y explota y mata a su esposa. Por eso hay tantos casos de violencia de género. Yo no quiero hacerle daño a nadie, por eso no quiero compromiso con ninguna mujer, solo me ofrezco para haceros compañía en la cama. Que por otro lado es lo que mejor se me da.

El profesor Albert tenía una incipiente calva que le ocupaba toda la frente y parte de la nuca. La nariz recta, orejas grandes y boca pequeña. No tenía nada de atractivo. Si estuviera en una isla desierta y tuviera que elegir entre acostarse con él o tirarse al mar; seguro que escogería lo segundo. Estaba empezando a sentir náuseas en su presencia. Que aquel energúmeno intentase tirarle los tejos era lo que le faltaba. Para qué ella iba a acostarse con un viejo de cincuenta años.

No lo conocía personalmente, pero cada vez le caía mejor el tal profesor Víctor Herrera y nada de lo que le había contado de él aquel energúmeno le haría cambiar de opinión. Jane no entendía a dónde conducía aquella investigación. Un hombre como Víctor Herrera que lo daba todo por los demás, organizando actividades extraescolares de manera altruista para el disfrute de sus alumnos y de los colectivos más vulnerables de la sociedad, no merecía ser investigado por el FBI, solo porque unos tontos con la carrera de magisterio como Jason y Albert hubiesen puesto una denuncia sin fundamento contra él.

Se despidió de Albert y abandonó enojada su casa. Llamó de nuevo a su superior y le contó lo acontecido durante la entrevista con el profesor. Bruce quedó satisfecho y le dijo que no era necesario que hablase también con el orientador que puso la otra denuncia, posiblemente, esta igual que la de Albert sería desestimada. La conclusión de Bruce es que estas habían sido interpuestas solo por cuestiones de índole personal por los docentes en contra de los métodos tan peculiares que Víctor practicaba en el centro. No le interesaban para nada las ideas de unos o de los otros.

Le ordenó a Jane regresar junto al agente Liam para mirar si averiguaba algo más de la caída de Víctor al acantilado. Había decidido anular el orden de registro de la casa. No había ningún indicio de delito por parte de Víctor Herrera para que el juez de instrucción la aprobase. En cuanto localizasen a su esposa para que atestiguase que todo había sido un accidente, cerrarían de inmediato el caso y Jane podría seguir con sus vacaciones. Si no presentaban nuevas pruebas pronto, el juez no tardaría en hacerlo y Jane Barret estaba segura de que no encontrarían nada.

Capítulo 5

El muelle unía el puerto con la isla de Whaler de la que partía un largo brazo formado por una barrera de sedimentos que protegía a las escasas embarcaciones del fuerte oleaje del Pacífico. Un espigón separaba el puerto de una inmensa playa, donde una línea de bungalós de planta baja con madera tintada de verde claro —al ser la única construcción permitida en la zona— se mimetizaba perfectamente con el paisaje. El techo era de chapa galvanizada y las puertas correderas que daban a un enorme porche eran de aluminio.

Andrea sabía que el estar tan cerca de la ciudad, no era lo mejor para esconderse de la policía, pero no le importaba que la encontrasen; pues no tenía nada que ocultar; además estaba demasiado aturdida por las pastillas como para conducir hasta un sitio más lejano. Aquel entorno natural de la costa era maravilloso.

No estaba demasiado lejos de la casa del acantilado. No entendía como estando la casa dentro de los lindes del parque nacional de Redwood al norte de California, los anteriores propietarios habían obtenido los permisos para construirla. Su marido no encontró ningún impedimento para comprarla. Supuso que el anterior propietario la heredaría de sus ancestros, probablemente, sería muy antigua y estaría protegida como patrimonio histórico; de otra manera lo más probable era que la ley de protección de costas la mandase derribar. De todas maneras Víctor se había asegurado al comprarla de que todos los permisos estuviesen en regla.

La cercanía de la casa con la ciudad les hizo en un primer momento plantearse la posibilidad de deshacerse de su piso de noventa metros cuadrados en Crescent City, pero el matrimonio consideró mejor mantener ambas viviendas para, así, que su hija Laura pudiese pernoctar en el piso durante la época escolar y evitar los desplazamientos fuera de la urbe. Aunque al matrimonio le

gustaba más vivir en la casa que en el piso, la sensación de aislamiento que proporcionaba el entorno natural que la rodeaba, podía hacerse larga en invierno y ser perjudicial para la niña a la hora de interactuar con sus coetáneos, debido que allí solo tenía como vecino a un farero al que le faltaban la mitad de los dientes.

Solo había doce millas de la casa a la ciudad, por lo que desde lo alto del acantilado, podía verse perfectamente la silueta luminosa de Crescent City en medio de una noche estrellada. Era como divisar una nave espacial en la lejanía. Si una tenía ganas de caminar, solo había que recorrer un trecho de costa desde la casa para luego continuar por la playa durante varios kilómetros hasta alcanzar los bungalós donde se encontraba, situados a menos de una milla del puerto de la ciudad. Claro que en coche por la carretera que recorría la costa se ahorraría mucho tiempo. Era como estar en medio de un entorno salvaje pero demasiado cerca de la civilización como para sentirse aislada. De la casa del acantilado a los bungalós en coche solo llevaba quince minutos.

Lo que Andrea ignoraba era que la policía ya había localizado su vehículo en una de las cámaras aéreas que controlaban el tráfico en la costa y que el agente Liam Nelson más conocido como Lobo y la agente Jane Barret se dirigían hacia allí en ese momento.

—Es mejor que te quedes en el coche y me permitas a mí primero hablar con ella a solas —sugirió Liam.

Jane ya lo había puesto al tanto de su conversación con el profesor Albert y Liam le echó en cara que lo hubiese cabreado, sacando el tema del feminismo. Liam conocía bien a su jefa. Y su carácter excesivamente reivindicativo de activista en ciertos asuntos: no favorecía a la investigación. Uno tenía que dejar sus propias convenciones de lado al interrogar a alguien. Era una de las cosas básicas que te enseñaban al entrar en el FBI.

—Está bien. No pensé que la encontrásemos tan pronto. Daré un paseo por el puerto en vez de esperarte en el coche. Nunca he estado en la ciudad. De paso haré un poco de turismo. No te apures —ordenó Jane.

Aparcaron junto a los bungalós, Andrea estaba hojeando una revista frente al mar. Jane resopló al contemplar la figura estilizada

de la mujer que debía tener una edad similar a la de Liam. Decidió no entrometerse y se dirigió hacia el muelle, dándole la espalda a su subordinado que se dirigió hacia la maestra.

Liam, que al informarle Jane de que se había anulado la posibilidad de obtener una orden de registro de la casa del acantilado, tras su conversación con Albert, pues no tenían ninguna prueba contra el profesor y su esposa que la secundara; se había acercado a una barbería situada en una aldea cercana al faro para cortarse el pelo al estilo de Jeff Bridges en sus mejores tiempos como actor; cuando a mediados de los ochenta interpretó a Terry Brogan, un jugador de fútbol que se enamora de la novia de su mejor amigo en la película de suspense *Against all Odds*, cuya banda sonora compuso Philip Collins. Era una balada que cada vez que la escuchaba le ponía los pelos de punta. Solo le faltaba dejarse la barba para parecerse más a Jeff Bridges durante el film.

—¿Eres Andrea? —preguntó Liam, nada más acercarse.

Andrea dejó la revista sobre el banco y lo fulminó con la mirada. Se veía cansada y ojerosa por lo sucedido, pero aun así a Liam comenzó a palpitarle el corazón al tenerla cerca.

—¿Te ha mandado Víctor? ¿No serás uno de sus malditos gregarios? —preguntó Andrea tomándolo por uno de los seguidores de su método de enseñanza en el centro escolar. Al que todos denominaban el método Herrera.

—¡A mí me da igual Víctor! ¡No pretendía molestarte! —exclamó azorado Liam.

Todavía no había comenzado la entrevista y ya se sentía embriagado por aquella introvertida mujer, que no sabía cómo explicarlo, pero que tenía un algo que lo fascinaba.

—¿Cómo está mi marido? —preguntó Andrea.

—Está vivo, pero puede que jamás vuelva a caminar —contestó Liam.

—¿Quién eres? Supongo que uno de esos malditos polis entrometidos que se pasan la vida husmeando en los asuntos de los demás —preguntó enojada Andrea.

—Algo así, pero no he venido aquí para molestarte, solo quiero hablar. ¿Puedo? —preguntó señalando el banco.

Andrea asintió y lo dejó sentarse a su lado de mala gana, al menos tuvo la deferencia de apartar la revista para que pudiese hacerlo.

—Me encanta esta playa es tan larga que casi se pierde en el horizonte —dijo Liam tratando de calmar los ánimos.

—A mi hija Laura le encantaba pasear por ella.

Durante un rato Andrea le contó que su hija era uno de los ocho miembros que formaban la banda oficial del colegio. Era muy aplicada en clases y siempre estaba sonriendo. Ella, en cambio, no había vuelto a sonreír desde su muerte.

Hacía unos meses su hija se estaba bañando en aquella playa con sus amigos de la banda y al salir del agua se sentaron al lado de una nevera portátil con refrescos. Laura y Tessa lo hicieron juntas. Los padres de Tessa estaban a punto de perder la custodia de su hija, por culpa de sus adicciones. La asistenta social había arreglado los papeles para que su abuela se hiciese cargo de ella. Ser hija de un alcohólico y una drogadicta no era nada fácil. La niña sufría horrores y eso la volvía muy vulnerable.

Tessa le contó a Laura que tenía un nuevo amigo en Instagram. Se hacía llamar Spiderman. Mientras le escribía le decía que la estaba vigilando colgado en su red desde el edificio de enfrente. Spiderman era bueno y le decía que ella también era un superhéroe y pasase lo que pasase con su custodia, nunca dejaría de ser su amigo. Tessa le explicó que Spiderman era un chico muy tímido de su edad y que según él, le gustaba salir por la ventana de su habitación, colgado de su tela de araña y saltar de un edificio a otro. No tenía fotos de él en sus publicaciones, solo imágenes de su superhéroe favorito. Eso le gustó a Tessa, pues ella tampoco colgaba fotos personales en la aplicación.

Entonces Tessa le contó que a ella le gustaría ser como Spider-Woman para poder jugar con él en las alturas. «Ni lo intentes, solo los arácnidos tenemos ese poder. Te romperías la crisma contra la acera y yo no quiero que te pase nada malo»

Ella le dijo que era un hada y que podría volar donde quisiera. Sus alas tenían bordes lobulados como las hojas de un roble. Sus orejas eran puntiagudas pero las escondía dentro de la melena.

Tenía el oído muy sensible y podía escuchar desde allí como él se balanceaba en su tela de araña. Spiderman no se lo cree, pero se ríe. Le gustan las hadas y quiere volar a su lado. La envolverá en su tela y se la llevará con él.

Los contactos por mensaje por Instagram con Spiderman se repetían cada noche que Tessa llegaba abatida a su casa. Él siempre estaba allí para consolarla. Encendía el móvil que le había regalado su abuela —pues su madre se lo gastaba todo en heroína—, y se conectaba a la red para seguir hablando con Spiderman. Ella se imaginaba al niño que se ocultaba al otro lado de la línea: tímido con gafas y que se hacía pasar por un superhéroe para protegerla de todos los peligros de este mundo. Igual que Peter Parker tenía un gran corazón. Ella estaba medio enamorada de él, pero no se atrevía a decírselo, por si al saber cómo era de verdad se llevaba una decepción y dejaba de escribirle. Quién iba a querer a una renacuaja como ella con el pelo rojo y la cara llena de pecas.

El sonido de los pasos de su padre llegando a casa borracho retumbaron en su cabeza. Había golpeado la puerta al entrar bruscamente y se dirigía dando tumbos al dormitorio, donde su madre lo esperaba llena de barbitúricos para soportar la resaca que le había dejado la heroína. Mientras él se enfadaba al encontrarla adormilada y la insultaba, golpeándola en la cara, antes de desnudarla y tomarla por la fuerza. Su madre estaba tan aturdida por los fármacos que ni siquiera hacía acato de resistirse. Tessa se acurrucaba en una esquina encerrada dentro del armario de su habitación con los cascos a tope para no escuchar los gemidos de su progenitor mientras se desahogaba con su madre. En cuanto comenzó una conversación por el móvil con su amigo virtual:

SPIDERMAN:

Ya está ahí el doctor Octopus otra vez metiéndose con tu madre.

TESSA:

Es lo de todas las noches. De todas maneras ella va tan drogada por las pastillas que no se entera de nada. Luego por el día se pone quilos de maquillaje para taparse los moratones.

SPIDERMAN:

Tú no tienes la culpa de nada. Sabes que cuando nacemos es como jugar a la lotería: uno nunca puede elegir a sus progenitores, te puede tocar vivir con cualquiera. Te meten en una casa al azar con unos desconocidos, cuyo único mérito solo consiste en haberte traído a este mundo.

TESSA:

Pues vaya par me tocaron a mí. Un borracho y una drogadicta. Ojalá fuese de otra manera.

SPIDERMAN.

No te preocupes, yo seguiré vigilando desde la azotea, para que nada malo te pase.

Echaban horas hablando por la red y eso consolaba de alguna manera a Tessa, haciéndole más soportable sobrevivir en medio de aquel infierno. Laura le dijo que debía hacerle caso a su amigo de Instagram e irse a vivir con su abuela.

Nelly se acercó a ellas para unirse a la conversación, pero Tessa no quería contarle a nadie más lo de su amigo virtual. Fanny y Noah eran los dos afroamericanos del grupo, por lo que enseguida conectaron al entrar en la banda. Él era alto y ella muy culona, pero eso no le importaba a Noah que no paraba de comerle la boca, mientras Elías —el chico mexicano de la pandilla—los miraba de reojo.

—¡Para eso podíais haberos quedado en el barrio! ¡Vaya para de chingones! —exclamó Elías.

—Déjalos tranquilos, mariachi. Están enamorados y no se meten con nadie. Lo que deberías hacer es buscarte una gringa y olvidarte de ellos —intervino Marcos sacando una guitarra acústica de su funda.

—¡Pero qué haces mamón! ¡No irás tocar aquí una balada para los tortolitos! —exclamó Elías en tono de sorna.

—¡Cállate y escucha mariachi o te mando de vuelta a México! —dijo en modo imperativo Marcos.

El chico comenzó a puntear las cuerdas de la guitarra. La melodía dejó a todos petrificados. Fanny y Noah se separaron; y Laura, Tessa y Nelly se volvieron para escucharlo. Se trataba de *Against All Odds* de Philip Collins. Una de las baladas más icónicas jamás compuestas

en la historia de la música. Al empezar a tocarla se les puso a todos la piel de gallina.

¿Cómo puedes simplemente alejarte de mí?
Cuando todo lo que puedo hacer es verte partir
Porque hemos compartido risas
Y dolor e incluso hemos compartido lágrimas.
Eres la única que realmente me conoce.

Así que mírame ahora.
Solo hay un espacio vacío.
Y no queda nada de lo que vivimos.
Solo el recuerdo de tu cara.
Mírame ahora.
Solo hay un espacio vacío.
Y que vuelvas a mi va en contra de todas las probabilidades.
Y eso es lo que tengo que afrontar.
Hay tanto que necesito decirte.
Y que vuelvas a mí es contra todo pronóstico:
la oportunidad que tengo que aprovechar.

Al terminar de cantar Marcos, los ocho aplaudieron a rabiar. Era la historia de un amor imposible y Laura pensó en un chico que le gustaba, pero nunca podrían estar juntos porque él estaba saliendo con otra. Fanny y Noah se besaron de nuevo. Elías les dijo que le daban una envidia muy cochina y si no conseguía pronto novia se volvería a México.

—Pero quién te va a querer a ti con lo bruto que eres —dijo Laura.

—Pues una gringa con las tetas muy grandes —replicó Elías y todos comenzaron a reírse de él.

Laura siempre le contaba todo lo que sucedía en la pandilla a su madre al llegar a casa. No había secretos entre ellas. Las dos eran como uña y carne. Liam se interesó por la historia de los ocho. Quería saberlo todo sobre su hija y sus amigos de la banda, pero,

sobre todo, quería saber cosas de Andrea. Una mujer que, a pesar de su situación, le parecía fascinante.

—Sabías que *Against All Odds* es mi canción favorita —dijo Liam.

—También era la de Laura. Hemos visto la película juntas más de diez veces y siempre se le soltaba alguna lágrima.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Liam, cuando ella terminó de hablar.

—Dopada hasta las cejas, de momento no me atrevo a dejar los opiáceos. A veces pierdo el sentido de la orientación y por momentos no sé dónde estoy —contestó Andrea.

—Es normal acabas de pasar un infierno. No intentes olvidarte de Laura. Debes aprender a vivir con su recuerdo. Mientras no la olvides: ella seguirá viviendo dentro de ti. Me encanta escuchar de tu boca las historias que te contaba.

—Me alegro. A Víctor no le gustaba que le hablase de ella. Está empeñado en enterrar su recuerdo. Yo no puedo, hablo a solas con ella cada día.

—Cada cual gestiona su dolor como puede. Mi abuelo hace tiempo que ha muerto y sigo consultándole cosas por las noches —dijo Liam.

—Vaya y yo que pensé que era la única que hacía esas cosas; pensé que solo era una maldita chiflada, y que debían de encerrarme en un manicomio.

—De eso nada. Estoy seguro de que eres alguien muy especial. Eso se nota. Nunca he conocido a nadie como tú. Me pareces una mujer impresionante.

El comentario de Liam cogió a Andrea desprevenida, que hacía tiempo que no estaba acostumbrada a ese tipo de halagos, y una tímida sonrisa se dibujó en sus labios por primera vez después del accidente en que perdió la vida su hija Laura.

—¡Estás loco! ¡Debo de tener una pinta horrible! —exclamó Andrea sonrojándose.

—¿Qué te parece si nos vamos a dar un paseo por la playa? —preguntó Liam.

—Menudo policía estás hecho. Ni siquiera vas a preguntarme si empujé a Víctor por el acantilado —respondió Andrea ignorando su

pregunta.

—¿Lo hiciste?

—No, pero me gustaría haberlo hecho. Hace tiempo que debería haberme separado de él. No lo hice para que Laura no sufriese por nuestra culpa. Ahora que no hay nada que nos una, voy a solicitar los papeles del divorcio.

—¡Vaya! ¡Lo siento! ¿Qué me dices de ese paseo? —insistió Liam.

—Está bien —aceptó Andrea—. Hay cosas que quiero contarte que nunca le he contado a nadie sobre Laura y sus amigos. La echo tanto de menos. Además me vendrá bien caminar un poco por la playa. Estoy harta, no he hablado con nadie de lo ocurrido después del accidente, si no suelto lastre me volveré loca.

—Estaré encantado de escucharte —dijo Liam.

—La playa es muy larga y todavía no es muy tarde. Con un poco de suerte llegaremos a tiempo para contemplar la puesta de sol desde el acantilado situado al final del arenal. A Laura le gustaba mucho un chico de la banda, pero esa historia te la contaré más tarde, mientras caminamos —dijo Andrea, abandonando el banco y entrando en el bungaló para coger una chaqueta, todavía estaban a finales de abril y a esas horas comenzaba a refrescar.

Al salir con la cazadora vaquera puesta, el pelo suelto, un vestido blanco con elaborados bordados cuyo borde de la falda le caía con elegancia justo por encima de las rodillas: le lanzó una mirada que penetró en Liam como un sunami capaz de provocar un naufragio como en el que perdieron la vida los cuarenta marineros del buque irlandés *Insigne* al chocar contra el espigón al borde de la casa del acantilado. Todo tembló dentro de Liam, el agente parecía caer presa de una marejada; consciente de que no lograría nadar hasta la orilla; decidió dejarse engullir por aquellas aguas tenebrosas a las que lo arrastraban los encantos de aquella arrebatadora mujer que debía ser de su misma edad. Andrea consciente de su momentánea turbación, tiró levemente de su brazo para que lo acompañase hasta la playa.

Capítulo 6

Laura era la chica más intelectual del grupo. Se veía claramente que estaba a otro nivel y no solo era por sus buenas notas en clases sino que además era la única con una situación económica estable. El resto de la banda eran chicos con problemas de integración social, provenientes algunos de familias desestructuradas o de pocos recursos económicos. Su padre decidió hacer una excepción con ella para que le ayudase a la hora de reinsertarlos a todos en la dinámica del colegio.

Marcos trataba de sacarse un dinero extra tocando la guitarra en la playa para los bañistas y Tobías lo acompañaba en ocasiones con el bajo. De los dos fue Marcos por su sensibilidad el que conectó antes con Laura. Salían a pasear juntos por la playa, cogidos de la mano y escribieron un guion entre ambos para interpretar en clases de teatro. Una de las actividades extraescolares voluntarias que dirigía el padre de Laura.

La función final resultó un éxito para ambos ganando el primer premio del concurso que organizaba Víctor cada año antes de las vacaciones de navidad. Habían escrito una versión moderna de Romeo y Julieta en la que él en vez de suicidarse decide enfrentarse a sus allegados para permanecer al lado de ella. El nivel intelectual de Laura era claramente superior al resto de los participantes y aunque se había merecido el galardón de mejor dirección e interpretación durante su magistral puesta en escena sobre el escenario: pronto surgieron las voces de algunos de sus detractores que la acusaron de ganar por su parentesco directo con el director de artes escénicas que en realidad era el profesor de música ejerciendo de nuevo funciones que no le correspondían según su colega Albert Wilson que por entonces todavía no se había enfrentado directamente a él, hasta el punto de decidir abandonar

posteriormente el centro debido a sus continuos desacuerdos con la dirección.

La envidia en ese caso carecía de lógica, pero ante la falta de talento de sus rivales, solo les quedaba hacer caso de un recurso que sus detractores, no manejaban del todo bien como era la sátira. Algo que se le quedaba grande al profesor Albert y a sus partidarios. Aunque la mayoría de esos detractores preferían mantenerse en la sombra por miedo a las represalias de la dirección, solo, el profesor Albert decidió enfrentarse a Víctor, aunque no lo hizo abiertamente hasta haber abandonado el centro meses más tarde. Aunque en realidad no fue el único, el orientador Jason también había puesto una denuncia contra Víctor.

Marcos la había besado en alguna ocasión durante la obra y no tuvo que esforzarse en interpretar ningún papel para hacerlo con pasión. En esos momentos era el Romeo más enamorado del mundo y Laura su Julieta. Los dos estaban comenzando a salir juntos, cuando sucedió algo inesperado que lo complicó todo.

Al comienzo de curso, Víctor Herrera les había pedido a sus alumnos que desnudasen su alma durante unos segundos sobre el escenario, interpretando un monólogo, donde con su valentía descubriesen sus secretos más íntimos y no escondiesen nada. Se trataba de mostrarse cada uno tal como es, para que los demás lo conociesen, sin tapujos, y así se encontrase más cómodo con sus compañeros durante el curso. Era la manera que tenía Víctor de enseñarle a cada uno a aceptarse a sí mismo y que los demás lo respetasen tal como era desde el principio para así evitar que se produjesen situaciones desagradables para todos. Y con su método brillante logró una vez más triunfar y erradicar los abusos dentro y fuera de las aulas de un plumazo. Hizo mención de ello en su libro *La sonata de los pitufos* en un capítulo dedicado al Bullying.

Eso lo aprovecharon algunos alumnos para salir del armario, otros como Tessa y Nelly les desvelaron a todos el drama familiar que vivían en sus hogares con sus familias. Noah confesó su precocidad sexual que lo obligaba a masturbarse varias veces al día delante de un espejo, pues estaba orgulloso del tamaño de su miembro y le gustaba verlo. Cuando lo hizo, todos rieron, pero Víctor

los mandó callar y agradeció a Noah su franqueza al abrirse a los demás.

—Lo que haces no es nada malo y es normal a tu edad. No debes sentirte culpable por ello pero deberías centrar más tus energías en algo más productivo como mejorar tus calificaciones y aprender mejor las partituras en clases de música.

En general todos fueron muy sinceros durante sus monólogos, menos Marcos que había ocultado su problema a los demás, aunque lo hizo de manera magistral sin que nadie se enterase. Por eso cuando en ausencia de sus padres Laura lo invitó a su piso en la ciudad para que la desflorase, ella no dudó en ser la primera en quitarse la camiseta para mostrarle sus pechos, Marcos hizo lo mismo dejando al descubierto entre su pecho velludo un sujetador deportivo que ocultaba su transexualidad.

Llevaba tiempo hormonándose en secreto, por lo que, a pesar de no haber nacido mujer, le había crecido el bello por todo el cuerpo de manera desmesurada y todos en clases creían que era un chico. En realidad era un chico trans o alguien que atrapado en el cuerpo de una chica se sentía chico por todos los poros de su piel.

—¿Qué eres? —explotó Laura consternada.

—Lo siento soy un chico trans, quería explicártelo antes, pero tenía miedo de que me dejaras cuando lo descubrieses —contestó Marcos.

—¡Me has mentido! Siempre has presumido de ser el más sincero del grupo, pero solo estabas interpretando un papel, igual que durante la obra de teatro. Yo te abrí mi corazón y tú me has engañado. ¡Lárgate de mi casa! —exclamó Laura enojada.

Él intentó darle explicaciones, pero ella se negó a escucharlo. Marcos abandonó el piso llorando y su relación con Laura se rompió, haciéndose añicos igual que su corazón. Marcos aunque había nacido niña, siempre se sintió un chico. Desde niño le gustaba jugar con coches y espadas láser. Sus padres pronto dejaron de regalarle muñecas, pues las desmembraba y les arrancaba la cabeza. Además insistía en mear de pie en los lavabos de caballeros, a pesar de que el chorro no siempre le salía recto, pero lo disimulaba como podía.

Llevaba un tiempo hormonándose, a pesar de la oposición de sus padres. Gente humilde que no llegaba a final de mes. No disponían de un seguro médico que cubriese ese tipo de tratamiento, por lo que al cumplir los dieciséis años, lógicamente, no pudieron impedir que Marcos invirtiese parte de sus ahorros destinados a la universidad en ello. Sus padres le suplicaron que esperase al menos a tener veinticinco años, antes de tomar esa decisión y si para entonces todavía seguía pensando en hormonarse, ellos le pagarían el tratamiento.

Le insistieron especialmente en los peligros que supondría para su salud el hormonarse tan joven. Las posibilidades de desarrollar un cáncer se multiplicaban y si se operaba los genitales, los problemas de próstata casi estaban asegurados. Marcos les dijo que aceptaba las consecuencias y era consciente de los peligros. Otros desarrollaban tumores igual, sin haberse hormonado nunca, ni sometido a ninguna operación para cambiarse de sexo.

Ante el disgusto de sus progenitores, Marcos les dijo que de momento solo se iba a hormonar y no pensaba operarse los genitales, pero les ocultó que estaba ahorrando para hacerse una mastectomía. La idea de extirparse el tejido mamario asustaría tremendamente a sus padres, por eso pretendía hacerlo a sus espaldas.

Laura se sentía engañada, si hubiese confiado en ella y se lo hubiese dicho desde el principio, todo resultaría de manera diferente. Podrían mantener relaciones igual utilizando un pene de plástico, pero que le ocultase algo tan importante, minó toda la confianza que tenía en él. Si lo engañaba con eso, cuántas más cosas podía esconderle.

Desde ese momento, Laura se distanció de Marcos durante el resto del curso, y en clases de interpretación cambió de compañero y se decantó por Tobías. Los continuos ensayos con aquel chico rubio de ojos claros, paliducho y tímido, lograron que terminase cogiéndole cariño. Ensayaban en el piso de ella y estaban preparando la actuación para la última evaluación del curso. Un día durante un ensayo se besaron y Laura sintió curiosidad por todo lo demás. Ella se quitó la camisa y el sujetador, mientras lo ayudaba a

desnudarse. Tobías estaba rojo como un tomate pero permitió que ella lo masturbase antes de montar a horcajadas sobre él, tras ponerle previamente un preservativo con la boca. Laura era la primera vez que hacía tal cosa, pero lo aprendió en un tutorial de sexología en YouTube. En principio todo salió bien: sexo seguro y parecía que Laura había encontrado un nuevo chico.

Por su parte Marcos no se quedó atrás y comenzó una nueva relación con Nelly. A la que no le importó su sexualidad, pues ella se consideraba pansexual y llevaba tiempo utilizando vibradores para satisfacerse. Marcos hacía de hombre con un cinturón que portaba un pene de plástico que introducía dentro de ella. Nelly era muy descarada y eso le gustó a Marcos de ella. No tenía miedo a probar cosas nuevas y disfrutaba a tope de la vida. En cambio en su casa era muy reservada debido a que a su madre no le gustaba que pasase mucho tiempo fuera. Eso la atormentaba bastante pero aceptó la dependencia de su madre debido a su obesidad y otros problemas de salud.

—Es una maldita zampabollos. No permitiré que me arruine la vida. Mi padre apenas viene por casa, seguro que ya tiene una amante. Mi madre está demasiado gorda para atraer a cualquier hombre. Él viaja constantemente por todo el país, a veces tarda semanas en volver y me deja sola con esa psicópata —advirtió Nelly.

—Lo siento mucho. No te deprimas por ello, pronto te irás a la universidad y la perderás de vista —la tranquilizó Marcos.

Entre los dos pasaban horas ensayando para intentar ganar el próximo certamen de teatro. Sin embargo fue Laura quien volvió a ganarlo acompañada de su nueva pareja Tobías. El guion de la obra trataba sobre su historia de amor con Marcos, interpretado por Tobías que hacía de chico Trans, en ella Laura dejó entrever sus sentimientos por él, que todavía parecían estar demasiado candentes, a pesar de su relación con Tobías. Laura no le había contado a nadie lo ocurrido con Marcos, solamente a su madre, por eso Tobías no sintió celos durante su interpretación de un transexual y todo resultó un éxito. Laura se metió tanto en el papel, que tras descubrir que su amante era transexual, se salió del guion y en vez de abandonarlo como sucedió en la vida real, rompió en lágrimas

aceptando su sexualidad y arrancando los aplausos de un público enardecido. Estaba claro que Laura continuaba confundida respecto a lo que sentía por Marcos, pero seguía sin aceptar que él se escondiese como un cobarde ante los demás con una máscara de hetero sin serlo. Nadie salvo ella y Nelly sabían en el colegio que era un chico trans.

Durante el verano Laura continuó saliendo con Tobías, pero no volvió a tener relaciones con él. Estaba confusa y dentro de ella, no lograba sacarse de encima el recuerdo de los buenos momentos pasados con Marcos. Andrea que estaba al tanto de su problema, le contó al agente Liam que al principio no sabía que aconsejarle a su hija. Por una parte veía como ella seguía colada por Marcos, aunque por otra, sus prejuicios respecto a los transexuales la impulsaban a no entrometerse en los sentimientos de su hija. Y no era porque tuviese alguna esperanza de que lo suyo con Tobías fuese adelante. Andrea no era tonta y sabía que entre su hija y el muchacho no había ninguna posibilidad de que tuviesen un futuro juntos. Aunque tampoco la veía con un transexual. A Laura siempre le gustaron mucho los chicos y no le encajaba que se enamorase de otra chica, por muy hombre que esta se creyese.

Liam asintió percatándose de lo complicada que se presentaba la situación para Andrea como madre, debatiéndose entre su moralidad y los sentimientos de su hija.

Mientras caminaban al lado del mar, descalzos, Andrea no dejó de hablarle de su hija en presente, como si todavía siguiese viva y Liam lo sintió así, como si el corazón de Laura todavía continuase latiendo entre ellos.

Al comienzo del nuevo curso, Marcos que había pasado un verano fantástico con su nueva novia Nelly, decidió desvelar su identidad sexual, interpretando un largo monologo encima del escenario delante de todo el colegio. Lo que arrancó el aplauso de todos. Nelly estaba orgullosa de que al fin hubiese salido del armario y Laura que terminaba de romper su relación con Tobías se alegraba también de que lo hubiese hecho. Marcos estaba atravesando un buen momento en su relación con Nelly, por eso cuando Laura arrepentida de

haberlo rechazado, intentó recuperar lo perdido declarándole de nuevo su amor; fue Marcos esta vez quien la rechazó.

—Lo siento Laura. Sé que acabas de romper con Tobías y lo que sientes por mí es real, pero también sé que a ti te gustan más los chicos que las chicas y, de momento, no tengo claro si me cambiaré de sexo. Es una operación muy peligrosa y puede traerme problemas a la larga. Lo cierto es que ya no sé si quiero quitarme los pechos. Nelly me acepta tal como soy y, al contrario de ti, no ha tenido que esforzarse nada para ello.

—Me alegro de que os vaya bien. Te lo mereces. Siempre me tendrás como amiga —dijo Laura entre lágrimas.

Marcos se limitó a encogerse de hombros. Lo cierto era que si pensaba operarse los pechos, porque no se sentía bien con su cuerpo, pero de momento prefería que nadie lo supiese, ya que no disponía de dinero para ello. En cuanto a lo de más abajo, no lo tenía tan claro. Una cosa era quitarse el pecho y otra ponerse un pene. Ello le podría traer problemas de próstata a la larga y no se imaginaba meando sangre cada vez que acudía a la llamada de la naturaleza. Además le gustaba como Nelly le tocaba y disfrutaba haciendo tijeritas con ella. Es más no pensaba operarse mientras existiesen las prótesis con penes de goma para satisfacer a su pareja. A Nelly le fascinaban esos artilugios.

Ella le había explicado que el órgano sexual femenino era la base de todo. El masculino solo era producto del desarrollo del clítoris, debido a la existencia del cromosoma "Y", del que carecen las mujeres que solo tienen dos cromosomas "X", mientras que los hombres tienen uno "X" y otro "Y". El cromosoma "Y" según Nelly forma parte del genoma humano y termina alargando el clítoris y parte de la vulva hasta transformarla en un pene. Es parecido al proceso que utilizan los cirujanos a la hora de realizar una *metoidioplastía*, —para transformar un órgano femenino en masculino— conservando toda la sensibilidad y la capacidad del nuevo miembro viril de alcanzar un orgasmo. Era el proceso que más le gustaba a Marcos, aunque después si el tamaño de su pene no le convencía, siempre podía optar por una *faloplastia* para aumentarlo.

Nelly le insistía en que no se operase, pues ya tenía una vagina que era la base de todos los penes del mundo y la puerta a la vida de todo ser humano. Todo pene surgía de un clítoris. En realidad lo único que aportan los hombres son los espermatozoides, sin los cuales las mujeres no podrían reproducirse. Por eso desde que la conoció, Marcos estaba pensándose seriamente lo de ponerse algo tan inútil como un pene.

La manera de encogerse de hombros de Marcos, Laura no supo cómo interpretarla. Si como un asentimiento de que aceptaba su amistad o en el fondo era que le importaba un comino. Supuso que sería lo último porque él no se inmutó cuando se lo dijo. Laura se despidió de él con la cabeza gacha y se apartó de su camino. Lo cierto era que Marcos llevaba razón, resultaba irrelevante lo de su amistad, puesto que los sentimientos que les habían unido en el pasado eran tan profundos, que no cabía en ellos otro tipo de relación que no fuese amorosa.

Después de aquello, Laura y Marcos no volvieron a hablar a solas durante el resto del curso. Solo se comunicaban mediante las típicas conversaciones grupales cuando los chicos de la banda se juntaban en la playa. Nelly conocedora de su pasado permanecía vigilante de que no fuese de otra manera. Laura seguía enamorada de él, cuando perdió la vida en el accidente. Nunca logró reunir el valor suficiente para volver a decírselo, pues no quería interferir en su relación con Nelly.

—¡Vaya lamento lo sucedido! ¡Laura debía de ser una chica estupenda! —exclamó Liam refiriéndose a ella esta vez en pasado.

—Lo es, todavía no me acostumbro a que esté muerta —dijo Andrea hablando de ella en presente.

—No lo está. En tu corazón siempre estará viva —apuntó Liam

—No es verdad. Está muerta y no volverá, debo de aprender a aceptarlo —dijo Andrea.

—Tienes razón, quizás sea lo mejor —dijo Liam.

—Sabes antes de llegar tú, me acerqué hasta la playa y ella me habló. Me dijo que tenía que vivir y eso es lo que pienso hacer —dijo Andrea, sonriendo levemente por segunda vez desde que se conocieron.

Liam le devolvió la sonrisa y se dejó mecer por aquella cautivadora mirada.

—¿No te dijo nada más? —preguntó Liam.

—Sí, pero eso no pienso decírtelo, no al menos de momento —dijo Andrea no pudiendo evitar sonrojarse levemente.

—A veces los muertos quieren que sus seres queridos los olvidemos para poder realizar el tránsito al otro lado tranquilos: si continuamos recordándolos nunca podrán irse del todo y permanecerán atrapados en el limbo de nuestra memoria para siempre. Por eso debemos dejarlos marchar, sin más —apuntó Liam.

Andrea se agachó para recoger una concha del suelo y la observó a contraluz. Era blanca con listas marrones divididas por estrías que partían de su base hasta los bordes. Liam hundió los pies en el agua y continuó caminando a su lado hacia los acantilados, esta vez en silencio. Le gustaba su compañía. Era una mujer con personalidad pero movimientos pausados que le trasmitían tranquilidad. Estaba deseando ver la puesta de sol a su lado.

Supuso que ella debía de ser tan apasionada como su hija Laura y deseó que igual que hacía Laura con sus amantes, Andrea también se quitase la camiseta delante de él. Debía de tener los pechos más hermosos del mundo. Aunque después de escuchar la historia de Laura de su boca, le estaban entrando ganas de darse un baño pero se contuvo. Andrea tenía una voz con algunos matices graves pero sin perder una ápice de su naturaleza femenina que le resultaba agradable a los oídos y en ocasiones le ponía la piel de gallina.

—A partir de mañana pienso empezar a dejar los opiáceos. Tienes razón, es hora de que deje marchar tranquila a Laura, no quiero mantenerla atada por mi culpa a este mundo —dijo Andrea.

—Me parece una idea estupenda —dijo sonriendo Liam y esa sonrisa le salió de lo más profundo del alma.

Segunda parte

REDES

Capítulo 7

El centro escolar tenía un muro central de ladrillo rojo con la puerta corredera automática que se abrió cuando el sensor de movimiento detectó su presencia en la entrada. La agente Jane ignoraba que un recinto de esas dimensiones tuviese tantas modernidades. Algo poco frecuente en un colegio estatal que dependía del presupuesto que destinaba para educación el estado. Cansada de caminar por el muelle, había decidido acercarse hasta allí para intentar hablar con sus dirigentes. Las clases hacía tiempo que habían terminado pero la verja de la entrada todavía estaba abierta y había luz en el interior.

La estructura del edificio tenía forma de poliedro donde se ubicaban las escaleras de acceso a las aulas en la primera planta, mientras que las oficinas se encontraban en la parte baja donde estaba ella. Entró en secretaría y vio a Dave muy ajetreado con aspecto de pesadumbre. El hijo del farero la reconoció al momento y le tendió la mano en señal de bienvenida. Le dijo que acababa de visitar en el hospital a su colega Víctor, pero los médicos lo tenían sedado y no pudo hablar con él.

—¿Tengo entendido que los dos sois uña y carne? —preguntó Jane.

—Nos conocemos desde críos. Ambos estudiamos juntos en este centro. ¿Quién nos diría que años más tarde terminaríamos trabajando aquí? Es un tipo estupendo. Los médicos dicen que probablemente no volverá a caminar. Es una desgracia —contestó Dave.

—¿Conoce algún motivo por el cual su esposa lo pudiese haber empujado al fondo del acantilado? —preguntó Jane.

—Me comentó que últimamente Andrea estaba muy esquiva con él; sobre todo desde la muerte de Laura. Es todo lo que puedo decirle —contestó Dave.

—Tengo entendido que ejerce usted de jefe de estudios y de delegado sindical del centro. ¿Cómo se lleva lo de ocupar dos puestos tan divergentes? —preguntó Jane.

—No son tan distintos. De lunes a miércoles me dedico a mis funciones como jefe del personal docente. La puerta de mi oficina está abierta para todo lo que necesiten los profesores. Los jueves ejerzo de delegado sindical y los viernes me dedico a la coordinación de las actividades académicas; como la elección del temario que se dará en clases, la elaboración de los exámenes, etc…

—Ya veo que lo tiene todo muy bien organizado. Ahora solo le falta convencer a su padre para que arregle la dentadura —comentó Jane.

—Eso ya es más complicado chica. Mi padre es un desastre. Sabías que de joven nos abandonó a mí y a mis hermanos para irse a vivir a una comuna hippie en Hawái. Echó más de cuatro años con ellos y regresó a casa en los huesos y sin un duro.

»Él sabía que mi madre tenía un buen puesto de trabajo. Era funcionaria del gobierno y ganaba un buen sueldo, por eso no dudó en abandonarnos con ella. Al regresar de las islas, mi madre le consiguió el puesto de farero para que no se muriese de hambre, a cambio, de que le firmase los papeles del divorcio. Luego más tarde se reconciliaron, pero mi madre no quiso que viviese con nosotros, porque ya no se fiaba de él.

—¡Vaya! ¡Lo siento! No lo sabía.

—Mi padre es un desastre. Se lo gasta todo en tabaco en vez de pagarse un buen seguro médico. La compañía aseguradora del servicio portuario solo se hace cargo de la extracción de las piezas defectuosas y, mi padre necesita varios implantes para arreglarse la boca.

—Entiendo —asintió Jane.

—Estoy intentando tramitarle una ayuda en servicios sociales para que le suministren alimentos básicos como arroz, pan, huevos, pasta, conservas, cereales, piezas de fruta y leche. Con la intención de que pueda ahorrar algo para pagarle al dentista. El lunes próximo pienso llevarlo a un odontólogo para que le dé presupuesto. Es

amigo mío y me debe algunos favores, por lo que le hará un buen descuento —explicó Dave.

—Me alegro. Espero que todo se solucione pronto.

—Aquí estoy para ayudar en lo que haga falta. Ahora que Víctor va a estar de baja mucho tiempo, incluso es probable que mi amigo no pueda volver a ejercer, debo pensar que hacer con las actividades que le ayudaba a organizar; todo ya no puedo hacerlo solo sin él, ya tengo bastante con el desarrollo de mis cargos, cómo para ocuparme del resto.

»Sin duda lo echaré de menos. Ha sido un golpe muy duro para todos. Se lo acabo de comunicar a la secretaria y al director y están consternados. Ninguno de los dos se lo acaba de creer. Víctor era vital en el funcionamiento del centro y sus métodos de enseñanza ayudaron mucho en la integración de los alumnos menos aventajados.

—Lo sé, tanto como para escribir un libro de éxito. Por lo que he visto en internet, usted también es dibujante de comics en su tiempo libre. Además se encargó de ilustrar el libro de su colega *La sonata de los pitufos*. Supongo que su amigo Víctor se lo habrá agradecido. Es justo que usted se llevara una parte de las ganancias en los beneficios del libro —apuntó Jane Barret.

—Nunca le querré nada. No quiero cobrarle nada a mi amigo, después de lo mucho que ha hecho por este centro. Lo de decir que soy dibujante de comics es exagerar, solo se trata de unas viñetas, cuyos derechos cedí gratuitamente a Víctor. Él lo es todo para este colegio.

—Muy altruista por su parte. Me sorprende usted profesor. Por lo que tengo entendido también es un gran defensor de las lenguas nativas de la zona y muy apreciado por los indígenas. La mayoría fueron expulsados de sus tierras con la llegada de los colonos. Los supervivientes viven en reservas en Nuevo México. Esas reservas son conocidas como rancherías.

—Es cierto las visito a menudo. Resulta una ignominia que ocupemos esta tierra, sin ningún tipo de consideración hacia los nativos originales. Ellos son los verdaderos oriundos de la costa de Redwood. Fueron expulsados por los madereros y los buscadores de

oro para ser hacinados en reservas como criminales. Tan solo unos pocos indios continúan residiendo en la zona —explicó Dave.

El profesor no podía permitir que los niños no conociesen las costumbres de los nativos, por lo que editó un comic protagonizado por los indios para que aprendiesen su historia. Eso le valió para conseguir un puesto como académico dentro del comité de defensa del legado indígena de California. Jane le dijo que le parecía una idea genial. Uno debe de estar siempre arraigado a sus raíces. Le caía bien Dave y sentía lo ocurrido a su amigo Víctor. Al contrario del profesor Albert, Dave era un tipo agradable con el que se podía charlar de cualquier cosa.

Dave la introdujo un poco en la historia de las naciones indias y Jane fascinada, reconoció que su madre era una inuit, y ella llevaba parte de esa sangre india en sus venas. El profesor se entusiasmó al saberlo y le regaló un ejemplar de su comic sobre los yurok. Habitaban en los márgenes del río Klamath y en la costa de Redwood. Lo hacían como familias individuales y no como una tribu unificada bajo el yugo de una autoridad política. Se distinguían por llevar una cinta en la cabeza cubierta con plumas de gallo. Su economía se basaba en la pesca del salmón y la recolección de frutos. Eran seres libres y puros y vivían como tales. Su filosofía de vida coincidía bastante con la que trataba de implantar Víctor en el centro. Estaba resuelto con la ayuda de Víctor a ayudarles a los niños a encontrar su propio camino en la vida, sin dejarse influenciar por los poderes dominantes.

A Jane no se le pasó por alto que Dave se presentaba a la alcaldía de Crescent City por el partido demócrata y por mucho que intentara esconderlo, detrás de todo aquel tinglado ideológico había claros intereses partidistas en contra de sus rivales republicanos que estaban más centrados en los aspectos relacionados con la economía. Estaba claro que Dave se las daba de liberal y estaba comprometido con las causas perdidas, pero Jane intuía que aquello no lo hacía a cambio de nada como pretendía demostrar; seguramente estaba tratando de posicionarse de cara a las próximas elecciones, ganándose el favor del personal del centro y los padres de los alumnos que la mayoría votarían a su favor sin dudarlo. Si de

paso conseguía dar a conocer la cultura indígena a los niños a Jane no le parecía mal.

Anteriormente, Dave le había explicado que, a pesar de que Víctor y él solo daban clases en primaria, en las actividades extraescolares admitían también a alumnos de secundaria. Lo curioso del tema era que ambos docentes compartían una tutoría en quinto de primaria. Algo totalmente inusual, pues lo normal era tener solo un tutor por aula. En el sistema educativo de los Estados Unidos los grados estaban organizados de la siguiente manera: primaria comprendía del primer al quinto grado entre las edades de seis a once años, secundaria abarcaba del sexto al octavo grado hasta los catorce años, luego estaban los chicos de preparatoria de noveno al duodécimo grado, que terminaban a los dieciocho años antes de acceder a la universidad.

Los miembros de la banda de música que dirigía Víctor eran adolescentes y se encontraban entre sexto y octavo grado de secundaria. A todos Víctor les había dado clases en primaria y los conocía bien antes de integrarlos en la banda. Por eso cuando entraron en secundaria los escogió para que formasen parte del grupo. A pesar de que ya no les daba clases, era su manera de seguir manteniendo el contacto con ellos. En cambio, su esposa Andrea si les daba clases en secundaria, por lo que si mantenía contacto diario con ellos, cuando su marido no lo hacía. Era algo normal que Víctor al montar la banda se comunicase a menudo con ella para preguntarle qué tal se comportaban sus chicos en horas lectivas.

Andrea colaboraba asiduamente ayudando a su marido a organizar las actividades extraescolares como las clases de teatro, pero nunca quiso llevar las riendas de ninguna de ellas. Al contrario de su marido, era muy reservada y prefería estar siempre en un segundo plano. Tampoco quiso involucrarse en el organigrama de la dirección del centro, prefería limitarse a dar sus clases y mostrarles su apoyo incondicional a todos. Ella permanecía en la sombra, entre bastidores, para que su marido llevase las riendas y se limitaba a aplaudir y respaldar sus ideas. Algo que a Víctor con más afán de protagonismo, parecía no importarle.

Eso al menos era lo que Dave le contó sobre ella. Ahora solo le faltaba hablar con Liam, para que le contase la versión de los hechos de boca de la propia Andrea, sobre todo respecto a lo que ocurría en el centro.

—Bueno lo siento agente Jane, pero tengo que prepararme para informar mañana a los niños de lo ocurrido en el acantilado con el profesor, antes de que se enteren por la prensa.

La agente Jane se despidió de Dave con un apretón de manos y le dijo que pasaría por el despacho del director para hablar con él. Dave le indicó donde se encontraba. La última puerta al final del pasillo. El equipo de limpieza estaba dejando el suelo brillante en esos momentos, supuso que no les agradaría demasiado que ella dejase sus huellas impregnadas en el suelo húmedo.

Al director Arthur Hartman se le sobresaltó el corazón cuando Jane llamó a la puerta. No esperaba visitas a aquellas horas. La profesora Bonneville se subió las bragas lo más rápido que pudo y trató de alisarse la falda. Si alguien la descubría con el culo al aire, puede que ambos perdieran sus empleos y serían la comidilla de todo el colegio. Seguro que algún alumno se iría de la lengua y sus respectivas parejas se acabarían enterando y poniendo a ambos de patitas en la calle. Por suerte las esposas y los maridos de los docentes no solían visitar el centro a aquellas horas. Aunque la esposa del director, ya se había enterado de que su marido había dejado en estado a la jefa de cocina durante un calentón. Después de suplicarle de arrodillas que le perdonase, ella le permitió seguir viviendo con ella, a cambio de que se hiciese cargo de la criatura. La mayoría de las empleadas ya conocían la fogosidad de su regente y no les extrañaba nada lo sucedido.

El haber nombrado secretaria a la profesora Bonneville había sido una sabia decisión del director. Necesitaba tener a alguien cerca para que se ocupase del personal no docente del centro, que los archivos estuviesen actualizados con los expedientes de los alumnos y que tomase notas durante el claustro de profesores.

Su educación francesa, su sutileza manejando papeles y la elegancia con que movía las caderas al caminar, no tenían rival en el centro. Para Arthur nadie lo hacía mejor que Bonneville. Tampoco

resultaba extraño que se le formase una carrera en las medias, mientras se estiraba en lo alto de la escalera para coger algún archivo que el pícaro de Arthur le mandaba buscar solo para verle las bragas desde abajo. La francesa tenía una boca deliciosa y Arthur se desvivía por ella. No era la primera vez que los adúlteros se desahogaban fuera de horas lectivas en su despacho, ni tampoco sería la última.

Cuando al no contestar nadie, Jane girando el pomo con suavidad, entornó la puerta para asomar la cabeza y mirar si había alguien dentro del despacho, por mucho que ellos se empeñasen en disimularlo: no le pasó desapercibido que el profesor Albert llevaba razón al pensar que había algo entre la secretaria y el director del centro. Desde luego no se les veía muy afectados por lo que le había sucedido a su colega en el acantilado esa mañana, al contrario de lo que le había dicho Dave.

—Siento molestar, pero como nadie contestaba… —dijo Jane un poco turbada por la situación.

—Adelante. Puede pasar. ¿Quién es usted señorita? —preguntó el director fascinado por la belleza de la joven.

—Soy la agente Jane Barret. Vengo por lo sucedido al profesor Víctor. Sé que Dave ya lo ha puesto al tanto de todo, solo quería hacerle unas preguntas.

La profesora Bonneville se excusó y abandonó el despacho. Jane se fijó en el rubor de sus mejillas y en que el borde de los pezones le había empapado la camisa. La francesa se había olvidado el sujetador encima de la mesa del escritorio y el director al darse cuenta lo arrojó a la papelera.

Jane no dijo nada, pero sonrió para sus adentros. Los había cogido in fraganti, por unos momentos se imaginó a aquel enano encima de la francesa y le entraron náuseas. Era increíble a lo que se rebajaban algunas por conseguir un buen puesto. En eso llevaba razón el profesor Albert que se la imaginaba haciéndole una felación al director por debajo de la mesa. Si eso hubiese ocurrido así, probablemente, ella se hubiese llevado un buen coscorrón en la nuca contra la tabla del susto al reincorporarse; más bien Jane se

imaginaba que lo estaban haciendo encima de la mesa. El sujetador olvidado había sido una clara evidencia de ello.

El director Arthur Hartman poco añadió a lo que le contó Dave sobre Víctor. Se le veía incómodo con la situación y se excusó diciendo que tenía mucho trabajo pendiente, y si quería le concedería unos minutos dentro de una hora al abandonar el centro. Jane le contestó que no era necesario. Ya tenía suficiente información sobre lo ocurrido y era probable que en cuanto le tomasen declaración a Andrea, para confirmarles que ella no había tenido nada que ver en la caída de su marido, el caso sería tomado como lo que era, un desgraciado accidente y se cerraría para que todo pudiese seguir su curso con normalidad.

Jane se despidió del director y abandonó el colegio consciente de que estaba perdiendo el tiempo con aquello, decidió regresar a la playa para ver cómo se encontraban Liam y Andrea. Los dos parecían tener mucho de qué hablar y pensó que lo mejor era dejarlos solos. Los vio alejarse por el borde del agua hacia los acantilados y supuso que a esas horas estarían llegando al otro extremo de la playa. Seguro que a ella le vendría bien hablar con alguien fuera de su círculo habitual, después de haber perdido a su hija y de que su marido se cayese por un acantilado esa mañana.

Capítulo 8

Viernes, 19 de enero de 2024
Tres meses antes.

La playa de Crescent reunía las mejores condiciones para bañarse. Aunque estuviesen en invierno aquel día lucía un sol resplandeciente que invitaba a hacerlo. La arena tan oscura apenas se distinguía del barrón. La superficie lisa y dura era ideal para correr descalza por la arena. Desde su ruptura con Tobías, Laura comenzó a distanciarse del resto de sus amigos e iba a caminar sola. Tessa la siguió aquella tarde, sin que la viese pero al sentir unos pasos a su espalda en la arena, Laura la descubrió y le dijo que excusaba esconderse para seguirla. Si quería podía acompañarla a la playa, siempre que le apeteciese. Solo ella los demás no. Tessa le preguntó por qué: Laura le respondió que ella era una amiga especial y el resto del colegio incluidos los compañeros de la banda ya no le interesaban. Desde entonces ambas entablaron una estrecha amistad que les duró casi hasta el día del accidente en que perdió la vida Laura un par de meses más tarde.

Las dos niñas se metieron al agua y nadaron durante bastante rato juntas. Según se alejaban de la orilla: una especie de adrenalina recorrió sus cuerpos advirtiéndoles del peligro. El mar podría devorarlas y sus penas terminarían para siempre. Una gaviota pasó cerca de sus cabezas y Tessa asustada sugirió que era mejor regresar. La marea estaba subiendo demasiado y era peligroso continuar nadando mar adentro. Laura le hizo caso, pues el viento soplaba muy fuerte y la resaca podía alejarlas mucho de la costa. Las dos regresaron juntas, nadando a buen ritmo y pronto alcanzaron de nuevo la orilla, para al salir del agua ir a secarse con las toallas.

Laura sabía que Tessa pese a su difícil situación familiar —terminaba de mudarse a vivir con su abuela— era una chica muy inteligente; aunque bastante retraída debido a la falta de afecto por

parte de sus progenitores. No siempre había sido así, cuando tenía nueve años sus padres la llevaban con ella de vacaciones y le prestaban todo tipo de atenciones. No consumían y llevaban una vida normal. A menudo Tessa añoraba esa época, en la que eran una familia de verdad, reinaba la armonía en el matrimonio y su madre la abrazaba continuamente, mientras su padre jugaba a menudo con ella.

Todo cambió cuando echaron a su padre del pesquero por no cumplir con las capturas pactadas, después de una mala temporada de pesca. Entonces su padre era feliz faenando en el mar y solo abusaba de la bebida al pasar mucho tiempo en tierra. El océano le producía una especie de paz mental que le daba equilibrio. Al no poder faenar, su humor empeoró y tuvo que aceptar un empleo en una cervecera. El trabajo en cadena lo mataba y echaba de menos el aire libre.

Para evitar deprimirse comenzó a beber, pero el alcohol nunca soluciona las cosas; más bien siempre las empeora. Llegaba malhumorado a casa y dejó de cumplir con sus obligaciones conyugales en la cama. Su mujer se aburría tremendamente durante su ausencia y en vez de buscarse un trabajo para colaborar con el mantenimiento de su familia, comenzó a inyectarse heroína a escondidas.

Un día el padre de Tessa descubrió una jeringuilla en el sillón del salón y le dio una paliza a su esposa. Le asqueaba el caballo y no paró de golpearla durante un rato. Ese día al ver a su madre con los ojos amoratados, Tessa descubrió que su padre era un monstruo y su madre una yonqui.

Luego sobrevino un largo periodo

de distanciamiento entre sus padres y ya nada volvió a ser igual. Su madre ya no volvió a sonreír, y su padre perdió el trabajo en la fábrica y un día estando muy borracho en el muelle se cayó al mar, pero sus antiguos compañeros de faena lo vieron y se lanzaron al agua para sacarlo a flote. Los pescadores lo rescataron y lo dejaron resoplando y expulsando agua de los pulmones durante un rato. Estaba tan borracho que al día siguiente no recordaba nada de lo sucedido.

Cuantas veces pensó que hubiese sido mejor que se ahogase. No soportaba ser el único que aportaba dinero para mantener a una yonqui y una mocosa que apenas sacaba los cursos adelante en el colegio. Le asqueaba su vida. Notaba como su hija lo miraba con una mezcla de miedo y repugnancia, cada vez que molía a su madre a golpes. Solo era cuestión de tiempo que la niña también recibiese. Seguro que su hija preferiría verlo muerto, antes de que le pusiese la mano encima a ella también. Por eso se escondía de él, cada vez que llegaba borracho a casa.

Hasta la pérdida de trabajo en la flota pesquera su padre nunca le había puesto una mano encima a su madre. La familia vivía en un clima de aparente tranquilidad. Con el sueldo que recibía por las capturas del pesquero en que trabajaba cubrían todos los gastos de la casa. Ese atisbo de estabilidad no duró mucho. Con la pérdida del trabajo su padre comenzó a beber como un cosaco y cada vez se comportaba de manera más agresiva. De repente la vida de los Morgan se convirtió en un infierno.

Su abuela tuvo que hacerse cargo de ella para evitar que un día su padre la moliese a palos al confundirla con su nuera. Los servicios sociales habían actuado con rapidez, amparados en la ley de protección del menor, alejándola de aquel matrimonio de psicópatas.

Lily Morgan era una sexagenaria que vivía sola en una mansión de las afueras. La casa era enorme y desde su llegada, Tessa notó una especie de frialdad que lo empapaba todo, no solo en la decoración, demasiado adusta para su gusto, sino también en el trato personal de su abuela con todo lo que la rodeaba. Era una mujer de carácter rígido y muy pocas palabras. Lo cual asustaba a la niña.

Los cuadros de sus antepasados estaban por todas partes y los jarrones de porcelana con flores de lirios parecían puestos para un velatorio. Lily le dejó claro a su nieta desde el principio que allí no iba a recibir más afecto que las estatuas griegas que decoraban el jardín.

Las faltas de disciplina serían castigadas con una azotaina en el trasero, por lo demás, no le faltaría comida, ni ropa. Ella a cambio

debía comportarse de manera ejemplar como una buena chica católica y mostrar respeto por la mano que le daba de comer. Su abuela era muy sebera con ella, no tenía reparos en abofetearla cuando la desobedecía. En eso de la mano larga se parecía a su hijo. La pobre Tessa que había huido de él para evitar ver como golpeaba a su madre, pues a ella nunca le había tocado, terminó recibiendo azotes y bofetadas de la abuela salvadora.

Eso sí: Lily siempre ponía sumo cuidado en no dejarle marcas y no se excedía con los golpes. Nada que ver con lo que podría hacerle su padre, si alguna vez llegaba a ponerle una mano encima. A aquellos azotes, a su abuela le gustaba llamarlos castigo divino. No era ella la que le pegaba sino el Espíritu Santo para que se comportase con decoro como una buena chica católica.

—El dolor no es lo mismo que el maltrato. El dolor es para que aprendas a comportarte como una buena cristiana. El maltrato solo sirve para humillar a un semejante y por eso es pecado, como hace tu padre con tu madre. Las bofetadas del Espíritu Santo son para que tu alma se espabile y no se desvié de la senda correcta —explicó Lily a su nieta, cuando la abofeteó por entrar en casa con el calzado manchado de barro.

—Lo siento abuela, no me di cuenta.

—¡Pobre criatura! ¡Estabas acostumbrada a comportarte como un animal! No es culpa tuya, pero eres lista y aprenderás a cumplir las normas. Vete a tu habitación a estudiar —ordenó su abuela—. Yo te convertiré en una mujer de provecho para que no termines como tu padre. Con él fui demasiado indulgente y mira como acabó. No cometeré el mismo error dos veces. Debes estudiar mucho para no terminar como tus padres. Cada vez que suspendas recibirás cien azotes en el trasero y serás castigada sin salir hasta que traigas buenas notas. Todo esto lo hago por tu bien.

—Lo sé. Gracias abuela, no la defraudaré —dijo Tessa con los ojos empapados de lágrimas por el tortazo recibido.

Entró en su habitación y se puso a hacer los deberes, no podía volver a suspender o acabaría con el culo como un mandril. La ventana tenía vistas al mar y el mobiliario era clásico pero robusto. Estaba compuesto por una cómoda, un escritorio, un armario de dos

puertas y una cabecera de madera de castaño, sobre la que colgaba un crucifijo de bronce.

Laura le prometió ayudarla con las asignaturas en las que flojeaba. Por las tardes las dos estudiaban juntas en la playa, lejos de donde se colocaba el resto de la pandilla, entre unas peñas para que no pudiesen verlas y así evitar distracciones. Laura era muy buena en Lengua y Literatura, pero también se le daban bien las Matemáticas y las Ciencias Naturales.

La sobriedad de su abuela le exigía ir siempre vestida de punta en blanco; generalmente con chaqueta y camisa, por eso para que no se le arrugase la ropa, la colocaba doblada sobre las rocas. Antes de ponerse el bañador, solía atarse un fular a la cintura, para que nadie la viese desnuda. A Laura le hacía gracia el excesivo decoro mostrado por la muchacha. En aquella zona de la playa no había nadie y a ella no le daba reparos que su compañera la viese desnuda.

—Excusas taparte delante de mí, no te va a ver tu abuela —. Se reía Laura.

—Sí, pero a lo mejor me ve el Espíritu Santo y se lo cuenta —dijo Tessa, siguiéndole la broma.

—El Espíritu Santo debe de ser un soplón —replicó Laura.

—Lo siento, si alguien me ve y se lo cuenta a mi abuela, seguro que me caen cincuenta azotes. Mi abuela dice que no dejan marcas, pero duelen bastante y se me pone tan rojo el culo que no puedo sentarme en horas —explicó Tessa.

—Pues, no te digo nada de lo que puede hacerte si te coge masturbándote —añadió Laura.

—Si alguna vez lo hago, espero que nunca se entere mi abuela o la llevo clara.

—¿Es que nunca lo has hecho? —preguntó Laura.

—Bueno, prefiero no hablar de eso —contestó Tessa sonrojándose.

—Vale, basta de cháchara y vamos a darnos otro baño —ordenó Laura.

El agua estaba tibia y las dos amigas se arrojaron al unísono sobre una ola gigante que las arrojó a la una sobre la otra. Se rieron

y comenzaron a nadar hacia un peñasco que sobresalía del agua. Andrea fue la primera en trepar a la cima. Le dio una mano a Tessa para ayudarla a subir a la roca. Se sentaron como pudieron las dos con los costados pegados casi abrazándose sobre el peñasco y otra ola gigante casi las derriba.

El mar estaba embravecido y soplaba una brisa fuerte, que provocaba una intensa marejada a su alrededor. Mirar el mar a Tessa le producía igual que a su padre una tensa calma, al menos en eso se parecían. Laura se apretó contra la piel blanca casi lechosa de la muchacha, cuya superficie estaba llena de pecas y lunares. Tessa tenía los ojos tan azules como el océano y el cabello rojo que contrastaba con el tono oscuro del de Laura. Era como una muñeca de porcelana, con la piel muy blanca, por lo que no se parecía nada a su amiga. Laura, en cambio, era morena de piel bronceada como su madre y no tenía manchas en la piel. Su tersura era perfecta.

Laura le sujetó el rostro a su amiga con la punta de las falanges por la barbilla y lo giró hasta colocarlo frente al suyo, de manera que la mirase directamente a los ojos. Se fijó en el incipiente acné que cubría sus mejillas y, no por eso la veía menos atractiva. Sin pensarlo le dio un beso en los labios y luego se apartó avergonzada. En esos momentos una ola dejó un rastro de espuma en los cabellos de Tessa y despojos de algas se le incrustaron entre las hebras que cubrían su frente.

—Lo siento. Quería saber lo que se siente al besar a otra chica, sabiendo que es chica —dijo Laura.

—¿Y qué te ha parecido? —preguntó Tessa.

—Me da repelús —contestó Laura.

—Pero cuando salías con Marcos no opinabas lo mismo —comentó Tessa.

—No tenía ni idea de que era una chica. Me engañó, mientras estuvimos juntos siempre pensé que era un chico y eso duele —explicó Laura.

—Bueno, supongo que le daba vergüenza contártelo. Al ser transexual, no se sentiría muy bien por ello. Él solo es un hombre atrapado en un cuerpo de una mujer.

—Es cierto, mientras salimos juntos, me sentía como si hubiese besado a un chico y no a una chica. En realidad es como si hoy fuese la primera vez que haya besado a una mujer y no me ha gustado nada.

—Eso es porque de antemano sabías que soy una chica y no un chico. Creo que solo se trata de prejuicios que tenemos todos los heteros desde que nacemos.

—Es posible, pero contra eso no hay nada que hacer. Si nos gustan los chicos, tal vez no se trate de prejuicios sino de que simplemente nos sentimos más atraídos por ellos porque son del sexo opuesto —aclaró Laura.

—¿Te arrepientes de haber roto con Marcos? —preguntó Tessa.

—La verdad es que sí, pero ahora ya es demasiado tarde. Ha elegido estar con Nelly; a pesar de que todavía siento algo muy especial por él —contestó Laura.

—Lo siento mucho. Quizás a la larga sea lo mejor y encuentres a otra persona que te haga feliz.

—¿Y a ti que te ha parecido el beso? —preguntó Laura súbitamente.

—No sentí nada. A mí solo me atraen los chicos. A veces envidio a Nelly, como persona no binaria, no distingue entre ambos sexos, pero cada uno es como es —contestó Tessa.

—Sí, al ser tan abierta de mente, me ha robado el corazón del chico que más quería y ahora Marcos está coladito por ella.

—No te preocupes por ello. Piensa que al enamorarnos perdemos la conciencia de la realidad. Hay muchas parejas que se arruinan la vida por estar juntos. Imagínate que te quedas embarazada del chico que amas y que renuncias a tus sueños de estudiar en la universidad para trabajar y mantener a tu familia. Eso sí que debe de ser duro.

—Tienes razón, mejor es que nos centremos solo en los estudios y no nos compliquemos la vida —dijo Laura resignada.

—Piensa, que siempre nos tendremos la una a la otra —apuntó Tessa.

—Eres una amiga estupenda —dijo Laura.

—Estaremos siempre unidas, ¿verdad? —preguntó Tessa.

—Sí, como la leche y el azabache —contestó Laura riéndose.

Capítulo 9

Jueves, 23 de abril de 2024
Actualidad

La agente especial Jane Barret decidió seguir los pasos del agente Liam y su acompañante la profesora. Era cierto que le había dicho a su compañero que no se entrometería entre ambos, pero Jane era especialmente fisgona; sobre todo cuando se aburría. No era que pretendiese fastidiarle la entrevista a Liam, pero tampoco soportaba quedarse en ascuas, mientras Andrea le contaba todo lo que sabía sobre la relación de su hija con sus compañeros en el colegio a su colega.

Al llegar a la playa se anudó las zapatillas deportivas y echó a correr detrás de ellos. Los alcanzó cerca del paredón que separaba la arena de las rocas desprendidas de los acantilados. Había recorrido unas seis millas sin detenerse y llegó hasta ellos con el corazón desbocado. El agente Liam le presentó a su compañera y Andrea tuvo que esperar a que recuperase el aliento antes de estrecharle la mano. El agente Liam le hizo un resumen de lo que le había contado Andrea sobre su hija y su especial relación con su compañera de clase Tessa. La agente Jane se lo agradeció y se excusó por presentarse allí de improvisto.

—Estuve en el colegio hablando con Dave y el director Arthur, parece que no tenemos caso. En cuanto declares que lo de tu marido ha sido un accidente: nuestra presencia aquí ya no será necesaria —explicó Jane dirigiéndose a Andrea—. Salvo que usted tenga que contarnos algo más que nosotros no sepamos.

Andrea no respondió nada. La miró de soslayo y comenzó a hablarles de una ocasión en que Laura y Tessa estuvieron, allí, donde ellos se encontraban ahora, paseando juntas al salir de clase.

El paredón estaba completamente fracturado. Los desprendimientos constantes habían arrastrado las rocas hasta la playa. Era muy inestable caminar por allí, para ascenderlo sin correr

riesgos había que internarse en el monte siguiendo un sendero interior que lo bordeaba y, así, evitarían los desprendimientos. Laura llevaba el pelo recogido en una larga melena central y dos coletas laterales. Tessa lo llevaba suelto sobre una blusa blanca muy abierta en el escote. Estuvieron hablando mucho rato mientras caminaban entre pinos y fresnos.

Ese día Laura le contó a su madre al llegar a casa que Tessa mantenía una relación virtual con otro niño cuyo perfil respondía al nombre de Spiderman. Con él que su amiga hablaba todos los días por Instagram. Era algo que normalmente una hija no le contaría nunca a su madre, sin embargo, Andrea y Laura tenían una relación muy cercana, por lo que no había secretos entre ellas. A veces costaba distinguir quién era la hija y quién la madre, como si ambas se intercambiasen los roles.

Lo que le contó mientras caminaban por el sendero hacia la cima de los acantilados Tessa a Laura resultó un poco morboso. Su relación con su amigo virtual había llegado a unos extremos que a Laura le parecieron peligrosos. Al parecer Spiderman era un chico tímido pero que se sentía atraído por su amiga. Tessa no dudó en enviarle videos en directo por TikTok de ella masturbándose, cuando él se lo pidió. Al principio ella se negó pero aceptó: si le prometía que le permitiría conocerlo en persona. Spiderman se lo prometió, pero después de verla tocándose sus partes íntimas se negó a cumplir su parte. Le daba vergüenza que ella viese su cara llena de granos producto del acné y su culo gordo con unos quilos de más. En clases todo el mundo se reía de él. Por eso se había puesto la máscara de superhéroe para ocultar su frustración.

Tessa no aceptó la negativa e insistió en que todo eso a ella no le importaba y que lo quería por la clase de persona que era y no por su físico o lo que pensasen los demás de él. Entonces sucedió lo inevitable: un día mientras chateaban en clase, cansado de su insistencia, Spiderman le dijo que la esperaba en el gimnasio y que fuese sola. Tessa nunca pensó que tras la máscara del Hombre Araña se escondiese un alumno de su mismo colegio. De repente sintió una tremenda vergüenza; y si se trataba de alguien que ella ya

conocía. El corazón le latía con fuerza mientras se dirigía al gimnasio que a esas horas de la tarde estaba vacío.

Al entrar cerró la puerta a su espalda y lo que vio la dejó de piedra. Era su profesor de música quien la esperaba. Tessa se quedó estupefacta en estado de Shock y no fue capaz de reaccionar. Nunca pensó que un adulto se escondería bajo un perfil falso en una cuenta de Instagram.

Víctor Herrera le suplicó entre lágrimas que no se lo contara a nadie. La cogió de las manos y la arrastró al círculo central de la cancha de baloncesto. Ella estaba tan atónita que se quedó sin habla. Una especie de ataque de afasia inesperado le impedía decir una sola palabra, ni siquiera fue capaz de mover un solo musculo. Era como si su organismo de repente no obedeciese a su voluntad.

Entonces Víctor hizo algo que se supone que un adulto nunca debería hacer con una menor de la edad de su hija: se puso de arrodillas y le declaró su amor incondicional. Insistió en que la quería y que sabía que sus sentimientos eran mutuos. Tessa que estaba tan ilusionada con conocerle, no supo cómo reaccionar, permaneció en silencio, con el susto todavía en el cuerpo, y sin atreverse a levantar la vista del suelo, mientras Víctor aprovechó su indecisión para cogerle el rostro entre las manos y acercar sus labios a los de la niña; metiéndole la lengua dentro de la boca durante unos instantes que a ella se le hicieron eternos.

Luego se apartó diciéndole que no se lo contase a nadie. Aquel sería su secreto. Si quería podían verse otro día y consumar su amor como dos adultos. Tessa no dijo nada. Todavía estaba temblando de la impresión. No esperaba para nada que su profesor de música le tirase los tejos de aquella manera. Al principio sintió repulsión, pero también una extraña atracción hacia él. Tessa era una niña con muchos problemas, que vivía con una abuela muy estricta, a la que sus padres habían abandonado por culpa de sus respectivas adicciones. Era una muchacha muy necesitada de afecto. La víctima ideal para un manipulador como Víctor Herrera. De no ser por el hecho de que su profesor de música era también el padre de su mejor amiga, era probable que nunca se lo llegase a contar a Laura.

Las dos amigas estaban sentadas al borde de los acantilados, cuando Tessa le contó a Laura lo sucedido. Al principio Laura se irritó con ella, diciéndole que su padre nunca haría algo así; sin embargo, Tessa le dijo que si quería verlo con sus propios ojos podía concertar una cita allí mismo con él y que ella podía ocultarse tras las rocas para grabarlo todo con su móvil. La actitud resolutiva de su amiga al decirlo dejó a Laura helada.

—¿Qué pasó después de lo del gimnasio? —preguntó.

—Nada, después de besarme se largó y no ha vuelto a conectar conmigo a través de las redes, supongo que estará asustado. Si fuese otro profesor no me importaría tirármelo, pero al tratarse de tu padre he preferido mantener las distancias, por si a ti te molestase lo nuestro. Eres mi mejor amiga y tu opinión es lo más importante para mí —contestó Tessa.

—¡Por el amor de Dios! ¡Si mi padre tiene cuarenta y dos años y nosotras solo tenemos trece! —exclamó Andrea, visiblemente compungida.

—En realidad él se arriesga mucho más que yo. La ley del menor me protege y si se descubre lo nuestro: él puede perder el empleo o incluso acabar en la cárcel. A lo mejor es que me quiere de verdad —dijo Tessa.

—Haz lo que quieras. La verdad es que los dos me dais asco —dijo Laura y se largó de allí, dejando a su amiga sola.

Después de aquello, Laura nunca volvió a hablarle. La esquivaba cada vez que se cruzaban por los pasillos en el colegio. Al llegar a casa esa tarde se lo contó todo a su madre. A Andrea, que sospechaba que su marido tenía una amante, pues pasaba demasiado tiempo en su escritorio navegando por las redes, todo comenzó a encajarle. Laura le había contado todo aquello, solo tres semanas antes de perder la vida en el accidente. Durante ese tiempo Andrea nunca le contó nada a su marido de lo que sabía. Para ella, cuando se cayó por el acantilado, era como si Dios lo hubiese castigado por sus pecados. Ella no lo empujó, era cierto que solo había sido un accidente; no obstante, también era cierto que le bastaría alargar los brazos para evitar que se cayera y no lo hizo.

—Es como si yo misma lo hubiese empujado —dijo Andrea.

—Pero no lo hiciste —comentó Liam.

—No. Resbaló al intentar que yo no me arrojase por el acantilado y terminó siendo él quien se cayó al fondo. Paradojas de la vida —comentó Andrea.

—Tú estabas a su lado y no hiciste nada para intentar evitar que se cayese —comentó Jane.

—Lo sé, todo sucedió muy rápido —afirmó Andrea.

—¿Sabes que pueden acusarte de omisión de socorro? —preguntó Jane Barret.

—Lo dudo. Yo estoy tomando una pastilla de Alprazolam de 2 miligramos. Eso retarda mucho el tiempo de reacción —contestó Andrea, tratando de justificar su actitud, al ser consciente de que podría meterse en un problema con la ley.

—Mejor omitiremos de tu declaración, lo de que no hiciste nada por intentar salvarlo. Ni siquiera mencionaremos lo de que te da igual lo que le haya sucedido. Déjame a mí preparar el papeleo —intervino Liam—. Mañana por la mañana pasaré a verte en el bungaló para que firmes la declaración y podrás largarte a donde quieras. Aunque no podrás salir del estado mientras estés de baja laboral y deberás acudir a las citas con el psiquiatra.

—Está bien. Gracias. Ahora centrémonos en disfrutar del paisaje —dijo Andrea.

En esos instantes un halcón peregrino sobrevoló sus cabezas con sus aeróbicas alas que le permitían alcanzar altas velocidades durante el vuelo. La marea estaba alta y el agua cubría totalmente la falla a los pies del acantilado. Si regresase por la mañana cuando bajase la marea, podrían observar como si fuese las páginas de un libro, los pliegues formados por la decantación de los sedimentos. Eran como dientes de sierra que capa a capa llevaban escrita la historia de aquella costa en sus hojas, que la marea dejaba al descubierto y, al ser bañadas por la luz del crepúsculo, mostraban su aspecto más mágico.

Si el relato de Andrea era cierto, el mito del profesor Víctor Herrera caería por los suelos. Podría ser acusado de mantener relaciones con una menor. Incluso de manipulación y engaño, al utilizar un perfil falso en las redes para conseguir sus favores. Era

cierto que ello sería muy difícil de demostrar debido al hermetismo de empresas como Byte Dance que es china y controla TikTok, además de otras redes sociales.

El problema era que los supuestos videos que le envió Tessa a Spiderman fueron emitidos en tiempo real, por lo que los algoritmos impedían cualquier posibilidad de que dejasen rastro alguno en la red. Algo que aprovechan muchos pederastas para conectar con sus víctimas, haciéndose pasar por personas de su edad, como supuestamente había hecho Víctor, para visionar escenas pornográficas de menores. Esta especie de vacío legal, lo aprovechan también los menores para ganar dinero fácil, ofreciendo escenas de sexo en directo para el disfrute de los adultos, a cambio de importantes sumas de dinero, sin que sus padres lo sepan.

En el caso de Instagram pasa algo parecido, al ser propiedad de Meta, una empresa privada que controla también Facebook; a pesar de que tiene su sede en los Estados Unidos, resulta muy complicado seguir el rastro de las conversaciones privadas. Una vez borradas, es toda una odisea descubrir el origen de los dispositivos desde los que fueron enviadas. La legislación vigente debería ser modificada para que hubiese un mayor control de la pornografía a través de internet. La realidad es que la facilidad que tienen los menores para acceder a las páginas es alarmante. La agente Jane lo sabía. ¿pero, quién diablos no ve porno hoy en día?

El problema por contrapartida sería que al revelar sus algoritmos las empresas, todas nuestras conversaciones privadas quedarían expuestas al dominio público y las autoridades podrían saber lo que pensamos y nuestras ideas políticas respecto a todo tipo de temas. Eso en caso de un conflicto bélico podían utilizarlo para eliminar a toda la gente que no piense como ellos. Algo que ya había sucedido otras veces en la historia.

El tema de las redes sociales suponía todo un reto para la humanidad. Jane lo sabía, igual que sabía que aquella investigación les llevaría semanas, probablemente, incluso meses, antes de poder demostrar nada. A pesar de que ella era muy buena descifrando códigos, pero otra cosa era rastrear unos algoritmos que hasta ahora nadie había conseguido averiguar y también estaban fuera de su

alcance. Jane sabía que la empresa que tenía por delante era delicada y muy compleja. Le esperaban días de duro y tortuoso trabajo.

Le pidió a Andrea que por el momento no contase a nadie más lo sucedido entre Víctor y Tessa. Durante el curso de la investigación, podría iniciar el proceso de divorcio de su marido, si quería. Aunque sin darle detalles del verdadero motivo por el que lo hacía. Lo mejor era que evitase el contacto directo con él. Andrea que ya había puesto en manos de su abogado todo el papeleo, pensaba darle elegir a Víctor, entre el piso en la ciudad y la casa del acantilado. Suponía que si se confirmaba su condición de inválido, le resultaría más práctico vivir en la ciudad, para tener un acceso más directo a todo tipo de ayudas.

Las redes sociales eran un auténtico hervidero de depravados y descubrir que, probablemente, su marido era uno de ellos, no debió de resultarle nada fácil. Si se demostraba que Víctor mantuvo relaciones con una menor recurriendo al engaño, estaría cometiendo un delito de estupro y podría ser sancionado con la privación de libertad durante un máximo de tres años. A partir de aquel punto se abriría una investigación para tratar de demostrar que lo que le contó Laura a su madre sobre ellos era cierto. También cabía la posibilidad de que Tessa se lo hubiese inventado todo.

A veces los adolescentes con problemas muestran una imaginación desmesurada. Era posible que durante la pubertad, la muchacha sufriese algún tipo de delirio, impulsado por sus constantes cambios hormonales y sintiese una atracción desmesurada por su profesor de música, imaginándose cosas que ella deseaba que sucediesen y en realidad solo ocurrían en su mente. Al fin y al cabo Víctor era muy popular entre sus alumnos. Y para algunos de ellos era algo más que un mentor. En el caso de Tessa a la que acababan de separar de sus padres por sus adicciones, puede incluso que en su mente, el profesor pasase a ser una figura reverencial, a la hora de ocupar ese espacio vacío dejado por sus progenitores. Todo cabía dentro de lo posible, a esas edades no podía descartarse nada.

Capítulo 10

Sábado, 11 de mayo de 2024
Quince días más tarde

La cara de Víctor Herrera era un poema cuando el auxiliar de servicios sociales que tenía asignado para ayudarlo a levantarse ese fin de semana se presentó media hora tarde en su domicilio. La espera se le había hecho eterna. Había quedado dentro de una hora con la agente federal y todavía tenía el pañal sucio. Las operaciones en las vértebras lumbares solo habían servido para ensamblar parte de los huesos astillados de su columna vertebral, pero nunca recuperaría la movilidad en su tren inferior. Los médicos le habían dicho que no volvería a caminar. Al menos podía mover los brazos y no había perdido su virilidad. La cual, tantos quebraderos de cabeza le había dado en el pasado.

El auxiliar era un tanto despistado y nunca le hacía las cosas a su gusto. Aquello resultaba un drama para él. De ser el profesor de primaria más laureado del estado de California pasó a necesitar ayuda para que le limpiasen el culo. El gobierno le había dado la incapacidad total y ello implicaba una buena paga; sin embargo, Víctor era demasiado joven para jubilarse: solicitó la adaptación del puesto para que le permitiesen seguir dando clases, aunque fuese en una silla de ruedas.

Una vez aseado, mandó al cuidador dejarlo en el salón y largarse de allí. En una ocasión el muchacho había metido un pañal sucio en la lavadora con el resto de la colada y se armó la de Dios. Una repugnante pelusa blanca se mezcló con toda la ropa mojada y tuvo que sacudir las prendas durante minutos para liberarse de ella. Aparte de limpiarle el filtro a la lavadora. Víctor enojado le preguntó al joven: ¿dónde diablos había hecho las prácticas? Y el chico le respondió que en el puti club. Últimamente el personal funcionaba cada vez peor, menos mal que la chica que le venía los días

laborables de la semana era una máquina de trabajar y le hacía todo de maravilla.

Ese sábado quería estar presentable para la entrevista. Había oído que la agente Jane Barret era muy guapa. No tenía ni idea qué quería, pues él ya le había confirmado que su caída desde el acantilado solo había sido un accidente debido a un resbalón sobre una roca mojada. Cuando creía que su vida no podía ir peor tras perder a una hija, sucedió aquel maldito accidente y ahora tendría que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas.

Su mujer le había solicitado el divorcio y Víctor prefirió aceptar la demanda que entrar en un contencioso judicial contra su cónyuge. Amaba a su esposa tanto que no quería obligarla a que se pasase el resto de su vida limpiándole el culo a un minusválido. Era una cabrona por dejarlo de aquella manera sin motivo aparente; sin embargo, le cedió la casa del acantilado y él se quedó con el piso en la ciudad y no dudó un instante en firmar los malditos papeles del divorcio. El comprendía que ella debía estar pasando un infierno tras la pérdida de su hija y no quiso complicarle más la vida.

La agente federal se presentó al cabo de unos minutos, con una elegante minifalda a cuadros, una cazadora de cuero negra y la melena suelta cayéndole sobre los hombros. Previamente Jane había revisado el portátil del profesor y no encontró resto alguno del perfil de Spiderman, ni de nada que pudiese involucrarlo en el asunto de la joven Tessa. Jane imaginó que Víctor no sería tan estúpido para usar su IP a la hora de navegar por las redes. Existían otras maneras de ocultar su rastro, antes de crear un perfil falso en Instagram.

Lo primero era hacerlo desde un correo electrónico falso. No sería tan lerdo para hacerlo desde uno personal. Luego podía usar un VPN de manera anónima con dirección en un país extranjero para que nadie pudiese localizarlo. Esa era una manera, otra era usar Tor Browser, un navegador indetectable para rastreadores externos y que borraba los cookies automáticamente, sin dejar huella en el historial de navegación. Aunque puede que fuese más lejos y usase Linux: un sistema operativo que se puede activar desde un pendrive y cada vez que se enciende es como si fuese la primera vez que se utilizase, por eso nunca deja rastro porque al conectarlo siempre

está como nuevo. Jane dudaba que Víctor utilizase un sistema tan rebuscado y se decantase por una de las opciones anteriores, aunque con un profesor de música nunca se sabía.

Jane lo puso al tanto de todo lo que había declarado su mujer sobre lo que le había contado su hija, pero el problema era que Tessa; a pesar de corroborar su testimonio: no tenía ni una sola prueba que confirmase lo que le contó a Laura. El perfil de Spiderman los llevaba a una dirección en un país asiático que se perdía en un laberinto virtual imposible de rastrear, incluso para una experimentada hacker como Jane Barret y no había manera de relacionarlo con el profesor.

—Tessa miente. Yo nunca haría algo así. Si ya han registrado mi portátil, podrán comprobar que todos mis perfiles en las redes sociales son públicos.

—Estamos en ello —confirmó Jane.

—Yo no me escondo tras ninguna máscara y, además, odio al Hombre Araña, siempre he sido más de Supermán —explicó Víctor.

—Así que nunca la besó en el gimnasio —replicó Jane.

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo iba a hacer semejante barbaridad?¿Cree que soy un pederasta? ¿Qué me gustan las barbies?

—Sabe que si me oculta la verdad, perderá toda su credibilidad ante cualquier juez —amenazó Jane Barret.

—Yo lo único que he pretendido siempre es ayudarla. Esa chica es hija de un alcohólico y una heroinómana, puede inventarse cualquier cosa —protestó Víctor.

El profesor era consciente de que no tenían pruebas contra él, por lo menos algo tangible, solo la declaración de una menor con problemas que carecía de credibilidad. Por otra parte, Jane supuso que a lo mejor Víctor tenía razón y la joven podía haberles mentido en aquel asunto. ¿Pero por qué lo haría? Tessa no tenía nada que ganar haciéndolo. Jane no sabía que pensar de todo aquello. El contexto de sus conversaciones con Spiderman parecía más de dos adolescentes enamorados que el de un adulto con una menor, salvo que la mente del profesor fuese también un poco infantil. A eso se le llama complejo de Peter Pan. Eso explicaba su buena relación con

sus alumnos, pues en el colegio todos lo adoraban, ya que lo consideraban uno de ellos.

Los juegos que realizaban fuera de clases eran muy divertidos. Le gustaba disfrazarse y siempre estaba de buen humor. La afición de Víctor por los disfraces venía desde su infancia. Eso podía relacionarlo un poco con el personaje de Spiderman, pero no aclaraba nada. Para la mayoría de los alumnos era como un líder. No solo para los chavales sino también para el resto del personal docente, incluidos los padres de los alumnos que lo respaldaban sin fisuras.

—Está bien. Intentaré demostrar su inocencia, pero mientras tanto compórtese usted como es debido —advirtió Jane Barret.

—Seré un chico bueno como siempre. No entiendo que se le ha podido pasar por la cabeza a esa cría para comportarse de esa manera e inventarse algo así —comentó Víctor en tono preocupado.

—No lo sé. Usted estese tranquilo y espere a que yo resuelva el caso —advirtió Jane Barret.

—No pienso ir a ninguna parte mientras lo hace —dijo en tono irónico Víctor, señalando con el dedo índice sus extremidades inferiores que reposaban desgarbadas sobre los patines de la silla de ruedas.

La agente Jane recogió su grabadora y abandonó el edificio. No le agradaba investigar a un minusválido. Era algo que nunca había hecho. No tenía nada contra él, ni contra la joven Tessa. Le daba la impresión de que alguno de los dos mentía. Solo era cuestión de tiempo averiguar quién lo hacía. Aunque la joven Tessa parecía mostrar un comportamiento ejemplar en el colegio; sobre todo desde que vivía con su abuela. Sus notas habían mejorado bastante y nada daba a entender que le mintiese respecto al profesor.

Jane se acercó a la playa. Numerosos surfistas cabalgaban sobre las olas en grupos de doce o más miembros. Entre ellos se encontraba el agente Liam, al que le había dado su jefa la tarde libre para que practicase con su tabla. Jane le había prohibido volver a verse a solas con Andrea mientras no se esclareciese el caso. Parecía que la exmujer del profesor estaba cada vez más recuperada de la

muerte de su hija y no quería que intimase demasiado con su subalterno durante una investigación en curso.

El agente Lobo, que sabía cómo se las gastaba su jefa, decidió hacerle caso y se mantuvo al margen de los asuntos de la maestra. Esperaba que Andrea lo entendiese y no se enfadase por dejarla sola mientras durase el caso. De todas maneras Liam había evitado explicárselo, pues resultaría ridículo cuando apenas se conocían y ella acababa de separarse de su marido. Es más después de su último encuentro con ella y la agente Jane en la playa: no habían vuelto a verse. Y de eso ya hacía dos semanas.

Liam salió del agua con el traje de neopreno empapado y saludó a Jane con la mano. Le gustaba trabajar para ella. Siempre se lo pasaban bien juntos. Estaban acostumbrados a tratar con violadores, asesinos, psicópatas, y toda clase de degenerados, pero demostrar la implicación de un profesor con una de sus alumnas más descarriadas en un acto de carácter sexual era otra cosa. Si es que un beso con lengua podía considerarse abuso o violación. Sin más pruebas que la declaración de una menor, cualquier juez de instrucción desestimaría el caso.

—Yo no dudo que un beso con lengua no consentido deba considerarse una agresión sexual en toda regla —dijo Lobo al acercarse a ella.

Las gotas de agua caían de la tabla que sujetaba con el brazo sobre la arena.

—Sí. Lo es. El caso es que de existir ese beso. ¿Quién besó a quién? —preguntó Jane.

—O tomó la iniciativa la alumna o lo hizo el profesor. Si lo hizo la alumna no sería delito, pero si lo hizo el profesor, en cambio, la cosa tiene tela —contestó Liam.

—Ella es una menor. Dudo que se atreviese a tomar la iniciativa en un beso con un adulto —dijo Jane.

—No lo sé. Parece que siempre somos los hombres los malos, pero piensa que algunas adolescentes son auténticas degeneradas —expuso Liam.

—Es cierto. Hoy en día las adolescentes ven demasiado porno y el profesor Víctor está como un queso. Lo cierto es que sigue siendo

muy guapo y apuesto, una pena lo del accidente. Pero nosotros no estamos aquí para juzgar a nadie. Debemos averiguar solo la verdad —explicó Jane Barret.

—Seguiré revisando sus redes sociales, tal vez encuentre algo sobre la vida personal del profesor y su alumna que pueda ayudarnos a esclarecer el caso —propuso Liam Lobo.

—Hoy en día en las redes podemos encontrar de todo. Lo que ocurre es que estos dos tienen tanta actividad en ellas que nos llevará mucho tiempo y yo ya estoy harta de tanta pantalla —protestó Jane.

—Ten paciencia jefa. Ya sé que tanto el profesor como su pupila se pasaban una media de cuatro horas al día enganchados a las redes. Hoy en día la gente no sabe sumar ni restar con la mente, pero es capaz de colgar fotos y escribir en el móvil en cuestión de segundos —añadió Liam.

Capítulo 11

El mundo se le vino abajo a Tessa, cuando Laura dejó de hablarle al contarle lo suyo con su padre. Sin la compañía de su amiga, los días se le hicieron largos y ella se encerró más en sí misma. La echaba de menos. Aunque le repugnaba que la abandonase cuando le contó la verdad. En realidad estaba celosa. Eso era la única verdad: Laura tenía celos de su padre por eso se había apartado de ella.

Pensó en volver a escribirse con Spiderman, pero el recuerdo de la lengua de Víctor en su paladar le repugnaba. Aunque en parte se sentía halagada por su declaración de amor, hasta entonces ningún chico le había dicho que la quería con la claridad que le había expresado el profesor. ¿Y si en realidad era verdad? La edad no debía ser un obstáculo en su relación. Tampoco le importaba que él estuviese casado con otra. Si su amor era sincero terminaría dejándola.

Ella no tenía nada contra la profesora Andrea. Era muy distinta a su marido. Siempre tan seria y con cara de melancólica. Era guapa, sí, mucho más que ella. Tessa no entendía que podía haber visto Víctor en una mocosa de su clase, a la que apenas le estaban empezando a crecer las tetas, cuando podía acostarse siempre que quisiese con una diosa como Andrea. Algunos hombres tenían gustos muy raros. Aunque seguro que ella le daría otras cosas que la rancia de su esposa, ni siquiera era capaz de imaginar.

Estaba segura de que Laura no se había creído nada de lo que le contó del encuentro con su padre en el pabellón del colegio. Si su mejor amiga no la escuchaba: nadie más iba a creerla. No debió contárselo a Laura. Su relación con el profesor debió llevarla en secreto. Ella era una menor y a él podían meterlo en la cárcel. No le diría nada al profesor de que se lo había contado a Laura. Encerrada en su habitación, Tessa abrió el portátil, dispuesta a reanudar su

relación con su ídolo arácnido. Sabía que a esas horas de la noche, el profesor solía estar conectado; así que entró en Instagram y le escribió un mensaje:

Tessa:
¿Es cierto que me quieres?
Spiderman:
Te quiero con locura.
Tessa:
¿Dime por qué?
Spiderman:
Eres una persona especial, diferente a todas las mujeres que he conocido.
Tessa:
Pero estás casado.
Spiderman:
Mi mujer no me ama, nos vamos a separar.
Tessa:
¿En serio?
Spiderman:
Lo juro.
Tessa:
Puedo volver a verte.
Spiderman:
Mañana al salir de clases coge el camino que lleva al bosque de secuoyas. Al llegar al primer cruce desvíate a la derecha y continúa dirección a la playa. ¿Conoces ese sendero? Va a dar directo a los bungalós, te espero en el número diecinueve. Sé discreta y asegúrate de que nadie te siga.
Tessa:
Lo conozco bien. No te preocupes, allí estaré.

Esa noche Tessa no logró pegar ojo de la excitación por su cita del día siguiente con su profesor de música. Nunca creyó que alguien así se fijara en ella. Al fin alguien la quería de verdad. Estaba resuelta a acudir a aquella cita. Antes de partir a su encuentro, pasó

por casa de su abuela a recoger la merienda y le dijo que se iba a estudiar a la biblioteca con su amiga Laura. En el cuarto de baño se dio una ducha larga. Al terminar se envolvió en un albornoz y se espolvoreó la cara de maquillaje. Quería estar guapa para él. Se pintó los labios de un rojo chillón y salió por la puerta de atrás para que su abuela no la viera. Si la veía tan maquillada podría sospechar algo.

Llevaba un peto de Levis puesto. Los pechos le sobresalían por los lados apenas sujetos por un sujetador deportivo. Eran del tamaño de manzanas, pero se le ponían duros solo de pensar en el profesor. Cogió el camino del bosque toda contenta. Nada la hacía sospechar que su situación terminaría pareciéndose al cuento de caperucita cuando se dirigía al encuentro del lobo.

Al llegar al cruce indicado, cogió el sendero que se dirigía al complejo de bungalós de la playa que le había indicado Víctor. Caminaba feliz entre las píceas y algún que otro arbusto. Alcanzó el recinto de los bungalós y buscó excitada el número diecinueve. Al cruzar el vano de la puerta, Víctor la recibió con un grito infantil de alegría y la sostuvo entre sus brazos durante largo rato. Luego la depositó de nuevo en el suelo y le dijo que se alegraba mucho de verla.

—Soy la chica más feliz de la Tierra —dijo Tessa y sonaba a sincera.

—Yo también estoy radiante de alegría y muy contento de que estés aquí —dijo Víctor.

Los dos se sentaron en la cama. Era de dos metros de ancho y tenía el cabecero de madera de pino. La estancia disponía de un departamento aparte con una cocina amueblada y un cuarto de baño. Era similar a la que había ocupado Andrea, cuando se instaló allí, el día en que su marido se cayó por el acantilado y la entrevistaron los federales.

El profesor procedió a bajarle las sisas del peto y Tessa se ruborizó. La prenda cayó a los lados, dejando su busto oculto bajo un ajustado top a la vista. A continuación Víctor se desabrochó despacio los botones de su camisa de lino blanco hasta dejar a la vista la musculatura de su torso. Los pectorales estaban muy

trabajados y los abdominales parecían los bancales de un viñedo. El profesor tenía el rostro alargado con la barbilla saliente. Su aspecto a Tessa le recordó a Kirk Douglas en *Espartaco*. Había visto la película hacía una semana con su abuela, que le insistía mucho en que debía de tener una buena cultura cinematográfica, por si algún día quería trabajar de actriz en Hollywood.

Tímidamente, Tessa extendió la mano para acariciarle la piel del pecho y se sonrojó toda al hacerlo. El corazón comenzó a latirle con fuerza de los nervios. De repente se sintió insegura y apartó la mano como si se quemase.

—¿Qué te ocurre? Si quieres lo dejamos. Podemos hacer otra cosa, no es necesario que vayamos tan rápido —dijo amablemente Víctor.

—Es que nunca he estado con nadie. Perdona —dijo Tessa acobardada.

—No te preocupes, iremos despacio. Lo más importante es que has venido y estamos juntos —manifestó Víctor.

—¡Es verdad! Lo siento, pero tendrás que llevar tú la iniciativa —dijo nerviosa Tessa.

Lentamente, Víctor le sacó el top por los hombros, dejando al descubierto sus pechos pequeños con los pezones rosados hinchados por el deseo. Comenzó a lamérselos despacio y notó como aquello a ella le agradaba. Aprovechó aquel momento de excitación para quitarle los pantalones del peto y las bragas, mientras ella se mordía los labios con lujuria, metiéndose los dedos de él en la boca. Su miembro estaba erecto. Víctor se colocó un preservativo y entró en ella como un sunami.

Entonces todo se desbordó y el lobo enseñó su verdadera piel a caperucita. El himen de la niña se desgarró y ella comenzó a llorar del dolor, pidiéndole primero que fuese más despacio y luego que parase. Ante sus protestas, Víctor le tapó la boca con la mano abierta y continuó excitado por los hilillos de sangre que se le escurrían a ella entre los muslos.

No le importaron sus lágrimas. Ni que su amante tuviese la edad de su hija. Ella comenzó a golpearlo en la cara, pero el continuó dentro de ella, muy motivado por la situación. Le gustaba el sexo

duro eso se notaba. El sado era lo suyo. Nunca lo había hecho con una virgen, ni siquiera Andrea lo era, cuando se liaron la primera vez. Nadie le robaría ese momento. Una vez saciado su apetito, el lobo soltaría a su presa; que hacía tiempo que había dejado de resistirse, impotente, ante una fuerza tan superior a la suya.

El profesor cambió de actitud al ver saciado su apetito y volvió a ser amable con ella, ofreciéndole una Coca-Cola del frigorífico. Tessa la rechazó, subiéndose el peto, se colocó de nuevo el top con rapidez, tratando de ocultar su desnudez lo antes posible. De repente sentía vergüenza por todo lo que terminaba de sucederle.

—¡Te mandé que pararas! ¡Me dolía de verdad! —exclamó enojada.

—Lo siento. No te escuché. No te preocupes, la primera vez siempre duele un poco, con el tiempo terminará gustándote más que a mí —explicó Víctor.

—¿De verdad? ¿A ti te ha gustado? —preguntó Tessa.

—Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida —contestó Víctor.

—¡Mientes! Ni siquiera me has besado. Solo querías tenerla dentro. Yo te importo una mierda. Me has utilizado como a un objeto. Ni siquiera te detuviste al verme llorar —protestó Tessa.

—Lo juro, no miento. Pensé que estabas disfrutándolo. Creí que solo se trataban de lágrimas de alegría producto de la emoción del momento. Espera, voy a hacerte algo que seguro te va a gustar para compensarte —dijo Víctor.

El profesor le quitó de nuevo el peto y le bajó las bragas. Metió su cabeza entre sus piernas y le pasó suavemente la lengua por toda la raja. Todavía le dolía ahí abajo, pero al sentir las papilas del profesor en su zona más erógena, Tessa sucumbió al placer y terminó teniendo un orgasmo. Aquello le había gustado mucho más que lo anterior. Aunque no entendía como se podía compensar una violación. Aquello no quitaba que él la hubiese violado. No importaba. Nadie la creería. Si lo contaba, sería la palabra de un adulto con un reputado prestigio en la docencia contra la suya. Ella era una don nadie del sistema. Una chica a la que sus padres habían abandonado.

Al retirar Víctor la cabeza de entre sus piernas, Tessa se sintió aliviada. Aquel degenerado la había engañado con falsas promesas de amor y la había utilizado como a un pedazo de carne. Estaba claro que había ignorado sus súplicas. Era imposible que no la hubiese oído. ¿Acaso solo era capaz de escuchar sus propios gemidos de placer? Le había mandado parar varias veces. Pero él en vez de detenerse, aceleró el ritmo de sus acometidas como un animal. Luego trató de golpearlo, pero poco podían hacer sus frágiles brazos contra aquella bestia desalmada.

Sus partes le ardían de dolor, pero no dijo nada. Se vistió en silencio. Pensó que ella se lo había buscado al acudir a su encuentro. La agente especial Jane Barret le aseguró que no era así. Según la ley una tiene derecho a decidir cuándo parar. La primera vez que la entrevistó en la oficina federal, Tessa no se había atrevido a contarle nada sobre su encuentro con el profesor aquel día en el bungaló número diecinueve. Ahora que se lo había contado todo al respecto, carecía de pruebas para demostrar su presencia allí. El profesor lo negaría, lo mismo que hizo con su encuentro en el gimnasio del colegio, puede que la agente Barret creyese que era una mentirosa y se lo había inventado todo para desacreditar al profesor; sin embargo, Jane veía muy complicado que una alumna se inventase algo así. Muy a pesar de la desbordada imaginación que los adolescentes mostraban a veces.

No sabía a quién creer. Sin pruebas todo el mundo tenía derecho a la presunción de inocencia. El profesor parecía tan jovial y correcto, con un currículo muy brillante, sin fisuras en la docencia, que resultaba difícil dudar de su palabra y, en cambio, Tessa solo era una adolescente proveniente de una familia desestructurada, probablemente, con problemas mentales, capaz de inventarse cualquier cosa para llamar la atención de los adultos.

—¿Tienes alguna prueba de tu encuentro con el profesor en el bungaló? —preguntó Jane.

—No. Al marcharse me dijo que él saldría primero y yo que esperase unos minutos antes de irme. Podría ducharme ante de regresar a casa si quería. Así nadie nos vería juntos y no sospecharían nada de nuestro encuentro. El muy cabrón tuvo la

desfachatez de darme un beso en la boca antes de irse —dijo Tessa con los ojos impregnados de lágrimas.

—¿Por qué no lo denunciaste? —preguntó Jane Barret.

—Por miedo y vergüenza, supongo. Acaso no hacemos todas lo mismo. Pensé que quizás él no tuvo intención de hacerme daño y me olvidé del tema —contestó Tessa.

La expresión compungida de su rostro al hablar era la prueba de que, probablemente, Tessa no mentía. Salvo que fuese la mayor actriz del mundo. Aunque había visto a drogadictos mentir con más convención por conseguir dinero para una dosis. Esa tarde Tessa se había duchado en el bungaló, quitándose los restos de sangre de los muslos y borrando cualquier prueba de su cuerpo de la agresión que el profesor había perpetuado sobre ella. Luego se fue a casa, desquiciada por lo sucedido o eso al menos fue lo que le contó a la agente Barret.

Tras su declaración Tessa se encontraba muy afectada y Jane le dio permiso para irse. Era muy tarde, Jane estaba agotada; debía reflexionar sobre lo que Tessa le había contado. Una violación era un delito grave que de demostrarse su veracidad, podría terminar con el profesor entre rejas durante años. Al menos después del accidente en el acantilado, Víctor se encontraba de baja laboral y no podía acercarse a sus alumnas.

En caso de ser cierto lo que les contó Tessa, mejor que el lobo se encontrase lejos de las ovejas. Si Víctor no se hubiese caído por el acantilado, posiblemente, continuaría tratando de acosar a alguna otra menor y ninguna alumna en Pacific View Charter Scholl estaría segura.

Seguro que si lo de su encuentro con Tessa era cierto, tenía que haberlo intentado también con otras alumnas. Un depredador nunca dejaría de hacerlo. Los lobos solitarios como él suelen moverse donde hay carnaza vestidos de piel de cordero para pasar desapercibidos, igual que sucedió en el cuento de caperucita cuando el lobo se disfrazó de su abuela para comérsela. Lo malo de esta clase de alimañas es que tienen las fauces demasiado afiladas y, más tarde que temprano, por desgracia sus víctimas terminan percatándose de ello. Si se dieran de cuenta antes, sus verdugos

serían rechazados y se evitarían sus crímenes. Pero ellos saben cómo esconderse entre sus presas de manera que nadie sospeche nada, antes de acometer sus tropelías.

Capítulo 12

La oficina cedida por la policía metropolitana para los asuntos federales estaba ubicada en las mismas instalaciones que la comisaría de la ciudad. En un edificio rectangular de dos plantas de bloque blanco, que estaba empotrado contra una casa de piedra de techos altos con un tejado inclinado más propio de zonas alpinas que de lugares tan cálidos; estaba preparado para soportar intensas lluvias y grandes nevadas; aunque, en Crescent City era poco probable que nevara, debido a que la ciudad se encontraba al nivel del mar y, ni a los surfistas, ni a las gaviotas les gustaba mucho el frío.

La casa era más antigua y el edificio de las oficinas adosado a ella de construcción más reciente, parecía haber sido añadido a la misma como una especie de remiendo o parche, de no ser por el detalle de que era mucho más grande que la vivienda original. Fuese como fuese, ambos agentes debían fichar antes de entrar o salir del recinto. Liam Lobo entre las opciones de sexo: hombre, mujer o binario. Escogió marcar binario en el escáner al pasar la tarjeta de identificación laboral, provocando la incredulidad de todo el personal de la comisaría que no lo conocía bien. La agente Jane sonrió para sus adentros y le preguntó:

—¿Por qué marcaste binario al fichar?

—La verdad chica es que yo ya no lo tengo claro —contestó con sorna Liam.

—Ja, ja, ja. Si lo tienes y para demostrártelo te voy a enviar a un sitio que te agradará —. Se tronchó de risa Jane.

—Da igual, la gente de aquí, ya no se creerá que soy hetero. Mira cómo me miran. Parece que hayan visto a un marciano y luego dicen que no existe la discriminación sexual. Me pregunto: si lo que les llama la atención es el tamaño de mi paquete o que no tenga clara mi identidad de género —dijo Lobo siguiendo con la ironía.

—Creo que después de todo, no nos vendrá mal que piensen que tienes algo de pluma. De otra manera, estarías más pendiente de flirtear con las compañeras que de trabajar en el caso. Así no se acercarán a ti —dijo Jane, continuando con la broma.

—¿Y a dónde quieres enviarme? Espero que sea junto a Andrea. Estoy preocupado por ella —preguntó Liam.

—Veo que me has leído la mente. Puedes ir a verla. Antes yo voy a pasar por la oficina de alquiler de los bungalós para ver si averiguo algo respecto a lo que me contó Tessa. Luego me reuniré contigo en la casa del acantilado —ordenó Jane.

Esta vez, Liam marcó la opción de hombre al fichar a la salida; aunque al principio se vio tentado de continuar con la farsa. Montó en un Ford Taurus que les prestó la policía estatal y se dirigió por la autopista a la casa del acantilado. Llegó en quince minutos. Aparcó al lado del Audi de Andrea y se la encontró en el porche en una postura de yoga que le resultó conocida. Le gustó verla así, a gatas. Las manos alineadas con los hombros y las rodillas con los codos. Al inspirar arqueaba la espalda y al expirar la estiraba. Un ejercicio muy tonificante para los problemas de estreñimiento. Llevaba puesta una maya negra que le marcaba todo el trasero. Ella se incorporó al verlo y lo saludó con medida frialdad.

—La postura del camello o del perrito, según se entienda. Es una de mis preferidas —comentó Lobo.

—Algo tengo que hacer si quiero aliviar la ansiedad. Estoy con el síndrome de abstinencia tras dejar los opiáceos —explicó Andrea.

—¿Estás sola? —preguntó Liam.

—Sí, después de lo de Víctor, prefiero no ver a nadie. Aunque, la soledad, nunca es buena compañía —contestó Andrea.

—Lo entiendo. Quise venir antes, pero Jane no lo consideró apropiado. Mientras dure la investigación en curso, debemos limitar las visitas a los posibles testigos del caso y eso… —explicó Liam.

—Ya y cuando lo resolváis, volverás a los Ángeles y tampoco vendrás a verme —protestó Andrea.

—Es que allí tengo mi trabajo de detective y con algo tengo que ganarme la vida. Aunque esto tampoco está tan lejos; podría quedarme aquí alguna temporada para surfear y de paso visitarte.

—A lo mejor no es mala idea. Lo que no sé es si cuando me incorpore a las clases tendré mucho tiempo de atenderte. Es posible que el psiquiatra pronto me dé la alta.

—Seguro que encuentras un hueco para estar con un amigo. Me alegro de verdad de que estés mejor.

—¿Sabes algo nuevo del caso? —preguntó Andrea, ignorando su comentario, en una hábil maniobra para cambiar de conversación, antes de que la situación se volviese incómoda.

—Hay sospechas de que tu exmarido mantuvo relaciones no consentidas con Tessa en uno de los bungalós de la playa —contestó Liam.

—¡Qué asco! No entiendo cómo pudo tenerme engañada durante tanto tiempo. Me siento como una idiota. No puedo creerme que Víctor haya abusado de una pobre niña.

—En caso de que las acusaciones sean ciertas. No solo te engañó a ti, sino también a todo el colegio y al colectivo feminista.

—Ya, pero yo era su esposa. Se supone que debía conocerlo mejor que las demás —dijo Andrea indignada.

—Entiendo cómo te sientes, pero de momento no hemos podido demostrar nada. Puede que esa mocosa mienta. Algo en ella me da mala espina —apuntó Liam.

—Yo tampoco estoy segura de que lo haya hecho. Es muy fuerte lo que acabas de contarme. Si Tessa miente, nos habrá engañado a todos. Debes averiguar la verdad —suplicó Andrea.

En esos momentos, Jane Barret estaba esperando que la empleada de recepción del complejo de bungalós revisase el registro de huéspedes correspondiente al miércoles catorce de febrero, cuando según Tessa, Víctor mantuvo relaciones con ella. La joven le aseguró que aquel era un establecimiento serio, y que no alquilaban ningún departamento sin abrir una ficha de cliente y pedir las identificaciones correspondientes según marca la ley. Efectivamente, alguien había alquilado el departamento diecinueve ese día, pero la sorpresa fue mayúscula al no figurar el nombre del profesor en el registro.

—La habitación diecinueve fue alquilada a nombre de Eulogio García Menéndez el día catorce de febrero —informó la recepcionista.

—¿Estás segura? —preguntó Jane.

La chica tenía sobre veintidós años y no paraba de mascar chicle. Le dijo que ella misma lo había registrado a ese nombre, pero que había pasado mucho tiempo y no se acordaba del aspecto del cliente. Le mostró una copia del registro con una fotocopia adosada del documento de identidad estatal del huésped. Jane le sacó una foto con el móvil y se la envió por WhatsApp a su jefe.

Luego lo llamó por teléfono a las oficinas federales de San Francisco donde trabajaba para que comprobara la identidad del huésped de la habitación diecinueve. El jefe Bruce Parker metió los datos en el sistema informático de censo estatal y pronto este arrojó unos resultados demoledores. El documento era una falsificación. Él tal, Eulogio García Menéndez, no existía como persona física. La foto del carnet era falsa y estaba sacada de un banco de fotos de internet. Lo suponía. El profesor no era tan tonto como para alquilar una habitación a su nombre.

Entonces Jane le mostró a la chica la foto de Víctor Herrera por si lo reconocía. La chica negó con la cabeza. Ella no era de la ciudad. Llevaba solo seis meses residiendo en Crescent City y había aceptado aquel empleo para cuidar de una tía enferma con la que vivía en las afueras.

—Sabes que te puedo denunciar por aceptar un documento falso para cubrir un registro de habitaciones —amenazó Jane.

—Lo siento. No sabía que era falso. Llevo poco tiempo trabajando aquí. Por favor no me denuncies. Necesito el empleo. Mi tía tiene leucemia y se está muriendo —suplicó la joven, visiblemente nerviosa.

Estaba claro que aquello solo la llevaría a un callejón sin salida. El departamento se había alquilado unas cuarenta veces más desde el catorce de febrero, por lo que resultaría inútil pedir una orden de registro. El equipo de limpieza del complejo habría acabado con cualquier huella que quedase de aquel día. Jane tampoco pretendía amargarle la vida a la pobre chica.

El complejo tenía más de doscientos bungalós disponibles. Habían pasado más de tres meses desde que, supuestamente, el profesor estuvo allí con la muchacha. Cada día pasaban por allí decenas de personas para alquilar algún departamento, normal que la recepcionista no se acordase de la cara del profesor.

A jane la joven le dio lástima, no pretendía asustarla. Era bajita y de aspecto hispano. Se llamaba Teresa, procedía de la baja California y aquel era su primer empleo en los Estados Unidos. Le daba la espina de que no tenía los papeles en regla. Si la denunciaba seguramente la deportarían. No era asunto suyo lo que hiciesen los dueños del negocio. Pero si ello servía para ocultar la identidad de un violador, puede que tuviesen que seguir indagando sobre el asunto.

Teresa tampoco recordaba haber visto a ninguna menor la tarde del catorce de febrero en el complejo, que para colmo coincidía con la celebración del día de los enamorados. Decenas de parejas debieron alojarse allí aquel día para celebrarlo. Y en caso de haberla visto, podría ser la hija de cualquiera que se hospedase allí. De todas maneras le mostró la foto de Tessa y Teresa volvió a negar con la cabeza. No le sonaba de nada. Normal. A Jane no le quedaba más remedio que resignarse. Era como perseguir a un fantasma. Se despidió de Teresa y regresó a su automóvil para tomar rumbo a la casa del acantilado.

Al llegar, ya estaba anocheciendo. Liam estaba cocinando un guiso de conejo que olía muy bien. Andrea le sonrió y la invitó a pasar. Jane los puso al tanto de todo lo sucedido en el complejo de bungalós y se sentó a cenar con ellos. Andrea preparó una ensalada y puso la mesa. Liam sirvió la comida cuando estuvo lista.

Los tres comieron en silencio inmersos en sus propios pensamientos. No volvieron mencionar el asunto de la violación delante de Andrea, algo que ella agradeció. Puede que todo solo fuese un montaje de Tessa, Jane no lo creía así. Liam y Andrea por su parte, ya no estaban seguros de nada. El sonido del oleaje chocando contra el dique del acantilado les llegaba desde fuera acompañado por el ulular del viento, que a Jane le pareció el lamento de las almas de los cuarenta marineros muertos.

Al acabar de cenar, Liam y Jane se despidieron de Andrea y tomaron rumbo a la ciudad. Se hospedaban en un complejo hotelero que les recordaba a una casa de la campiña inglesa, con el tejado de pizarra y la pintura beis. La sobrecubierta de recepción, sostenida por unas columnas de hormigón con forma de x, parecía la entrada a una nave espacial. A Jane le parecía que no pegaba nada con el resto de la construcción de corte mucho más clásico.

Antes de subir a las habitaciones, dieron un paseo por el jardín del hotel y cambiaron impresiones sobre el caso. Los dos agentes no tenían nada sólido contra Víctor Herrera y pensaron que de momento sería mejor continuar investigando su actividad en las redes sociales, aunque dudaban que ello les llevase a algún sitio. Cansados de aquella investigación que solo les llevaba a callejones sin salida, decidieron irse a dormir, puede que el descanso les sentase bien para aclarar las ideas.

Al alba regresarían a la comisaría. Tal vez decidiesen interrogar de nuevo a Tessa, pero no querían precipitar demasiado las cosas. La niña debía seguir acudiendo a clase. Si los medios se enteraban de que la estaban investigando: la noticia de la supuesta violación podía filtrarse y aquello terminar convirtiéndose en un circo mediático. Debían ser discretos y llevar aquella investigación en secreto, con la mayor cautela y tacto posible. La prensa solo servía para complicarlo todo y al tratarse de un personaje tan mediático como el profesor, seguro que los medios sensacionalistas sabrían cómo sacarle partido al asunto.

Capítulo 13

Las clases a Nelly se le hacían tediosas. Su relación con Marcos también iba en declive. Ella que podía tener al chico que quisiera, tenía que conformarse con un trans. No era justo. Era cierto que Marcos llevaba tiempo hormonándose y que le gustaban las chicas tanto como a cualquier otro chico hetero. Además sabía que si ella se lo pedía: no dudaría en operarse los genitales. Aunque Nelly no quería ser la responsable de una decisión tan trascendental en su vida.

Nelly estaba estresada por la situación, pero tuvo sumo cuidado en no contarle nada a su pareja. Marcos era su única vía de escape, dentro de un rígido sistema educativo, que cada vez la aburría más. Demasiadas horas con el culo sentado frente al pupitre. Eso le recordaba a su madre, la Zampabollos como la llamaba delante de Marcos.

Lottie tenía algo más que un problema de sobrepeso. En su caso eso se quedaba corto. Se trataba de una obesidad mórbida, tenía un problema mayor que un hígado graso, lo suyo estaba más cerca de una cirrosis y, de ahí a coger una hepatitis crónica distaba muy poco. La obesidad estaba acabando con ella. Lottie culpaba de ello a su hija. Por pasar tantas horas fuera de casa y su falta de atención y afecto hacia ella. Nelly no podía cargar con esa responsabilidad. Le insistió a su madre de que no podía liberar la ansiedad comiendo toneladas de comida basura, algo muy típico del sistema americano. La mitad de su plato debía ser verdura y el resto hidratos de carbono y proteína. Lottie le decía que odiaba la verdura, que eso solo lo comían los cerdos y abusaba de los hidratos de carbono y la proteína que luego no consumía al no moverse del sillón en todo el día. Era su hígado graso el que lo absorbía todo, de ahí el riesgo grave que corría de coger una diabetes. La hepatitis también estaba asociada a la cirrosis y Nelly le advertía que, de continuar así, llevaba camino de

terminar muy mal. Dolly se excusaba diciendo que no podía caminar porque la artritis la mataba y que le dolían mucho las rodillas. Por eso tenía que estar más tiempo en casa para ayudarla.

Odiaba cuando su madre se hacía la víctima. Era su manera de hacerle chantaje emocional y alejarla de sus amigos. Acostumbrada a tratar con los problemas de una madre obesa, la transexualidad de Marcos, no le suponía demasiados contratiempos. Aunque no ayudaba a mejorar la situación.

Al principio lo llevó bien, usaban consoladores de colores para satisfacerse mutuamente y otras veces hacían tijeritas. Hasta ahí, todo normal. Eran como cualquier otra pareja hetero. Solo les faltaba el vigor de un pene. Eso no era tan importante como se suponía. Las carencias en el sexo, las compensaban con ternura y caricias.

Los primeros meses con Marcos fueron maravillosos. Necesitada de afecto y atosigada por las atenciones que reclamaba su madre, Nelly apuró los minutos pasados con Marcos al máximo, tratando de sacarle todo el jugo a su relación; sin embargo, según pasaba el tiempo, pronto echó en falta algo más. Cuando las jóvenes introvertidas como Nelly no encuentran lo que buscan en su entorno, recurren cada vez con mayor asiduidad a las redes sociales. Allí son presas fáciles de todo tipo de depredadores sexuales.

Nelly llevaba tiempo chateando con un chico que decía tener su edad y se escondía bajo el seudónimo de Batman. El hombre murciélago le contaba que se sentía muy a gusto a su lado. Estaba enamorado de ella y quería ser su protector. Era algo que a Nelly le resultaba excitante. El Hombre Murciélago le pidió que le enviase en directo un video de ella masturbándose. Nelly aceptó. Era una manera de mantener relaciones a distancia, sin traicionar con el contacto corporal directo a Marcos.

Se conectaron por TikTok, Nelly no le mostró el rostro, por si alguien más la veía. Ella comenzó a tocarse por encima de las bragas. Escuchó los jadeos del Hombre Murciélago al otro lado de la pantalla. Se preguntó si mantenía algún tipo de relación homosexual con su ayudante Robin. Le hizo gracia la idea, pero no quiso preguntárselo. Intuía que no había ningún Robin al otro lado de la

pantalla. Solo Batman que quería protegerla, le gustó su ron de superhéroe protector. Era como si suplantase a un padre que nunca estaba en casa cuando lo necesitaba. Batman no le mostró ninguna imagen suya: quería ver algo más de él, no solo escucharlo, así que le escribió para pedírselo:

Nelly:
Enséñame lo tuyo.
Batman:
Es nervudo y muy grande.
Nelly:
Mejor, así es como me gustan.
Batman:
Lo haré, pero yo tampoco te enseñaré la cara.
Nelly:
El rostro te lo veré cuando nos veamos en persona. Ya sé que este directo es privado, pero puede colarse algún otro usuario. Hay mucho pervertido hackeando las cuentas.
Batman:
Está bien lo haremos así. Ahora te enseñaré lo mío.

El Hombre Murciélago se sacó el miembro de la bragueta frente a la webcam. Nelly cayó en la cuenta de que era enorme. Notó una humedad intensa en sus bragas. La cosa duró poco y les llegó el éxtasis con rapidez. Eso solía ocurrir al masturbarse a distancia, sin tocarse. Así era más difícil mantener una relación sexual larga. Sin la ternura que transmitían las caricias del otro. No les importaba, solo querían disfrutar del momento. Lo demás ya llegaría.

Nelly:
Ha sido lo más excitante que he hecho en mi vida.
Batman:
A mí también me ha gustado mucho.
Nelly:
Quítate la máscara quiero verte la cara.
Batman:

No puedo, me da vergüenza, tengo muchos granos.
Nelly:
Normal, algo típico de la adolescencia.
Batman:
Si me ves la cara, no querrás tener nada conmigo, soy muy feo.
Nelly:
No seas idiota, necesito verte. Me he quedado con ganas de más.
Batman:
No es buena idea.
Nelly:
¿Por qué?
Batman:
Soy muy tímido. En realidad nunca he estado con ninguna chica.
Nelly:
En teoría yo tampoco he estado con un chico. Bueno al menos con un chico normal. Mi novio es un chico trans.
Batman:
¿Y eso te deja insatisfecha?
Nelly:
Por decirlo de una manera suave.
Batman:
Yo no quiero ser segundo plato de nadie.
Nelly:
Yo tampoco quiero engañar a Marcos.
Batman:
Entonces solo hay una solución.
Nelly:
¿Cuál?
Batman:
Déjalo.
Nelly:
Tengo una idea mejor.
Batman:
¿Suéltala?
Nelly:
Podemos hacer un trío.

Batman:

Seguro que él o ella, no estará de acuerdo. Además yo solo te quiero a ti.

Nelly:

Piénsalo bien. Acaso no te pone hacerlo con dos chicas a la vez.

Batman:

No creo que pueda con las dos.

Nelly:

Con ese aparato que tienes, no hay duda de que lo conseguirás.

Batman:

Bueno, primero quedaré contigo a solas, luego ya veremos.

Nelly:

Lo siento, pero eso cabrearía a Marcos. A las dos nos gustan las pollas. Bueno a mí más que a ella. Marcos quiere ser un chico.

Batman:

Por eso igual no le agrada estar con otro chico.

Nelly:

Es posible, pero lo convenceré. Él es ella, pero quiere ser él. Todavía no se atreve a hacerse la *faloplastia*, por eso creo que aceptará.

Batman:

No me interesa ella o él, solo me interesas tú.

Nelly:

Podemos vernos hoy a la salida de clases.

Batman:

¿Conoces el complejo de bungalós del camping Crescent Beach?

Nelly:

Lo conozco.

Batman:

Te espero en el número diecinueve sobre las seis.

Nelly:

Está bien. Allí estaré.

Nelly vivía en una de esas casas prefabricadas con menos de ochenta metros cuadrados, situada en un barrio humilde cerca de la costa al otro lado del puerto. Al salir de clase se puso su mejor

vestido y salió al encuentro de su amigo el murciélago. Al entrar en el bungaló número diecinueve: el corazón le dio un vuelco. Ella adoraba a su profesor de música Víctor Herrera. Era de los pocos en el centro que sabían conectar con los alumnos en sus clases. Ejercía de líder espiritual del alumnado. Siempre les daba sabios consejos y cuidaba su salud mental. Para ella era como una especie de Chamán, pero nunca pensó encontrárselo en semejante tesitura. Estaba nerviosa delante de un adulto.

—Pasa y cierra la puerta —ordenó Víctor tajante.

—¿Eres Batman? —preguntó Nelly desconcertada.

—Soy Batman, Spiderman, Superman, el Increíble Hulk o lo que tú quieras —contestó Víctor.

—Pero también eres un hombre casado con una hija —apuntó Nelly.

—Tú también sales con un chico trans —replicó Víctor.

—Es cierto —asintió Nelly.

—Podemos dejar eso a un lado y dedicarnos a lo nuestro —apuntó Víctor.

—No te importa que sea una menor —dijo Nelly inquieta.

—Nadie tiene porque saberlo, será nuestro secreto —dijo Víctor.

—Yo no diré nada —prometió Nelly haciendo un gesto con los dedos apretando los labios como si los sellara.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó el profesor.

—Estoy bien, gracias.

—Sé que tu madre te hace la vida imposible. Sabes que puedes contar conmigo siempre que lo necesites.

—Y te lo agradezco de verdad. Siempre que he acudido a ti, me has ayudado mucho con tus consejos.

El profesor la mandó sentar en la cama a su lado y le pasó un brazo protector por el hombro. Esa tarde le hizo el amor con dulzura. No quiso cometer los mismos errores que con Tessa. No quería asustar demasiado pronto a su presa. Utilizó la misma documentación falsa para alquilar la estancia que utilizó la vez anterior con Tessa. Fue algo que al principio los agentes federales no detectaron. Antes del accidente que terminó con la vida de Laura,

Víctor quedó dos veces más con Nelly en el bungaló número diecinueve.

En esas ocasiones posteriores el profesor se comportó con ella de manera más agresiva, propinándole azotes en las nalgas con la mano abierta y tirándole del pelo con fuerza mientras la penetraba a horcajadas. Antes ella le hacía una felación. Él le metía el pene hasta la garganta —sin dejarla respirar—; simulando un estrangulamiento, le apretaba el cuello hasta casi ahogarla. Cuando se retiraba de ella, Nelly se veía obligada a toser para tratar de llenar de aire sus pulmones.

Por mucho que le indignara todo aquello: no fueron esas prácticas sádicas las que llevaron a Nelly a denunciarlo sino la insistencia de la agente Jane Barret durante uno de los interrogatorios a los que había sometido a todos los miembros de la banda de música, diciéndoles para presionarlos que tenía una declaración firmada por Tessa, de que ella había mantenido relaciones no consentidas con el profesor Herrera.

Entre lágrimas, Nelly se lo había contado todo. Le dijo que Víctor no la había forzado en ningún momento, pero que no le gustaba nada que le apretase tan fuerte los pezones y otras cosas que le hacían daño. Jane le pidió que firmase una declaración jurada de lo ocurrido, con eso tendrían suficiente para detenerlo y juzgarlo.

—Si lo hago, Marcos sabrá que lo he engañado con el profesor —dijo Nelly contrariada.

—Tienes que hacerlo. Eres una menor en estado de vulnerabilidad debido a tu compleja situación familiar. Él se aprovechó de ello para saciar sus apetitos más primarios. Lo mismo que hizo con tu compañera Tessa. Te das cuenta de que os estaba manipulando —explicó Jane Barret.

—Lo sé. Fui una tonta. Marcos nunca me perdonará.

—Al tratarse de menores de edad, intentaremos que esto no se filtre a la prensa hasta el día del juicio. Así tendrás más tiempo de preparar a tu chico para lo que le espera. Ya verás, al final Marcos te perdonará. Eres muy joven es normal que tengas ganas de experimentar cosas nuevas.

—No tienes ni idea. No tendré tiempo. En cuanto detengas al profesor, la noticia se extenderá como la pólvora por todo el colegio. Víctor lo negará todo y los miembros de la asociación de padres de alumnos, lo defenderán con uñas y dientes, dirán que fue un complot nuestro contra él. Tessa y yo seremos señaladas como leprosas. Nadie nos creerá. Somos menores y puede que lo inventáramos todo.

—Es cierto. Es un tipo muy mediático y solo tenemos vuestra palabra contra la de él. Haremos una cosa. Esperaremos a tener más pruebas para encerrarlo. De momento no lo detendremos, solo lo tendremos bajo vigilancia —. La tranquilizó Jane.

—Desde la muerte de Laura no hemos vuelto a escribirnos. He tratado de buscar su perfil en mis redes, pero ha desaparecido como por arte de magia. Lo mismo ha ocurrido con los mensajes que nos enviábamos. Es como si Batman nunca hubiese existido.

—Hizo lo mismo con Tessa. Creemos que utilizó un VPN anónimo con una dirección en el extranjero o un método parecido, por eso no podemos rastrear su ID. Hoy en día hay varias maneras de crear un perfil falso en internet sin dejar rastro en la red —explicó Jane.

—Está bien, firmaré la declaración. Por favor no le digáis nada a mis padres. Mi padre está casi todo el tiempo fuera por el trabajo. Es viajante de cosméticos, pero mi madre se lo tomará muy mal. Cuando se entere, no me dejará salir de casa.

A Jane le dio pena la chica. Le prometió que lo mantendrían en secreto el mayor tiempo posible y luego que le ayudaría a comunicárselo a sus padres. Su madre tampoco sabía nada de su relación con Marcos. Nelly ignoraba cuál de las dos noticias le sentaría peor. Odiaba a esa zorra obesa que le estaba amargando continuamente la vida. Aunque lo que más le preocupaba a Nelly era como se lo tomaría Marcos, cuando se enterara de lo suyo con el profesor. Seguro que se sentiría engañado y que rompería con ella. El resto de los chicos de la banda, al ser interrogados por Jane Barret, negaron tener conocimiento alguno sobre lo sucedido a Tessa con el profesor. Jane no consideró conveniente comunicarles nada de la relación de Nelly con Víctor, para así mantener la privacidad de lo ocurrido oculta y no perjudicar a la muchacha con

los típicos comentarios que se generarían a la salida de clases por los pasillos.

Al terminar de firmar la declaración, Jane acompañó a Nelly a la salida de comisaría. Le ofreció acercarla a casa en su coche. Nelly aceptó. La muchacha se subió al Hyundai sumida en sus propios pensamientos. Se puso el cinturón de seguridad y no dijo una palabra en todo el trayecto. Jane trató de ser amable y le pidió que estuviese tranquila. Ella también había sido adolescente y participado en alguna que otra orgía en el pasado. Nada de importancia. Sin embargo, lo que estaba haciendo el profesor debían de pararlo, ellas eran menores de edad y no estaba bien.

La muchacha asintió y le agradeció el viaje. La dejó delante de su casa y Jane la abrazó a modo de despedida. Nelly quedó de avisarla: si el profesor volvía a intentar ponerse en contacto con ella de algún modo. La joven se quitó el cinturón y abandonó el auto. Era morena de tez muy blanca y mediana estatura, podía ser ella misma con unos años menos, pensó Jane. ¿Quién sabe si ella también se hubiese tirado al profesor? Lo cierto era que Víctor era muy atractivo, tanto como Brad Pitt o Ben Affleck, aunque a ella le recordase más a Charlton Heston. Jane entendía perfectamente que ninguna de las alumnas con las que se había acostado, tratase de oponer demasiada resistencia a sus encantos. Le avergonzaba reconocer que ella misma, antes de conocer sus desviaciones sexuales, seguía los tutoriales del profesor para mejorar la autoestima de los jóvenes por YouTube y había pensado seriamente alguna vez: si llegaba a conocerlo en tirárselo. Lo mismo que creía que estaba intentando hacer Liam con Andrea.

De haberse acostado con un presunto violador o corruptor de menores sin saberlo; Jane habría cometido el error más grande de su vida, que le podría suponer la expulsión de la agencia federal en caso de que alguien la denunciase. Menos mal que lo había conocido cuando Víctor ya estaba en silla de ruedas. Eso, sin duda, aunque no dejaba de tener cierta morbosidad, le quitaba gran parte del encanto. Lo cierto era que ella no se veía atraída por la idea de hacerlo con un inválido. Ese último pensamiento la hizo

avergonzarse de sí misma. ¿Y si fuese ella la que se hubiese roto las vértebras? Seguro que ya no pensaría lo mismo sobre el asunto.

En cuanto a la posible relación de Liam con la profesora, no sabía cuánto tiempo podría retener a su compañero, puesto que estaba bastante claro que ella no tenía nada que ver con la implicación de su exmarido en el caso; además Andrea ya había obtenido legalmente el divorcio y no estaba siendo investigada por ningún delito. En principio, no tenía ningún motivo para impedir que Liam visitase a la testigo de vez en cuando. Ahora que tenían dos testimonios de adolescentes contra su exmarido, Andrea estaba fuera del caso. Así que Liam Nelson más conocido como Lobo, tenía el terreno libre para visitar a su nueva amiga y Jane no pensaba interponerse entre ambos.

Tercera parte

EN LA PLAYA

Capítulo 14

Martes, 14 de mayo de 2024

Las capas de sedimentación se superponen, unas sobre otras, quebrando las rocas que resbalan produciéndose pliegues que demuestran, que actualmente la erosión todavía continúa en activo. En la base de los acantilados los bloques caídos se redondean con el desgaste del agua, formando playas de cantos redondeados que desaparecen como por arte de magia al subir la marea.

La abrasión separa la caída del acantilado de los terrenos de pasto, donde los dueños del parque intentan recuperar la arboleda original con plantaciones de secuoyas, robles, piceas, arces, melojos, encinas y fresnos. Desde lo alto del acantilado, la caída al vacío supera en sus puntos más álgidos los ciento cincuenta metros de altura. Al bajar la marea la base de los acantilados retrocede y se forma una extensa plataforma de abrasión que semeja las vértebras de un dragón marino. Andrea desea que el enorme reptil no se despierte nunca, porque podría comérsela de un bocado.

Últimamente su ansiedad está remitiendo y se atreve a dar paseos cada vez más largos por la costa. Para desconectar de las redes sociales, se deja el móvil en casa. Por lo que no ha visto las llamadas pérdidas del agente Liam esa mañana. Camina ajena al mundo virtual hacia una playa cercana por el lado opuesto al faro. El viento sopla con fuerza y agita sus sedosos cabellos. Inhala la brisa del mar, respirando desde el vientre y recuerda lo que pensaba Platón sobre esa zona. El filósofo creía que la razón se encontraba en la cabeza, la voluntad en el pecho y el deseo lo albergaba el vientre. Por eso para el buen funcionamiento de un individuo: la razón debía imponerse siempre a la voluntad y la voluntad debía controlar el deseo. De lo contrario, si uno se dejaba dominar por el deseo, careciendo de voluntad, nunca alcanzaría la madurez.

Eso debió ser lo que le ocurrió a su exmarido: sucumbió a los placeres de la carne sin escuchar a la razón; de otra manera no

hubiese mantenido relaciones con chicas menores de edad. Ella, en cambio, siempre fue más racional. Cada paso que daba lo hacía después de sopesarlo varias veces; quizás demasiadas, aunque, según Platón eso fuese lo correcto. En la cabeza estaba el entendimiento y eso debería diferenciarnos de los animales. ¿Entonces por qué Víctor hizo lo que hizo? ¿Por qué violó a esa pobre niña? Acaso había olvidado cual era el órgano que albergaba la razón y como se utilizaba. Ella estaba compungida, sin saberlo había estado conviviendo años con un maldito pederasta.

Se centró por descender por un sendero estrecho y resbaladizo entre rocas hasta una estrecha playa de arena blanca. Una vez en la orilla, sintió como un hormigueo en los pies, producido por el cosquilleo del aire entre sus dedos y se quitó las sandalias. Entonces, creyó ver un bulto en el mar, centró la mirada y descubrió el cuerpo de una joven flotando sobre el agua. ¡Dios mío! Tenía que hacer algo. No podía dejarla allí. Podía haberse tratado de su hija. Se quitó rápido el vestido azul. Llevaba un bañador debajo y se metió en el agua para ayudarla. Las olas eran un revoltijo de algas, medusas y arena. Al entrar la impulsaron hacia fuera, pero la resaca era terrible y pronto le ayudó a ganarle la partida a las olas, arrastrándola mar adentro.

El reflujo la llevó cerca de donde había avistado el cuerpo. La muchacha flotaba boca arriba, sujeta por unas redes y una boya atada a su cintura que la mantenía a flote. Intentó acercarse a ella nadando, pero las olas la arrastraban de nuevo al punto de partida. Entonces cayó en la cuenta de que no podría superar la barrera del oleaje, nadando directamente hacia el horizonte, por lo que decidió hacerlo en diagonal para ganar terreno más lentamente, siguiendo la línea de la costa, en vez de hacerlo hacia el mar abierto. Se movería como los alfiles en un tablero de ajedrez, en oblicuo, así le ganaría la partida a la marea.

Andrea, intimidada por el tamaño del oleaje, probó a sortear las olas, sumergiéndose en el agua para evitar su impacto. Eso la hizo ganar todavía más terreno. El problema era que los ojos se le llenaban de agua, cada vez que se sumergía bajo el mar y al emerger perdía de vista la boya amarilla ¡Mierda! Debió haber traído

las gafas de buceo. Tal vez debería haber usado la razón como aconsejaba Platón y haber regresado a casa para telefonear a una patrulla de salvamento. Estaba tragando mucha agua y corría el riesgo de ahogarse.

Agradeció las clases de natación que le había impartido Víctor cuando se conocieron. No podía decirse que nadara con estilo, pero al menos se mantenía a flote. Los pulmones le dolían y le costaba respirar, pero cada vez estaba más cerca del cuerpo. Nadó con rabia y llegó hasta la red que sostenía a la chica por un extremo, mientras por el otro permanecía unida a la boya. ¡Dios mío! Esperaba que la chica todavía estuviese viva.

Debía arrastrarla, tirando de la red hasta la orilla. Pero pesaba demasiado y ella sola no podía. Se sujetó con fuerza a la red para no hundirse. Un golpe de mar la arrastró cerca de los salientes de unas rocas que apuntaban como el filo de un puñal hacia ella. La chica permanecía inmóvil, puede que llevase tiempo muerta. Cada vez estaba más cerca de las aristas de las rocas, la corriente las estaba alejando de la línea de playa hacia la base mortal de los acantilados. Pensó en soltarse de la red, abandonar a la chica a su suerte y largarse de allí, pero en vez de ello se aferró a las redes con toda sus fuerzas.

No podía vencer en aquella batalla contra las fuerzas de la naturaleza, la corriente era demasiado fuerte y el viento del sudoeste la llevaba directa contra los rompientes. Iba a morir despellejada contra las rocas. Se estrellaría contra ellas y no sobreviviría. Era imposible. La bancada de agua la dirigía a un trágico final. Prefería eso a quedar en una silla de ruedas como su esposo, al menos ella moriría ahogada, después de romperse todos los huesos contra la costa quebrada. Se dejó vencer por las inclemencias del temporal. A aquellas alturas había perdido toda esperanza de salir viva de aquello. Pensó en el lado positivo: pronto se reuniría con su hija muerta.

Estaba a punto de sucumbir a su destino, cuando vio a Liam lanzándose al agua desde lo alto de una roca cercana. Liam era un gran nadador, pero el mar estaba muy picado y le costó alcanzarla. Al llegar hasta ella, tiró de la red con fuerza hacia la playa; pasando

los brazos por los huecos entre el nylon, logró arrastrarla lo suficiente para evitar que colisionara contra las rocas. Andrea, colocándose a su lado, le ayudó y entre ambos, lograron revertir la fuerza del oleaje. Andrea se acordó del dragón dormido y pensó que era un milagro que hubiese despertado para tomar forma humana y ayudarle a salvar a la muchacha. O, más bien, a salvarla a ella de morir ahogada y destrozada contra las rocas.

El agente especial, cansado de llamarla por teléfono, se acercó a su casa y al no verla por ninguna parte; decidió dar un paseo al borde del acantilado hasta la playa, donde vio a Andrea adentrarse en el mar y nadar hacia la boya con el cuerpo de la muchacha atrapado en la red. Entonces, se puso a correr como un loco para intentar alcanzarlas y se arrojó desde una roca al mar para ayudarlas.

Una vez alcanzaron la orilla, arrastraron las redes con el cuerpo de la chica fuera del agua. El rostro de la muchacha estaba grisáceo, Liam le buscó el pulso en la muñeca, pero no se lo encontró. Tal vez la mataron antes de arrojarla al mar. Tenía las mejillas amoratadas y los labios con pequeños cortes. El cabello oscuro estaba lleno de algas. Liam se apresuró a practicarle todo el manual de primeros auxilios y presionó sobre su estómago para expulsar el agua que albergaba en su interior, pero nada de ello iba a devolverle la vida.

—Está muerta. Fíjate tiene una flecha atravesándola por sus partes íntimas —advirtió Andrea.

La imagen era grotesca. A la joven alguien le había introducido una flecha por el ano, atravesándole los intestinos y cuya punta sobresalía por el rizado pubis a la altura del clítoris. Le habían reventado las paredes del colon y olía terriblemente mal. Eso era debido a que parte de la materia fecal todavía permanecía en su interior. Seguro que la mataron antes de arrojarla al mar. El que había hecho aquello, no tenía escrúpulos.

El agente Liam llamó a su compañera Jane Barret para que avisase a la policía científica. Andrea se había quedado lívida y temblando de frio a su lado. Estaba tosiendo, tratando de expulsar de sus pulmones parte del agua que había tragado.

—¿Estás bien? —preguntó Liam, esperó a que ella terminase de toser para contestarle.

—No mucho. Creo que me he bebido medio océano Pacífico —contestó Andrea.

—No te preocupes, te pondrás bien —dijo Liam.

—Yo sí, pero la pobre chica no lo conseguirá, todo nuestro esfuerzo ha sido en vano —. Se lamentó Andrea.

—Al menos lo hemos intentado —dijo Liam.

—Creo que la conozco. Es Nelly. Una alumna de séptimo de secundaria. Tocaba el trombón en la banda de Víctor. Acababa de cumplir trece años. Yo le daba clases de Lengua. Era muy reservada, tenía problemas en casa con su madre —dijo Andrea.

—Es cierto. Estuvo en comisaría. Jane habló con ella. Alguien debió matarla para que no declarase en el juicio contra Víctor. Pudo haber sido el mismo Víctor, aunque es muy complicado que lo haya hecho sin ayuda —apuntó Liam.

—No creo que haya sido Víctor, sobre todo ahora que es un inválido. Pero reconozco esa flecha, pertenece a los yurok, vivían en los márgenes del río Klamath y en la costa de Redwood. El profesor Dave guarda algunas de esas antiguallas en su casa —explicó Andrea.

—Es el mejor amigo de Víctor, por lo que puede que haya cometido el crimen para protegerlo y además para que la chica no pudiese hablar delante de un jurado. Tenemos una declaración jurada en que la fallecida declaró haber mantenido relaciones con el profesor. Pero qué sentido tiene dejar el cuerpo sujeto por una red a una boya para que no se hunda en el mar. El asesino tenía la intención de que lo encontráramos. De otra manera lo hubiese atado a unas pesas para que se hundiera en el fondo del océano y lo devorasen lo peces, así nunca lo localizaríamos —comentó Liam.

—No los conoces. Esos dos siempre han tenido afán de protagonismo: no me extrañaría nada que lo hiciesen para que lo encontrarais. Víctor siempre ha buscado ser un profesor muy mediático, maneja las redes sociales como nadie y Dave está metido hasta las cejas en política. Se presentará como candidato a las

elecciones para la alcaldía de la ciudad. A esos dos les gusta estar siempre en el foco mediático —dijo Andrea.

—Ya pero eso no supone ningún delito. Habrá que ver que coartadas tienen. No creo que a nadie en sus cabales se le ocurra utilizar una flecha de una tribu nativa para asesinar a una cría —dijo Liam, cubriéndola con su chaqueta para intentar que dejase de tiritar con el frio.

Arrastraron el cuerpo lejos de la orilla para evitar que se lo llevase de nuevo el mar. Una vez llegó la agente Jane con la policía científica, Liam acompañó a Andrea a su casa para mudarse de ropa. Mientras los forenses comenzaban a sacar fotos de la chica muerta. Andrea le proporcionó una camisa y unos pantalones secos de su ex, para que se cambiase. Le quedaban un poco pequeños pero le servirían para salir del paso. Liam se había tirado al agua, sin desvestirse ante la fatalidad que se avecinaba sobre Andrea; si no llegaba a tiempo para ayudarla. La maestra le tendió su ropa mojada en el porche para que se secase lo antes posible.

Andrea se quedó junto a la chimenea, calentándose y Liam regresó a la playa para ayudar a Jane Barret con la recogida de pruebas y el levantamiento del cadáver. Debían esperar al análisis forense para dictaminar la hora exacta de la muerte. ¿Sospechosos? Además de Víctor Herrera, su colega Dave Mirren; puede que también el novio de la víctima Marcos Pereira tuviese algo que ver con el crimen. Nelly lo había engañado con el profesor Víctor, puede que ella arrepentida de lo que hizo se lo contase y Marcos la matase en un arrebato de celos.

Jane emitió una orden de detención contra los tres sospechosos. Los interrogarían en comisaría. En casa de Dave encontraron varias flechas iguales a la que Nelly tenía introducida en el cuerpo. Dave había denunciado el robo de una de ellas hacía unos días, según el informe policial los ladrones entraron por un chalet colindante con su casa y se llevaron numerosos objetos indígenas de considerable valor y una de sus flechas. Aunque Jane sospechaba que el robo solo era un montaje para que Dave dispusiese de una coartada a la hora de cometer el crimen. No obstante, el testimonio de su esposa confirmó la versión del profesor. Durante el interrogatorio no

lograron sonsacarle nada. Dave insistió, una y otra vez, que la flecha encontrada en el cuerpo de Nelly, le había sido robada recientemente de su casa.

El profesor Víctor declaró que él no tuvo ningún tipo de relación sexual con la fallecida. Y que era imposible que pudiese salir de casa, sin disponer de un vehículo adaptado para poder conducirlo con su minusvalía, por lo tanto, debían de descartarlo como sospechoso. Según el profesor, las adolescentes eran muy imaginativas y les gustaba inventar historias sobre posibles amoríos con adultos. Víctor negó haber mantenido ningún contacto con la joven fuera del colegio, también negó haber alquilado el bungaló número diecinueve sirviéndose de una documentación falsa para acostarse con las adolescentes Tessa Villán y Nelly Relish. Todo era una cortina de humo montada por las niñas para llamar la atención de los adultos.

—No creo que ninguna alumna pueda inventarse una violación —dijo Jane, refiriéndose a Tessa.

—No tiene ni idea de lo que pueden llegar a inventarse unas adolescentes para llamar la atención. A esas edades las hormonas andan muy revolucionadas. Yo soy un profesor muy popular, ellas lo saben y las dos decidieron unirse para terminar conmigo. Cómo si no tuviese ya bastante con tener que depender de una silla de ruedas el resto de mi vida —dijo con gesto resignado Víctor.

—Puede que Tessa y Nelly mintiesen. ¿Pero que ganarían con ello? —preguntó Jane.

—Popularidad. Se trata de dos jóvenes con problemas mentales que provienen de familias inestables. Ellas saben que yo soy un profesor famoso: si me acusan de haberlas violado, son conscientes de que todos los medios pondrán los focos en ellas y les darán la difusión que estaban buscando. Si lo publican en las redes sociales sin pruebas, nadie las creería, pero si declaran ante la policía, al menos se aseguran de que el tema será investigado. Ellas lo único que buscan es llamar la atención. Saben que la noticia puede filtrarse a la prensa en cualquier momento y así saldrían en la primera plana de todos los periódicos, algo que ustedes deberían evitar a toda costa —contestó Víctor.

—Es posible, pero si usted no mató a Nelly. ¿Tiene idea de quién pudo hacerlo? —preguntó Jane.

—No lo sé, averiguarlo es su trabajo, no es el mío. Míreme agente, solo soy un puto inválido, yo no podría matar ni a una mosca —dijo Víctor, señalando sus inservibles miembros inferiores.

Jane ordenó a los agentes de policía que se lo llevasen de nuevo a su casa. No quería seguir acusando a un pobre minusválido de un delito que estaba claro no tenía la capacidad física para cometer. La jornada se estaba haciendo larga desde que descubrieron el cuerpo de Nelly en la playa, y no tenían nada sólido para averiguar lo ocurrido.

Le tocó el turno de hablar con Marcos Ulloa. El muchacho se veía muy afectado por lo sucedido. No paraba de llorar y Jane le pidió que se tranquilizara. No parecía un asesino. El interrogatorio fue largo y tedioso, como el de los otros sospechosos. Nada sacaron en limpio. Marcos insistió en que estaba enamorado de Nelly y que no sabía nada de su supuesta relación con el profesor Víctor Herrera. Hacía dos días que no la veía, pues estaba liado preparando un examen de matemáticas. Su madre confirmó que no se había movido de su habitación en las últimas horas. Según el informe preliminar del forense, Nelly falleció de madrugada. La hora de la muerte fue testada provisionalmente seis horas antes de ser encontrada por Andrea flotando sujeta por unas redes a una boya en el agua. Falleció a causa de una herida de arma blanca por perforación intestinal que le provocó un paro cardiaco en cuestión de minutos. Luego fue arrojada al mar, de manera que su cuerpo no se hundiese para que la policía lo encontrase.

Nada de aquello tenía demasiado sentido. Ahora aparte de dos presuntas agresiones sexuales, tenían un asesinato entre manos. Tres sospechosos y los tres con una buena coartada. Si a Nelly no la había matado Víctor, ni Dave, ni Marcos. ¿Quién diablos lo había hecho? Ese era el misterio que debían resolver. Entre tanto, Jane envió una patrulla a la casa de su abuela para proteger a Tessa, su testimonio podría resultar vital a la hora de abrir un proceso judicial contra el profesor Víctor Herrera. Tenían las declaraciones firmadas

de Tessa y de la fallecida Nelly para tratar de inculparle, pero no tenían ni una sola prueba sólida contra él para incriminarlo.

De momento, Jane decidió ocultar lo de las supuestas relaciones sexuales de las chicas con el profesor a la prensa. Se centraría en tratar de descubrir al asesino de Nelly, investigando el entorno de la fallecida. En aquel colegio estaban sucediendo unas cosas muy extrañas. Jane no sabía a quién creer, ni que pensar de lo ocurrido. El agente Liam tampoco lo tenía claro, dejaron en libertad sin cargos a los sospechosos y se fueron a cenar a un mexicano.

Los burritos estaban de vicio, pero los tacos y el guacamole dejaban mucho que desear. Ninguno de los dos tomó el postre. Después del día que llevaban, no tenían ganas de sumar más calorías a su cuerpo, tan solo por el hecho de aplacar la ansiedad. Liam le pidió permiso a Jane para hacerle una visita a Andrea y recuperar su ropa.

—No te preocupes por ella. He enviado un coche patrulla para vigilar su casa, puede que el asesino todavía se encuentre por la zona. Lo mejor es que regreses conmigo al hotel. Ha sido un día muy largo y te vendrá bien descansar —aconsejó Jane.

—No es que tema por su vida. El que le hizo esto a Nelly, seguramente ya está lejos de la costa. Era solo para ver si estaba bien y darle las gracias por haber encontrado el cuerpo de la chica. Fue muy valiente adentrándose en el agua para intentar salvarla —explicó Liam.

—Lamentablemente no sirvió de nada, Nelly llevaba seis horas muerta cuando la encontró —dijo Jane.

—Una lástima. Espero que al menos Andrea esté bien.

—Andrea estará bien, deja de preocuparte. Ahora debemos descansar —ordenó Jane.

Liam no insistió y se tomó el café en silencio. Esa noche le costaría dormir. Sacar un cadáver del mar nunca era agradable. Menos mal que había visto a Andrea desde lejos meterse en el agua. Quizás debía plantearse eliminar la cafeína antes de acostarse. Afortunadamente tuvo tiempo de echar a correr para salvarla. De no llegar a tiempo, Andrea se habría estrellado con el cadáver de Nelly y la bolla contra las rocas. Se alegraba de haber salvado a la

maestra. En la vida había que estar preparados para lo que surgiese y el agente Liam esa mañana evitó que Andrea se rompiese la crisma contra las rocas de la base del acantilado. De haber llegado un par de minutos más tarde, la profesora habría muerto, atrapada entre las redes y el saliente de rocas. Por un momento sintió miedo de perderla.

Capítulo 15

Miércoles, 15 de mayo de 2024

La escolta policial se retiró de la casa del acantilado al despuntar el alba. El agente Liam Nelson más conocido como Lobo ocupó su lugar. Andrea lo invitó a desayunar y Liam le propuso hacer una pequeña excursión. Ella aceptó con una sonrisa y terminó de tomarse su tazón de leche con copos de avena.

Montaron en el viejo Ford Taurus que le asignó la policía estatal de Crescent City. Era una vieja reliquia del pasado con un motor de seis válvulas y casi trescientos caballos de potencia. Aquel modelo se había dejado de fabricar en el 2019, pero al pisar el acelerador sonaba de maravilla. Nada que ver con el sonido de los coches eléctricos. A pesar de que Liam era un gran defensor del medioambiente, no creía que la minería de litio fuera la solución para el planeta.

Le mandó a Andrea ajustar el cinturón y condujeron dirección al faro para incorporarse a la carretera de la costa. Cogieron un desvió antes de cruzar un puente de hierro y se dirigieron al bosque. Aparcaron en un área recreativa y se bajaron del auto de inmediato. Pasearon por un sendero dirigiéndose al río Klamath. Estaba buen día y recorrieron un bosque de ribera que les acompañó durante todo el trayecto.

Les llegó olor a fertilizante de los prados cercanos. Pasaron al lado de un cerco lleno de terneros. Los animales corrieron hacia ellos nada más verlos. Andrea no dudó en acariciarles el hocico. A Liam le gustó verla sonreír mientras lo hacía.

Estaba animada, a pesar del susto de ayer. Ninguno de los dos mencionó nada de la chica asesinada durante el paseo. En aquella zona abundaban los alisos, los sauces y los fresnos. El lugar se mantenía fresco debido a la sombra que le proporcionaban los árboles. Pasaron junto a las ruinas de un viejo molino. En esa zona el río se encaja y cambia constantemente de dirección. Las laderas

tienen una fuerte pendiente que impiden que se extiendan hasta allí las zonas de pasto. Agradecieron que no se notase tanto el olor de los fertilizantes según se internaban en la espesura. El ganado de consumo humano: no debería estar expuesto a este tipo de compuestos químicos.

Sintió lástima por los terneritos y pensó con horror que posiblemente ellos sufrirían las consecuencias de que el ganado se alimentase de hierba fertilizada con productos cuyo olor detestaban. Si no eran adecuados para los bovinos, tampoco lo serían para los humanos. Liam pensó en la cadena alimenticia. Andrea le dijo que sus padres eran dueños de una fábrica de fertilizantes que utilizaban muchos agricultores de la zona y, a pesar, de disponer de la etiqueta BIO; tenían muchas denuncias de los ecologistas por contaminar las aguas del río. Lo que para la empresa era ecológico para los activistas era un vertido. En realidad, no es que la empresa vertiera restos del fertilizante directamente en las aguas, sino que los restos químicos se filtraban a través del subsuelo al utilizarlos como abono en el campo.

—Así que eres una niña de papá —comentó Lobo.

—No estoy de acuerdo con la manera en que se gana la vida mi familia, por eso me hice profesora. Así no tengo que depender de ellos. Pero sin los fertilizantes químicos la hierba crecería muy lenta y eso sería malo para la producción ganadera.

—Esa manera de pensar para mí es errónea. Las prisas hacen que el mundo se esté yendo al carajo —repuso Lobo.

—Tienes toda la razón. Eso es lo que yo también creo. Antiguamente, el ganado pastaba libremente por las praderas y no se utilizaban fertilizantes para que la hierba creciese más rápido. Por culpa de personas como mi familia, las células cancerígenas crecen más rápido en el interior de las personas. Luego tienen la desfachatez de colocarle la etiqueta ECO para justificar que todo está bien. Solo los fertilizantes de extracto de algas marinas son mínimamente ecológicos. Parece que está de moda ponerle la etiqueta Eco a todo lo que contamina.

—Todavía te llevas con tu familia —comentó Liam.

—Apenas tenemos contacto, para ellos soy la oveja negra. A mis padres y a mis hermanos no les interesa mantener contacto con una de las socias más activas de Greenpeace.

—No lo sabía. Supongo que eso les tocará mucho las narices.

—Soy la benjamín de la familia. Una activista de primera línea. Sus empresas están en mi punto de mira. Eso cabrea a mis viejos. Ni siquiera se presentaron el día del entierro de su nieta. Se conformaron con enviar una corona de flores —explicó consternada Andrea.

—Lo siento. No te merecen —dijo Liam.

—Ni que lo digas. ¡Por Dios! Mis padres se portaron muy mal. Laura era su nieta. Podían haber aparcado por un solo día nuestras diferencias, pero prefirieron no hacer acto de presencia, supongo para no alimentar rumores en la prensa. No les gusta que los medios critiquen sus productos. Y saben que los periodistas conocen mi condición de activista.

—El padre de Jane era biólogo y un gran defensor de los bosques de Alaska. Tenía una página web que se llama Los guardianes del bosque, desde su muerte, yo me encargo de mantenerla activa —explicó Lobo.

—La conozco. Adoraba a su padre. Es lógico que tu jefa decidiese seguir manteniéndola en activo.

—Sí, pero desde que trabaja para los federales, no tiene mucho tiempo para dedicarle, por eso la deja en mis manos.

—Bueno, al menos la mantenéis activa.

Más arriba encuentran restos de una aldea abandonada. En el dintel de la puerta hay una inscripción que data de 1860. Continúan bordeando el río, para alcanzar un hermoso paraje donde, solo se escucha el sonido del agua y el piar de los pájaros. Si agudizaban el oído podían ser sorprendidos por el salto de algunos salmones: emergiendo del agua para realizar acrobáticas piruetas en el aire antes de sumergirse de nuevo.

Durante un rato se alejan del cauce para ascender por un torrente. Se encuentran con una cascada de varios saltos de agua y que forma un remanso espectacular a sus pies. Lo atraviesan por unas piedras y Andrea aprovecha para hacerse un selfi con su nuevo

amigo. Al bajar de nuevo a la ribera, las aguas corredizas forman remolinos impredecibles. El río parece rejuvenecer alimentado por las aguas del torrente.

—¿Quién eres? —pregunta Andrea.

—Ya conoces mi nombre de pila —contesta Liam, sorprendido por la pregunta.

—No. Me refiero a quién eres de verdad.

—Solo un ser humano o eso creo.

—¿Y de dónde crees que venimos los humanos?

—No lo sé —contesta Liam, ignorando a dónde quería llegar ella con aquellas cuestiones tan profundas.

—Piensa: ¿De dónde crees que surgió todo esto? —continuó interrogándolo Andrea; haciendo un gesto como queriendo abarcar todo lo que se extendía a su alrededor.

—Supongo que te refieres a la naturaleza. Los creyentes piensan que todo fue un invento de Dios —contestó Liam.

—Y si Dios creó el mundo ¿Quién crees que creó a Dios?

—Los cristianos creen que ha existido siempre y los comunistas que solo se trata de un mito. Acaso todas las religiones no se basan en mitos. En las culturas nórdicas creían que Thor surcaba el cielo en un trineo tirado por dos machos cabríos y golpeaba las nubes con su martillo para provocar la lluvia. Cada cultura tiene sus propios mitos para explicar porque suceden las cosas. La mayoría fueron desmontados por la ciencia, pero, aun así, todavía mucha gente cree en ellos —contestó Liam.

—Bueno, según los científicos todo está formado por átomos. Los átomos se superponen unos sobre otros como las piezas de un puzle para crear todo lo que existe. Cuando un árbol seca o una persona muere, esos átomos se descomponen y pueden ser utilizados de nuevo para crear otra cosa —explicó Andrea.

—Me niego a creer que todo sea tan simple. Aunque esa lógica científica sea irrefutable: la naturaleza esconde increíbles misterios que todavía desconocemos.

—Las cosas siempre son mucho más sencillas de lo que el ser humano se imagina. Somos muy pretenciosos, nos pasamos la vida soñando con la inmortalidad en vez de vivir el momento y nos da

miedo nuestra condición de perecederos. Todo lo que existe, tiene un tiempo y lugar, pero no permanece para siempre. Nos negamos a aceptarlo y preferimos inventar dioses a nuestra imagen y semejanza, unipotentes, que nos regalen la vida eterna —refutó Andrea.

—Si es cierto. Nos cuesta aceptar que todo lo que nace muere —refutó Liam.

—Eso es. Perdona que te haga tantas preguntas. Supongo que lo hago por deformación profesional. Echo de menos estar en el colegio con mis alumnos.

—No te preocupes. En el fondo me gusta ser un poco niño y mantener viva mi capacidad de asombrarme por las cosas. Es algo que con la edad disminuye, según nos hacemos viejos perdemos la capacidad de asombrarnos y nada nos sorprende.

—Sí, supongo que para los niños todo es nuevo, y por eso le hacen más gracia las cosas que a los adultos que las han visto cientos de veces. La primera vez que Laura vio a un perro. Me dijo: «Mamá mira un guau, guau… ». No dejo de sorprenderse y repetir lo mismo hasta la décima vez que vio un animal así, y lo asimiló como algo normal.

Alcanzaron la desembocadura del río que cruzaba la playa como una serpiente enroscada, dibujando intensas curvas en la arena. Liam ayudó a Andrea a cruzar al otro lado por una zona que no cubría. Le gustó la teoría de Andrea de que todo estaba formado por átomos. Eso no explicaba que las curvas de su cuerpo fueran maravillosas. Pensó en Dios como un magnífico arquitecto capaz de construir con sus manos un busto tan hermoso a base de acoplar unos átomos sobre los otros.

La retó a bañarse en el mar. Ella aceptó. Llevaba el bañador en la mochila y se cambió detrás de una duna. Los dos entraron en el agua como una exhalación. Andrea nadó un rato y Liam la siguió de cerca. Al llegar a un peñasco se sentó en su rugosa superficie y dejó que Liam se pusiese a su lado.

—A Laura le encantaba este lugar —dijo Andrea.

—Me hubiese gustado conocerla —dijo Liam.

—¿Por qué te llaman Lobo? —preguntó ella.

Liam le contó la historia de un antepasado suyo que había sobrevivido al encuentro con un lobo que lo doblaba en tamaño. Desde entonces el apodo en su familia había pasado de padres a hijos. Andrea creía que le estaba tomando el pelo y lo empujó al agua. Luego se lanzó ella también al mar y los dos bucearon hasta el fondo en busca de caracolas y restos marinos.

Al emerger a la superficie, Liam le mostró una caracola de gran tamaño y se la puso en el oído. Andrea le aseguró que podía escuchar el sonido de la marea en el interior de la concha. A continuación nadaron hasta la orilla, Liam sustrajo una manta de playa de su mochila y la extendió en la arena. El sol comenzaba a despuntar en el horizonte y se tumbaron el uno al lado del otro. Liam observó como las gotas de agua se secaban en su piel, absorbidas por el sol y el viento.

Una nube ocultó el sol y de repente sintieron frío. Se levantaron y echaron a correr por la playa. Liam la agarró por la cintura y los dos cayeron rodando por el suelo en un abrazo no intencionado.

A pesar de rodar, Liam terminó por encima de ella, sus rostros estaban tan cerca que los labios casi se rozaron por un momento. Entonces fueron las bocas las que hablaron en un lenguaje que ni los átomos entenderían. La arena blanca hacía pensar que la piel de ella estaba salpicada por una fina capa de narcisos cuando se besaron. Ella enterró sus dedos en sus cabellos y le acarició la sedosa barba.

Lobo sonrió como si el mundo no tuviese principio ni final. Ella temblaba de frío entre sus brazos. Lobo la levantó en peso y la sentó sobre una roca cercana. Ella lo rodeó con sus muslos y apartando ligeramente la tela del bikini, permitió que entrase en ella con dulzura. La vida volvía a ser maravillosa. Lo que a veces te quitaba, otras te lo daba. Sintió como Liam se vaciaba dentro de ella, y continuó con su bamboleo hasta que ella también alcanzó el éxtasis.

Luego ambos se incorporaron como avergonzados. Hasta que se les pasó el rubor y se abrazaron de nuevo: riéndose del mundo y de las terribles vicisitudes que a veces les traía la vida. Liam la cogió por la punta de los dedos y la hizo girar a su alrededor como un

satélite. Hasta que se mareó y terminó tirada por los suelos. Él se puso a su altura y fingió estar muerto. Ella se colocó encima de su cintura con las piernas separadas y vertió arena en su ombligo. Entonces el muerto resucitó y la derribó sobre la arena, rodando ambos por la playa, en un abrazo salvaje hasta el borde del mar, que terminó empapando sus cuerpos de agua y algas. Las bocas volvieron hablar en un lenguaje que no supieron interpretar. Los besos se sucedieron y tardaron mucho tiempo en separarse.

—Eres siempre así de intensa —dijo Liam.

—Solo cuando consigo estar con alguien que me interesa —contestó Andrea.

—A mí también me interesas tú mucho —corroboró Liam.

—Los astros han querido que nos conociésemos.

—Desde luego ahora ya no podré abandonar Crescent City tan fácilmente —comentó Lobo.

—Mira que el mundo es enorme, pero no existe lugar lo suficientemente grande para que puedas esconderte de mí —advirtió Andrea.

—Si me alejo demasiado, no podré sobrevivir mucho tiempo sin tus besos y, volver estrecharte entre mis brazos, siempre que me apetezca. Te lo aseguro. Eres preciosa.

—Solo soy lo que tus ojos creen que ven.

—Para mí eres sin duda la mujer más maravillosa que he conocido en mi vida.

—Mira ahora quien es el intenso —replicó ella.

—Lo siento, pero explícame cómo hago para mantener los pies en la tierra en una situación así. La pasión me domina.

Andrea se rio y no dijo nada.

—¿Cómo no enamorarme de alguien como tú? —preguntó Lobo.

—Quizás lo mejor sea que te dejes llevar. Yo tampoco había conocido a nadie como tú. Estás muy bueno. La verdad es que me gustan los hombres que se cuidan y aman la naturaleza. Víctor nunca me llevaba de paseo por el monte —inquirió Andrea.

—¿Crees qué fue él quien asesinó a Nelly? —preguntó Liam.

—No lo sé. Tendría que haberlo hecho desde la silla de ruedas. Pudo haberle disparado con una ballesta, arrojarla al mar y luego

regresar a su casa en un Uber. Todo es posible, tratándose de Víctor nunca se sabe. Solo le pido al cielo, que no le haya puesto una mano encima a nuestra hija mientras convivió con nosotras.

—No lo creo. Este tipo de depravados suelen actuar solo fuera de su casa donde no los conocen tanto. Les conviene dar la imagen de ser un buen padre de familia. Aunque con tipos así nunca se sabe —apuntó Lobo.

—Él es demasiado cobarde para haber intentado nada con Laura. Si lo hubiese hecho, mi hija me lo diría. Lo mismo que me contó lo que le sucedió con Tessa. No existían secretos entre nosotras —sentenció Andrea.

—Entonces no tienes por qué preocuparte, seguro que Víctor adoraba a su hija y nunca se atrevió a hacerle nada —aseveró Liam sin demasiada convención y diciéndolo solo para tranquilizarla.

Capítulo 16

Jueves, 16 de mayo de 2024

Rebeca Mirren vivía en una de esas casas con jardín situadas al lado norte de la ciudad pegadas a la carretera costera que discurría hacia el estado de Oregón. Esa zona se caracteriza por sus espesas nieblas —sin las que las gigantescas secuoyas no podrían existir— que cubrían la playa que se extendía como una lagartija al otro lado de la carretera. Esa mañana el oleaje era intenso, pero más intenso era el viento que lo provocaba. Ella era oriunda de la zona y lo sabía bien. El viento atraía a decenas de surfistas que se peleaban por cabalgar sobre las olas más altas, pero también atraía a su memoria los tiempos pasados en el Pacific View Charter Scholl, donde había estudiado durante años en primaria y secundaria hasta graduarse.

Su estancia allí resultó de lo más tranquila durante los primeros años, hasta que al comenzar la secundaria, las chicas más populares de la clase la tacharon de bicho raro y comenzaron a ningunearla, aislándola del resto de sus compañeros. Ella pudo decidir apartarse a un lado y cederles a ellas su ansiada popularidad dentro y fuera de las aulas, ya que debido a su bajo nivel intelectual, Rebeca sabía que nunca triunfarían más allá de las pasarelas de modelos. Sin embargo, eligió combatirlas, lo cual solo le sirvió para recibir más críticas e insultos y que su mejor y única amiga en secundaria —la futura docente del centro Andrea Meyer— también la dejase de lado. Lo mismo que haría con su marido en la cima del acantilado cuando se rompió la espalda años más tarde.

En vez de abandonar el colegio debido al acoso recibido por las chicas más populares, Rebeca decidió quedarse para demostrarles que académicamente estaba mucho más capacitada que ellas. Al terminar sus estudios se graduó en derecho y se especializó en casos relacionados con lo social. Miembro destacado del comité feminista y afiliada al partido progresista se casó con Dave Mirren en la iglesia católica de San José.

El matrimonio concibió pronto un primer hijo al que llamaron José en honor al patrono de la parroquia. El chico iba en la misma clase que Laura, cuando esta falleció en el accidente. El matrimonio tenía otro hijo llamado Penny que era cuatro años menor que José y sobre el cual el primogénito siempre ejerció un papel especialmente protector, casi podía decirse que un poco paternal, debido a que Dave se pasaba muchas horas ejerciendo de jefe de estudios, delegado sindical del centro y candidato a la alcaldía de Crescent City por el partido demócrata, por lo que tenía poco tiempo para estar en casa con ellos; y mientras tanto José se encargaba de sustituirlo cuidando de su hermano pequeño.

En octubre del año anterior, Rebeca había alcanzado la presidencia del comité feminista que era de carácter progresista y estaba en continua discordancia con sus rivales las conservadoras. Los temas de disputa entre ambos comités feministas: no dejaban de ser curiosos por su discordancia. Andrea creía que esa rivalidad se debía en parte a la lucha de ambos bandos por hacerse con las subvenciones que daba el gobierno para tales fines. El comité feminista más conservador estaba dirigido por una tal Peyton Sawyer, que apoyaba públicamente la importancia de la mujer como eje del enclave familiar que, representaba la figura materna dentro del hogar, defendiendo su derecho a liderar los asuntos relativos a la crianza y educación de sus hijos.

Rebeca, en cambio, se desligaba del papel principal de la mujer dentro de los cuidados a los niños —responsabilidad que pensaba debía ser compartida por los varones—. Creía que si las mujeres eran liberadas de las tareas domésticas y de crianza, tenían la misma capacidad de defenderse dentro del mundo laboral que los hombres; y tenían el derecho a ocupar los mismos cargos dentro de las empresas; además de percibir las mismas atribuciones económicas por ello. El problema era que en Crescent City mandaba el partido conservador y ellos apoyaban a Natalia en detrimento de Rebeca que entró en cólera, cuando supo que una importante remesa de fondos sociales fueron destinadas a las arcas de sus rivales.

La lucha de ambos comités feministas por esos fondos era encarnizada. No podía decirse que las uniera la misma causa: la liberación de la mujer en todos los estamentos de la sociedad hasta igualarla con cualquier varón. Rebeca y Natalia se odiaban. Si un día una salía en un evento con un corte de pelo estilo tazón, la otra criticaba su simbología fascista y la tildaba de dictadora. Si alguna de ellas llevaba una falda demasiado corta, la otra decía que parecía una fulana. Los improperios eran constantes entre ambas lideres. Llegaron a un punto en inflexión en que la situación se hizo irreconciliable y decidieron celebrar el día de la mujer por separado.

La noticia de que el mejor amigo de su marido, el profesor Víctor Herrera había solicitado la adaptación al puesto por su minusvalía dentro del centro escolar, conmovió a Rebeca que movilizó a todas las integrantes de su comité para recibirlo con vítores el día de su vuelta a la docencia. El profesor había mandado adaptar una furgoneta Dodge de manera que pudiese conducirla sin necesidad de usar sus extremidades inferiores. El vehículo había sido dotado de mandos para frenar y acelerar con la mano, con el propósito de ser usado por gente como él que no podía utilizar los pedales debido a su minusvalía. Ahora que ya podía valerse por sí mismo en la carretera, solicitó la ayuda de un subalterno para que le ayudase a sentarse en la silla de ruedas al salir del coche a su llegada al colegio.

La APA (Asociación de padres de alumnos) también estaría presente en la ceremonia de bienvenida. Todo estaba organizado para ser el acontecimiento del año en la ciudad, varios medios de comunicación se habían apuntado al evento. Aparte de los medios estatales, el acto también iba ser retrasmitido por la CNN en directo. La audiencia no quería perderse detalle del regreso del profesor al centro.

El alcalde de Crescent City durante un acto simbólico le entregó las llaves de la ciudad a Víctor Herrera —muy a pesar de ser el mejor amigo de su máximo rival político—. La presión de la opinión pública era tan grande que decidieron otorgarle, igualmente, ese galardón; dejando de lado las diferencias ideológicas, lo nombraron hijo pródigo de Crescent City. La cosa se estaba preparando para

recibir a Víctor con todos los honores en el centro de enseñanza como si fuese un héroe nacional.

Algo que no estaba en los planes de la agente Jane Barret que, decidió consultar con su superior todo lo que estaba sucediendo. El agente Bruce Parker solicitó el traslado de colegio de Tessa para protegerla de su supuesto violador —algo que a falta de pruebas no podían demostrar—. El problema fue que su abuela Lily Morgan amenazó con poner una denuncia contra el profesor: si su nieta se veía obligada a cambiar de colegio, cuando solo quedaba un mes para finalizar el curso.

La agente Jane Barret habló con Lily, avisando a la anciana que sin pruebas, la denuncia sería desestimada. Nadie en el centro la creería. Lily era una mujer de un marcado carácter narcisista y amenazó con acudir a la prensa y destapar todo el escándalo. La agente Jane Barret habló con Víctor pero eso solo logró acrecentar la tormenta: el profesor negó rotundamente haber mantenido cualquier tipo de relación sexual con la menor. Además había decidido interponer una denuncia contra su exmujer por omisión de auxilio durante su caída por el acantilado, si las acusaciones de pederastia contra él prosperaban.

Jane habló de nuevo con Lily poniéndola al tanto de la situación. La anciana le dijo que el profesor mentía, pero que debía ser Dios quien lo juzgase en el más allá y no ellos. De todas maneras, quería proteger a su nieta de habladurías y chismorreos, por lo que no pensaba denunciar el caso. No obstante, con el curso tan avanzado, cambiarla de centro resultaría demoledor para sus calificaciones, debido a la posible variación temática de un centro a otro, por lo que aceptó el regreso del profesor; siempre y cuando no pisara el edificio de secundaria y fuese redactada una orden de alejamiento, mediante la cual, no podía acercarse a menos de quince metros de su nieta. Eso supuso el desligamiento de Tessa de la banda de música que dirigía Víctor. Los chicos tuvieron que buscarse un nuevo trompetista para ocupar el lugar de Tessa durante la recepción de bienvenida al profesor, en la que iban a interpretar el Himno a la Alegría de Beethoven.

El puesto de Tessa lo ocupó José Mirren, el hijo de Dave y Rebeca. José era igual de cabezota que su madre pero tenía los ojos claros de su padre. Los chicos de la banda le dieron la bienvenida. Se alegraban de haberse librado de Tessa. No les caía bien a ninguno. Tampoco se creían su historia sobre la violación. El profesor Víctor les encantaba y se alegraban de su vuelta. Interpretaron el Himno a la Alegría con cierto virtuosismo, mientras el profesor recorría el patio del colegio empujado en su silla de ruedas por Rebeca Mirren, ante la alegría de toda la concurrencia. Saludando como un héroe a todos los presentes. Una salva de aplausos resonó al terminar la pieza.

Los chicos de la banda habían estado estupendos. El patio estaba abarrotado de gente. Desde los graderíos, la multitud aplaudía al profesor, todos le daban la bienvenida. Los padres de los alumnos lo adoraban y las feministas lo veneraban. El profesor se situó en el círculo central de la cancha de baloncesto, de la que se habían retirado las canastas a un lado para la ocasión. El evento estaba siendo grabado en directo por los medios de comunicación. Embriagado por la emoción y tocándose el pecho, Víctor les agradeció su presencia, sujetando el micrófono con una mano se dirigió a ellos con unas emotivas palabras:

—Desde niño he soñado con dar clases en este colegio. Estos días en el hospital lejos de vosotros han sido un infierno. Los médicos me dijeron que no volvería a caminar. Mis piernas ya no funcionan, pero mi corazón tiene alas y los que me conocen bien saben que nadie va a separarme de mis alumnos.

»Debido a mi nueva situación daré clases solo en la planta baja del edificio de primaria donde se encuentra ubicada el aula de música, obviamente ya no podré subir escaleras como antes. Agradezco a mi amigo Dave Mirren y al director del centro el venerable Arthur Hartman, sus esfuerzos por adoptar el recinto a mis necesidades; y eliminar todas las barreras que me dificultaban el acceso para poder trabajar con la máxima comodidad posible.

»Gracias al personal no docente del centro por facilitarme cada día la vida a la hora de organizar actividades para los niños colaborando conmigo en todo momento de manera altruista. Estoy

seguro de que seguiréis haciéndolo. Gracias a mis compañeros de profesión por estar siempre a mi lado en las duras y en las maduras. Durante el tiempo que pasé ingresado he recibido constantes muestras de cariño de todo el profesorado de este centro y les estaré eternamente agradecido. Gracias también a vosotros los padres de los alumnos, sabéis que os llevaré siempre en el corazón. Y por último gracias también a todos los lectores de mi libro *La sonata de los pitufos* y al resto de amigos que estáis aquí hoy presentes, pues puede que me haya olvidado de mencionaros, perdonad pero mi memoria es limitada, aunque para mí también sois parte de esta gran familia. Gracias de nuevo a todos los aquí presentes, incluso a los que no hayáis podido asistir y me estéis viendo por televisión ¡Os he echado tanto de menos!

Esas palabras provocaron un nuevo aplauso. La algarabía era general. Las madres de los alumnos lloraban, las feministas gritaban, vitoreando al profesor como si fuese una estrella de rock. Lo cierto era que solo le faltaban las gafas y el pelo largo para confundirlo con John Lennon. Aunque había que reconocer que el profesor era mucho más guapo que el líder de los Beatles, ni siquiera los fans de Lennon habían caído en la histeria colectiva que se destapó aquella tarde en el patio del colegio. Hubo hasta algunos desmayos y tuvieron que intervenir los miembros de la Cruz Roja.

El director Arthur Hartman temiendo por la seguridad de los presentes, ordenó desalojar el patio y antes se despidió dando las gracias a todos por acudir a recibir a un hijo pródigo de la ciudad. El suceso salió en todos los medios nacionales y solo la CNN habló sobre la alumna asesinada por una flecha que la ex mujer del profesor encontró en el mar. Esa noticia quedó anegada por la de la vuelta del profesor al colegio.

Sus colegas de docencia lo consideraban el Aristóteles del siglo XXI. Era muy ordenado y le gustaba clasificar —igual que el filósofo hacía con las cosas según su forma o materia—a los alumnos por la actividad que realizaban. A los miembros de su banda los llamaba *músicos*. A los que participaban en las obras de teatro actores. A los que le gustaba contar chistes en público *monologuistas*. A los alumnos que ayudaban a hacer pasteles en la cocina *reposteros*. A

los que lo hacían durante el festival de cine *acomodadores*. A los que participaban en el karaoke *cantantes*. Y a los alumnos que tocaban Jazz *sureños*, porque decía que la mejor música venía del sur. El jazz surgió del canto de los esclavos negros que también fueron pioneros con el góspel y el blues. Ningún alumno suyo en el centro se libraba de que el profesor le pusiese una etiqueta.

Víctor decía que según sus cualidades todos los alumnos debían ser tratados como profesionales, a pesar de estar todavía en periodo de formación. Eso les ayudaría a estar preparados para cuando llegase el momento integrarse más rápido en la sociedad. A él desde niño le gustó enseñar y ojalá, sus profesores siendo pequeño le llamasen *maestro*. La vocación según Víctor era algo que uno llevaba dentro del alma, incluso grabada en el ADN, por lo cual debía ya ejercerse desde la infancia.

Capítulo 17

viernes, 16 de mayo de 2024

El ala este de la escuela estatal estaba en llamas. El fuego se había iniciado de madrugada. Una alumna había arrojado varios cocteles molotov dentro del aula de música, previamente había roto los cristales de las ventanas con un bate de beisbol. Las llamas se extendieron por los pasillos y alcanzaron la biblioteca, cuando alertados por la alarma de incendios, los bomberos se personaron en el lugar para intentar aplacar el fuego lo más rápido posible. Primero con los extintores para evitar el deterioro de los libros y finalmente regando la zona con las mangueras.

La sección más afectada de la biblioteca fue la de ciencias naturales, salvándose del fuego las obras literarias, biográficas y del resto de contenidos temáticos; gracias a la rápida intervención de los bomberos. Habría que restaurar libros completos y el presupuesto que se aprobaría para la reparación de todos los daños del incendio ascendería a doscientos mil dólares.

A la agente Jane Barret le llamó la atención que las cámaras de seguridad estuvieran apuntando hacia el techo y no hubiesen grabado nada de lo sucedido. El director tampoco presentaría cargos contra ningún alumno. Algo muy inusual, puesto que varios testigos habían visto merodeando por la zona a una muchacha de secundaria. Después de hablar con ellos, Jane Barret descubrió lo que sospechaba, se trataba de Tessa Villán que negó cualquier implicación con lo sucedido.

Era como si la dirección del centro se empeñara en ocultar lo ocurrido. Jane Barret comenzó a sacar sus propias conclusiones: estaba claro que los dirigentes del centro trataban de ocultar las posibles desavenencias entre uno de los suyos y la alumna en cuestión. De otra manera ¿Qué sentido tenía que las cámaras del centro apuntasen hacia el firmamento y no grabasen nada de lo

sucedido? Alguien debió colocarlas así adrede, como previniendo lo que podía suceder y adelantándose a los hechos.

La agente Jane Barret entendía la frustración que debió sentir Tessa al tener que continuar asistiendo a clases en el mismo colegio que su supuesto violador. Eso la llevó a intentar quemar el centro. Las clases fueron suspendidas temporalmente hasta que los bomberos terminaron su labor de extinción. Jane convocó una reunión con la dirección del colegio para informarlos de la condición de investigado del profesor Víctor Herrera por mantener presuntas relaciones sexuales con algunas alumnas del centro. El acto tuvo lugar en la oficina del director. Estaban presentes en la misma, el jefe de estudios Dave Mirren, el director Arthur Hartman y la secretaria Bonneville. Una vez Jane Barret los informó de lo sucedido, la cara de estupefacción de Dave era todo un poema, Arthur y Bonneville tampoco daban crédito a lo que estaban oyendo. Su colega investigado por acostarse con menores. Era algo que creían que nunca sucedería. Era como si en ese centro cada uno pudiese acostarse con quién le diese la gana. El primero en expresar su punto de vista fue el director Arthur Hartman.

—Las adolescentes suelen inventarse muchas historias para llamar la atención de los mayores. Víctor es como un padre para ellas, jamás le tocaría un pelo a ninguna.

—Eso ya lo veremos. Aunque en principio todos tenemos derecho a la presunción de inocencia, que dos menores atestigüen que mantuvieron relaciones con él en un corto periodo de tiempo es muy sospechoso. También estamos investigando el asesinato de Nelly Relish, por lo que nadie de este centro está libre de sospecha.

»Parece que hay una extraña moralidad entre el personal docente de esta escuela. Nada más llegar he sorprendido al director fornicando con la secretaria en horas lectivas en su despacho. El mismo director que dejó en estado a la cocinera del centro y para rematarla, aparece el cadáver de una niña asesinada con una flecha sustraída de la casa del jefe de estudios. Demasiadas casualidades. Es posible que ustedes se las den de liberales y piensen que no pasa nada porque uno de los suyos se haya acostado con una menor.

Para ustedes ese hecho no supone delito ninguno, puesto que la joven acudió voluntariamente al encuentro del profesor.

»Sé cómo piensa la gente como ustedes. Suponen que Tessa y Nelly estaban enamoradas de su profesor y lo sedujeron para acostarse con él, pero les recuerdo que se trata de menores de edad y el simple hecho de hacerlo, ya supone un delito. —Jane hizo una pausa antes de volver a la carga—. ¿Qué mierda de colegio es este? Ustedes son los tutores de esas pobres criaturas. ¿No me digan que no sospechaban nada de la actitud de Víctor?

Los tres se quedaron helados ante las palabras de la agente Barret, ninguno de ellos se atrevió a rebatirla. Entonces Jane continuó con las acusaciones.

—Saben que ocultar hechos en un caso de violación se trata de un delito de encubrimiento que puede ser castigado con una pena de tres a seis años de cárcel.

—Nosotros ignorábamos lo ocurrido. Ni creemos que nuestro colega haya violado a nadie. Debería centrarse en buscar al hombre que entró en mi casa para robar una de mis flechas y asesinar a Nelly con ella —protestó Dave Mirren.

—Que yo y Arthur nos enrollemos de vez en cuando, tampoco es asunto suyo. Los dos somos adultos y no estamos cometiendo ningún delito —añadió la profesora Bonneville.

—Ya, pero el adulterio no está bien visto en ningún centro escolar, aunque para ustedes los liberales resulte algo normal —apuntó Jane.

—Espero que nada de nuestra vida privada trascienda fuera del centro —protestó Arthur.

—Me importa una mierda, con quién follen o dejen de follar, que engañen a sus cónyuges o hagan lo que les salga de las narices. Pero no dentro del centro. Ustedes dirigen un colegio por el amor de Dios, deberían ser un ejemplo para los chicos —replicó Jane.

—Nosotros no somos quién para ponerle un cinturón de castidad a nadie. Educamos a los chicos para que tomen sus propias decisiones y sean consecuentes con sus actos. Usted tampoco debe de ser ninguna mojigata, aunque se crea con derecho a juzgar a los

demás, solo por no llevar una alianza en el dedo —apuntó Arthur Hartman.

—Nunca he dicho que lo sea. Al menos no engaño a nadie. Soy una mujer sin ataduras y puedo hacer lo que me da la gana —replicó Jane.

—Me alegro por usted. Pero porque yo y la señorita Bonneville nos acostemos de vez en cuando, no quiere decir que seamos un mal ejemplo para los chicos y no cumplamos con nuestras obligaciones matrimoniales. Es algo que solo es asunto nuestro y mejor que siga siendo así —dijo Arthur Hartman.

—Está bien. Mañana podrán reanudar las clases y actuarán como si esta conversación no hubiese tenido lugar. Solo les pido que hagan lo posible para mantener separados al profesor Víctor de Tessa o cualquier otra alumna que pueda insinuársele. Debido a que ustedes tienen la costumbre de apuntar las cámaras del centro al techo para que solo graben las telas de araña, no presentaremos cargos contra la muchacha por los incidentes de hoy. Yo continuaré investigando sobre la muerte de Nelly —dijo Jane.

—Siempre he sido un gran defensor de las culturas indígenas, pero sé de alguien con quién puedes hablar sobre el caso. Se trata de Abey Balam, un exalumno del colegio que vive en una cabaña en el bosque; tal vez sepa algo sobre el robo de la flecha en mi casa. El mantiene contacto con los indios de la zona y puede que sepa quién puede estar interesado en robar un arma de este tipo —propuso Dave Mirren.

—Vale hablaré con él, mándame su dirección por Google Maps —dijo Jane, dando por supuesto que de otra manera le resultaría complicado de localizar.

Dave le envió la dirección por WhatsApp y Jane salió a toda pastilla de la oficina del director. Aquel colegio le daba mala espina, cuanto menos tiempo pasase dentro del recinto, mejor sería para ella. Antes de salir comprobó los desperfectos que había causado el fuego en los falsos techos del aula de música, provocando el desprendimiento de algunos plafones de escayola y daños en el sistema eléctrico. Luego se subió a su Hyundai y abandonó el aparcamiento del colegio para continuar circulando por la carretera

de la costa hacia la desembocadura del río Klamath. Allí tomó una pista forestal asfaltada del parque, siguiendo la señal del GPS que le había enviado Dave.

La pesca de salmón es fundamental para la supervivencia de los escasos indígenas que decidieron permanecer en la región, a pesar de la contaminación de las aguas y las duras condiciones de vida, lejos de las reservas que le asignaron los federales en el sur del estado. Muy pocos se atrevieron a permanecer en el norte, pero los yurok son un pueblo orgulloso de sus orígenes, y algunos se negaron a abandonar las tierras de las que son oriundos. Por otra parte el turismo proporciona algunos ingresos para los guías experimentados en excursiones por el parque nacional y en organizar actos culturales que tienen que ver con la preservación ambiental y la sostenibilidad. Abey Balam era uno de ellos, vivía en medio del bosque en una cabaña de madera. Era un joven de unos veinticinco años que había aprendido el oficio de sus padres.

A Jane le llamó la atención que viviese solo y alejado del resto de la tribu. Abey le dijo que su familia se trasladó al sur para residir en una reserva, pero que él eligió desde niño permanecer con un tío suyo en el norte. Tenía un caballo atado a una columna de la cabaña. Jane se acercó para acariciarle las crines. Abey le explicó que vivía solo porque los jóvenes de su tribu se habían vuelto muy ambiciosos, muchos de ellos renegaban de las costumbres ancestrales y abandonaron la pesca para montar un casino y promocionar los juegos tribales.

Sus padres siempre le advirtieron que el juego era malo y que el dinero quebrantaba las almas, por eso Abey se había alejado de su pueblo para vivir solo y tranquilo en medio de la naturaleza. Él odiaba las máquinas tragaperras y los juegos de cartas del casino. Abey creía firmemente que el juego corrompía a las personas, por eso se mantenía alejado de los suyos.

La invitó a sentarse en una mecedora a su lado en el porche de su cabaña. Abey era un gran conocedor de aquellos bosques. Le contó que existían dos tipos de secuoyas. Las rojas y las gigantes. Las rojas suelen ser las más comunes y están cerca de la costa. Las

gigantes habitan más en el interior. El Hyperion es la más grande y mide ciento quince metros de altura. Las secuoyas necesitan un clima suave para sobrevivir, no soportan las temperaturas extremas. En el parque tienen los cuatro ejemplares más altos del planeta.

Llevaba el cabello suelto. A Jane le gustaba su larga melena, ello le daba un aspecto más indio. Era delgado y fibroso y medía sobre un metro ochenta, algunos centímetros más que ella. El rostro angulado le trasmitía seguridad. Le gustaba la parsimonia al hablar sobre los ancestros de la región. Le agradeció que compartiera su sabiduría con ella. Era guapo, pero parecía un poco asustado por la presencia de una agente federal por la zona.

Jane le mostró el arma del crimen en una bolsa de plástico hermética, por si conocía a alguien interesado en ese tipo de flechas. Le contó lo sucedido con Nelly y le sorprendió su respuesta:

—La mayoría de nosotros no hemos disparado un arco en nuestra vida. La verdad es que no conozco a ningún indio que lo haya hecho. Para que hacerlo, si es mucho más efectivo cazar con un rifle.

—He revisado tu currículo y figura que estudiaste en el Pacific View Charter Scholl durante primaria y secundaria, antes de graduarte en turismo en la universidad de San Francisco. ¿Conoces a alguien del colegio capaz de disparar con arco? —preguntó Jane Barret.

—Solo Dave Mirren. Él acudía a torneos de tiro con arco de joven. Es mucha casualidad que le hayan robado esa flecha de su casa, solo unos días antes de aparecer el cuerpo de la muchacha —comentó Abey.

—Si que es raro. ¿Qué me puedes comentar de ese colegio? —preguntó Jane Barret.

—Lo cierto es que me trataron bien, a pesar de ser un indio. Sus profesores eran muy liberales a diferencia de otros centros y estaban a favor de la integración. El profesor Víctor era un encanto y Dave Mirren siempre estaba pendiente de mí. Me niego a creer que haya tenido que ver algo con la muerte de esa muchacha. Pero lo del robo de la flecha sigue siendo muy raro —contestó Abey Balam.

—Gracias Abey. Es posible que un día vuelva y contrate tus servicios de guía para un tour por el parque. Mi madre era una inuit,

llevo parte de su sangre india en mis venas —dijo Jane.

—Me alegra saberlo. Nunca he hecho nada malo a nadie. La gente aquí tiene miedo de la policía. Muchos de mi raza son torturados para que se declaren culpables de crímenes que nunca han cometido. No te enojes, pero espero no volver a verte por aquí —comentó Abey.

—Tranquilo hombre. No eres sospechoso de nada, comprendo tus reticencias a la hora de hablar conmigo, pero solo trato de resolver el caso. No me tengas miedo por favor, no haría nada que pudiese perjudicarte, pero debo encontrar al cabrón que le hizo esto a esa pobre chica —expresó Jane Barret.

—Hace unos años la policía detuvo a uno de los nuestros, acusándolo del asesinato de una joven blanca como Nelly. En comisaría lo torturaron hasta que confesó un crimen que no había cometido, luego se ahorcó en su celda. No te extrañes de que no seas bienvenida por aquí —explicó enojado Abey.

—Conozco el caso. Años más tarde mis colegas del FBI encontraron al verdadero culpable. Lamento lo sucedido. Me he licenciado en criminología y solo trato de hacer mi trabajo. Siento haberte asustado. No debes temer nada de mí. Encontraré al cabrón que le hizo daño a Nelly: si ha matado una vez es posible que vuelva a hacerlo. A lo mejor solo robó la flecha de casa de Dave para tratar de inculparos a vosotros. Entiendo perfectamente tus reticencias a colaborar con la justicia. Es más sencillo culpar a un negro o a un indio que acusar al jefe de estudios de un centro escolar con un currículo intachable —apuntó Jane.

—Por eso me mantengo lejos de la ciudad y de los blancos; menos mal que no he disparado un arco en mi vida, si no seguro que me freirían en la silla eléctrica, aunque solo haya utilizado el arma para cazar venados. En este estado todo es posible —indicó Abey.

—Siento que tengas una visión tan negativa de los agentes de la ley. Tal vez volvamos a vernos Abey Balam y espero que sea con el caso ya resuelto y estando yo fuera de servicio —dijo Jane, despidiéndose un poco avergonzada por la actitud de algunos agentes de la ley con los indígenas.

—Ya veremos, pero si vuelves por aquí, no vengas armada —dijo Abey.

—Lo prometo, te doy mi palabra —dijo Jane con un amago de sonrisa.

Algo se removió dentro de su pecho de camino al coche. Le gustaba aquel chico. Era una locura, quizás no volvería a verlo más. Se subió al Hyundai y arrancó el motor. El vehículo dejó un rastro de polvareda a su espalda que no se extinguió hasta alcanzar una pista asfaltada cerca de los márgenes del río. Nunca había visto un indio tan guapo. Abey era solo un año mayor que ella. Sentía haberlo asustado. ¿Y si mentía? ¿Y si era el asesino? ¿Por qué Dave le había dado su nombre? ¿Acaso sospechaba de él? Desde cuando un indio no sabía disparar un arco. Eso era algo que se llevaba en los genes. Olvidó aquella idea absurda y también decidió dejar de pensar en su encuentro con Abey.

No lo logró, las piernas todavía le temblaban al llegar al hotel. La atracción entre ambos era inevitable. Menuda policía de mierda estaba hecha. Le reñía a su subalterno por sentirse atraído por la exmujer de un sospechoso y ahora era ella la que se sentía atraída por un indio que podía haber asesinado a una menor. Solo que el indio aseguraba que no había disparado una flecha en su vida. Jane se preguntaba si aquello sería cierto.

Capítulo 18

Un mar esmeralda de aguas limpias se perpetúa en los ojos profundamente azules de una niña que pasea descalza entre retazos de finísima arena. Ella lleva tiempo andando, alejándose de la urbanización más cercana, salvaje, sintiendo como ni siquiera la naturaleza es capaz de borrar la ignominia que siente. Anoche perdió el control e intentó prender fuego al colegio, los bomberos llegaron a tiempo para evitar un desastre mayor, pero al menos consiguió que el aula de música dejase de estar habilitada temporalmente para que el profesor Víctor Herrera pudiese seguir ejerciendo de docente debido a su invalidez. Debían adaptarla de nuevo para que su incapacidad no supusiese ninguna barrera a la hora de ejercer su trabajo de docente. Al menos las obras de reparación durarían unos meses, para cuando el aula estuviese en condiciones, Tessa ya no estaría en el colegio.

Era una temeridad que un presunto violador continuase dando clases en el centro. Ahora igual que el fuego se había extendido por la escuela, su alma parecía absorber parte de ese calor que la estaba abrasando por dentro. El profesor Víctor no podría incorporarse hasta el próximo curso. Eso le daba un margen a ella para presentarse a los exámenes finales, sin tener que soportar verlo —aunque fuese de lejos debido a la orden de alejamiento— en el recinto de la escuela. Ello suponía un alivio para ella.

Los rumores de la presencia de Tessa en la zona esa madrugada cerca del colegio, difundidos por algunos vecinos, pronto se extendieron por toda la ciudad. Debió tener más cuidado y ponerse el pasamontañas al acercarse al barrio u ocultar el rostro con una capucha. No lo puso hasta estar cerca de la verja, por eso debieron verla. Cortó el alambre con unos alicates y entró dentro del recinto del colegio por la parte del cierre que estaba oculta a las cámaras de seguridad que de todas maneras apuntaban hacia el techo. Echó a

correr hacia el aula de música y con el bate de beisbol destrozó los cristales de las ventanas; y después de prender fuego a unos trapos con el mechero, arrojó dentro varios botes con gasolina que llevaba en la mochila. Al escucharlos explosionar se asustó y salió huyendo por donde había venido.

Ahora ella era la principal sospechosa de provocar el incendio. Sus compañeras de clase la miraban como si estuviese loca. El falso testimonio de su abuela declarando que ella estaba en su habitación dormida en su casa a la hora que se produjo el fuego, le había salvado el pellejo, pero le costó una sarta de palos en el trasero. Lily usó una regla de madera para golpear a su nieta en las nalgas. Se había visto obligada a mentir a la policía para protegerla, vulnerando el octavo mandamiento, había perjurado por su culpa. Todavía le dolía el trasero, pero entendía que su abuela solo pretendía ayudarla.

Su padre había escuchado rumores esa mañana al acercarse al bar que solía frecuentar en la ciudad, de que su hija había prendido fuego al colegio, y de que su abuela había mentido para protegerla. Lily Morgan era una buena cristiana, nadie en su parroquia dudaría de su palabra. Su hijo Jayden Morgan, el padre de Tessa, solía moverse solo por interés y vio una oportunidad de conseguir algo de dinero con lo que estaba sucediendo en el colegio. Era como una de esas ratas que solo salían de su agujero cuando veían un trozo de queso abandonado en medio del mostrador de la cocina.

El padre de Tessa llevaba tiempo metiéndose en líos; sobre todo después de perder el trabajo en la cervecera, por presentarse una madrugada en el muelle con claros síntomas de embriaguez y tener que ser rescatado del mar por sus compañeros. El muy idiota se había caído al agua al intentar embarcar. El dueño de la fábrica no lo dudó y le rescindió el contrato. Desde entonces, su vida comenzó una vorágine carrera hacia el alcoholismo que, en vez de mejorar su carácter, lo volvió todavía más mezquino. Es que el alcohol a poca gente le sienta bien, solo unos pocos afortunados se vuelven más simpáticos con la bebida.

Solo paraba de beber cuando se quedaba sin dinero, pero su constitución era muy fuerte y su salud parecía no quebrarse nunca. Era un Morgan y resucitaba de cada noche de juerga, a la mañana siguiente, aparentemente hecho un toro, aunque sin un duro en los bolsillos. Las historias que se contaban sobre él eran de lo más estrafalarias. Cuando bebía perdía el control y se enzarzaba en apuestas absurdas que al día siguiente no recordaba. A veces contraía deudas con gente de dudosa reputación, que le obligaba a pagarlas, bajo la amenaza de que le romperían todos los huesos del cuerpo, y se veía obligado a hacer cosas que odiaba para evitarlo.

En una ocasión, a pesar de que era heterosexual, entró en un bar de chaperos y se formó una cola de cuarentones barrigudos en uno de los baños, esperando su turno para que Jayden les chupase la polla por un puñado de dólares. Con ello consiguió el dinero que necesitaba para saldar sus deudas, aunque pasó horas sufriendo náuseas, y después de aquello, no volvió a apostar nunca. Se sentía como un despojo humano, capaz de cualquier cosa para conseguir dinero. Le gustaba el color verde, pero no el de los ecologistas, sino el de los billetes de cien dólares, y hacía lo que hiciese falta para conseguirlos.

Jayden tenía el cabello pelirrojo y los ojos claros de su hija. Sabía que para recuperar su custodia tenía que trabajar mucho y dejar la bebida. Lo intentó varias veces, pero su inclinación por la botella era superior al amor que sentía por Tessa y terminaba fracasando. Echaba de menos a su hija, sin embargo, no pensaba dejar la bebida para convertirse en el padre del año. De todas maneras mantener aquel nivel de vida, sin dar palo al agua, resultaba muy complicado. Las copas eran caras y en la mayoría de los locales, le exigían pagar por adelantado antes de servirle. Una vez se le agotó la prestación por desempleo, ingresó en la unidad de desintoxicación hospitalaria, solo para conseguir un ingreso vital por adicto al alcohol, pero los inspectores se lo quitaron al comprobar que no tomaba la medicación y continuaba acudiendo a los bares a beber continuamente. Esa etapa resultó cómica, Jayden transitaba por las calles disfrazado para despistar a los inspectores y entrar sin ser visto en los bares, pero al final terminaban descubriéndolo.

La agente de servicios sociales le había quitado la custodia de su hija y su esposa continuaba consumiendo heroína. El casero los había denunciado por atrasos a la hora de abonar el alquiler. Entonces Jayden vio una nueva oportunidad de conseguir una paga del estado debido a la condición de heroinómana de su esposa. No la consiguió. Era condición para ello que Beatrice ingresase en una clínica de desintoxicación gubernamental, pero ella se negó a hacerlo. Enojado le dio una paliza al enterarse de su negativa a dejar las drogas. A ella le daban igual los golpes. Hacía tiempo que había perdido la dignidad.

Entonces, para evitar el desalojo, Jayden intentó conseguir la mayor cantidad de heroína posible para que su mujer se muriese de una sobredosis y así poder cobrar la paga de viudez. Lo consiguió. Una noche Beatrice se inyectó su chute nocturno antes de acostarse. Se quedó dormida con la jeringuilla en la vena y los ojos en blanco. Jayden aprovechó para inyectarle más dosis, utilizando unos guantes de látex para evitar dejar huellas. Una vez Beatrice falleció, llamó a emergencias para que viniesen a llevarse su cadáver.

Su muerte no fue ningún drama para su hija y su suegra. En realidad, Lily y Tessa no acudieron al entierro. La heroína se había llevado a su madre pero eso a Tessa le daba igual. En esa época ella mantenía una apasionada relación virtual con un tal Spiderman y la vida le sonreía. Jayden no sentía ningún remordimiento por lo que hizo, una vez comentó en el bar que era una bendición que su esposa se hubiese muerto. Dios le hizo un favor al mundo por librarles de una drogadicta.

La paga de viudo no evitó que lo echasen del piso, pues se bebió la cuantía del alquiler antes de pagar la cuota y el casero terminó consiguiendo una orden de desalojo. Ocupó una habitación en un edificio medio derruido e iba a dormir allí por las noches. Carecía de ventanas, pero Jayden se envolvía en unas mantas junto a un grupo de vagabundos para protegerse del frío. Aquello no se trataba de un hotel de cinco estrellas, pero era mejor que dormir a la intemperie.

Jayden esperó a su hija esa mañana a la salida del colegio. Olía a alcohol, pero previamente se había dado una ducha en casa de un chapero que le debía favores, y puesto una muda limpia para dar

buena imagen delante de Tessa, que lo miró con cierto escepticismo.

—¿Qué haces aquí papá? —preguntó

—Acaso no te alegras de verme —contestó sonriente Jayden.

—Estás de broma. Llevas meses desaparecido y ahora tengo que saltar de alegría al verte. Además hueles a alcohol.

—Vamos no exageres. Solo he tomado un par de cervezas de camino con unos bizcochos para almorzar —dijo Jayden.

—¿Qué quieres papá? —preguntó Tessa resoplando.

—He oído rumores en el bar de que han estado ocurriendo cosas raras en este colegio. Dicen que has sido tú la que quemó el aula de música. Seguro que la abuela ha mentido a la policía para encubrirte —contestó Jayden.

—Y eso a ti que más te da, ¿desde cuándo te preocupas por mí?

—¡Vamos! ¡Eres mi pequeña! ¿Por qué has quemado el aula de música? ¿Qué te ha hecho ese cabrón de Víctor Herrera? —insistió Jayden.

Tessa se quedó un rato pensativa antes de contestar. Su padre le había advertido que tuviese cuidado con el profesor de música. No era un tipo de fiar. Se le veía en la mirada. Si le hubiese hecho caso, no estaría en aquella situación. Tessa no logró contener las lágrimas y le contó a su padre todo lo sucedido. Se sentaron en un banco al otro lado de la calle mientras lo hacía.

—Debes denunciarlo. Yo te acompañaré a comisaría —aconsejó Jayden.

—El FBI ya lo está investigando y me pidieron que guardase silencio. No tienen ninguna prueba de lo ocurrido —explicó Tessa.

—No necesitan ninguna prueba, bastará tu palabra para sembrar la duda en todo el colegio. Yo sé que no mientes y apoyaré tu versión. Debemos hacerlo público, antes de que ese monstruo haga daño a más chicas. Seguro que ha sido él quién mató a Nelly y si no hacemos nada matará a otras. Es un violador y un asesino, tenemos una oportunidad única de hacernos oír. En cuanto salte la noticia en la prensa, los medios pagarán miles de dólares por entrevistarte. Yo me encargaré de gestionarlo todo —explicó Jayden.

—No podemos hacerlo. Sin pruebas nos acusarán de denuncia falsa y la pena por ello es de seis meses a dos años de cárcel —aclaró Tessa.

—Eres menor y no tienes antecedentes, nunca entrarías en prisión. Además tienen la declaración de Nelly de que mantuvo relaciones con el profesor antes de ser asesinada. Eso refutará nuestra acusación —aclaró Jayden.

—Si lo hago, dejarás de beber y alquilarás un piso con lo que ganemos para que podamos vivir juntos —propuso Tessa.

—Haré todo lo que me pidas mi niña. Lo juro. Si no fuese por esa arpía de asuntos sociales, jamás permitiría que vivieses con tu abuela. Mi madre es una bruja y solo piensa en llevarse bien con los curas —dijo Jayden.

—Es cierto. Te echo de menos papá. Esa zorra me pega y estoy harta de que me duela el trasero al sentarme —dijo Tessa.

—Me apuntaré de nuevo a la unidad de desintoxicación hospitalaria y haré todo lo que me pidan para dejar de beber. Debo estar presentable ante los medios, si quiero recuperar tu custodia. No hay nada más emotivo para ellos que la historia de un ex alcohólico que quiere salvar a su hija de las fauces de una abuela que la maltrata —apuntó Jayden.

—Deberías empezar por no beberte la paga de viudez. Si consigues mantenerte sobrio durante un mes, al pasar los exámenes finales, te prometo que presentaré contigo esa denuncia en comisaría —propuso Tessa.

—Es demasiado tiempo. El profesor puede volver a matar y que la próxima víctima seas tú —advirtió Jayden.

—No lo creo. El FBI me está vigilando. Ves esa furgoneta de ahí, si alguien sospechoso se acerca a mí, se bajaran un par de agentes de ella para detenerle —aclaró Tessa.

—¡Joder! Te veré aquí dentro de un mes. Piensa en lo que te he dicho. Y estudia mucho para los exámenes —dijo Jayden, despidiéndose de su hija.

El padre de Tessa abandonó la entrada del colegio y saludó con la mano a la pareja de federales que no le habían quitado el ojo durante toda la conversación con su hija. Los agentes le habían

hecho varias fotos. Sabían que se trataba de su padre, por eso no intervinieron. De momento no existía ninguna orden de alejamiento que le impidiese a Jayden acercarse a su hija. Esa tarde Jayden sorprendió a todos en el bar pidiendo un agua con gas con una rodaja de limón. Debía mantenerse sobrio si quería que su hija confiase en él. Tessa era muy lista y olía el alcohol a distancia, nunca podría engañarla.

En la unidad de desintoxicación hospitalaria le recetaron unos opioides para ayudarle a soportar mejor los temblores que le provocaban su abstinencia. Las horas se le hacían eternas sin una gota de alcohol en la sangre. Aunque era consciente de que con la medicación no debía bromear. Si mezclaba las pastillas con alcohol: el resultado podría ser demoledor para su organismo. Así que se abstuvo de beber nada.

Necesitaba ganar algo de dinero para alquilar una habitación y dormir en un sitio confortable en que no hubiese chinches. Conocía a un amigo que tenía en su jardín una plantación de marihuana. Le resultó fácil vender parte de la mercancía y se ganó una comisión. Con el dinero alquiló una habitación en casa de una viuda de setenta y dos años que, le rebajó el precio a cambio de favores sexuales y, comenzó a ducharse a diario. Hizo lo imposible para mantenerse sobrio y limpio, ahora tenía un objetivo en la vida, aunque ignoraba que le motivaba más: el dinero que cobraría por las exclusivas de la prensa u obtener la custodia de su hija.

Seguía acudiendo cada día al bar para beber agua con gas con una rodaja de limón. Sus colegas de borrachera creían que estaba enfermo. Se reían de él y hacían cávalas, incluso apuestas sobre el tiempo que tardaría en recaer en la bebida. Jayden les decía que tenía planes por delante y que no volvería a tocar el alcohol en una temporada. Había alguien muy malo que se hacía pasar por bueno para abusar de unas pobres niñas inocentes. Él no pensaba permitirlo. Miró en internet y eran interminables los casos de profesores que abusaban de sus alumnas. En el fondo eran todos unos degenerados que se aprovechaban de su situación de poder como tutores de las pobres criaturas para acostarse con ellas.

Vestía una cazadora vaquera con borreguillo de la que no se separaba nunca. Pensó en el dinero que ganaría con las exclusivas sobre la violación de su hija. Nunca más volvería a chupar pollas para pagar sus deudas. Odiaba el sabor del semen y a esos malditos maricas a los que le cobraba cincuenta dólares por el servicio. Era un trabajo de mierda. Él tenía una hija y debía cambiar de vida. La naltrexona le ayudaba a mantener a raya sus ganas de volver a beber. El problema era que no se le levantaba demasiado con aquella mierda. Era igual, ya había tenido bastante sexo en su vida, y le sobraba potencia para contentar a su casera de vez en cuando. Él no era ningún adicto al sexo, aunque en otros tiempos se había follado a la mitad de las putillas de aquella ciudad.

Sentada en la arena, Tessa le daba vueltas a lo que le dijo su padre esa mañana. Tal vez tuviese razón y debería denunciar lo ocurrido para que la presión mediática impidiese a Víctor volver a dar clases en un centro de menores. Se calzó para abandonar la playa por un sendero entre un manto de brezos, internándose en un bosque de secuoyas rojas. El cielo estaba despejado. Su abuela le había comprado una camisa odiosa. Era blanca y con rayas azules. Ella odiaba la rigidez de sus gustos antediluvianos. Esa ropa estaba totalmente pasada de moda. Odiaba vestir como una mojigata. Cuando viviese con su padre podría comprarse lo que le diese la gana.

Aunque su denuncia supusiese traicionar a la agente Jane Barret, le había dado su palabra de ocultar lo ocurrido hasta conseguir las pruebas que demostrasen la implicación del profesor en lo sucedido. No importaba, sabía que para su padre, ella era la niña de sus ojos. Con su madre muerta por sobredosis y una abuela que parecía una bruja, Jayden era la mejor opción que le quedaba.

Sabía que su padre no aguantaría mucho tiempo sin volver a beber, pero sin la presencia de una madre drogadicta en casa, sabría cómo mantenerlo a raya y sobrio la mayor parte del tiempo posible. Jayden era mucho más manejable que su abuela y junto a él, conseguiría formar algo lo más parecido posible a un hogar.

Con Laura muerta, ya no tenía amigas en el instituto, le daba igual. Al finalizar el curso, abandonaría el Pacific View Charter Scholl para siempre y durante el verano buscaría otro colegio. Lo importante era preparar bien los exámenes finales, antes de hacer público lo ocurrido ante la prensa. Se encerraría en su cuarto a estudiar y sacaría las notas más altas posibles, para pasar un verano tranquilo al lado de su padre en su nuevo hogar. Todo sería maravilloso: si lograban meter al profesor entre rejas. No solo contaban con su confesión, sino también con la de Nelly para conseguirlo. Su padre tenía razón había que denunciar a ese hijo de puta.

Capítulo 19

Desde niña había aprendido a valerse por sí misma. Tessa era la encargada de hacer la compra cuando su madre permanecía tirada en el sofá por culpa de la heroína y su padre se emborrachaba en cualquier bar.

Sentada en la grada del patio durante el recreo repasaba los apuntes que, en realidad, eran un resumen minucioso de todas las materias que entraban en los exámenes finales. Desde que su abuela había obtenido su custodia, liberada de las tareas domésticas de casa, su concentración había aumentado considerablemente y podía dedicarle más horas a los estudios, mejorando considerablemente sus calificaciones. Odiaba regresar a casa y tener que limpiar los vómitos de su padre o recoger las jeringuillas de una madre yonqui del suelo. La vida podía ser muy jodida, pero, al menos, ellos no le pegaban como su abuela. Tessa no sabía lo que era peor o vivir con sus padres o con su abuela.

Marcos se sentó a su lado aquella mañana para tratar de limar asperezas entre ambos —o ambas—. La bisexualidad del chaval no sabía en que género incluirla. Una parte de él era todavía mujer pero en su interior luchaba por ser hombre. El chico trans le trasmitió que, ahora que el profesor Víctor iba a estar un tiempo fuera del colegio, le gustaría que se incorporase de nuevo a la banda de música. Tessa le dijo que estaba a tope con los exámenes finales y que se lo pensaría.

—He hablado con los demás y te apoyan, creen que no mientes sobre lo sucedido con Víctor en el bungaló —dijo Marcos.

—Mi padre me ha propuesto poner una denuncia en la policía —dijo Tessa.

—No servirá de nada, debemos dejar trabajar a los federales. Ellos llevan ahora el caso y la denuncia será desestimada por la

incompatibilidad entre las dos instituciones. La policía nunca interviene en los casos de los federales —explicó Marcos.

—Entonces será mejor hablar directamente con la prensa. Mi padre piensa sacarles una buena suma de dinero —dijo Tessa.

—¡Por Dios! Es un alcohólico, se lo fundirá todo en bebida en muy poco tiempo. Si quieres puedo hablar con mis padres, conocen a una reputada periodista de San Francisco y ella puede hacerlo público. Nos pagará por la exclusiva sesenta mil dólares y lo repartiremos entre las dos. A mí me servirá para sufragar los gastos de una *faloplastia* cuando sea mayor de edad y tú podrás ahorrar tu parte para la universidad, seguro que eso le agrada a tu abuela —propuso Marcos.

Era una buena idea, Tessa conocía a los padres de Marcos y sabía que eran gente de palabra. Ella no podría declarar ante la prensa, sin el consentimiento de su abuela que, se mostraba reacia a ello. Los dos eran menores de catorce años y necesitaban el consentimiento de sus padres para hablar ante los medios de comunicación o abrir una cuenta en las redes sociales. Aunque, esto último, la mayoría de los menores de su edad solían hacerlo sin que sus padres se enterasen. Tessa lo hizo en Instagram para contactar con Spiderman. Las redes sociales suponían un grave peligro para los menores.

—¿Hablarás tú por las dos? —preguntó Tessa.

—Lo haré. Primero les contaré lo sucedido entre tú y el profesor en el bungaló; y luego todo lo que sé de la relación que mantuvo con Nelly antes de matarla —contestó Marcos.

—Todavía debe de dolerte lo sucedido —comentó Tessa.

—No lo creas. A mí quién de verdad me gustó siempre fue Laura. Una pena lo del accidente. A ese hijo de puta ni siquiera deberían haberle dado el carnet de conducir.

—Si Laura siguiese con vida, cuando te operes podrías recuperarla —dijo Tessa.

—No debí dejarla ir. Ni rendirme tan rápido sin luchar. Siento no haber intentado recuperarla antes y haberle ocultado lo de mi bisexualidad. Debí darle más tiempo para asimilarlo, antes de liarme con Nelly. Me pudieron las hormonas.

—No me extraña con el tiempo que llevas inyectándotelas —comentó Tessa.

—Siempre quise ser un hombre —aseveró Marcos.

—No lo dudo. Lo que no entiendo es por qué quieres compartir conmigo el dinero; podrías obtener el consentimiento de tus padres para hablar con la prensa directamente sin mi ayuda. No necesitas de mi aprobación para eso —dijo Tessa incrédula.

—Es cierto podría hacerlo, pero tú fuiste la mejor amiga de Laura por un tiempo y, si su padre no se hubiese interpuesto entre ambas, lo seguirías siendo hasta el día de su muerte. La gente debe saber lo que te hizo Víctor y como terminó con vuestra amistad. Le contaré toda la verdad a la prensa.

—Solo quieres compartir conmigo el dinero de la exclusiva porque yo era la mejor amiga de Laura —apuntó Tessa.

—Yo amaba a Laura, tú eres lo único que me queda de ella, por eso quiero compartir, no solo ese dinero contigo sino todo lo que tú quieras —propuso Marcos abriéndole el corazón.

Entonces se acercó a Tessa y apartándole el pelo, la besó con suavidad en la boca. Al contrario de lo que preveía la joven, no sintió ninguna repulsión, aquel beso le supo, dulce, como una caricia de una flor, y su cuerpo tembló de la cabeza a los pies. Nadie la había besado antes con la ternura que lo había hecho Marcos.

Sonrojada, Tessa, sonrió levemente y quedó de verse con él más tarde en la playa a la salida de clases. Se separaron al sonar el timbre que anunciaba el final del recreo y regresaron por separado a las aulas. Intentando ambos —o ambas— asimilar lo que había sucedido.

Se citaron en un rincón de la costa apartado de la ciudad, en medio de un extenso arenal rodeado de verdor y muy bien conservado. Las dos habían recorrido varios senderos guarnecidos por cañaverales y hierba alta, entre las dunas y la marisma, antes de encontrarse en la playa. Tessa se imaginó que los federales que velaban por su seguridad no la seguirían hasta allí y si lo habían hecho no se había percatado de ello.

Se hallaban en el estuario de un río que se fundía con el mar a su espalda. La arena clara se mezclaba con la anaranjada y cogía tonos

oscuros ante la presencia de pizarras que le daban un tono ocre al paisaje.

—Es un lugar fantástico —dijo Tessa.

—A veces venía aquí con Laura y nos amábamos hasta caer rendidas —dijo Marcos.

—A mí nunca nadie me ha tocado, salvo ese animal de Víctor. Siento repugnancia solo de pensarlo —refutó Tessa.

—Ese cerdo también se tiró a Nelly y ahora está muerta —añadió Marcos.

Tessa estaba absorta mirando el mar y Marcos la abrazó por la espalda. La pasión se despertó y comenzaron a besarse. Se tumbaron en la arena y Marcos puso su mano sobre el ombligo de su amiga.

—Puedes ir más abajo —dijo Tessa.

Entonces Marcos introdujo su mano bajo los tejanos de Tessa y comenzó a tocarla hasta notar su humedad en la punta de los dedos. Aquello le gustó a ella y su lengua buscó la boca del chico trans, hasta terminar saciada. Gimiendo como una sirena en medio del océano, Tessa disfrutó del momento. Ahora se tenían la una a la otra —o el otro a la una— según se mirase.

Marcos estaba contento y volvía a sentirse un hombre como pretendía y Tessa no tenía claro lo que estaba haciendo, pero, al menos, no estaba sola y algún día su amiga tendría un pene. Le recordó a Laura, aunque entre ambas amigas nunca hubo sexo, Marcos si lo había hecho con ella y hacerlo con él, era como hacerlo con la propia Laura. Al menos sintió una especie de comunión entre ellas que iba más lejos de la vida y la muerte. Aunque el cuerpo de Marcos solo fuese una especie de médium para comunicarse con Laura, Tessa sintió a su amiga con toda su fuerza entre sus brazos.

Esa noche Marcos hablaría con sus padres y les contaría lo sucedido entre él y Tessa. Ellos aprobaron su relación y les gustó que hubiese superado lo de Nelly. Aceptaron vender la exclusiva a la reputada periodista Ariadna Gil del San Francisco Chronicle y compartir las ganancias con Tessa. La noticia salió en todos los medios al día siguiente. Eso cabreó bastante a la agente Jane Barret, que ya no podría llevar la investigación en secreto.

El padre de Tessa se encontraba en el bar con sus amigos, cuando por la televisión fue emitida la noticia en la CBS. Se disgustó tanto, que decidió romper su abstinencia y pedir una copa que siguió a unas cuantas más. La mezcla de la bebida con los opioides resultó fatal. Encontraron su cuerpo sin vida en un callejón a la madrugada siguiente. Ahora Tessa era huérfana y no pensaba compartir el dinero de la exclusiva con su abuela. Le pidió a Marcos que le guardase su parte, hasta que ella fuese lo suficiente mayor para abrir una cuenta, sin tener que poner a su abuela de cotitular. A Marcos le extrañó su decisión, pero aceptó el trato.

Los medios de comunicación acusaron a Víctor de la violación de Tessa y de mantener relaciones con Nelly; incluso algunos fueron más allá e insinuaron que entre él y su amigo Dave habían matado a la joven, atravesando sus partes con una flecha. El FBI sacó un comunicado de que no tenían pruebas de lo sucedido y que debían respetar la presunción de inocencia de los docentes. La investigación estaba en curso y la fiscalía no presentaría cargos hasta la finalización de la misma.

Las feministas horrorizadas por la probable implicación de sus colegas en posibles abusos a menores, a través de su portavoz Rebecca Mirren, defendieron la inocencia de Víctor y Dave en un comunicado que distribuyeron a través de las redes sociales en el que acusaban a Marcos de falso testimonio ante la prensa. El comité progresista de las feministas decidió apoyar en bloque a los dos docentes, defendiendo la presunción de inocencia de ambos.

En cambio, sus rivales del comité feminista conservador criticaron duramente a través de su portavoz Peyton Sawyer, la postura de las progresistas. Acusaron a Rebeca de confabularse con su marido Dave y a este de asesinar vilmente a Nelly con una flecha perteneciente al arsenal indio que guardaba en su casa, con el propósito de ocultar los abusos de su colega el profesor Víctor Herrera sobre la menor. Si la mataba: la joven ya no podría declarar en ningún juicio, por eso la asesinó. No se creían lo del robo de la flecha de la casa de Dave y que este ocurriera solo unos días antes de tener lugar el crimen.

Las discrepancias entre ambos comités feministas eran irreconciliables y dependiendo como terminase el caso, llevarían la razón, unas u otras. La presión mediática era muy grande y la agente Jane Barret debería resolver el caso con prontitud para evitar que las masas se descontrolasen y algún energúmeno tomase la justicia por su mano.

Jane Barret recibió la orden de su superior de averiguar lo sucedido, antes de que aquello terminase con el linchamiento público de los docentes o con manifestaciones dirigidas por los comités feministas que pudiesen acabar provocando disturbios en las calles y desórdenes sociales; querían evitar graves enfrentamientos entre los partidarios de los docentes y los defensores de la veracidad de las declaraciones juradas de las menores.

El agente Liam que hasta destaparse la noticia mantenía un idilio amoroso con la exmujer de Víctor Herrera, recibió la orden de su jefa la agente Jane Barret de suspender cualquier contacto con ella hasta que se resolviese definitivamente el caso. Lo que le faltaba a Jane era que se enterase la prensa de que uno de sus agentes tenía una relación con Andrea, entonces su investigación sería el hazmerreír de todo el estado. Liam acató la orden sin rechistar, consciente de la gravedad del asunto, se despidió de Andrea con un abrazo y le pidió que lo esperara hasta que se resolviese el caso, luego retomarían su relación. Andrea le dijo que estuviera tranquilo, no pensaba irse a ninguna parte hasta que él regresase.

La periodista Ariadna Gil viajó hasta Crescent City para ejercer de reportera de varias cadenas de televisión y entrevistar a Marcos en directo sobre lo acontecido. Durante la retrasmisión de la entrevista, Marcos estuvo muy tranquilo y se ganó a la audiencia con su desparpajo, contestando a todas las preguntas de la periodista con sinceridad y sacando a la luz todo lo que sabía sobre lo sucedido.

La prensa sensacionalista presentó a Víctor como un monstruo, corruptor de menores y un posible asesino. Sin embargo, se contuvieron a la hora de realizar ninguna acusación formal debido a la falta de pruebas contra el profesor. El circo mediático estaba servido. Justo lo que Jane Barret quería evitar estaba sucediendo.

Ariadna Gil contactó con Andrea para entrevistarla. Andrea se negó a ello, alegando que estaba de baja por la depresión sufrida debido a la pérdida de su hija, y no estaba lista para enfrentarse a los medios. La popular periodista y reportera lo entendió y respetó su duelo. Estaba ganando mucho dinero con aquella historia, pero tuvo que soportar también la negativa de la agente Jane Barret de hablar con ella de la investigación que estaba en curso. A Jane Barret le caía bien la periodista, pero no quería colaborar en que aquella noticia se terminase volviendo un dolor de cabeza para ella y su equipo de trabajo. Ignoraba si a la larga sería bueno para la investigación que el caso se hiciese público, no obstante, para un policía siempre era mejor no salir en los medios.

Le pidió a Ariadna que no sacase conclusiones precipitadas y que la dejase trabajar tranquila. Estaba en juego no solo la reputación de los docentes, sino la de unos menores, que nadie sabía a ciencia cierta si decían la verdad o eran unos mentirosos, mientras, probablemente, un asesino muy peligroso continuaba suelto.

Capítulo 20

La muerte de su padre no cambió un ápice las rutinas de Tessa, ni influyó demasiado en la vida de su abuela, para Lili Morgan su hijo Jayden era un caso perdido desde hacía tiempo. Lo único que le quedaba era su nieta, todo lo hacía por ella. No quería cometer con Tessa los mismos errores que cometió con Jayden. Él muy mamonazo siempre buscaba la manera de convencerla para conseguir lo que quería. Lily se culpaba de haberlo consentido demasiado. No permitiría que le sucediese lo mismo con Tessa. Por lo que la castigaba con rudeza para corregir sus indisciplinas. De momento su método le daba resultado, logró que sus calificaciones mejorasen considerablemente.

Como había hecho con su nuera, Lily renunció a acudir al funeral de su hijo. Ni permitió que lo hiciese Tessa. Sin embargo, Jayden no estuvo solo en su viaje al Más Allá. La iglesia parecía una taberna llena de beodos que asistieron al sepelio con unas copas de más, para despedir como Dios manda a su colega de borracheras. Luego arrojaron sus cenizas desde el muelle al Pacífico en un simbólico acto entre cantos de taberna.

Tessa sabía que su abuela no veía bien sin gafas, solo se las ponía para leer; por eso no le resultó difícil darle el cambiazo en el pastillero; sustituyendo un comprimido de furosemida de 2mg que le recetó el médico para controlar la tensión, por otro comprimido de alprazolam de 5mg que solo tomaba de manera ocasional cuando se sentía agitada. El cambiazo dio resultado. De pronto sin saber el motivo, Lily se sentía cansada y a pesar de que no eran más que las siete de la tarde, decidió acostarse. La cabeza le pesaba una tonelada.

Se quedó dormida en segundos y Tessa aprovechó para que su sueño fuese suficiente reponedor —colocándole una almohada sobre la cabeza— para que tomase dimensiones de eterno y no volviese a

despertarse nunca. El opiáceo era tan potente, que la dejó sin fuerzas para resistirse. Normalmente Lily solo tomaba un cuarto de pastilla de alprazolam, pero, esta vez, como tenían el mismo color, la tomó entera confundiéndola con la de furosemida. Algo que le había desaconsejado el médico debido a que presentaba leves síntomas de insuficiencia cardiaca.

Tessa presionó con las rodillas y los brazos la almohada, impidiéndole respirar, hasta que su abuela se quedó lívida; después de bracear y patalear durante los instantes previos al síncope que le causó la muerte. Lo que acababa de hacer era horrible pero necesario para culminar su plan. No quería seguir viviendo con aquella bruja apestosa. Con su muerte heredaría la casa y el dinero del plan de jubilación de su abuela. Llamó a emergencias, avisando de que su abuela se encontraba muy mal y que no le contestaba al hablarle. Cuando los camilleros trataron de reanimarla, su cuerpo todavía estaba caliente.

El forense dictaminó muerte accidental por un paro cardiaco producido por una confusión a la hora de tomar los medicamentos. La dosis ingerida de alprazolam era el triple de la aconsejada por su médico. Era algo que pasaba a menudo con la gente mayor, cuando vivía sola o cuidando de una menor; solían despistarse y tomar la medicación mal por error. Ahora la menor pasaba a manos de los federales, a falta de familiares cercanos que se hiciesen cargo de ella. Eso al menos creía la agente Jane Barret, hasta que comprobó que la fallecida era prima hermana del padre de Dave Mirren, Edward Mirren, el farero del cabo Mohán que le faltaban la mitad de los dientes y habían conocido cerca de la casa del acantilado. Su hijo Dave había decidido presentar los papeles para la adopción de Tessa.

Ahora las cosas comenzaban a encajar, pensó Jane, por algo las cámaras apuntaban hacia el cielo la madrugada en que su prima le prendió fuego al colegio. Dave era el jefe de estudios, se supone que pudo tener algo que ver con ello. Él y su esposa Rebeca tenían dos hijos varones, puede que provocasen toda esa cadena de muertes para adoptar a Tessa, pues Dave había deseado siempre tener una niña. Puesto que las muertes de Beatrice, Jayden y Lily habían sido

accidentales, su teoría era muy difícil de probar. De haber sido provocadas, lo habían hecho con tanta maestría, que era imposible de demostrar que no habían sucedido de otra manera, tal como determinaban los dictámenes forenses.

Durante el último parto, Rebeca había tenido muchos problemas y los doctores que la asistieron, tuvieron que recurrir a una cesárea y al uso de un fórceps para extraerle a Penny de las entrañas. En ese momento anegada por el dolor había decidido dejar de traer niños a este mundo. La adopción de Tessa era su última oportunidad de tener a alguien de su mismo sexo en casa. Tessa por su parte estaba muy feliz de ir a vivir con sus primos. Le gustaba la casa con jardín que tenían cerca de la playa. Durante su infancia, cuando sus padres eran todavía un matrimonio normal, la llevaban a jugar con ellos. José era rubio de ojos azules e iba a su misma clase. Penny era cuatro años menor que ellos, todavía estaba en primaria, pero era un niño muy mono, con el pelo castaño y unos rizos que le colgaban por encima de las gafas.

José y Penny acompañaron a Tessa durante el entierro de su abuela. Para entonces debido a la falta de más familiares cercanos que se quisiesen hacer cargo de ella, la asistenta social apuró el papeleo para acelerar la custodia de la niña por parte de sus primos y, así, evitarle el mal trago de ingresar en un orfanato. Algo que Tessa le agradeció enormemente.

Una vez finalizados los exámenes, Tessa se mudó a casa de sus primos, ya con todos los papeles en regla y pasó a ser una Mirren más. Las calificaciones finales resultaron muy buenas. Tessa había sacado todo sobresalientes y aconsejada por sus nuevos padres, la pequeña había decidido retirar la denuncia contra el profesor Víctor Herrera. Alegando que se lo había inventado todo, debido a que estaba pasando un mal momento emocional, por culpa de su complicada situación familiar.

Algo que la agente Jane Barret tomó como un punto a favor de la inocencia del profesor. Como tutores de la menor, Rebeca y Dave, le impidieron volver a hablar con los federales. Aunque estos mantendrían la vigilancia sobre la pequeña, hasta que apareciese el asesino de Nelly. Ahora el asunto de los posibles abusos sexuales

cometidos por el profesor se estaba enfriando y todo apuntaba a una invención de las supuestas víctimas. Una pena que Nelly no estuviese viva para confirmarlo.

La investigación había quedado en evidencia, pero todavía quedaba el asunto del asesinato de la niña por resolver. Estaba claro que un inválido como Víctor Herrera: no podía haber matado a la niña, atravesándola con una flecha, para ello hacía falta alguien con mucho más vigor y fuerza. Aunque Víctor mantenía la musculatura de sus brazos intacta y bien podría haber disparado un arco, sin embargo, difícilmente lograría arrastrar el cuerpo a la orilla, envolverlo en una red como si fuese una nasa y arrojarlo al mar. ¿Y si lo había hecho Dave Mirren? Pero que motivo podía tener el jefe de estudios de un centro educativo para matar a una de sus alumnas. ¿Qué podía saber Nelly sobre Dave para hacerlo? Jane debería de averiguarlo y si alguien podía saberlo ese era Marcos, la actual pareja de Tessa y el ex de Nelly.

Esa tarde Jane recogió a Marcos en su casa y lo acercó a comisaría para interrogarlo. El joven parecía nervioso y no paró de mover la pierna durante todo el trayecto. Lo llevó a una sala acristalada y le ofreció una bebida, invitación que Marcos rehusó, ella tomaría un agua sin gas. Jane dirigiría el interrogatorio y el agente Liam Nelson lo grabaría todo desde el exterior en otra sala contigua con unas pantallas de plasma donde todo quedaría registrado. Era una sala con aspecto anodino con un mobiliario muy sencillo, compuesto por una mesa de formica con patas de aluminio y dos sillas a juego.

—¿Qué te parece que Tessa haya decidido retirar la denuncia contra Víctor? —preguntó Jane.

—No lo entiendo, supongo que sus primos la convencieron de ello —contestó Marcos.

—Sabemos que Nelly no te contó nada de su relación con Víctor, ¿pero te habló alguna vez sobre su colega Dave Mirren?

—Es el jefe de estudios y un profesor ejemplar. ¿Qué iba a contarme sobre él? —preguntó a su vez Marcos.

—No sé. Si la miraba demasiado o algo por el estilo —insinuó Jane.

—Nunca me dijo algo así. Nelly era una persona muy extrovertida, se llevaba bien con todo el mundo, y le gustaba que la gente se fijase en ella.

—Nelly me dijo que pensaba contarte lo suyo con el profesor Víctor. Estaba muy arrepentida y te quería mucho —confesó Jane.

—Supongo. Pero la mataron antes de poder hacerlo. Seguro que la hubiese perdonado. Lamento mucho lo que le ha ocurrido.

—¿Qué tal tu relación con Tessa? —preguntó Jane.

—Bien. Todo fluye de maravilla entre nosotros. La veo mucho más feliz desde que vive con sus primos. José es muy protector y cuida mucho de su hermano pequeño Penny. Ahora Tessa hace lo mismo y el pequeño está lleno de amor y atenciones. Vamos mucho juntos a la playa a bañarnos. A veces Dave y Rebeca vienen con nosotros. Son unos padres estupendos. El propio Dave está encantado con Tessa. La veo muy feliz. Lo cierto es que estoy enamorado de ella hasta los huesos —contestó Marcos.

—Me alegro. ¿Alguna vez Dave os ha invitado a disparar con arco? —preguntó Jane.

—No. Me dijo que desde que estuvo en las reservas indias, no había vuelto a practicar el tiro con arco. La última vez que lo hizo, le temblaba tanto el pulso que no consiguió acertar con una sola flecha en la diana. Según él, lo de haber disparado con arco en una reserva india, fue algo puntual y protocolario, dentro de su campaña política por los derechos de las minorías étnicas. Pero no es ningún experto en tiro con arco —contestó Marcos.

—Es lo mismo que me contó a mí. Pero no sé si creerlo. Tengo una teoría sobre lo que pudo sucederle a Nelly y te la voy a contar:

»Es probable que Tessa haya encontrado la manera de deshacerse de sus padres y su abuela, de forma que sus muertes pareciesen accidentales y no podamos probar lo contrario; incluso puede que el propio Dave le haya ayudado a ello. Sería la única manera posible de conseguir su adopción. Puede que Nelly supiese algo sobre su plan de adopción y Dave la mató con una flecha para que no dijese nada a la policía.

—Una teoría muy interesante agente pero absurda. Tessa no se relacionaba con Nelly. Llevaban tiempo sin hablarse; desde que ella

denunció al profesor Víctor todos los miembros de la banda le dimos la espalda, luego cuando nos enteramos de lo que le sucedió a Nelly, cambiamos de idea y decidimos readmitirla de nuevo en el grupo. Ella participó con nosotros tocando la trompeta en la fiesta de final de curso y lo hizo genial.

—¿Y si Tessa se lo contó todo sobre su adopción a Nelly antes de denunciar a Víctor y por eso Dave la mató? —insinuó Jane.

—Imposible. Tessa era muy reservada, apenas hablaba cuando estaba con los miembros de la banda, salvo con Laura. De contárselo a alguien, se lo contaría a Laura. Era su mejor amiga, incluso le contó lo que le ocurrió con Víctor —dictaminó Marcos.

—Ya pero puede que Tessa se lo contase a Laura y Laura a Nelly —inquirió Jane.

—No lo creo. Laura desde que rompió conmigo y yo empecé a salir con Nelly se alejó de nosotros. En el fondo Laura tenía celos de Nelly y nunca le contaría nada tan privado a su rival —explicó Marcos.

—Está bien. Quizás las muertes de los familiares de Tessa fueron realmente accidentales, y ella y su nuevo padre adoptivo no hayan tenido nada que ver con esa tragedia —dictaminó finalmente Jane Barret.

—De todas maneras supongo que el mundo no extrañará demasiado a una heroinómana, un alcohólico y una vieja repulsiva que molía a palos a su nieta. ¿No cree inspectora? —objetó Marcos.

—Supongo que no, por lo que de momento descartaré mi teoría sobre la adopción de Tessa y me centraré en encontrar al verdadero asesino de Nelly —expuso Jane.

—Tampoco debe descartar que Tessa y Nelly mintiesen sobre lo de Víctor. Las dos tenían graves problemas en casa y puede que la pagasen con el profesor. Los adolescentes a veces reaccionamos a los problemas de manera imprevisible y somos capaces de hacer cualquier tontería —insinuó Marcos.

—Es cierto. Puede que lo de Víctor solo fuese una invención de Tessa y Nelly como cree Dave, pero ellas dos debieron ponerse de acuerdo de alguna manera para denunciar al profesor. Tal vez eran mejores amigas de lo que parecía —aclaró Jane.

—Le digo que esas dos se odiaban y nunca se pondrían de acuerdo en nada. Lo único que deseaban era arrancarse el pelo la una a la otra. Las dos tenían celos de la otra por mi culpa —explicó Marcos.

—Es verdad, ya me lo habías explicado antes. De todas maneras es demasiado coincidencia que las dos mintiesen por separado sobre lo ocurrido con Víctor —expuso Jane.

—Puede, aunque, tal vez, Tessa y Nelly no mintiesen respecto a Víctor.

—Ya pero todo ello no son más que meras conjeturas.

—Hay algo que debe saber agente:

—No te guardes nada por favor —suplicó Jane.

—La última vez que mantuve relaciones con Nelly, ella tenía varias magulladuras en el trasero. Ella me dijo que su madre le había pegado. No la creí. Su madre es tan obesa que dudo que se diera levantado del sillón para zurrarle. Entonces pensé que Nelly me mentía y que había sido su padre quién le pegó. Algo muy raro porque su padre casi nunca estaba en casa por su trabajo y ella siempre hablaba bien de él —expuso Marcos.

—Ahora que lo pienso Nelly declaró que Víctor se había comportado con ella de manera agresiva y de ahí lo de las magulladuras en el trasero.

—Eso demuestra que Nelly y Tessa no mintieron en su primera declaración y que al profesor le va el sexo duro con menores —declaró Marcos.

—Está bien. Si Nelly no mintió y Tessa retiró la denuncia por la presión de sus nuevos padres adoptivos. ¿Crees que lograrás convencer a Tessa de que se retracte y vuelva a presentar la denuncia contra Víctor? —preguntó Jane.

—No lo creo. Si lo hace y se retracta, ya nadie la creerá. El prestigio del profesor Herrera es mucho mayor que el suyo y cualquier tribunal la trataría de mentirosa. Si mintió una vez sobre una supuesta agresión sexual, podría hacerlo muchas más veces. La prensa ya sabe que retiró la denuncia, nadie la creerá si la vuelve a presentar —contestó Marcos.

—Tienes razón. Eso es parecido al cuento del pastor y el lobo. El pastor miente varias veces pidiendo auxilio porque viene el lobo. Un día el lobo viene de verdad y nadie lo cree. Entonces el lobo se come al pastor. Esa misma moraleja podría aplicarse a Tessa. Desde que ha retirado la denuncia ha dejado de ser una persona fiable y corre el peligro de que el lobo vuelva atraparla.

»Los medios de comunicación ahora apoyan al profesor Víctor, unánimemente, tratan al profesor como la víctima de un complot orquestado por las dos menores; y aluden que el asesinato de Nelly nada tiene que ver con las presuntas agresiones sexuales inventadas por las dos alumnas para desacreditarlo. Es posible que tengan razón. En principio Víctor Herrera ha vuelto a ganarse el beneplácito de la prensa. A los miembros del APA ya los tenía en el bolsillo. Sus compañeros de docencia también le apoyan, por no hablar de sus colegas las feministas. Solo una cosa me intriga: ¿Continuará Tessa en el Pacific View Charter Scholl el próximo año? —preguntó Jane Barret.

—No lo sé. En principio ha pasado de curso. Tampoco sería nada extraño que cambiase de colegio; sería una manera de evitar los rumores y empezar de cero. Además, si el lobo vuelve a atacarla, ya nadie volverá a creerla —contestó Marcos.

—Seguro que la cambian de centro. Eso sería lo más lógico —apuntó Jane.

—Entonces, yo la acompañaré a dónde vaya. Es una chica estupenda —dijo Marcos.

—Estoy segura de que lo es y os deseo lo mejor. Gracias por tu colaboración, ya puedes irte. Le diré a un agente que te acompañe a casa —dijo la agente Jane.

—No es necesario. Volveré dando un paseo —dijo Marcos, estrechándole la mano a la agente Jane, que se despidió de él con un leve conato de sonrisa y le dio un trago a su botellín de agua al verlo marchar.

El chico trans llevaba razón y nadie volvería a creer a Tessa si volvía a denunciar lo ocurrido con el profesor Víctor. Sin embargo, Marcos había hablado de unas magulladuras en el trasero de Nelly. Ahora que estaba muerta: no podían probar nada al respecto, podría

habérselas hecho en cualquier parte. De todas maneras Jane revisaría el análisis forense de la víctima. Aunque cualquier hematoma que tuviese en el momento de su muerte podría haber sido provocado por el asesino al arrastrar el cadáver para arrojarlo al mar. Era tarde y estaba cansada. Se retiraría a descansar al hotel, mañana regresaría temprano a la oficina para continuar con la investigación. Le quedaba mucho trabajo por delante y aquel entuerto en vez de aclararse, cada vez parecía complicarse más. Seguro que un buen sueño reparador le ayudaría a ver las cosas desde una nueva perspectiva.

Cuarta parte

LA SAETA INDIA

Capítulo 21

Martes, 24 de junio de 2024

Por la mañana Jane tuvo la sensación de que debería tirar de otros hilos en la investigación que no fuesen la presunta implicación de los profesores Dave Mirren y Víctor Herrera en la muerte de la joven Nelly Relish. Decidió hacerle una visita a su cabaña a Abey Balam, aunque no fuese su intención implicar al chico en el caso, pensaba que podía ayudarle con sus conocimientos indios. Consiguió su teléfono en la consejería de turismo del parque nacional y concertó una cita con él en su domicilio a media mañana. Esta vez no necesitó de Google Maps para dar con su cabaña en medio del bosque.

Abey vestía una camisa de franela a cuadros negros y rojos que olía a economato. A pesar de ello, le daba aspecto de vaquero y le quedaba muy elegante. Estaba cepillando las crines de su caballo, cuando apareció Jane con su Hyundai y aparcó frente al establo. Jane se fijó en que llevaba un sombrero negro de cuatrero puesto a juego con la camisa. Era curioso que solo las mujeres indias intentaban mantener el vestuario original de su tribu, en cambio, los varones vestían todos con tejanos y llevaban los faldones de sus camisas por fuera de los pantalones al estilo americano. En eso Abey no era la excepción.

Jane llevaba consigo de nuevo la flecha que mató a Nelly en una bolsa de plástico. Creía que Abey sabía mucho más sobre ella que lo que le dio a entender la última vez. Jane le pidió que se pusiese unos guantes y le echase un vistazo. Abey la sostuvo un rato en alto y comprobó su peso en una balanza que tenía en el interior de la cabaña.

Le dijo que el diseño era de los yurok, pero que aquella flecha estaba modificada, debido a su exceso de peso y su escaso tamaño, nunca sería efectiva disparada por un arco indio. Abey desencajó la pluma del mástil para mostrarle algo a Jane. Del interior del mástil al

inclinarlo salió un cilindro de plomo que alguien había añadido para darle mayor peso al arma. Con ello consiguieron aumentarlo en tres gramos, hasta alcanzar los ocho gramos. A parte de eso había otra diferencia entre esa flecha y la original de los yurok, el tamaño del mástil había sido reducido y la pluma era más pequeña, sin embargo, la punta de la flecha era más larga y afilada para poder penetrar mejor en la carne, ello explicaba la herida mortal que le había provocado a la chica.

—¿No lo entiendo? —preguntó Jane.

—El que disparó sobre la chica lo hizo desde cerca, por eso la tensión de la cuerda era mayor y eso nunca se lograría con un arco desde esa distancia, ni siquiera si este era de fibra de vidrio. No obstante, los pernos de ballesta suelen ser más cortos y pesados como el que yo tengo en las manos. El que disparó sobre Nelly lo hizo con una ballesta a una distancia inferior a veinte metros —contestó Abey.

—¡Vaya! Me estás diciendo que alguien robó la flecha de casa de Dave Mirren y la modificó para poder ser lanzada por una ballesta, añadiéndole plomo en su interior para que ganase peso y modificando la pluma, el astil y alargando la punta, por eso la herida fue tan profunda que resultó mortal, algo que nunca se lograría con un arco que necesita de mayor recorrido y ángulo de tiro para ser efectivo. Debí de pensarlo antes. ¿Seguro que la flecha no se trata de una copia y es la misma que robaron en casa de Dave? —preguntó Jane.

—Fíjate en los símbolos dibujados en el mástil —contestó Abey mostrándole la saeta—. Este grabado representa a un antiguo jefe tribal de los yurok, es muy difícil de imitar de haberlo hecho se notaría. La madera es de tejo y ha sido taladrada por un torno para añadirle el plomo y darle más peso. Un trabajo magistral y muy delicado. Supongo que la longevidad de la madera ayudó a que ofreciese menos resistencia a la hora de ser torneada. Si fuese una imitación se notaría. Lo mismo ocurre con la punta de la flecha, debieron fundirla de nuevo para aumentar su tamaño.

—Es increíble nunca lo hubiese pensado —apuntó Jane.

Los nativos indios americanos antes de ser colonizados por los europeos desconocían la escritura, utilizaban símbolos para captar diferentes conceptos como los sonidos, colores, animales y las estaciones del año. Un dibujo de un caballo significaba un viaje, una gota de lluvia que la cosecha sería abundante, y unos círculos claros y obscuros intercalándose unidos por una línea recta expresaban el día y la noche y eran una manera de controlar el paso del tiempo. Esa simbología también servía para describir a la tribu a la que pertenecía cada guerrero. En la actualidad los símbolos están en desuso y los nativos de hoy en día, se expresaban perfectamente en inglés, tanto de forma oral como escrita.

La sociedad indígena antiguamente era matriarcal, pues creían que la tierra y todo lo que contenía había surgido del vientre de una mujer. Las mujeres eran la base sobre la que se sostenían las familias. Los hombres eran guerreros, cazadores y comerciantes. Se pasaban semanas alejados del poblado persiguiendo búfalos y bisontes para el sustento de la tribu. De los animales abatidos se aprovechaba todo: con las pieles construían las tiendas, los vestidos y los zapatos; los huesos los utilizaban para fabricar palos cuchillos y agujas; los tendones para hilo y pegamento; el pelo para hacer tocas y cuerdas; con la vejiga y el estómago hacían vasijas para beber e incluso las colas de los animales las utilizaban como látigos; finalmente los restos del animal era usados para crear estiércol. Aquel modo de vida supondría un ejemplo insuperable de reciclaje hoy en día.

Durante el siglo XIX el gobierno de los Estados Unidos ordenó la matanza masiva por decreto ley de búfalos y bisontes para diezmar la resistencia de las tribus indias más combativas. Ni siquiera aprovechaban sus pieles, lo hacían por pura maldad. Eso casi lleva a los búfalos y los bisontes a su extinción. Lo único que les preocupaba era que los indios no se pudiesen alimentar e hicieron con los animales, lo mismo que los nazis con los judíos en los campos de exterminio. Un país erigido por semejantes pilares nunca dejaría de ser racista y homófobo. Con ese estatus consiguieron recluir a los indios en reservas situadas en los páramos menos fértiles del país. La mayoría cerca de México.

Al principio, la llegada masiva de los colonos a Norteamérica fue recibida por las tribus de la costa Este de manera pacífica y comenzaron a comerciar con ellos, pero los recién llegados no tenían ninguna intención de adaptarse a las costumbres indias y trataron desde el principio de imponerles a los nativos su modo de vida. Ello generó conflictos que, aumentaron con las ambiciones colonialistas de ingleses y franceses. A las tribus no les quedó más remedio que tomar partido por unos u otros. Eso llevó a que se enfrentasen entre ellas según el bando al que apoyasen. Para tratar de evitar tanto disgregamiento, los jefes tribales crearon la liga de las seis naciones que finalmente tomaría partido por los ingleses iniciando una larga guerra contra Francia. En todo este conflicto los indios llevaban las de perder y una vez asentados los nuevos colonos fueron apropiándose de sus tierras hasta arrinconarlos en reservas.

—¿Conoces a alguien capaz de hacer un trabajo de este calado? —preguntó Jane en referencia a la saeta.

—Solo un maestro tornero puede conseguir transformar una flecha indígena añadiéndole plomo en un virote de ballesta. No conozco a nadie con esas peculiaridades por la zona —contestó Abey.

—¿Sabes si Dave Mirren podría hacer algo así? —preguntó de nuevo Jane.

—No lo creo. Él es solo un político más, no un artesano. Además: ¿Quién denuncia el robo de una flecha para luego modificarla y usarla para matar a alguien? —contestó Abey al mismo tiempo que lanzó una nueva pregunta.

—Sí, es muy raro. Ningún político haría algo así, consciente de que eso le implicaría directamente como sospechoso del crimen, y sabemos que a los políticos lo que más les importa es cuidar su imagen pública —contestó Jane.

—Si Dave quisiese matar a Nelly, nunca usaría un arma que todo el mundo que estudió en Pacific View Charter Scholl sabe que guardaba en su casa, pues durante un tiempo la tuvo expuesta en su despacho del colegio. Dave es demasiado astuto para cometer semejante estupidez —explicó Abey.

—Crees que pudo hacerlo alguien de tu pueblo —comentó Jane.

—No lo creo. Los indios siempre nos movemos por diferentes motivos que los blancos. Nunca fuimos tan codiciosos como para casi llevar a su extinción a especies como los búfalos, bisontes y pumas. Nosotros solo obedecemos a la ley de la sangre: ojo por ojo. No sé lo que ha podido hacerle una cría como Nelly a uno de los nuestros, para que terminase matándola de una manera tan brutal —explicó Abey.

—Es cierto, los indios de por aquí no suelen mantener relaciones con las blancas; y hemos estudiado el entorno de la víctima y no parece tener nada que ver con ninguno de ellos —refutó Jane.

Una de las peculiaridades de los indios nativos americanos era la de no meterse en los asuntos de los blancos que les podrían traer solo problemas, por eso pocos se atrevían a integrarse en la sociedad moderna para competir por un puesto de trabajo con un rostro pálido. Ese aislamiento al que se vieron abocados, tras serle arrebatado su modo de vida, les llevó a tener una de las tasas de alcoholismo más altas del país. Algunos miembros de las nuevas generaciones como Abey estaban intentando cambiar aquella tendencia, por eso Jane creía que tenían futuro y terminarían dejando atrás años de represión e integrándose en la moderna sociedad americana.

La conversación solo se interrumpió, cuando Abey le dijo que tenía que dirigir una excursión guiada por el parque a las diez. Jane insistió en que no se preocupara, un compañero suyo iba a sustituirlo. A cambio, ella había contratado sus servicios por unas horas para hacer un tour por la zona. En la consejería no habían puesto problemas. Jane tuvo que desembolsar ciento cincuenta dólares por la excursión. Le pagaría cincuenta a mayores a Abey para que le alquilase uno de sus caballos.

Capítulo 22

Abey montaba un Mustang descendiente de españoles, era un caballo salvaje adoptado a las duras condiciones del oeste americano durante generaciones. Jane eligió una yegua pinta con muchas manchas blancas y de color pardo. Avanzaron por un bosque de tejos, asustando a los ciervos y persiguiendo a los coyotes. Los árboles eran de excelente porte, centenarios la mayoría, quizás alguno pudiese ser milenario, resultaba difícil acertar su edad, dado que la madera no formaba anillos anulares para certificarla.

Se detuvieron en lo alto de una majada, donde se encontraba un poblado indio con varias tiendas restaurado para uso turístico. Dejaron los caballos atados a un poste de madera y entraron en una de las tiendas, donde un chamán les ofreció fumar la pipa de la paz. El anciano tenía un rostro entrañable y llevaba dos plumas de águila incrustadas en la cabeza. Los dos jóvenes se sentaron frente al chamán conocido como maestro Águila Blanca que les ofreció la pipa. Jane inspiró profundamente para llevar el humo a los pulmones y de repente escuchó el sonido de los latidos de su corazón amplificado.

Entonces Jane creyó ver su imagen de niña junto a su padre acariciando la cabeza de un halcón. Luego lo soltaron y la que volaba por encima de las montañas era ella. Desde arriba todo parecía muy pequeño: los árboles puntos verdosos, las rocas motas grises y los tejados de las casas afilados cuchillos de color arcilla. El espíritu del halcón estaba dentro de ella, le dijo el chamán cuando le contó su visión. Era una chica valiente y no debía permitir que nadie le cortase nunca las alas.

A Jane le gustó el porte del anciano. Se despidió de Águila Blanca con un abrazo y ambos salieron de la tienda. En el exterior el sonido de los tambores que provenía de un altavoz inteligente bramaba con fuerza. Abey se puso a danzar, elevando las rodillas y girando el

tronco a ambos lados, de manera que sus codos casi tocaban sus rotulas. Jane lejos de imitarlo: se limitó a dar botes sobre los talones al modo apache, siguiendo el ritmo de la música. Abey sujetando la cornamenta de un búfalo con las manos sobre la frente, trató de investirla, Jane le hizo la zancadilla y el indio cayó al suelo.

En vez de enojarse, Abey le sonrió desde abajo y Jane le tendió una mano para ayudarle a incorporarse. Cuando se cansaron de bailar, montaron de nuevo sobre los caballos y abandonaron el campamento. Jane se lo estaba pasando genial con el indio. Aquella excursión le recordaba a su infancia en Alaska.

Cabalgando se dirigen a la costa hacia una loma de prados con cercados, ascendiendo por la cumbre de una ladera, alcanzan un hayedo. La adrenalina les corre por las venas, avanzan por un sinuoso camino entre los árboles trazando varias curvas. La espesura les atrapa y al alcanzar la vaguada con el sonido de los tambores resonando todavía en su cabeza, Abey se acerca para colocarle una pluma de ganso entre el pelo y le traza dos rayas rojas con pinturas de guerra sobre el rostro.

—Uaaah, Uaaah, Uaaah —grita Jane golpeando con una palma de la mano la boca para amplificar el sonido, haciendo el indio.

Golpea el costado de la yegua con las espuelas y esta sale disparada ladera abajo, Abey la sigue en su descenso hacia la playa. Allí el joven la alcanza y detiene su montura. Le pide calma, todavía no ha terminado la gira. Jane se acuerda cuando lo zancadilleó y cayó con los cuernos de búfalo contra el suelo. Le da la risa al pensarlo. Abey le pregunta de que se ríe y Jane calla.

El oleaje agita los cabellos del indio con fuerza. Jane espolea de nuevo su montura y sale trotando por la playa. Las huellas de los cuadrúpedos quedan marcadas en la arena. Abey la adelanta y le pide que la siga. Abandonan la playa para internarse de nuevo en el bosque. Las secuoyas los rodean ahora por todas partes ocultando el sol. El aullido de los lobos le da un aspecto mágico al lugar. El sonido de una flauta india interpreta la melodía de la banda sonora de la película *El Último Mohicano*. Jane entiende que todo aquello es un montaje y que tanto el sonido de los lobos como el de la flauta

provienen de altavoces inteligentes, igual que el de los tambores en el campamento.

Ambos jinetes llegan a una cascada. Abey se baja del caballo y la ayuda a ella a desmontar de su yegua. Sobre una roca hay más pinturas indias. Abey se acerca para pintarle el contorno de los ojos de negro azabache. Ahora, ella, sí que parece una guerrera. El sonido de la flauta india se intensifica. Jane alucina. Entonces Abey le entrega unos pantalones y una casaca de piel de becerro para que se cambie. Abey le da la espalda para respetar su intimidad. Jane se muda de ropa sin pudor y se viste de india. Luego le coloca sobre la cabeza un penacho de plumas como si fuese un gran jefe. Ahora el sonido de un tambor redobla con fuerza acompañando al de la flauta. Abey le coge las manos y baila con ella ,dando saltos dentro del agua con los pies descalzos.

Jane no para de sonreír de lo bien que se lo está pasando. El uniforme de piel de becerro marrón con flecos le queda como un guante. Ahora, sí que parece una cheroqui de verdad. Al final el tour indio le está saliendo barato. Abey sin soltarle las manos la lleva a una de las paredes rocosas que rodean la cascada, donde hay una brocha con pintura blanca. Abey pinta un caballo sobre la roca, luego un halcón simbolizando el espíritu de Jane. El halcón monta a lomos del caballo.

—Yo soy el caballo y tú el halcón. ¿Cómo lo ves? —pregunta Abey.

—Me parece estupendo —dice Jane.

Entonces, Abey comienza a danzar moviendo los pies a derecha e izquierda como si estuviese pisando uvas. Jane lo imita siguiendo el ritmo de los tambores. Abey mete las manos en el agua y la agita. Jane bota sobre los talones y da palmas con las manos. El sonido de la flauta le llega al alma. Abey le coloca un collar de conchas en el cuello y le pone un chaleco hecho de cordones e hilos blancos sobre el pecho. Ahora con el venado acariciándole la piel, ya se siente totalmente integrada en la cultura india. Los dos bailan y tararean las melodías indígenas sobre las aguas.

—Con este método triunfarás con las turistas —le recrimina Jane.

—Nunca mezclo el trabajo con el placer —dice Abey.

—¡Ah! ¡Sí! —exclama Jane burlándose de él.

Le sube la camisa para dejarle al descubierto el torso, lo que ve no la decepciona. La musculatura es hermosa y Abey responde acariciándole el cabello. Ella se acerca y se deja atrapar por su aliento indio. Se besan con desesperación frenética. Las alarmas saltan dentro de Jane, aquello no puede estar sucediendo, se encuentra en medio de un caso y aquel hombre puede ser sospechoso de un crimen. Aunque el halcón que lleva dentro le dice que su espíritu es bueno.

La toma como un salvaje dentro de la poza de la cascada. El agua cae sobre ellos con fuerza y Jane siente como el murmullo de la cascada ahoga todo el resto de los sonidos. El agua le da como una especie de liviandad que la hace sentir ligera como una trucha. Le gusta tener a aquel caballo dentro, es un caballo desbocado y ella es Lady Halcón. Hacen el amor durante bastante rato. Le asombra la resistencia del indio. La posee con vigor y dulzura al mismo tiempo, evitando que se le mojen las plumas.

Ella está pletórica. Hacía tanto que no echaba un buen polvo, que casi le habían salido telarañas ahí abajo. Se siente torpe y lo deja hacer a él. Al terminar permanecen un rato unidos en un intenso abrazo. Es increíble, el rato que tarda su miembro en volverse flácido después de eyacular piensa Jane, que permanece insertada entre sus muslos. Al salir del agua continúan jugando a salpicar al otro. Ella le llama Caballo Loco y él Princesa Halcón. A ella le ha sorprendido la buena mano que tiene con el dibujo al pintar la figura de los dos animales en las rocas.

Luego se secan y regresan cabalgando a la cabaña de Abey. Todo está en su sitio, pero quizás se expuso demasiado, si Abey llega a ser el asesino, tal vez terminase atravesada por una flecha. Dejan los caballos en el establo y Jane le da las gracias por una mañana tan maravillosa, pero debe regresar a la ciudad para continuar trabajando sobre el caso, sus jefes la están presionando demasiado.

—¿Cuándo volverás? —pregunta Abey.

—Espero que pronto. Mi corazón está atrapado por tu maldito manto indio —contestó Jane.

—Suerte con la investigación y recuerda que aquí estoy para lo que necesites —. Se ofreció Abey.

—Cuidado con las turistas, recuerda que te estaré vigilando —apuntó Jane, ignorando sus palabras.

—No hay peligro los turistas suelen venir en grupos y la mayoría de las mujeres son mayores y mucho más feas que tú. Normalmente casi nadie contrata la excursión a caballo, la gente de ciudad no sabe montar y prefieren desplazarse en jeep —. La tranquilizó Abey.

—Supongo que no es la primera vez que les haces el numerito de la cascada para conquistarlas —insistió Jane.

—Lo cierto es que las turistas tienen miedo a mojarse, algo que a ti por lo que veo no te importa. La mayoría de ellas tampoco me permite estropearles el maquillaje con las pinturas de guerra —rebate Abey.

—Siempre he sido muy intensa y cuando hay que hacerlo, me tiro de cabeza a la piscina sin pensarlo. Además, nunca me maquillo para salir al monte—apuntó Jane.

—Veo que eres una persona decidida y eso me gusta.

—No lo creas, es algo que solo hago cuando lo tengo muy claro. Nunca me tiro cuando la piscina está vacía —aclaró Jane, no quería darle la impresión de ser una persona impulsiva.

—Vaya que profunda eres. Veo que le buscas las vueltas a todo. Eso me gusta.

—Ello espero que me ayude a resolver el caso de Nelly —apuntó Jane.

—Ten cuidado. El que mató a Nelly sigue por ahí suelto y no es un indio —advirtió Abey.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Jane.

—No conozco a ningún indio que cace con ballesta. Ese tipo de arma se usaba en Europa durante la Edad Media, mientras que en América no existía. El que asesinó a Nelly es un experto en utilizar ballestas. En las reservas indias no existen y dudo que ningún indio tenga la práctica para ejecutar un tiro con la precisión que lo hizo el hombre que mató a la chica, para eso se requiere mucha técnica; y al asesino no le tembló el pulso al hacerlo —contestó Abey.

—Es cierto acertar con el esfínter de la chica: no es un trabajo nada sencillo. ¿Por qué crees que se trata de un cazador? —preguntó Jane.

—Seguro que lo es. Nadie realiza un disparo tan preciso sin tener mucha experiencia con ese tipo de armas. Apostaría lo que fuese que antes ha practicado con distintos animales. Al asesino le gusta la caza y nunca se había cobrado una pieza tan valiosa como la pobre Nelly. Se trata de un depredador y volverá a matar —contestó Abey.

—No te preocupes, lo encontraré. Si es un cazador, seguro que no nos resultará tan difícil seguirle el rastro —apuntó Jane.

—No lo dudo. Los halcones nunca pierden de vista a sus presas antes de atacarlas. Me gustaría estar allí cuando le claves las garras a ese cabrón —dijo Abey.

—Está bien Caballo Loco. Nos vemos —dijo Jane, dándose la vuelta y montando en su coche para regresar a la ciudad, después de despedirse de su amante indio; dándole un tierno beso en los labios pero sin lengua.

Capítulo 23

Jueves, 26 de junio de 2024

No resulta nada fácil mirar a los ojos a Tessa y leer el pensamiento de la joven respecto a los últimos sucesos acaecidos en su turbia vida. Había aceptado renunciar a denunciar los abusos acometidos sobre ella por el profesor Víctor, a cambio, de una acomodada vida con una familia que nunca lograría sustituir a la suya, por muy psicópatas que fuesen sus miembros. Ella llevaba esa locura en la sangre, al intercambiar las pastillas de su abuela para adormecerla y poder estrangularla con la almohada sin dejar marcas. Su padre había asesinado a su madre al inyectarle una sobredosis en vena para poder cobrar la paga de viudo y Tessa había hecho lo mismo con su abuela para quedarse con su herencia.

Su familia adoptiva tampoco era perfecta. La obligaban a mentir sobre lo acontecido con el profesor Víctor para proteger sus propios intereses. Claro que cuando la verdad saliese a la luz, las probabilidades de convertirse en alcalde de la ciudad de su nuevo padre adoptivo volarían por los aires. Dave perdería su credibilidad y las hienas de su propio partido se le echarían encima. Era lo que tenía la política. No se puede presumir de liberal y proteger a un violador al mismo tiempo, y menos coaccionar a una menor para que lo haga.

Lo mismo ocurriría con su esposa Rebeca, las feministas la derrocarían y ofrecerían su cabeza como moneda de cambio para apaciguar la moral de los miembros del comité progresista. Normal, tampoco se puede liderar el feminismo y apoyar a un violador. Esto todo Tessa lo sabía, pero si sus padres adoptivos caían, ella también caería con ellos. Las adopciones estaban expuestas a un riguroso control por parte de las asistentes sociales y al matrimonio le quitarían su custodia. Lo peor de ello era que tendría que ingresar en un orfanato y renunciar a su nueva familia adoptiva. Sus

hermanastros eran adorables y Dave y Rebeca cuidaban bien de ella, por lo que aquello era lo más parecido a un hogar que podría encontrar en aquellos momentos.

Era algo que Víctor Herrera también sabía, por lo que estaba tranquilo respecto a la decisión de Tessa de retirar la denuncia contra él. Si los cargos contra Víctor se probasen: los Mirren perderían la custodia de la joven por coaccionarla retirando la denuncia contra él. La prensa había corrido una cortina de humo sobre las acusaciones de la niña y pronto Víctor volvería a ejercer la docencia, en cuanto comenzase el nuevo curso. Estaba limpio de sospechas para todos y los miembros de la APA lo apoyaban. Él no había violado a nadie. No tenía culpa de que las chicas se le insinuasen cada día en las aulas y luego tuviesen fantasías con él.

Estaba postrado en la cama a la espera de que la nueva cuidadora se presentase en el piso para ayudarle a levantarse. Cansado de los inútiles de ayuda a domicilio que no sabían cambiar un pañal, había contratado a una joven colombiana, sin papeles, para que le ayudase a realizar sus tareas diarias. Delia tenía veintidós años y había entrado ilegalmente en el país. Era morena de tez clara. No parecía la típica colombiana, pues tenía los ojos claros y rasgos europeos.

Le había dado una copia de las llaves y la escuchó entrar con las bolsas de la compra. Delia lo saludó con una sonrisa y le ofreció la mano para ayudarle a incorporarse de la cama. Llevaba el escote muy abierto y la manicura recién hecha. Le ayudó a pasar a la silla de ruedas y lo llevó al baño para hacer sus necesidades. No era ningún animal y si podía evitarlo no ensuciaría el pañal con sus fluidos. Una vez aseado lo condujo a la cocina y le preparó el desayuno. Le gustaba verla contonearse bajo el vestido floreado. Una buena hembra debía tener unas buenas caderas y aquella las tenía. No era menor de edad, por eso podría follársela las veces que quisiese, sin tener que darle cuentas a ningún tribunal de mierda.

—Ya sé que solo soy un pobre inválido, pero te propongo algo…

—Dígame amor, soy toda oídos —lo animó Delia.

—Si te apetece trabajar a tiempo completo conmigo, puedes mudarte a mi casa. Estarás lejos de las calles y tampoco tendrás que

pagar un alquiler —propuso Víctor.

—Es usted muy amable. Claro que quiero. Le cuidaré con mucho mimo y le daré todo lo que precise.

—Lo sé. El resto de cuidadores que venían por aquí no servían para nada. Alguno hasta me robó dinero. Por eso llamé a servicios sociales para renunciar a la ayuda estatal por dependencia. Los auxiliares que me enviaba el ayuntamiento eran unos auténticos inútiles, siempre me dejaban todo por ahí tirado. En cambio tú eres muy ordenada y lo haces todo de maravilla —explicó Víctor.

—Hizo bien. No los necesita. Los demás no podrán darle lo que yo le ofrezco —dijo Delia, quitándose las bragas y subiéndose la falda del vestido montó a horcajadas sobre la silla de ruedas.

La erección de Víctor fue momentánea y se apresuró a dejarse tomar por aquel contundente y suave vaivén de caderas. Apretó aquellos flácidos pechos con sus manos. Le gustaba su nueva cuidadora, pero si trataba de robarle algo, no dudaría en denunciarla a inmigración. La pobre temía a la policía como a la muerte y estaba tratando de conseguir los papeles para que no la deportasen.

Sabía que aquella yegua nunca le pertenecería y que solo estaba con él por interés. En cuanto, Delia encontrase a otro hombre más atractivo que un profesor cuarentón en silla de ruedas, no dudaría en abandonarlo. Mientras tanto Víctor le pagaría todos los vicios. A Delia le gustaba beber cerveza y no se conformaba con beber una o dos, tenía un buen saque. Víctor trataba de saciar todos sus caprichos; además le facilitaba una vivienda gratis a cambio de que ella le calentase la cama.

Al terminar de desayunar bajaron al garaje y tras ayudarle a sentarse en la furgoneta, Delia plegó la silla de ruedas y la colocó en el maletero antes de sentarse a su lado. Víctor arrancó el vehículo con los mandos manuales adaptados para su discapacidad y condujo hasta la playa. Aparcó frente a unas dunas y Delia le ayudó a bajarse del auto. La joven empujó la silla de ruedas por una pasarela de madera hacia el arenal. Ella siempre se dirigía a él como «amor» o «profesor»; cualquiera de los dos términos a él le agradaba.

Era una buena hembra, acostumbrada a que la montaran. Le encantaba aquella yeguada de mujeres llegadas de países exóticos

donde, las mujeres estaban acostumbradas a satisfacer a los hombres, sin necesidad de que a uno lo denunciasen por agresión sexual. El feminismo que él tanto defendía en sus redes sociales estaba terminando con todo. Él lo apoyaba en todos sus frentes compartiendo sus reivindicaciones. Era solo una tapadera, igual que su apoyo a la lactancia materna, todo ello le ayudaba a pasar desapercibido y le hacía ganar puntos con la asociación de padres de alumnos.

Hace años cuando era un niño su madre lo llevó a una manifestación pública contra un vigilante que expulsó a una mujer de la playa por hacer toples. Su madre y sus compañeras del hospital donde trabajaba de enfermera posaron para un periódico con los pechos al aire como protesta. Desde entonces Víctor entendió que aquello marcó su vida. Le gustó estar allí entre todas aquellas tetas, incluidas las de su propia madre para protestar contra una injusticia como aquella. Desde entonces decidió hacerse feminista: no porque estuviese de acuerdo con sus ideas sino para así estar más cerca del ganado. Era un lobo hambriento y le gustaba camuflarse entre las ovejas. Y si le ponían las jovencitas que culpa tenía él. A nadie le amargaba un dulce.

Se tumbaron en unas hamacas y Delia fue a por un par de vermuts a un chiringuito cercano. El día estaba despejado y lucía un sol esplendoroso. Víctor disfrutaba de la compañía de Delia y le dio dos sorbos a la bebida. Sentía un placer enorme estando con aquella mujer tan voluptuosa a la que casi doblaba en edad. Cuanto más jóvenes eran, más le gustaban. Si tenían menos de quince mejor. Cuando comenzó a visionar los videos de Tessa masturbándose en TikTok, pensó estar tocando el cielo. Era su cara de inocencia lo que se la ponía tiesa. Lo mismo le ocurrió cuando se acostó con Nelly. Ella no era virgen como Tessa, pero le gustaba lo prieta que estaba al sodomizarla. No entendía por qué la habían matado. Ni quién lo había hecho. Él no era ningún asesino. Ni tampoco había violado a nadie. Tessa había mentido en su declaración, ella había acudido voluntariamente al bungaló para acostarse con él, y no recordaba que lo mandase parar mientras la poseía.

Según Víctor, la moralidad en la que se basaban las leyes de protección del menor estaba contaminada por las ideas conservadoras de grupos de ultraderecha, que creían que la libertad sexual tenía que estar supeditada a un límite de edad. Él creía que en cuanto una adolescente menstruaba había alcanzado definitivamente la pubertad y por lo tanto tenía derecho a copular con quien quisiese y si lo hacía con un hombre adulto como él sería mucho mejor para ella, pues le trasmitiría toda su experiencia.

Antiguamente, algunas tribus nativas, antes de entregarle la novia a su futuro marido, la enviaban a copular con el miembro más anciano del grupo, para que este le trasmitiese su experiencia y la entrenase para satisfacer mejor las necesidades de su cónyuge. No había nada malo en lo que él había hecho con Nelly y Tessa. ¿Qué daño podía hacerles trasmitiéndoles sus conocimientos? ¿Acaso existe un límite de edad para amar o ser amado? El cuerpo es solo un vínculo para obtener el placer y eso no tiene que afectar en absoluto al tránsito de las almas a una vida mejor.

Eso al menos pensaba Víctor. Era algo que siempre intentó aplicar en sus métodos de enseñanza, para él la universidad del amor era la misma que la de la vida. Claro que no podía hacerlo de una manera directa, porque las leyes impuestas por una falsa moralidad arraigada profundamente en raíces religiosas se lo impedían. Solo la idea de tener que jurar delante de una biblia en cualquier tribunal de los Estados Unidos, algo que en Europa no sucedía, demostraba lo atrasado que estaba el derecho en su país. Las leyes siempre deberían ser laicas, mientras no se demuestre la existencia de Dios mediante métodos científicos.

En una ocasión, a los varones de la banda de música del colegio, pensó en proponerles hacer una gira por varios clubs de alterne de la zona para que los chicos se desflorasen con alguna prostituta o chicas de compañía como a Víctor les gustaba llamarlas. Se lo comentó a su amigo Dave, pero este se lo desaconsejó, pues la APA nunca lo entendería y se metería en problemas. Sería algo increíble, llevar a los muchachos a clubs, les pondría en contacto con la realidad de la vida. Mejor eso, que acostarse con cualquier ramera en una esquina y coger el sida. Al menos él les exigiría hacerlo con

protección. Víctor Herrera se creía un maestro muy adelantado para su tiempo. Por eso sus ideas a los demás les parecían muy descabelladas.

Él no era un delincuente sino los que hacían las leyes que marcaban un límite de edad para poder mantener relaciones sexuales libremente con alguien. Nunca había tenido relaciones con ninguna mujer antes de que le viniese la regla. Como hizo un profesor en Arkansas con una niña de cinco años que, sacándose la verga de la bragueta le dijo: «Te voy a enseñar un pajarito», antes de introducirla en su boca. Eso sí que era un delito, pero no lo que él hacía con unas adolescentes salidas que a su edad estaban pidiendo guerra y ya sabían para que servía lo que tenían entre las piernas.

—El amor no tiene edad —dijo de repente Víctor mientras sorbia el vermut.

—Es cierto. Me gustan los hombres maduros y con experiencia —comentó Delia.

—Veo que me comprendes, eres una chica inteligente —dijo Víctor.

—Lo soy profesor. La más lista de Colombia. A usted nuca le va a faltar de nada conmigo.

—Ni a ti tampoco. No puedo caminar, pero ves las alas que tengo a mi espalda, ellas nos llevarán a todos los lugares que a tu imaginación se le puedan ocurrir —ironizó Víctor.

—Las veo. En sus vigorosos brazos podré atravesar el cielo con usted cuando me apetezca —dijo Delia mordiéndose el labio de manera provocativa.

—Sabes que tengo alas porque soy un ángel —dijo Víctor siguiendo con el juego.

—Sí, lo he sabido desde la primera vez que lo he visto. Usted es diferente a todos los hombres que he conocido. Un angelito que Dios me envió del cielo para protegerme de toda la gente mala de este mundo —concluyó Delia, encantada con las ocurrencias del profesor, antes de vaciar su vaso de vermut y regresar al chiringuito para pedir otro.

Capítulo 24

El lugar que escogieron para almorzar estaba protegido por las rocas de la indiscreta mirada de los bañistas. Delia lucía un top espectacular cuya tela desaparecía entre sus nalgas absorbida por la zona perineal. La muchacha era alegre y vivaracha, eso le ayudaba a Víctor a olvidar su condición de paralitico. Su sonrisa era agradable como la brisa fresca y se veía muy segura de sí misma. Víctor creía que la muchacha consideraba que por tener un culo y unos pechos despampanantes tenía el mundo a sus pies. La mayoría de su calaña siempre habían vivido en la miseria y nunca tuvieron entre sus manos algo parecido a un móvil. La tecnología les parecía un gran invento y producía en ellas una especie de embobamiento. En sus países de origen no tenían dinero ni para comprarse unos zapatos y ahora las redes sociales producían en ellas una especie de ensoñación que, las sacaba del aislamiento que tantos años habían padecido.

Delia no paraba de grabarlo todo y para ella no existía la palabra pudor. Buscaba el dinero fácil y usaba su cuerpo para conseguirlo colgando fotos en posturas provocativas en internet, como si la gente nunca hubiese visto un culo gordo. Era lógico toda su vida había trascurrido en la indigencia y no le importaba utilizar su cuerpo para salir de ella. La mayoría de los hombres intuían sus intenciones y salían huyendo. Lo único que ella pretendía era conseguir los papeles para quedarse en los Estados Unidos y la mejor manera para lograrlo era casarse con algún residente.

A Víctor le interesaba seguirle el juego, luego cuando se cansase de ella, la enviaría a paseo. A los cuarentones como él, todavía conservaba a su edad un ferviente deseo sexual, les interesaba conseguir carne fresca, para mantener su vigor activo. Ninguna chica de su status social se acercaría a él, y menos viéndolo en una silla de ruedas, por eso decidió dejarse seducir por las necesidades

económicas de su cuidadora. Ella debería creer que él se ocuparía de satisfacer todos sus vicios y con la bebida, Delia no se cortaba. Estaba un poco beoda cuando después de almorzar, vertió parte del contenido de una botella de ron sobre sus pechos y le pidió a Víctor que se los lamiese. El profesor la observó un momento antes de hacerlo, tenía dos pitones que apuntaban hacia él como cabezas nucleares.

Le pidió que le ayudase a abandonar la silla, a tumbarse boca arriba sobre una manta de playa, y le colocase las mochilas en las cervicales para ayudarle a incorporarse en caso necesario. Delia sabía que aquel hombre era un tigre. Así denominaban en su país a los varones que trataban con dureza a las mujeres. Había escuchado en la radio que una menor lo había acusado de practicar sado con ella. En realidad a ella no le importaba, se dejaría azotar si la mantenía como a una reina. Los azotes la acercaban más al orgasmo, pero, de momento, prefería ocultarle esos impulsos a él. Era un maldito inválido y no estaba segura de sí le gustaría que le zurrase un discapacitado.

Una vez tumbado con el tronco reincorporado y las cervicales erguidas, le pidió a ella que se pusiese encima de él, pero en posición inversa a la suya. Con las piernas separadas y la parte baja del bikini sobre su cara. Delia entendió que lo que quería él era hacer un sesenta y nueve. Ese número le gustaba más que el sesenta y ocho o el setenta. Fue rauda a la hora de posicionarse y abrirle la bragueta para comenzar a succionar el falo. Víctor le bajó con las manos el tanga, luego se sujetó a sus muslos y comenzó a mover su lengua por toda su raja con voracidad.

El perno entró justo por el esfínter anal de ella, atravesándole la trompa de Falopio, el útero y la vejiga para salir por la vulva; arrancándole a él la lengua, la punta del arma se incrustó en su laringe, destrozándole la carótida. La escena era caótica: la pluma de perno, así se conocen las flechas de las ballestas, sobresalía por el trasero de la chica. El astil había atravesado sus partes íntimas, entrando por la garganta del profesor, y la punta no se detuvo hasta sobresalir por la parte posterior del cuello. La saeta los mantenía a ambos unidos como si fuesen dos siameses que hubiesen nacido con

los cuerpos pegados y la cabeza metida en el culo del otro; y con un solo corazón que bombease sangre para ambos.

La flecha mantenía la vulva de ella unida a la boca de él, como si se tratase de un pincho moruno. El impacto hizo que Delia perdiese el conocimiento y su cuerpo cayó a horcajadas sobre él. Entre sus nalgas primero apareció una mancha de sangre oscura proveniente de sus ovarios que, se tornó en un rojo vibrante al mezclarse con la sangre salida de la garganta de él.

Al principio Víctor intentó desprenderse de ella, pero como se dedujo después de un concienzudo análisis forense, la punta de la flecha estaba bañada con curare, un veneno que paraliza el sistema respiratorio causando la muerte por asfixia. Por lo que el profesor se quedó sin oxígeno y se ahogó en su propia sangre antes de conseguir soltarse. Poco después murió en el acto. Ella sufrió unos síntomas parecidos pero al perder el conocimiento, ni siquiera se percató de ello.

Unos bañistas descubrieron los cuerpos una hora más tarde y avisaron a las autoridades. Cuando la agente Jane Barret se presentó allí acompañada del agente Lobo, los amantes continuaban en la misma postura acrobática en que les pilló la muerte. El perno era una copia exacta de la saeta india que habían robado de la casa de Dave Mirren. Ahora en vez de un cadáver, tenían tres muertos. Las dos chicas y el profesor. Todo apuntaba a que los crímenes los había cometido la misma persona. El mismo asesino, el mismo modus operandi. Alguien le tenía manía al profesor y se lo había cargado. Al menos ahora sabían que Víctor no podía ser el asesino como sospecharon siempre.

Lo más curioso fue que el asesino dejó un microchip pegado con cinta americana alrededor del pene del profesor como si fuese un profiláctico. Allí había varias grabaciones del profesor entrando y saliendo de la habitación diecinueve de los bungalós del camping al lado de la playa donde sucedieron las agresiones sexuales. No solo eso, el asesino había colocado una cámara que grabó todo lo acontecido dentro con las menores. Las imágenes eran estremecedoras. Después de revisar las grabaciones, pudo comprobarse como Tessa trató de resistirse a los embates del

profesor y entre lágrimas le pidió que parase. Víctor la ignoró y no se detuvo hasta saciar su voraz apetito sexual.

Aunque con Nelly no ocurrió lo mismo: ella no le mandó detenerse. Se vio claramente como abusó de su posición de adulto para propasarse con ella, propinándole azotes en las nalgas con dureza y metiéndole su miembro en la garganta hasta casi ahogarla.

Las chicas no mintieron durante sus declaraciones y las imágenes encontradas en el microchip, corroboraron que todo había sucedido tal como lo contaron durante los interrogatorios.

Dave Mirren fue acusado de coaccionar a Tessa para que cambiase su declaración y retirara los cargos contra el profesor Víctor. Como consecuencia de ello, a Dave le quitaron la custodia de la niña que pasó a las chicas de servicios sociales; que intentarían encontrarle un nuevo hogar de acogida para evitar que terminase en un orfanato.

Su dimisión del partido demócrata no se hizo esperar, ni la de su esposa del comité feminista. Los Mirren abandonaron la política para centrarse en la enseñanza. No les quedaba otra debido a las críticas que vertió la prensa sobre ellos debido a su actuación presionando a la niña para que retirara su declaración contra Víctor Herrera. Estaba claro que el asesino solo pretendía vengarse por lo ocurrido a Tessa, ¿pero, por qué asesinó a Nelly?

Había algo que no encajaba en la ecuación. En cuanto a Delia, Jane consideraba que solo se trataba de un daño colateral. La chica se encontraba en el lugar y el momento equivocados. El objetivo del asesino de la ballesta era acabar con la vida de Víctor. El esfínter de Delia solo fue el conducto que condujo al perno a atravesar la garganta del profesor. ¿Acaso había algo más? Tal vez un motivo de carácter emocional. El asesino pudo haber aprovechado cualquier otro momento para disparar sobre Víctor, sin tener que matar también a su cuidadora, montando aquel infernal espectáculo.

Los cuerpos fueron cubiertos por una lona de plástico, tuvieron mucho cuidado de que permaneciesen unidos por la flecha, cargándolos sobre un remolque, para ser analizados en la misma posición que fallecieron en la mesa del forense. Los agentes

federales vigilaron todo el procedimiento minuciosamente para que no se cometieran errores durante el transporte. A Jane le preocupaba que cualquier alteración de la posición de los cuerpos pudiese dificultar la investigación y anular alguna prueba. El tronco de ella permanecía inclinado doblado por la cintura sobre los muslos de él, posición a la que lo llevó la inercia, al ser sorprendida en esa postura en el momento de la felación.

El asesino debió tener acceso directo a los dispositivos móviles para saber la hora y el lugar exactos en que el profesor se citó con sus alumnas para poder grabar todas las escenas sexuales que tuvieron lugar en el bungaló. Esa idea de dejarles el chip con las imágenes adherido al pene del profesor mostraba que el autor de los hechos veía connotaciones sexuales en lo sucedido, y como algo malo lo hecho por el maestro. Ahora Víctor Herrera había pagado por lo sucedido con su vida. Lo único que seguía sin encajar en la ecuación era la muerte de Nelly. La joven no había hecho nada malo para merecer la muerte. Quizás el asesino la culpaba de mantener relaciones con el profesor siendo menor de edad.

Era posible que el asesino de la ballesta fuese un misógino que odiaba a las mujeres, por eso las culpaba de todos los males de este mundo. Ese fue el motivo porque mató a Nelly y a Delia, y, seguramente, habría hecho lo mismo con Tessa de no haber tenido protección policial. ¿Entonces por qué mató al profesor? Era posible que el daño colateral fuese Víctor, no Delia como supuso al principio Jane. ¿Entonces para que grabó las imágenes del profesor en un chip para enseñárselas a la policía?

Otra probabilidad era que el asesino fuese un moralista, alguien que consideraba que estaba mal que un adulto se relacionase con menores y a la inversa. Alguien con concepciones profundamente religiosas en su moral. Un solitario que se había radicalizado en los últimos años. De esas personas que piensan que la fornicación es contraria a la dignidad de las personas. Por lo tanto la lujuria debe ser castigada con la muerte. Quizás utilizó la ballesta para dar ejemplo y enviar un mensaje a la sociedad, de que lo que hicieron el profesor, Delia y Nelly está mal, además resulta pecaminoso, sucio e indigno.

En cambio el agente Lobo no creía que se tratase de un misógino, ni un moralista; más bien pensaba que el asesino conocía bien a sus víctimas, y había actuado de manera premeditada y con la venganza como único móvil. Eso le explicó a Jane que no descartaba la teoría de su subalterno. Sin embargo, qué podían haberle hecho Nelly, Delia y Víctor al asesino para matarlos. En el caso de Nelly y Delia, ni siquiera se conocían antes de ser asesinadas. Lo único que les unía era su relación con Víctor. Algo que no suponía suficiente motivo para matarlas a las dos. La venganza podía ser el móvil del crimen, pero de que se estaba vengando el asesino, Jane creía que a lo mejor ni siquiera conocía a las víctimas, por lo que no tenía sentido matarlas.

—Es posible que no conociese a la cuidadora, pero si a Víctor y a Nelly —apuntó el agente Liam.

—Creo que tienes razón —afirmó Jane.

—Sabes que ha aparecido la flecha robada en casa de Dave Mirren —informó Liam.

—No lo sabía. ¿Dónde estaba? —preguntó Jane.

—Su mujer Rebeca había estado haciendo la limpieza en casa el día anterior a que Dave pusiese la denuncia y la guardó sin darse cuenta en un baúl del sótano. Luego se olvidó de lo que había hecho —contestó Liam.

—¡Vaya! Menudo despistada que es esa mujer —apuntó Jane.

—Suele pasar, no es tan raro. ¿Cuántas cosas se pierden en las casas? A mí me sucede a menudo. Una vez había perdido una chaqueta y al cabo de unos meses apareció en el fondo del armario. Incluso los agentes que registraron la casa no encontraron nada —explicó Liam.

—Entonces descartado el robo de la flecha. El asesino debió decorar los pernos de ballesta al estilo indio y no estaban modificados como creyó

Abey. No se trataba de una flecha modificada sino de un perno de ballesta convencional con el interior de plomo decorado con motivos indígenas, imitando a la flecha que perdió Dave en su casa. Seguramente el asesino lo hizo para tratar de inculpar a Dave —añadió Jane.

—No lo sé o a lo mejor también quiso que sospechásemos de los indios. En el caso de Dave la muerte de su colega Víctor solo le ha traído complicaciones. Él no pudo ser el asesino, pues la aparición del chip con los vídeos de los abusos de su amigo, lo obligó a retirar su candidatura a la alcaldía y a que su mujer renunciase a su puesto como presidenta del comité —aseveró Liam.

—Es verdad, Dave no pudo cometer los crímenes, él nunca dejaría el chip en el cuerpo para que lo descubriésemos, pero creo que tuvo que ser alguien del Pacific View Charter Scholl —expuso Jane.

—Es posible que el asesino sea alguien del colegio. Incluso que nos conozca. Ahora debemos averiguar quién del centro sabe disparar con ballesta —concluyó Jane.

—No creo que haya mucha gente que lo sepa hacer. Ahora nos queda la ardua tarea de avisar a los familiares —dijo Liam.

—De eso me encargaré yo. Tú vete a la casa del acantilado a informar a tu amiga Andrea, seguro que se alegrará de verte —dijo tirando de ironía Jane.

—Y yo también me alegraré de verla a ella. Perdona que me meta en lo que no me importa, pero últimamente veo que vas mucho al bosque a la cabaña de ese indio amigo tuyo. ¿No habrá algo más entre vosotros? —preguntó Liam dibujando una pícara sonrisa en su rostro.

—Eso no es asunto tuyo. ¡Venga lárgate de aquí de una vez! —ordenó Jane guiñándole un ojo a su colega.

Quinta parte

IN VINUS VERATI

Capítulo 25

Algunos indios creen que la muerte es solo un escenario, no es algo real. La gente se muere por cualquier cosa, pero su espíritu sobrevive más allá de un final. La idea de mi muerte supuso un final para mis padres. Aunque según la teoría anteriormente expuesta, todavía sigo viva. Mi cráneo se quedó hecho añicos al impactar contra el techo del coche mientras nos precipitábamos por el barranco. ¿Acaso no os parece extraño que mis padres sobreviviesen y yo no? En principio para los doctores mi cabeza estaba lo suficientemente fragmentada como para no merecerles la pena realizar un scanner antes de dictaminar mi fallecimiento. La única ventaja de no hacerlo era que ello le ahorraría dinero al seguro y a las instituciones. Así funciona este país.

Los médicos no se pararon mucho en mirarme el pulso, puede que el corazón se detuviese cuando lo hicieron por un tiempo y luego volviese a latir; o puede que entrase en estado de catalepsia. En esos momentos el cuerpo permanece inmóvil y sin constantes vitales, la piel se pone muy pálida y a una la dan por muerta. Seguro que eso fue lo que me ocurrió a mí. Es posible que la catalepsia me la provocasen los golpes en la cabeza contra el techo del coche. Lo cierto es que al contrario de lo que los médicos creyeron sigo con vida y ahora es otra la mujer que ocupa mi lugar en el cementerio.

Ese día cuando nos trasladaron en la ambulancia, el hospital estaba tan colapsado, que el forense se limitó a meterme en una bolsa de plástico. No realizó un análisis más exhaustivo, ni cerro bien la cremallera al marcharse. Uno nunca debe abandonar su casa sin hacer la cama o, al menos, eso dicen los psicólogos si se quiere llevar una vida ordenada. En el caso del patólogo, todo a su alrededor debía ser un caos. Seguro que el bueno del doctor nunca hacía la cama al levantarse por la mañana.

La cabeza me ardía, pero no estaba muerta cuando el patólogo abandonó la sala. De algún modo, a pesar del dolor, logré abrir la bolsa y salir de ella para poder respirar. En el mostrador de acero inoxidable de al lado estaba el cuerpo de otra chica de complexión, cabello y edad parecida a la mía. O puede que fuese más vieja, aunque no lo parecía. Su rostro estaba desfigurado, su agresor la había golpeado con algo en la cabeza hasta matarla. Decidí dar el cambiazo, nadie se daría cuenta. Metí su cuerpo dentro de mi bolsa y le até la etiqueta con mi nombre en el dedo gordo del pie derecho para que creyesen que era yo. Luego observé en una percha un mono blanco de los que usaba el forense y me lo puse. Lavé los restos de sangre de mi cara en una pila con agua y salí de la sala. Con el mono puesto parecía una doctora. Nadie me reconoció al abandonar el hospital. Mis padres creerían que había muerto en el coche, pero mi espíritu seguía vivo.

Mi nombre es Laura, Laura Herrera y desde entonces no existo. Me oculté en el bosque para escapar a mi destino. Los forenses no echarían de menos un cuerpo y si lo hicieron, ocultaron lo sucedido. Ningún muerto sale por su propio pie de la sala de autopsias. La chica que enterraron en mi lugar no tenía papeles, era una prostituta que había sido víctima de una agresión y había usurpado mi identidad en el cementerio. Ahora su cuerpo ocupaba mi tumba y yo podría ejecutar mi venganza. Solo Dios podía detenerme: no lo harían, ni el tiempo, ni la policía. Pero empecemos por el principio:

El día que abandoné el hospital me interné en el bosque y caminé durante horas sin rumbo hasta que se hizo de noche. Estábamos a finales de marzo y todavía hacía un frio de mil demonios. Solo llevaba el mono blanco de poliéster puesto, cuando encontré el cuerpo de un ciervo empotrado contra el tronco de un árbol. Los lobos lo habían despedazado, dejando poco menos que su piel y unos pocos restos de carne adheridos a su esqueleto. Muy cerca de allí escuché el rumor de un arroyo, entonces se me ocurrió una idea. Arrastré hasta allí lo que había quedado del ciervo; con un guijarro separé la carne del pelaje del animal y me fabriqué un manto. Frotando dos piedras conseguí hacer un fuego para calentarme. Eso lo había visto hacer en un video en YouTube. Aproveché la carne que

había separado del pelaje para asarla atravesándola con un palo en las llamas y, así, pude alimentarme y sobrevivir aquella jornada. El manto me aisló del frío y en cierto modo, agradecí a los lobos el haber cazado aquel animal para mí. Estaba segura de que gracias a ello: no me faltó comida ni abrigo. Esa noche dormí a la intemperie cerca del arroyo.

Mientras mi cuerpo todavía descansaba caliente en la morgue, mi espíritu vagaba por la foresta libre de toda identidad. Una desconocida usurpaba mi nombre en el depósito de cadáveres y ni mis padres se dieron cuenta de ello. La cabeza de la chica estaba tan fragmentada que me confundieron con ella. La conmoción al golpearme contra el techo del coche me había dejado aturdida, pero contra todo pronóstico había sobrevivido al accidente. Ahora me convertiría en parte de la naturaleza para sobrevivir.

Estaba sola en medio del bosque, bajo árboles gigantescos del tamaño de edificios que se elevaban hacia el cielo en busca de la luz solar. Era solo una cría de trece años atrapada en medio de la espesura. Sabía que mi padre había mantenido relaciones con mi mejor amiga, por eso no podía regresar a casa. Era un cerdo, por lo que su lujuria no podía quedar sin castigo. No sabía a dónde ir para ocultarme. No podía quedarme para siempre escondida en medio del bosque esperando a que me devorase un oso. Me moriría de hambre o quizás me devorasen los lobos como al ciervo. Necesitaba comida y un celular para conectarme a internet y enterarme de lo que sucedía en el mundo.

Entonces recordé los cursos de supervivencia impartidos por el profesor Dave Mirren, de cómo valerse de lo que le daba a una la naturaleza para actuar ante cualquier improvisto. Me acerqué de nuevo al arroyo y frotando piedras, las pulí hasta conseguir un filo cortante cuya hoja utilicé como un cuchillo para pelar una estaca que, até con unos ramilletes a la piedra afilada para construir una lanza. No me resultó difícil poder pescar con ella, al menos no me morí de hambre, pero lo haría si no conseguía pronto un celular para poder conectarme a internet. Soy adicta a las redes y me encanta grabar videos. Echaba de menos a mi madre, la compadecía por lo

que le estaba haciendo mi padre. Andrea no se merecía vivir con un depravado sexual.

De día la temperatura era agradable, pero por las noches refrescaba y por mucho que me tapase con la piel de ciervo y me calentase con el fuego, pronto cogería una pulmonía: si no encontraba un lugar más confortable donde guarecerme. Entonces pensé en la casa del acantilado. Lo suficientemente alejada de la ciudad para pasar desapercibida. Mis padres guardaban una copia de la llave bajo el macetero de piedra en el porche de la entrada. Lo hacían por si alguna vez salían de casa y se olvidaban la original dentro para poder volver a entrar. Los dos eran muy despistados y más de una vez les había ocurrido, teniendo que romper un cristal de una ventana para poder acceder a la vivienda, por lo que decidieron dejar una copia escondida bajo el macetero.

Me llevó horas caminar hacia la costa y seguir su línea, bordeé profundos acantilados hasta llegar a la casa. La llave estaba justo donde la dejaron y pude entrar dentro de la vivienda. Una vez instalada, todo me resultó más sencillo. En el garaje había una motocicleta que me serviría para desplazarme a la ciudad y comprar comida. Entré en el cuarto de baño y observé en el espejo mi rostro. El cabello ocultaba la brecha que recorría mi cabeza. No me había matado de milagro. Sabía que me quedaría una horrible cicatriz, aunque con el pelo largo no se me notaría.

En la casa hay un sótano que casi nadie nunca utiliza. Me esconderé allí cuando mis padres regresen. Su entrada está oculta por una trampilla bajo su dormitorio, situada justo debajo de la cama. Pensé que sería mejor no utilizar el ciclomotor demasiado para ir a la ciudad, el farero podía escuchar el ruido del motor y descubrirme. Aunque conozco un atajo por el bosque para evitar pasar por cerca del faro y alcanzar igualmente la carretera de la costa.

En el cajón de la cómoda, mis padres guardan un dispositivo móvil sin estrenar y una tarjeta SIM. Cargué la tarjeta en el teléfono, y por fin pude conectarme al rúter y navegar por la red. Sabía la contraseña de la aplicación del banco donde mis padres me abrieron una cuenta para mi uso personal. En principio esos fondos estaban

destinados para pagar mis estudios en la universidad, pero supuse que ahora que estaba oficialmente muerta, no les importaría que hiciese uso de ellos.

Mi cabeza empezó a elaborar un plan para conseguir comida en el bosque sin necesidad de tener que comprarla en un supermercado. Me convertiría en una cazadora. Pensé en un arma pequeña y silenciosa, capaz de abatir a piezas a larga distancia, sin omitir sonido alguno. Un disparo con arma de fuego podía escucharse a kilómetros a la redonda y delatar mi posición ante los guardias del parque. La caza estaba restringida, y en aquella época del año ya había finalizado la temporada. Por lo tanto estaba prohibido matar animales.

Al principio pensé en un arco con flechas, pero sería demasiado aparatoso para manejar y ocuparía demasiado espacio en la casa. Entonces me acordé de la Cazadora, también conocida como Helena Rosa Bertinelli, una conocida superheroína de comics de ficción y de su ballesta. Esa sería mi primera compra. Los pernos alcanzan una velocidad de más de cuatrocientos kilómetros por hora y servirían para mis propósitos.

El pedido con el arma me fue entregado por mensajería dos días más tarde. Le había añadido veintidós flechas a mayores de las que traía el paquete para complementarlo. Durante un tiempo no cese de practicar con una diana, hasta que alcancé la perfección y me convertí en una tiradora profesional. La ballesta se convirtió en la prolongación de mi brazo. El arma tenía mira telescópica y un gatillo, por lo que no resultaba complicado apuntar bien; y eso unido a que tengo un ojo de lince: me convirtió en una cazadora profesional con ballesta, solo que era de las furtivas y nadie conocía mi existencia.

Capítulo 26

Mi relación con mi padre siempre fue especial. Es de esas personas que trata de ser tu amigo y estar a tu lado, mientras sigas una serie de directrices que están marcadas en su cerebro como lo correcto o lo que se debe de hacer. Mi padre me educó en el feminismo y el respeto a los más vulnerables, por lo que después de averiguar lo que hizo con Nelly y Tessa, deduzco que trataba de implantar una imagen cuando estaba con su familia o frente a un público en la escuela muy diferente a ese lado oscuro que ocultaba entre bastidores.

A mi madre y a mí nos exigía, por ejemplo, mostrarnos amables en público y ser siempre tolerantes con los errores de los demás. Era de esa clase de profesores que predicaba la erradicación de toda clase de violencia y luego, él, en sus fueros internos se comportaba como un psicópata.

No sabría bien como definir su personalidad. Mi padre era el típico narcisista histriónico que te exigía ser la número uno en todo, pero sin trasmitírtelo directamente, lo intuías en su manera de comportarse contigo. Mantener ese nivel de exigencia resultaba agotador, por lo que sufría constantes decepciones cuando las cosas no las hacías como él quería. Se enfadaba contigo pero no te lo decía en privado, al corregirte trataba de dejarte en evidencia delante de los demás. Era como una especie de narcisista encubierto, que no mostraba su verdadera cara hasta que podía sacar tajada de ello y castigarte de alguna manera; sacando a relucir tus errores para el provecho público o para su deleite personal.

Un día mi padre me contó la historia del Caballo de Troya. Como los aqueos decidieron rendirse tras años de intentar conquistar la ciudad, admitiendo la valentía de los troyanos a la hora de defenderse desde las murallas y resistir el asedio. Al partir con sus naves de la isla, dejaron un caballo de madera en la playa como

regalo para los troyanos que, ellos tomaron como un símbolo de su victoria sobre las fuerzas invasoras. Una vez introducido dentro de los muros de la ciudad como un trofeo, empezaron a salir soldados del interior del caballo que mataron a los centinelas y abrieron las puertas al ejército aqueo para facilitarles la intrusión. Los troyanos que se encontraban demasiado beodos tras la celebración fueron masacrados en poco tiempo por sus enemigos. Los invasores habían dejado el caballo de madera como un señuelo para entrar en la ciudad simulando su partida. Los troyanos eufóricos por la victoria cometieron el error de meterlo dentro de sus murallas y eso supuso su destrucción.

—De ahí salió la idea de crear un virus troyano para meterse en los ordenadores de otras personas y controlar todos sus movimientos sin ser vistos—explicó mi padre.

—Es fascinante —dije.

—Uno tiene que estar atento cuando alguien trata de introducir un troyano en tu vida para vigilar tus pasos. En una ocasión un coche patrulla estaba vigilando una casa. Sus moradores creían que estaban seguros con la policía instalada frente a su hogar, pero nada más lejos de la realidad, los agentes estaban compinchados con los ladrones para dejarlos actuar sin oposición y luego repartirse el botín. Ese coche patrulla se trataba de un troyano.

—Increíble. ¿Sabes de algún ejemplo más papá? —pregunté intrigada.

—Cuando un político durante la campaña electoral le habla de cambios a la población, eso también es una quimera. Una vez alcance el poder, los estamentos de la sociedad están tan enraizados que le resultará imposible cambiar nada. Lo único en que uno puede hacer cambios es en su interior, por eso las promesas de ese tipo de los políticos no son más que un Caballo de Troya para conseguir nuestros votos —expuso mi padre.

—Vaya y algún ejemplo más papá.

—Cada vez que nos conectamos a internet y navegamos por la red, debemos mantener la privacidad de nuestros datos, antes de entrar en cualquier página web para asegurarnos de que no los utilicen con fines publicitarios o de otro tipo. La idea de las

autoridades es instalar cada vez más cámaras. Es su Caballo de Troya para tenernos controlados y saber lo que pensamos y como actuamos —aclaró mi padre.

Luego llamó a mi madre y nos explicó cómo funcionaba un virus troyano. Así supe como acceder a los dispositivos de Tessa, cuando me contó lo de su relación con mi padre y dejamos de ser amigas. Le envié un correo para que se descargase un juego de ajedrez que me había pedido y dentro introduje el troyano. Le dije que de momento no me apetecía verla, pero que le enviaba el juego igualmente porque me había comprometido a ello y yo siempre cumplía mi palabra. Ella contestó con un simple: "muchas gracias" y descargó la aplicación. Bingo. De repente ya estaba dentro de sus dispositivos.

Así me metí en sus redes sociales y vigilé sus pasos. El troyano eran mis ojos, solo tuve que esperar a que ella se pusiera en contacto con Spiderman para enterarme de que iba a encontrarse con mi padre en la habitación diecinueve de los bungalós de la playa.

En un curso intensivo de YouTube aprendí a abrir una cerradura sin llaves y me colé dentro de la habitación diecinueve la noche anterior a su encuentro para instalar varias web cámaras. Lo grabé todo y me dio bastante asco ver a mi padre follando con mi mejor amiga, pero no le dije nada a nadie. Era mi secreto, ni siquiera se lo conté a mi madre.

Cuando Nelly comenzó a salir con Marcos, yo estaba bastante dolida con ella por liarse con mi exnovio. Pero simulé que no me importaba, para demostrárselo le envié un enlace para descargar la partitura de *She's Like Wind*, el tema principal de la película de *Dirty Dancing* que a Nelly le encantaba, así introduje otro troyano en su sistema operativo y me enteré de su relación con mi padre. En esta ocasión el muy cabrón se hizo pasar por Batman. Los vi follar juntos, la brutalidad de él y la sumisión de ella, no tenían parangón. Me daba igual, podía perdonarle a Nelly que se follase a Marcos, pero no que lo hiciese con mi padre.

Un día la seguí al salir de clase, cuando la noticia de mi accidente se había hecho oficial y todos me daban por muerta. Nelly caminó

ajena a mi presencia hacia la playa por un solitario camino entre abetos. Le disparé un dardo narcotizante con la ballesta y cayó redonda al suelo sin conocimiento. Tirando de sus piernas la arrastré al interior de la arboleda lejos del camino. Le bajé la falda a cuadros que llevaba puesta y las bragas, antes de introducirle una flecha por el ano con la ballesta, que le provocó la muerte en pocos minutos, disparándole desde más de tres metros de distancia. Había decorado los pernos con motivos indios locales solo por matar el tiempo. Mientras se desangraba atontada por los narcóticos que le inyecté previamente en el cuerpo pero que no impidieron que recuperase el conocimiento poco antes de morir, dejé que me mirase a los ojos para que supiese quién le había hecho aquello y por qué.

Luego tiré de su cuerpo sin vida por un rato hacia la costa donde, encontré una barca amarrada a un muelle que parecía abandonado con unas redes y una boya a bordo. Metí el cadáver dentro de la embarcación y puse el motor en marcha, desatando el cabo y alejándome de la costa. Arrojé a Nelly al mar, envolviendo su cuerpo entre las redes y sujetando estas a la boya para que no se hundiera y alguien la encontrase. Me pareció buena idea que su familia la enterrase antes de que se la comiesen los peces. Regresé con la barca hacia la orilla y la dejé amarrada al muelle, tal como la había encontrado, esmerándome en limpiar con un trapo las manchas de sangre que quedaron en el casco de madera.

Era consciente de que había cometido un asesinato y mejor no dejar pruebas de ello. Esperé a la noche para regresar a la casa del acantilado, para entonces mi madre ya ocupaba la casa sin saber de mi existencia. Yo me ocultaba en el sótano, al que se accedía por una trampilla bajo la cama de matrimonio de mis padres. Por suerte mi madre tras separarse de mi padre había decidido mudarse a mi habitación; por lo que podía entrar en la suya sin encontrarme con ella. Intentaba hacerlo mientras dormía para que no escuchase mis pasos al desplazarme por la casa. Podría haberme quedado a dormir en la cama de mis padres y ella tampoco se enteraría, pero era más seguro ocultarme en el sótano para que no me viese.

Me alegré de que mi madre encontrase el cadáver de Nelly en el mar. Ella sabía que en el fondo yo seguía enamorada de Marcos, por

lo que ahora que Nelly estaba muerta, tendría el camino despejado, de no ser porque la zorra de Tessa se interponía entre nosotros.

El sótano es un lugar estrecho de apenas veinte metros cuadrados con un catre donde duermo y un escritorio con un ordenador que utilizo para conectarme a internet. El troyano que instalé en los dispositivos de Tessa continuaba activo, por lo que pude seguir todos sus movimientos y conversaciones con Marcos. Me moría de envidia, pero yo ahora estaba muerta o eso era lo que todo el mundo creía y no podía intentar conectar con Marcos o mi tapadera saltaría por los aires y la verdad saldría a la luz. Era demasiado pronto para eso, sobre todo cuando todavía circulaba por mi mente la idea de intentar matar a mi padre.

En cuanto a Tessa, sabía que los federales la vigilaban y era mejor no intentar acercarse a ella. El troyano haría por mí ese trabajo. De todas maneras no tenía nada contra ella, más allá de los meros celos por acostarse con Marcos. Tal vez me equivoqué al matar a Nelly. Estaba rabiosa porque engañó a Marcos con mi padre. Algo de lo que Tessa no era culpable, pues cuando mi padre la violó, todavía no estaba saliendo con Marcos, ni llegaría a hacerlo: si yo no hubiese matado a Nelly. En parte fui yo la culpable de que Tessa se arrojase en los brazos de Marcos.

Mi nombre es Laura, Laura Herrera y soy culpable de asesinar a una compañera de clase a sangre fría. Sin otro móvil que la traición. Nelly traicionó a mi ex acostándose con mi padre. Es una zorra, por lo tanto merece la muerte. Tessa nunca traicionaría a Marcos, ella es una buena chica que en otro tiempo fue mi mejor amiga; y solo se trata de otra pobre niña necesitada de afecto como lo estamos todas.

Me alegré cuando me enteré de que le había prendido fuego al aula de música y mi padre no volvería a dar clases en el colegio hasta que fuese reparada. Era la única manera de mantener alejado al lobo de las ovejas. Tessa era como yo, una psicótica con manías narcisistas, eso yo lo había heredado de mi padre y ella del suyo, aunque solo fuese un borracho con aires de grandeza. Ahora su padre está muerto, su hija lo traicionó asociándose con Marcos para venderle la exclusiva de su violación a una reputada periodista. Eso

hizo que Jayden que estaba a tratamiento para dejar el alcohol recayese en la bebida perdiendo la vida al mezclar la bebida con los opioides. Luego Tessa buscó la manera de deshacerse de su abuela y que todo pareciese un accidente para que la adoptasen los Miren. Ellos la obligaron a retractarse de su acusación de violación contra mi padre. Un grave error, pues yo haría que pronto la verdad saliese a la luz. Fue entonces cuando comencé a planear el asesinato de mi padre.

El día que mi padre se cayó por el acantilado, yo estaba, allí, contemplando la escena escondida entre unas rocas. Mi padre resbaló y mi madre no hizo nada por ayudarle. Es más, vi como en vez de sujetarlo por el jersey, para evitar que se cayera, alargó los brazos un momento para empujarlo y precipitar su caída. El cabrón se lo merecía. No me dio pena ninguna. Lástima que ese día no se muriese. Mi madre estaba confusa, al borde del abismo, pensando en dejarse caer al vacío, cuando saliendo de mi escondite, evité que se suicidara, tirando de ella hacia mí.

—No vayas más abajo mamá —dije.

Ella que creyó que estaba hablando con una muerta, se sentó sobre el suelo a mi lado durante un rato. No soportaba verla sufrir tanto por culpa de ese miserable, pero tampoco me atreví a contarle lo de las grabaciones, pensé que ello en aquel momento la haría más polvo de lo que ya estaba. Traté de consolarla y ella que no se creía que yo fuese real, rompió a llorar, momento que aproveché para desaparecer y dejarla sola. De ninguna manera quería implicarla en los asesinatos que pensaba cometer.

Unas horas más tarde la volví a ver sola paseando por la playa y me acerqué a ella para aconsejarle que se olvidase de mi padre e insuflarle ánimo, pronto conocería a alguien muy apuesto y apasionado al que no podía decirle que no. Mis augurios se convirtieron en realidad y el agente Liam apareció en su vida un poco más tarde. Juntos compartieron momentos increíbles, mi madre volvió a enamorarse y le solicitó el divorcio a mi padre. La vida le sonreía de nuevo, por lo que yo estaba contenta.

En ocasiones, la agente al mando de la investigación no permitía que Liam visitase a mi madre, entonces ella se ponía muy triste. Yo

me acercaba para consolarla y la animaba a dejar la medicación. Al final logró dejarla y la agente Jane le dio una tregua a Liam permitiéndole visitarla. Ese día los dos hicieron el amor en la playa, sin saber que yo los estaba observando. Mientras el agente Liam pernotó en casa de mi madre, me ponía tapones en los oídos para evitar escuchar desde el sótano los jadeos constantes de la pareja. Se amaban como locos y aquello que al principio me resultó divertido con el tiempo se volvió cansino. En esas ocasiones mi madre abandonaba mi habitación para dormir con Liam en la de mis padres, debido a que la cama era más grande y de esa manera cabían los dos sin problemas. Los tenía justo encima por eso escuchaba tan bien sus gemidos.

Capítulo 27

Necesitaba un buen Caballo de Troya para introducirme en los dispositivos de mi padre. Era la única manera de saber de su ubicación. Se me ocurrió crear un correo electrónico falso y hacerme pasar por una compañera de clase. Escogí a Fanny, una chica guineana que tocaba el clarinete en la banda del colegio. Intentaría engañarlo introduciendo un virus en sus sistemas operativos. Era una buena idea, así que me puse manos a la obra.

De Fannysponola@gmail.com
Para Victorherrera@gmail.com
Fecha: 26 junio 2024, 10:05
Asunto: música folclórica.

Hola profesor soy Fanny la clarinete de la banda del cole. Adjunto un archivo con una canción de un grupo étnico de mi país para que se la descargue y me diga si habría alguna posibilidad de introducirla en el repertorio de temas para interpretar en las actuaciones escolares del próximo curso. De paso aprovecho para enviarle un saludo, tanto yo como el resto de los compañeros de la banda estamos deseando verlo de nuevo en el centro. Disfrute de sus vacaciones y mucho ánimo.

Un abrazo grande.
Fanny.

Esperé a que el pez picase el anzuelo. Bingo. La contestación no tardó en llegar a mi bandeja de entrada.

Para Victorherrera@gmail.com
De Fannysponola@gmail.com

Fecha: 26 junio 2024, 10:12
Asunto: RE: música folclórica.

He descargado el tema y me encanta. El sonido es increíble, debemos integrar nuevos instrumentos para captar toda su esencia. Lo prepararé para que lo podamos interpretar al comienzo del nuevo curso. Gracias por los ánimos. Yo también os echo de menos a todos. Envíale saludos al resto de la banda de mi parte.

Un abrazo grande
Víctor Herrera.

Bien. El pez había mordido el anzuelo. El troyano ya estaba dentro de su móvil. Salí de mi escondite en el sótano sin que mi madre me viera y caminé hacia el bosque por un sendero de arena cercano a la carretera de la costa que se dirigía a la ciudad. Llevaba una mochila y las puntas del arco de la ballesta sobresalían por los lados en la parte alta de mi espalda, igual que las plumas de los pernos. Iba decidida a terminar con la vida de mi padre. Entré en su WhatsApp y no encontré nada destacable. Seguía conversando de feminismo y política con su colega Dave. Los dos se enviaban noticias de internet y chorradas por el estilo que no llamaron demasiado mi atención.

La señal de su móvil me llevó hasta la playa. Agazapada entre las rocas observé sus movimientos. Estaba con una chica a la que doblaba en edad. El muy cerdo se colocó debajo de ella, tumbado en la arena y comenzó a lamerle sus partes.

No lo pensé dos veces, apunté el arma al trasero de la chica como hice con Nelly y disparé: el perno entró limpio por el esfínter de ella y la atravesó entera, introduciéndose en la garganta de mi padre, quedando ambos unidos como en un empalamiento. Me acerqué para dejar el chip con las grabaciones pegado al pene de mi padre con una cinta aislante, mientras ambos se desangraban. Lo hice con unos guantes para no dejar huellas. Luego me largué de allí, pronto aquello se llenaría de policías y todavía me quedaban unas tres horas andando para regresar a la casa del acantilado.

La mayor parte del recorrido de vuelta lo hice entre grandes secuoyas que me impresionaron por su tamaño. Mi madre solía salir por las tardes a dar un paseo y se quedaba hasta el atardecer leyendo en la playa, por lo que podría entrar en la casa sin que ella me viera. Me dirigí con mi llave a la entrada para esconderme en el sótano, cuando escuché una voz a mi espalda que me dio el alto.

Al girarme, descubrí el rostro del agente Liam que me apuntaba con un arma y me ordenó dejar la mochila que contenía la ballesta y los ternos envenenados en el suelo. La quité con movimientos lentos de los hombros e hice lo que me pedía. Estaba asustada, nunca nadie hasta ahora me había apuntado con un arma.

Entonces me ordenó entrar dentro de la casa y sentarme en una mesa en la cocina. Liam se sentó en frente y sin dejar de apuntarme, puso una grabadora en marcha y presionando el PLAY me pidió que le contase todo lo sucedido. No serviría de nada negarlo. Acababan de encontrar a mi padre muerto en la playa y la ballesta con los ternos me delataba. No tenía escapatoria. Fui una idiota, debí haberme deshecho del arma. Acaso no era eso lo que hacían los criminales en las películas para que no los atrapasen.

Con el corazón en un puño le relaté todo lo sucedido desde mi huida de la morgue después del accidente, incluidos los asesinatos de Nelly y mi padre hasta regresar a casa. Lamenté no haber revisado el perímetro de la vivienda como solía hacer a menudo para comprobar que no estuviera sola. El agente Liam debía acabar de llegar posiblemente con la orden de informar a mi madre del asesinato de mi padre, cuando me sorprendió entrando en la casa. Aparcó el coche detrás de unos pinos por eso no lo vi cuando llegué.

—¿Por qué los mataste? —preguntó Liam.

—Lo hice para proteger al mundo de ese tipo de gente.

—¿Qué tipo de gente son ellos según tu criterio?

—Son escoria. No merecen estar vivos —contesté altiva.

—Eso es algo que no debes decidir tú. Ahora voy a esposarte y llevarte a un lugar para que veas algo —indicó Liam.

—Puedo ver a mi madre antes de que me coloques las esposas. Me gustaría despedirme de ella antes de que me metan en la cárcel y preferiría que la última imagen que tuviese de mí no fuese

esposada. Está anocheciendo, debe de estar a punto de regresar de la playa —supliqué con lágrimas en los ojos.

—No puedes —dijo Liam que no había dejado de apuntarme con el arma—. Ponte de espaldas contra la pared.

Era muy alto y fuerte, mejor era hacerle caso. Obedecí y dejé que me esposase. Noté en su mirada que no le agradaba su trabajo, parecía estar sufriendo con mi detención. Lo acompañé al coche patrulla y me senté en la parte trasera. Me puso el cinturón y se subió a la parte delantera para poner el vehículo en marcha. Condujo durante un rato hacia la ciudad en silencio.

—¿A dónde me llevas? —pregunté aterrada.

—Ahora lo verás —contestó fríamente Liam.

—Dame alguna pista —insistí.

—Te llevo al lugar de donde nunca debiste salir —comentó Liam.

Aparcó en una explanada enorme. Había unas casas blancas al fondo y una placa en una roca en memoria de las víctimas de un naufragio en el que murieron doscientas personas frente a la costa de la ciudad. Me recordó a la que hay frente a nuestra casa, en memoria también, de unos marineros muertos en 1906, solo que este sucedió más de treinta años antes en 1865 y murió más gente. Se trataba del barco de vapor *Pacific Mail* y su hundimiento fue una catástrofe en la época.

De pronto aquel lugar comenzó a resultarme conocido. Estuve allí cuando murió mi abuela. Había una hilera de lápidas de piedra colocadas sobre la hierba y comencé a temblar. No entendía por qué me había traído a un cementerio. El agente Liam me arrastró por el brazo hasta una lápida en la que pude leer mi nombre:

Laura Herrera
2011 – 2024
RIP

Liam me quitó las esposas y me entregó una pala. Se estaba haciendo de noche y no había nadie en el cementerio a aquellas horas. Me mandó cavar durante bastante tiempo hasta que mi ataúd quedó a la vista. Estaba agotada, eran las once de la noche y me

dolían los brazos por el esfuerzo. Un montículo de tierra se había ido acumulando a mi espalda. El agente Liam reventó con una pata de cabra el cierre del ataúd. Estaba exhumando un cadáver delante de mis narices.

—Mírala bien —dijo.

El cuerpo estaba empezando a descomponerse, pero lo que vi me dejó aterrada. ¿No podía ser? Era yo. Mi pelo, mis ojos, mis labios. Ni resto de la chica que se suponía habían enterrado en mi lugar. ¿No entendía nada? ¿Aquella no podía ser yo? No podía estar dentro y fuera del ataúd a la vez. Era imposible. Acaso tenía una hermana gemela. No podía ser, mis padres me lo hubieran dicho. El cuerpo tenía la misma brecha en la cabeza que yo. Tenía que ser el mío. Miré desconcertada al agente Liam que cerró el ataúd y volvió a cubrirlo de tierra con la pala.

Estaba muy atractivo con su media melena cayéndole sobre los hombros. Si yo era la que estaba enterrada en el cementerio. ¿Quién diablos había cometido los asesinatos?

—¿Qué me ocurre? ¿Es que estoy muerta? —pregunté asustada.

Liam me miró con cara de pena. Me pellizqué con fuerza en un brazo y sentí dolor. Estaba claro que muerta no debía de estar. Me acordaba perfectamente de haber disparado contra mi padre y Nelly ¿Qué estaba sucediendo entonces? Necesitaba saberlo o me volvería loca.

—¿Qué hace mi cuerpo dentro de ese agujero? —pregunté desconcertada.

—Si entrego esta grabación al juzgado estás pérdida. Te caerá como mínimo la perpetua —contestó Liam eludiendo mi pregunta y mostrándome la grabadora con mi confesión.

—No pueden hacerme nada porque estoy muerta —dije señalando mi tumba.

—Eso crees —comentó Liam.

—Soy menor de edad, como mucho me internarán en un reformatorio —protesté.

—¡Basta! ¡Eres una asesina! ¡Esa es la única verdad que me has contado! —exclamó irritado Liam.

—Tú no me conoces. Lo hice porque mi padre era un monstruo. Mi madre no lo sabe pero también abusó de mí cuando era niña. Me encerraba en mi cuarto y me metía su cosa en la boca. A los siete años me prometió que no volvería hacerlo si no le contaba nada a nadie. Por fortuna mi padre cumplió su palabra. Me dijo que lo que me había hecho estaba mal, que era como una enfermedad y que la estaba tratando para curarse. Nunca más volvería a hacerlo. Yo solo era una niña y le creí porque desde entonces nunca volvió a tocarme.

Años más tarde me enteré de lo que le hizo a Tessa y que se acostó con la cerda de Nelly. La muy guarra estaba engañando a Marcos. Lo grabé todo en el chip que os entregué —grité enojada.

—¿Y Delia que culpa tenía? —preguntó Liam.

—Te refieres a la chica que estaba con mi padre chupándole la polla en la playa. Menuda asquerosa. Estaba con él solo por dinero. Por el amor de Dios la doblaba en edad. Conozco a las de su calaña. Yo no tenía nada contra ella, pero supongo que su ano fue el camino más corto que encontré para alcanzar a mi padre en la garganta. Una vez muerto el perro se acabó la rabia —contesté.

—Me estás diciendo que la mataste solo para vengarte de él —puntualizó Liam.

—No tenía nada contra ella. Ni siquiera recuerdo su nombre. Supongo que me volví loca al verla con la cosa de mi padre en su boca y a él comiéndole el conejo a ella. No lo pensé demasiado, solo apunté y disparé —aclaré.

—De acuerdo. Hay algo que me tiene intrigado: ¿Por qué les disparaste a las dos en el culo? —preguntó Liam.

—En el caso de Nelly fue para que la policía pensase que el crimen tenía connotaciones sexuales. Eso os llevaría a sospechar de un varón. Antes se me ocurrió pintar las flechas con motivos indios, tal como las había visto en casa de Dave; donde solía ir en ocasiones a cenar con mis padres. Me pareció buena idea que implicasen a Dave en lo sucedido, eso me excluía a mí de la lista de sospechosos.

»Luego hice lo mismo con Delia. El culo siempre me ha parecido una zona muy erógena. Supongo que cuando salí con Marcos como él no tiene pene, no pudo metérmela por detrás. El tiempo que salí

con Tobías tampoco tuvimos sexo anal. Tobías no me gustaba lo suficiente para ello. Ese agujero lo reservo para alguien muy especial.

»En el fondo yo sigo enamorada de Marcos, aunque no tenga pene. Esperaré a que se haga una *faloplastia* para que pueda ser el primero en sodomizarme. A las chicas les disparé en el culo porque es algo morboso y al hacerlo sentí como una especie de excitación, creo que eso me pone. No sé cómo explicarlo agente Liam. Como le dije antes se trata de una zona muy erógena —contesté.

—No entiendo por qué querías implicar a Dave en los asesinatos, pintando las saetas con motivos indios. ¿Acaso te cae mal? —preguntó Liam.

—Es un cabrón. Obligó a Tessa a retirar los cargos contra mi padre. Eso no se lo perdonaré nunca —contesté.

—Aparte de eso. Es muy colega de mi padre. No me extrañaría que supiera lo de sus gustos pedófilos y, aun así, intentase ocultarlos. Es posible que incluso a ese cabrón también le vayan las jovencitas —añadí.

—Hemos registrado su casa de arriba abajo y sus dispositivos electrónicos y no encontramos nada que lo relacionase con actividades pedófilas. Lo que creo es que Dave no sabía nada de lo que hacía tu padre y creía ciegamente en su inocencia, de otra manera, no lo hubiese respaldado hasta el punto de arriesgar por él su carrera política. Ahora cuando salgan a la luz las imágenes que grabaste: no le quedará otro remedio que retirarse como candidato a la alcaldía de la ciudad. Además le quitarán la custodia de Tessa y esa pobre chica terminará en un orfanato.

—Lo siento de verás por ella, aunque nunca le perdonaré que se haya acostado con mi padre. Siendo tan amigas como éramos —dije.

—Supongo que para ti fue una traición que acudiese al bungaló y mantuviese relaciones con él —apuntó Liam.

—Imagínate como me sentí. Para entonces ya había enterrado en mi subconsciente lo que mi padre hizo conmigo cuando tenía solo siete años. Lo que me contó Tessa destapó todos esos horrores y ya no hubo vuelta atrás —aclaré.

Capítulo 28

No entendía lo que estaba sucediendo. El último recuerdo que tenía de mi madre era haberla visto esa mañana leyendo. La seguí por un sendero sinuoso que bajaba entre las gramas y restos de cetáceos esparcidos por la arena hasta la playa donde ella se sentó con un libro sin percatarse de mi presencia. Me oculté detrás de la roca donde estaba sentada, cuando alguien la llamó al móvil y se puso a hablar con una amiga sobre los ruidos que escuchaba por las noches en el sótano donde yo me ocultaba.

—Deben de ser ratas. Me da pánico bajar abajo. Allí guardo una caja con el portátil de Laura y sus cosas. A veces pienso que es su espíritu el que se mueve por el sótano. Cuando vuelva Liam le pediré que baje a por la caja y le ponga veneno a las ratas. Odio esos bichos. Los escucho chillar por las noches o a lo mejor es mi imaginación y son los grillos desde el exterior.

Mi madre tenía razón, los chillidos eran de los grillos, abajo no había ratas pero estaba yo, oculta, como uno de esos malditos roedores que tanto asco me daban con los dientes salidos, dispuesta a comer carne humana.

En ocasiones, algo ocurría en mi interior, era como si una parte de mí no acabase de asimilar mi propia muerte. El accidente de coche y todo lo demás, parecía haberle sucedido a otra persona. El mundo no parecía real, era como un lugar artificial, sin vida. El tiempo pasaba más despacio y los sonidos se escuchaban amortiguados. Era como estar en medio de un agujero temporal, la realidad se distorsionaba, todos mis recuerdos se borraban de repente, por unos instantes dejaba de ser yo para convertirme en otra persona.

¿Qué estaba sucediendo? Al ver mis restos en una caja de madera enterrada bajo tierra y mi otro yo fuera de ella: no lograba conectar ambos mundos. Observé mi nombre grabado en aquella

lápida de mármol y me puse a temblar. Alguna vez os habéis imaginado algo peor. Ser testigos de vuestra propia muerte y que alguien os obligue a cavar para desenterrar con una pala vuestros propios restos.

Una angustia intolerable comenzó a invadirme. El agente Liam vio cómo me venía abajo y me aconsejó que me sentara sobre la lápida donde estaba enterrada. Me acercó un botellín de agua y me pidió que bebiese. Me explicó que por muy absurdo que me pareciese aquello, todo tenía una explicación razonable.

—¡No puedo estar aquí sentada y ahí abajo enterrada al mismo tiempo! —exclamé desesperada.

—No eso no es posible —dijo Liam.

—¿Entonces no escapé de la morgue? ¿No cambié mi cadáver por el de otra persona? —pregunté desesperada.

—Eso solo sucedió en tu imaginación. A veces ante un trauma muy grande reaccionamos de manera imprevisible. Esto solo ocurre en casos extremos en que una persona sufre una sucesión de episodios de angustia insoportables que, afectan a su capacidad cognitiva, y se ve incapaz de asimilar la realidad. Entonces la mente genera un mecanismo de defensa que la distorsiona para protegernos del dolor y nuestro subconsciente crea unos recuerdos nuevos para aliviar la carga o incluso otra realidad paralela como te sucedió a ti. Entonces la persona comienza a disociar y adquiere la personalidad y los recuerdos del ser causante del daño para intentar repararlo. Eso hizo que creyeses que Laura no murió en el accidente y una parte de ti sigue creyendo que continúa con vida. Este hecho se conoce como trastorno de identidad disociativo o doble personalidad. Por eso sufres lagunas de memoria y piensas que eres ella, cuando en realidad Laura lleva meses muerta.

—Mientes. Yo soy Laura Herrera y en el fondo de esa fosa está enterrada una prostituta —dije sin verme capaz de asimilar lo que estaba ocurriendo.

—¡Andrea! ¡Vuelve! ¡Mírame! —exclamó Liam.

Entonces me sentí como si despertara de un profundo sueño. No recordaba nada de lo anterior. Ni cómo había llegado hasta la tumba de mi hija. Liam estaba allí a mi lado y me abrazó con fuerza. ¿Qué

diablos había estado ocurriendo? Desperté de una de mis profundas lagunas en las que perdía la concepción del tiempo para ocupar de nuevo mi cuerpo y abandonar el de mi hija. Liam me puso la cinta y escuché mi voz con la confesión de mi otro yo sobre los asesinatos cometidos con la ballesta. Era mi voz pero estaba modulada de otra manera, sonaba más aguda de como suelo hablar normalmente, se parecía más a la voz de cuando era adolescente.

Liam me explicó que ello se debía a que debido al trastorno disociativo que padecía, se habían creado dos territorios diferentes en mi cerebro y cuando se activaba uno, solo podía acceder a la parte de información que albergaba ese hemisferio, por lo que a veces mi hija Laura y sus recuerdos pasaban a tomar el control de mi yo emocional. Cuando ese mecanismo se desactivaba volvía a ser Andrea y olvidaba todo lo sucedido anteriormente. Era como tener dos personalidades diferentes, sin existir ninguna conexión entre ellas. Un mecanismo de defensa que había activado mi mente para no volverme totalmente loca, tras perder a mi hija de manera inesperada.

Eso explicaba lo de la amnesia, pues yo no recuerdo nada de haberme escondido en el sótano y comprado una ballesta para matar a Nelly, Delia y Víctor. ¿Por qué iba a hacer una locura así? No tenía nada contra Nelly y tampoco contra mi exmarido y su cuidadora. Bueno lo de mi ex no es totalmente cierto. Aunque Laura no me contó nada, tras conocer las acusaciones que Tessa y Nelly vertieron contra él, comencé a sospechar que podía haberle hecho algo malo a nuestra hija. Entonces mi otro yo disociativo —el que representa a mi hija— se había inventado la historia de que Víctor había abusado de Laura cuando ella solo tenía siete años, asimilándola como parte de sus propios recuerdos, como la historia de que había escapado de la morgue tras sufrir una catalepsia, por lo que los médicos forenses la dieron por muerta y confundieron su cuerpo con el de otra adolescente. Las dos historias eran falsas, pero dentro de mi enajenación momentánea, mi subconsciente las convirtió en reales. Supongo que perdí totalmente la cabeza al creer que Víctor podría haberle hecho algo a nuestra hija y que ella podía haber sobrevivido al accidente escapando de la morgue.

—Lo siento Liam, te has enamorado de una loca —dije decepcionada.

—No estás loca. Solo eres la víctima de un trauma insoportable para cualquier madre como es perder a una hija a la que estaba muy unida. La angustia te ha provocado un trastorno disociativo que te ha llevado a asesinar a tres personas, sin ser consciente de ello. El trastorno de identidad disociativo o TID, como se conoce su nomenclatura, puede estar exento de responsabilidad criminal, si se demuestra que no hubo intencionalidad en tu manera de actuar.

—¡Dios mío me encerrarán en un manicomio! —exclamé asustada.

—Es posible. Mientras hablamos te he estado grabando sin tu autorización para poder demostrar tu inocencia —dijo Liam deteniendo la grabadora—. Estas grabaciones solo tendrán valor si no se descubre que teníamos una relación personal, de otra manera podrían parecer un montaje. Es una suerte que salvo mi compañera Jane Barret nadie sepa de lo nuestro. Espero que no se lo hayas contado a nadie, tal como te pedí.

—No lo he hecho. Ni a mis amigas se lo he dicho. Hace poco que me he separado y lo sucedido con mi hija todavía está demasiado reciente, sería una locura contarle a nadie que me estaba acostando con otro hombre. Mis amigas son demasiado conservadoras y no lo entenderían, creerían que me estaba precipitando.

—Bueno, entonces no hay peligro con las pruebas que presentaremos, seguro que saldrás absuelta del crimen, aunque nada te librará de pagar una multa económica para indemnizar a las familias y ser internada en un centro para recibir tratamiento psiquiátrico. El trastorno que sufres es reversible, aunque requiere un seguimiento continuado para controlar tu otro yo y eso llevará su tiempo.

»Te lo explicaré brevemente: en tu cabeza se han creado dos territorios cerebrales como secuela del dolor que te ha producido la pérdida de tu hija. Tal vez el haber dejado precipitadamente los opioides ha contribuido a ello. Uno de ellos que dominaré PAN, parte aparente normal, es el que domina tu personalidad adulta, la que has tenido siempre antes del trauma. Esa es la parte buena, la que

debe ir absorbiendo a la otra a la que llamaremos PAE, parte aparente emocional, que es la que se ha creado como mecanismo de defensa, al no ser capaz de asimilar lo ocurrido en el accidente. Esa es la parte mala que ha derivado en un comportamiento de rabia reprimida en tu interior con cambios de personalidad repentina en los que te crees tu hija muerta.

»Esa parte tuya ha derivado en un comportamiento psicótico y violento. La PAE, parte aparente emocional, puede transformarte en una asesina, sin que la PAN, parte aparente normal, que permanece desactivada cuando la PAE predomina en tu personalidad —tomando el control total de tu yo interior— pueda hacer nada para dominar la enajenación temporal de la otra.

Lo normal es que con el tiempo la PAN, que representa a tu yo adulto, termine absorbiendo a la PAE, que es tu lado más infantil, integrando ambas partes en el yo adulto o aparente normal y eso terminaría con la curación de tu trastorno. Es un proceso lento y llevará su tiempo. No debes tener prisa en curarte. Le diré a Jane que use sus influencias en el FBI para buscarte la mejor clínica del país. Lo tuyo no es una esquizofrenia, por lo tanto tiene cura. Iré a visitarte a menudo y hablaré con los médicos para asegurarme de tus progresos. Lo más importante es que sepas que no estás sola en esto y que te pondrás bien.

—Gracias Liam. Siento lo ocurrido. Te quiero ya lo sabes —dije yo entre lágrimas.

—Yo también a ti. No te preocupes todo saldrá bien —dijo Liam.

Esta última parte de la conversación no la había grabado, por lo que nuestras relación debería mantenerse en secreto a partir de entonces. Yo no era tonta y sabía que lo había perdido para siempre. Él era un agente de la ley y mi otro yo había asesinado a tres personas, dos de ellas inocentes del todo. Nelly y Delia no habían hecho nada para merecer la muerte, y al cabrón de Víctor le había ahorrado el sufrimiento de tener que pasar el resto de su vida en una silla de ruedas.

—Soy una mierda, entiendo que no quieras volver a verme —dije resignada.

—Deja de auto culparte por lo ocurrido. Lo principal ahora es que te cures. No me conoces, me llaman Lobo porque es una animal monógamo, fiel a su pareja hasta la muerte. Ahora tu eres parte de mi manada, igual que Jane. Entiendo que no eres una mala persona y que no eras consciente de lo que hacías cuando disparaste esa ballesta. En el fondo todos llevamos un asesino dentro que normalmente suele estar reprimido, solo sale al exterior cuando la angustia es intolerable y, entonces, el caos se desata a nuestro alrededor y surge nuestro lado más salvaje. Es como la última bala. El único mecanismo de defensa que tenemos cuando la realidad nos supera —insistió Liam.

—¡Dios mío! ¡Nunca quise hacerle daño a nadie! —exclamé.

—Y no lo hiciste. Fue tu hija muerta quien terminó con las vidas de esas personas. Ahora la autocompasión no te servirá de nada. Llamaré a Jane para que venga hasta el cementerio y se lo contaremos todo —dijo Liam, dándome un beso en la mejilla.

Me preguntaba si ese beso era para la niña que llevaba dentro o para la adulta. No me había besado en los labios con la pasión que solía hacerlo durante nuestros reencuentros. No lo culpaba, él también necesitaba tiempo para asimilar lo sucedido. Llamó a la agente Jane y permanecimos durante un rato en silencio esperando a que apareciese. Aunque me apetecía, me pareció inapropiado apoyar mi cabeza en su hombro después de lo ocurrido, cualquiera podía vernos y echar por tierra la privacidad de nuestra relación. Lo que más me urgía era encontrar un buen abogado y que el proceso judicial se demorase lo menos posible, para comenzar pronto la terapia y recuperarme de la pérdida de mi hija cuanto antes. No quería hacer daño a nadie más, por eso tenía que librarme de sus recuerdos y adaptarme a su ausencia lo antes posible. Ya había muerto demasiada gente inocente por culpa de mi dolor. Aunque no sé cómo hacer para conseguirlo. Las dos estábamos tan unidas que a veces parecíamos la misma persona.

Capítulo 29

Los recuerdos son como la lluvia, lo empapan todo a su paso y solo se disipan al volver a brillar el sol para regresar cuando la tormenta arrecia de nuevo. Los recuerdos se alojaban en mi mente como mansas lagunas de agua estancada que comenzaba a removerse cuando algún pato salvaje se posaba sobre ella, formando ondas en mi memoria que se iban agrandando según se alejaban de su punto de eclosión. Las ondas terminaban desapareciendo según aumentaba su tamaño. Eso ocurre, igualmente, cuando alguien arroja una piedra al agua. Las ondas se ensanchan y hacen el impacto más profundo como el hongo de una bomba atómica. El recuerdo de Laura era como la lluvia, formaba lagunas en mi mente, disipándose solo cuando Liam estaba conmigo. Él era el único sol que lo absorbía. A su lado no pensaba tanto en Laura. Cuando se marchaba la maquinaria de mi enajenación volvía a entrar en funcionamiento, anegándome en la más profunda oscuridad. En medio de esa oscuridad, me convertía en una persona incapaz de controlar sus instintos.

Recordaba con ternura los ratos pasados con Liam. Especialmente cuando bajábamos solos a la playa, dejando nuestras huellas entre el barrón que cubría con su tapiz las dunas. El mar arrojaba restos de cristales erosionados por la fuerza de la marea sobre la orilla. Nos bañábamos desnudos y nos sentábamos en el borde del agua. Se me erizaba la piel cuando me tocaba y sus caricias hacían que mi PAN estuviese a niveles normales.

—Arrímate más a mí, que me coge el frío —le dije.

—No puedo estás toda manchada de arena —dijo Liam.

Entonces di vueltas sobre mí misma para ensuciarme todavía más. Lo miré a los ojos y sonrió al verme toda rebozada como un cachopo en un restaurante. Le enseñé un tatuaje con el nombre de mi hija alrededor del tobillo. Él no dijo nada. De repente comenzó a

lanzarme arena hasta cubrirme entera. Parecía una sirena varada en aquella solitaria playa, atrapada en un agradable sueño con un surfista extraordinario.

—Ahora sí que estás sucia de verdad —afirmó Liam.

—Eres un gamberro —comenté.

—No puedo resistirme a tus encantos —dijo Liam.

—Pero no quieres tocarme para no mancharte de arena.

—Puedo hacerlo, pero estás muy sucia.

Me moví a un lado, asustando a las gaviotas, que levantaron el vuelo y apoyando un brazo en el suelo, dejé que la arena se escurriese entre mis pechos y mis muslos, observándolo mientras deslizaba mi lengua entre los labios.

—Eres muy mala.

—¿Vienes o no?

—No me gustas así toda sucia —bromeó Liam.

—Así que el señorito no quiere mancharse —le dije, arrojándole un puñado de arena enfangada.

Entonces me atrajo hacia él, apretando mis glúteos, comenzó a recorrer mi cuerpo con sus manos. Sus dedos eran de fuego y me excité enseguida. Cualquiera no iba a hacerlo, con un hombre tan atractivo como él. Tenía el pelo encrespado y se reía de mí. Le solté un tortazo que resonó por encima del ruido de las olas y me apretó más fuerte las nalgas. Lo que hacíamos estaba prohibido porque él era un agente de la ley y yo sospechosa de un crimen, pensé. Lo de la prohibición le daba más morbo a lo nuestro.

Noté su lengua roja moverse dentro de mi boca. Estaba toda mojada y él me metió los dedos muy adentro. Ojalá no los sacara nunca, se quedarían ahí pegados como el liquen sobre las conchas de las ostras. Me volví loca al sentirlos ahí abajo. Eso me mantenía viva y al menos no pensaba tanto en mi hija muerta. Aun así no lograba quitármela de la cabeza.

—¿Crees que a ella le hubiese gustado? —dije.

—¿A quién? ¿Lo qué? —preguntó Liam.

—A mí hija, vernos así de felices. A veces pienso que nos observa escondida detrás de las rocas —contesté.

—Claro ella solo quería verte feliz —dijo Liam.

Sin sacar los dedos y con la lengua retiró los restos de arena de mi clítoris hasta hacerme estremecer. Me imaginé a Marcos haciendo lo mismo con Laura. Marcos no tenía pene, no podía hacer otra cosa. Pensé que había hecho lo mismo con Nelly. Lo mismo que le había hecho a Laura y Liam me lo estaba haciendo a mí. Al pensar en Nelly y Marcos juntos, sentí náuseas. No me gustó que alguien ocupase el lugar de mi hija. Ella siempre quiso arreglar las cosas con Marcos. Nelly merecía morir.

Ahora me arrepiento de esa clase de pensamientos. No eran propios de una mujer adulta como yo. Pero una madre que acaba de perder a su hija puede convertirse en un monstruo. Lo de dejar a Marcos había sido decisión de Laura, pero mi trastornada mente, no se percataba de ello. Solo quería que Laura disfrutase de lo que se había perdido, por haber dejado prematuramente este mundo. Por eso me sentía culpable al acostarme con Liam, debería estar llorando la muerte de mi hija. Aunque nunca he sido de exteriorizar demasiado mis sentimientos, supongo que mis lágrimas se derramaban por dentro.

Liam notó mi turbación y me acarició la mejilla. Me dijo que entendía por lo que estaba pasando y si quería se detendría. Laura no querría eso. Siempre le gustaba llegar al final de todo. Ella era una niña especial. Le gustaban mucho los perros y nunca le dejamos tener una mascota. Un día encontró un par de perros perdidos en el bosque, cerca de la casa del acantilado. Estaban asustados. Uno era negro y otro del color del Sol. Al negro le llamó Lucky y al Rubio Luke.

No le llevó mucho tiempo hacerse amiga de ellos. Eran hermanos y todavía se comportaban como cachorros. Laura me llamó por teléfono para que le llevase algo de comida. Al llegar junto a los perros, le dejó el pienso en el suelo y Lucky no dejaba acercarse a comer a Luke, por lo que Laura le dio de comer de su propia mano. Los perros eran muy monos, parecían desorientados. Llevaban collar pero no tenían chip. Iba llamar a protección civil, cuando mi hija me dijo que los enviarían a la perrera y allí los sacrificarían.

—Pero no podemos quedarnos con ellos. Sabes que papá es alérgico a los perros —dije.

—A los perros sí, pero a las niñas no. Mira lo que me ha contado Tessa —repuso Laura.

—No digas esas cosas sobre tu padre. Esa niña tiene una imaginación muy calenturienta —dije.

—Podemos comprar una finca, sin que papá lo sepa y los dejamos allí. Yo les llevaré de comer todos los días —propuso Laura.

—No podemos encargarnos de todos los perros perdidos de este mundo. Además no tenemos dinero para comprar una finca, la tierra por aquí es muy cara —le expliqué.

—Puedo usar mis ahorros para la universidad —repuso Laura.

—¡Olvídalo! Además estos perros tienen dueño. Haremos una cosa, colgaré un anuncio en Facebook, para ver si alguien los está buscando —dije.

Fue una suerte que los dueños de los perros aparecieron por casa unas horas más tarde o hubiese tenido que comprar una finca con suelo rústico para construir una perrera. A Liam le gustó la historia de los perros. Laura tenía muy buen corazón y era la tercera vez en dos años que encontraba unos perros perdidos. Cuando veía noticias en la televisión sobre maltrato a animales se entristecía y me solía decir: «Mamá ojalá fuésemos civilizados como los animales». De mayor quería ser veterinaria, pero no sabía si sería capaz de soportar el sufrimiento de las pobres criaturas.

—Eres demasiado joven para saber lo que quieres ser de mayor —dije.

—Sé lo que no quiero ser y una de esas cosas es un pederasta como mi padre —replicó Laura.

—No hables así de él. Es tu padre. ¿Cómo iba a acosar a una niña como Tessa? —pregunté desconcertada.

—Un día al llegar del colegio, lo vi poniéndose un sujetador tuyo. Es muy raro porque estaba en mi habitación oliendo mis braguitas con el sujetador puesto —contestó Laura.

—Eso no significa nada. A tu padre le gusta disfrazarse y oler todo tipo de cosas —dije.

Ojalá le hubiese hecho más caso. Pero mi marido siempre había sabido esconderme esos impulsos. Nunca creí que fuese un pederasta hasta poco antes de que sucediera lo del accidente en que

murió mi hija. Entonces comencé a desconfiar y planteármelo todo desde otro enfoque. Si Víctor se había acostado con alguna menor, no merecía seguir en este mundo. Lo cierto es que tiene que suceder una tragedia para que escuchemos más a los muertos. En ese momento nuestros recuerdos se activan como la lluvia y lo empapan todo, removiendo el lodo del fondo de los pantanos de la memoria y sacando al exterior, a veces, sorpresas desagradables. Si el cabrón de mi ex fue capaz oler las bragas de mi hija, solo Dios sabe que otras cosas le podría haber hecho a mi pequeña. Por suerte estaba muerto.

Pero cuando estaba con Liam esa tarde en la playa todavía vivía. Mi otro yo aún no se había encargado de él. Le pedí a Liam que nunca me volviese a dejar sola, no sabía lo que podía llegar a hacer. Pero entonces lo llamó su jefa, la agente Jane Barret, impidiéndole volver a verme. Estaban buscando al asesino de Nelly, hacía unos días que yo había encontrado su cuerpo en el mar, jugándome la vida para salvarla, por lo que Jane quería a Liam totalmente centrado en el caso.

El pobre se sacudió la arena con una erección de mil demonios y vistiéndose, me dijo que tenía trabajo. Tenía que dejarme para buscar al asesino de Nelly. Eso debió de volverme loca. No quería quedarme de nuevo sola. El PAN desaparecería y el PAE volvería a apoderarse de mí. No me acuerdo de haber asesinado a Nelly, de otra manera, nunca me habría jugado la vida para sacarla del agua. Eso era un detalle que Liam sabía que me ayudaría durante el juicio.

Liam me dijo que al final, creí a Laura antes de que se muriese, respecto a los abusos de mi ex con las menores, por eso instalé las cámaras en el bungaló. Luego mi alter ego de Laura asimiló esos recuerdos como suyos. Por eso yo sabía que Víctor era un pederasta, antes incluso de que mi hija muriese.

—¿Por qué no lo denunciaste? —preguntó Liam.

—Me daba asco que su hija supiese la verdad. También era mi marido y me avergonzaba lo que hizo —contesté.

—Si lo hubieses denunciado cuando supiste lo que le hizo a Tessa hubieses evitado que cometiese el mismo error con Nelly y no tendrías que matarlo y te librarías de tener que responder ante la

justicia por ello. Solo tendrías que entregarnos las grabaciones y nosotros haríamos el resto —repuso Liam.

—Quizás no lo hice porque nunca he confiado en el término de justicia tal como tú lo conoces. Pero en realidad no lo hice porque cuando descubrí lo de Tessa, Laura todavía vivía. No quería avergonzarla teniendo un padre en la cárcel. Luego cuando me convertí en ella, mi subconsciente olvidó la existencia de esas grabaciones, para entonces Laura ya estaba muerta —expliqué.

—¿Por qué no confías en la justicia? —preguntó Liam.

—Cuando me entregues a ella para que me juzguen me matarás. Acaso crees que cuando el psiquiatra me evalúe: no hará todo lo posible por echar por tierra tu teoría de la disociación cognitiva. Seguro que el tendrá hijos y no querrá dejar en libertad a una desgraciada que acaba de matar a una niña de trece años y a dos personas más. Pensarán que lo de la grabación fue un montaje mío y a mi abogado no le remorderá la conciencia porque envíen a la cárcel a una mierdecilla como yo. Además él también tendrá hijos y no se implicará demasiado en mi defensa. En cuanto al fiscal tirará de demagogia y sacará a relucir el dolor que le he producido a los padres de las víctimas. En el caso de Nelly, una obesa compulsiva y un padre que nunca estaba en casa.

—Pero las pruebas indican lo contrario y la gravedad del trastorno —apuntó Liam.

—Eres un iluso. Eso al sistema judicial le importará una mierda. Los cargos por un triple homicidio oscilan entre la cadena perpetua y la inyección letal. Los jueces de este estado les encanta salir en primera plana como si fuesen Charles Bronson en *el justiciero de la ciudad*. Tratarán de dar ejemplo quitándome del medio. Y por una parte es mejor así, de otra manera, terminaría en un manicomio más sedada que un moribundo en cuidados paliativos —dije escéptica.

Capítulo 30

Desde niña fui una devoradora de libros. Mis padres me reñían por leer tanto. Querían que saliese más a la calle para jugar con las demás niñas. A mí eso me aburría y me escondía en el armario para leer a Delibes. La literatura tiene una magia difícil de explicar. Cada libro es como un edificio a medio construir con un diseño arquitectónico diferente, cuyas plantas se van erigiendo según el lector va avanzando páginas. La base narrativa tiene que ser sólida para levantar los pilares que sostienen la estructura de la trama hasta alcanzar la cúspide de la construcción con un desenlace apoteósico.

Me crie leyendo a Balzac, Dickens, Víctor Hugo, Cervantes, Shakespeare, Dostoievski y Faulkner entre otros. Me acuerdo especialmente de un libro titulado *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós. Ese libro tiene una moraleja. No me acuerdo muy bien: creo que Fortunata se prostituía para pagar los gastos de un juicio en el que reclamaba se le concediese un título nobiliario. En esa época los títulos solían ser hereditarios —aunque también se podían comprar o vender—; o pertenecías a la nobleza o eras un plebeyo. Cada uno ocupaba una posición en el organigrama de la sociedad. No se podía ser plebeyo y noble a la vez.

A Fortunata le tocó bregar con las clases más bajas y se negó a aceptar su condición social. Por supuesto perdió todos los pleitos y terminó arruinada. No consiguió que el juez reconociese su pertenencia a una familia noble, por mucho que litigase para demostrar que era hija de un conde, duque o marqués. Hace tiempo que la leí y no lo recuerdo bien. Creo que Fortunata se enamora de un tal Juanito, un tipo rico y seductor que la abandona para casarse con su prima

Jacinta. Ella continúa enamorada de él y se convierte en su amante. Juanito es un tipo mimado, frívolo y egoísta que engaña a

su esposa con Fortunata. Fortunata también se casa con un tal Maxi, solo para alcanzar una mejor posición social. Se trata de alguien débil y enfermizo que no la satisface en absoluto.

Al contrario de Fortunata, Jacinta no tiene altas pretensiones, es muy desprendida y se involucra a menudo en ayudar a los más desfavorecidos. No valora su condición de pertenencia a una familia adinerada, viviría de igual manera si fuese pobre, pues no necesita de demasiadas cosas para ser feliz. Ella es consciente de que su marido la engaña, pero no duda en hacerse cargo de su hijo, cuando Fortunata fallece en el parto. Es una mujer con valores morales muy altos. Cuida al hijo de Fortunata y mantiene una relación distante con su esposo.

—¿Cuál es la lección que nos deja la obra? —preguntó Liam interesado.

—Que debemos ser más como Jacinta y menos como Fortunata —contesté.

A pesar de su privilegiada posición social, Jacinta vive con moderación y muestra una profunda sensibilidad con las clases más bajas, ayudando a los más pobres y marginados. No le gusta llevar joyas, ni hacer ostentación de su riqueza. Es muy discreta y una mujer hogareña que es feliz con su papel de ama de casa. En cambio Fortunata se rebela contra su condición de plebeya y termina siendo muy desdichada. La moraleja es que debemos ser más como Jacinta y menos como Fortunata, tal como dijo Liam, aunque, el personaje de Fortunata es más interesante, pues trasgrede todos las reglas e intenta rebelarse contra las normas de la sociedad en la que vive.

Eso me pasa un poco a mí en este momento, pues si me dan la oportunidad, prefiero suicidarme que ponerme en manos del sistema judicial de este país. Al jurado le dará igual que actuase como consecuencia de un trauma para asesinar a mis víctimas perdiendo totalmente la cabeza. Yo igual que Jacinta, también cuidaría de Laura, aunque fuese hija de cualquiera de las amantes de mi marido. Pero ella está muerta y no puedo hacer nada para cambiarlo.

—Yo no pertenezco a una familia adinerada como Jacinta y no dispongo de dinero para pagarme un buen abogado —comenté.

—Créeme con la cantidad de pruebas que tenemos para demostrar tu enajenación temporal, te sirve con un simple abogado de oficio para que te absuelvan de cualquier pena de prisión —dijo Liam.

—¡Estoy hasta las narices de tu ingenuidad! ¡Eres un maldito iluso! —exclamé enfadada.

—Lo que faltaba, debes intentar controlar tu mal genio —aconsejó Liam.

—Soy una persona libre de opinar lo que me dé la gana —protesté.

—La libertad no está reñida con la educación —apuntó Liam.

—Ni la estupidez con la inteligencia —repliqué—. Si me entregas a los federales me matarás, acabaré en un psiquiátrico y me usarán de cobaya para realizar estudios sobre mi psicopatía. Acabaré con el cerebro frito, igual que uno de esos monos que usan los científicos en sus experimentos.

—Que quieres que haga si trabajo para ellos. Además donde ibas a ir, tienes retirado el pasaporte hasta que se resuelva el crimen. Ahora mismo no eres libre, y menos cuando entregue todas las pruebas que tengo contra ti en comisaría —recalcó Liam.

—¿Y si no las entregas? —pregunté.

—Es igual. Jane acaba de confirmarme por teléfono que tiene una grabación donde se ve como retiras el pedido con la ballesta y las flechas de un punto de recogida de Amazon. Ibas vestida como tu hija, eso demuestra nuestra teoría de tu doble personalidad. Debes confiar en nuestro sistema judicial —respondió Liam.

—Sabes que me internarán en un centro de enfermedades mentales, y con lo que he hecho nunca me dejarán salir de allí. Si me quieres de verdad, ayúdame a escapar. Ahora es Fortunata la que te habla no Jacinta —supliqué.

—No, debes ser Jacinta y aceptar tu rol en la sociedad —dijo Liam.

—Esa es otra de las enseñanzas del libro. Jacinta se limita a asumir su rol de mujer acomodada y a cumplir el papel de buena esposa que le tiene asignada la sociedad, sin generar ningún tipo de conflictos, algo a lo que Fortunata se niega—expliqué.

—Parece muy interesante.

—Me prometes que lo leerás cuando me encierren en el manicomio—añadí.

—Lo haré con gusto y pensaré en ti al hacerlo.

—En el fondo dudo que seas tan ingenuo. Sabes que la medicación no me curará, solo eliminará mi parte más salvaje, los fármacos actuarán como si me hiciesen una lobotomía. No quiero terminar siendo un vegetal —dije asustada.

—Tienes razón. Mi compañera Jane estuvo a tratamiento psiquiátrico y tiraba las pastillas por el retrete. Yo haría lo mismo.

—No me dejarán. Me obligarán a abrir la boca y levantar la lengua para que no las esconda. No entiendo porque obligan a la gente a medicarse.

—Lo hacen porque has desarrollado un trastorno de identidad disociativo y eres un peligro para la sociedad —dijo Liam.

—Solo para los enemigos de mi hija —repliqué.

—Pero tu hija está muerta.

—No dentro de mí.

En ese momento me quedé helada y un sudor frio me corrió por la frente. Estaba como mareada. Nada de lo que tenía alrededor parecía real. Me vi a mí misma el día del accidente con mi hija golpeándose el cráneo contra el techo del coche. Pero no era Laura la que no llevaba cinturón, ni sus huesos los que se golpeaban contra todo, mientras el vehículo daba trompos por el barranco, era mi madre Andrea quien lo hacía. Luego mi padre me ayudó a salir del coche, había sangre por todos lados y llamó a emergencias. El cuerpo de mi madre había quedado atrapado en el asiento trasero, aplastado por la carrocería, su brazo ensangrentado sobresalía por la ventanilla trasera entre los cristales rotos y apuntaba hacia el cielo como en una plegaria. La miré asustada. Sus ojos parecían sin vida, en medio de una apoplejía.

—¡No! ¡Mamá! ¡No te mueras! —grité.

Mi padre tiraba de mí para apartarme de ella. Luego llegaron los sanitarios que se vieron incapaces de sacarla de allí. El Lexus había quedado reducido a una bola de chatarra. Llegaron los bomberos

con las radiales para abrir un boquete en el techo del habitáculo para quitarla sin producirle más fracturas de las que ya tenía. Cuando lo consiguieron, la tumbaron en una camilla articulada y la subieron a la cima del barranco. Yo lloraba desconsolada al borde de la calzada. Sus heridas eran tan graves que nada pudieron hacer para salvarle la vida. Andrea murió en el trayecto antes de llegar al hospital o quizás ya estaba muerta cuando la sacaron del coche.

—Fue por tu culpa. Se quitó el cinturón para ver el paisaje que le señalabas mientras conducías —le dije a mi padre.

—No hija. Solo fue un accidente.

—¡Un accidente que no tendría lugar, si no apartases la vista de la maldita carretera! —grité.

—Eso es verdad. Fue solo un despiste. Lo siento ya nada podemos hacer por ella.

De repente me encontraba junto a un hombre alto y atractivo en el cementerio. No sabía cómo había llegado hasta allí. Estábamos junto a la tumba de mi madre. O eso yo creía. Luego llegó otra persona, se trataba de una chica joven que vestía una cazadora de color verde. Llevaba una arma oculta bajo ella. Me miraba de una manera extraña. Entendía que iban a detenerme pero no sabía que había hecho. El hombre alto también parecía policía. Entonces recordé que había matado a tres personas con la ballesta. A mi padre y a su cuidadora por engañar a mi madre y a Nelly por engañar a Marcos con mi padre. Los tres merecían la muerte.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre alto.

—¿Quién eres? —pregunté asustada.

—Soy el agente Liam, no te acuerdas de mí y esta es mi jefa la agente Jane Barret —contestó.

—No os conozco de nada —dije apartándome de ellos.

—Es normal es la amnesia —comentó Liam.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Jane.

—Laura Herrera y yo disparé contra mi padre por pederasta —dije.

—Está bien Laura. No pasa nada se lo merecía —dijo Jane.

—Usted nunca ha matado a nadie —dije.

—Yo también he matado gente como tú y no siempre ha sido en un acto de servicio. Una vez me salté la ley y lo hice solo por venganza.

—¿A quién mató? —pregunté.

—Al hijo de alguien muy importante. Esto nunca se lo he contado a nadie, así que a partir de ahora es nuestro secreto —respondió Jane.

—Sé que lo que he hecho no ha estado bien, pero no quiero ir a la cárcel —dije llorando—. Solo tengo trece años.

—Ya, pero nosotros somos policías y nuestro trabajo consiste en entregarte a las autoridades para pasar tu caso a disposición judicial —explicó Jane.

—¿Me vas a detener? —pregunté.

—Ya estás detenida. ¿Cómo es que no lleva esposas? —preguntó Jane dirigiéndose a Liam.

El agente alto le señaló la pala con la que acababa de desenterrar el cuerpo de mi madre. Eso creo. Mis recuerdos son confusos. A veces mi mente se nubla y percibo el mundo de una manera extraña como irreal. Agarré la pala que estaba a mis pies con la dos manos y golpeé con fuerza la cabeza de la chica que estaba solo a un metro de mí y distraída esperando las explicaciones de su compañero, que se quedó perplejo por mi reacción. No se la esperaba. Se agachó para auxiliar a su compañera y aproveché para golpearlo a él también, dejando a los dos inconscientes sobre la tumba de mi madre.

Les quité las armas y las guardé en los bolsillos de mi sudadera. También me llevé la grabadora con mi confesión de los crímenes. Esa parte no la recordaba en ese momento. Por algo la cara del agente Liam me resultaba conocida. Me acerqué al Ford Taurus que la policía estatal le había asignado a Liam. Había dejado las llaves puestas. Aunque yo no tenía carnet y no recordaba haber conducido en mi vida. Me subí al coche y puse el motor en marcha con una facilidad pasmosa que me sorprendió. El auto no cesó de pitar hasta que me puse el cinturón de seguridad. Cogí la carretera de la costa y me salí por un ramal al llegar a la desembocadura del río Klamath. Estaba asustada y muy sola. Después de conducir un rato por una

carretera comarcal, tomé un desvío a la izquierda por una pista forestal y me interné con el coche en un bosque de secuoyas gigantes. A esas horas los agentes que agredí, probablemente, ya habrían recuperado el conocimiento y me estarían buscando por todas partes. A la derecha había una fuente y paré para beber un poco de agua.

Una vez saciada mi sed, vi a mi derecha a un par de ciervos que salieron disparados corriendo al percatarse de mi presencia. Abrí el maletero y allí estaban en una bolsa de plástico con cierre hermético: la ballesta y las flechas con las que había matado a mi padre. Agarré la pala con la que había golpeado a los agentes para hacer un hoyo y enterré allí las pruebas. Sin el arma del crimen, no podrían acusarme de nada.

Monté de nuevo en el coche convencida de que nadie encontraría nunca la ballesta y las flechas en un lugar tan frondoso después de enterrarlas. Puse el motor en marcha y continué avanzando por la pista forestal. Me dolían los brazos por el esfuerzo. Ascendí por la ladera de la montaña, aferrándome al volante como a un salvavidas.

Unos minutos antes a unos kilómetros de allí, el agente Liam se recuperaba de la conmoción producida por el golpe y llamaba a una ambulancia. Al llegar con la camilla los enfermeros, la agente Jane terminaba de recuperar el conocimiento. Los dos decidieron seguir el consejo de los médicos y someterse a un examen para evaluar las consecuencias de sus contusiones. Pasarían la noche en observación en el hospital y les darían el alta por la mañana. Eso me daba algo de ventaja sobre ellos.

Sin el arma del crimen, poco tenían contra mí. Solo unas cuantas conjeturas y la grabación en la que se me veía recoger el paquete de Amazon. Más tarde supe que llevaba la capucha puesta cuando entré en la cabina de recogida, por lo que no se me distinguía bien el rostro. Jane solo me había identificado por la sudadera, debía deshacerme de ella cuanto antes. Aunque de momento hacía frio y no tenía otra cosa que ponerme.

Entonces me acordé de la grabadora que le sustraje de la chaqueta al agente Liam. También debía deshacerme de ella. Detuve el coche cerca de un arroyo y la arrojé al agua, después de romperla

en pedazos con un guijarro. La corriente la arrastró colina abajo hasta desaparecer y con ella se perdía también mi testimonio sobre los tres asesinatos. No me acordaba exactamente lo que le había contado al agente Liam.

Pensé que a esas alturas, los agentes ya habrían emitido una orden de búsqueda por todo el estado de mi persona. Debía cambiar mi aspecto y tratar de salir del país, antes de que me encontraran y me encerraran en un reformatorio. Ahora no tenía nada para demostrar mi implicación en los asesinatos, pero ellos sabían a ciencia cierta que había sido yo quien los había matado.

Capítulo 31

En ocasiones no lograba quitarme de la mente la imagen de la verga de mi padre entrando violentamente en la boca de Nelly hasta casi ahogarla. Ni los azotes que le propinaba a ella en el trasero mientras lo hacían por detrás como los perros. Esa violencia que a mí me parecía repulsiva a Nelly le resultaba graciosa, y no se cortaba a la hora de sonreír a la cámara, burlándose de mí.

Es tú padre y me lo estoy follando.
Mira cómo le gusta.

Me lo decía con esa mirada de loba enfurruñada que tenía siempre. Ella me odiaba porque en el fondo sabía que Marcos seguía enamorado de mí, por eso se acostó con mi padre para vengarse de ambos. No consiguió conquistar el corazón de Marcos por mi culpa y utilizó a mi padre para hacerme el mayor daño posible. Era mala persona, por eso la maté. No me arrepiento de ello y volvería a hacerlo: si vuelve a interponerse entre yo y alguien de mi familia.

No lograba quitarme de la cabeza la imagen de los dos fornicando. El asqueroso culo de mi padre en primer plano: empujando para entrar en ella, mientras Nelly se relamía y se reía. Se me escapa cómo sabía que yo había colocado una cámara en el techo de la habitación del bungaló. La muy cerda se regodeaba mirando al objetivo con ojos obscenos.

Una vez en clases delante de las compañeras de la banda, Nelly presumió de haber practicado sexo anal. «Vosotras no podéis saber lo que es porque nunca lo habéis probado». Nos contó que una vez lo pruebas: no quieres saber de otra cosa. Le gustaba por detrás, por eso decidí darle el gusto, metiéndole una flecha por el culo antes de morir. Luego hice lo mismo con él días más tarde. Era mi padre y debía de cuidarme en ausencia de mi madre, pero en vez de

guardarle luto a la pobre, se pasaba el día intentando follarse a sus alumnas menores de edad. El muy cabrón de los cojones. Mi madre murió por su culpa.

Eran las dos de la madrugada y no conseguía dormir. No sé si alguna vez habéis estado en el bosque por la noche, la penumbra lo invade todo y los árboles proyectan sus sombras más oscuras que nunca. Encendí el coche y continué ascendiendo por la montaña, camino de la cima del puerto en plena obscuridad, salvo la parte que iluminaba los haces de luz de los faros, no se veía nada. Al llegar a una majada, detuve el coche, cogí una de las pistolas de la guantera y la guardé en el bolsillo interior de la sudadera.

Salí del vehículo, usando la luz de la linterna del móvil de guía, avancé por un sendero entre el matorral con el corazón en un puño, siguiendo mi intuición en medio de tanta obscuridad. Los caballos rebuznaron al acercarme al establo y despertaron al dueño de la cabaña. Abey salió al exterior en pijama y con el rifle cargado, ignorando que era yo la que me acercaba a su casa. Fue el mejor alumno de mi madre en secundaria, por eso acudí a él. Encontrar su casa en medio de la oscuridad, no resultó tarea fácil, pero siempre he tenido muy buen sentido de la orientación y había estado allí antes con mi madre, pues ella le tenía mucho aprecio y siempre le echaba una mano cuando podía. Un indio solo viviendo en medio del bosque, era algo inusual en aquella zona.

—Soy yo. Laura. ¡No tengas miedo! —grité.

Al acercarme a él, bajó el arma y me miró con recelo. Necesitaba su ayuda para salir de aquel embrollo.

—Siento presentarme, así, de improvisto, pero necesito tu ayuda —dije.

Me miró como si estuviese loca y me mandó pasar al interior de la cabaña. Nos sentamos en la cocina en unas sillas de madera y me ofreció un café. Rehusé la oferta y empecé a contarle, sin obviar ningún tipo de detalle, todo lo ocurrido desde el accidente en que perdió la vida mi madre hasta ese momento.

—La policía me busca. Acabo de golpear a dos agentes con una pala en el cementerio en que enterraron a mi madre y he huido en

un coche patrulla al bosque —dije finalmente.

—Lo sé. Jane me lo contó todo desde el hospital. ¿Estás bien? ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Abey.

—Necesito deshacerme del coche patrulla, en el que he huido hasta aquí, de manera que la policía no lo encuentre —contesté.

—Hay un barranco unas millas más arriba, podemos lanzarlo por ahí, la policía nunca lo encontrará. Es un desfiladero tan profundo que el ser humano nunca lo ha profanado con su presencia. Es una especie de reserva natural de aves y está prohibida la espeleología —propuso Abey.

Me pareció buena idea. Abey me acompañó al borde del barranco y después de retirar el freno de mano, lo arrojamos por la quebrada. Luego regresamos en su camioneta a la cabaña. Yo estaba muy nerviosa y no quería implicar a Abey en mis problemas, pero necesitaba desesperadamente su ayuda. Esta vez, no entramos en la cabaña, y nos sentamos un rato en un banco de madera en el porche.

—¿De qué conoces a la agente Jane? —pregunté.

—Estamos liados, bueno o algo así, creo —contestó Abey.

—Que te ha dicho sobre mi caso.

—Me ha contado que sufres un trastorno de identidad disociativo y que has desarrollado diferentes personalidades, para evitar recordar experiencias traumáticas como las que me has contado. Es un mecanismo de defensa de tu psique que se da frente a una amenaza. Los sistemas de defensa son básicamente de dos tipos: uno orientado a la supervivencia y otro a la lucha. El primero evita los recuerdos traumáticos y desempeña las funciones de la vida diaria, pero el segundo está más centrado en las acciones defensivas. Esa escisión entre ambos mecanismos es la que ha provocado tu doble personalidad. Una parte de ti quiere que seas la de siempre pero la otra te mantiene constantemente alerta. Esta última está dominada por tu lado más emocional y actúa guiada más por los impulsos que por la razón. Eso te hace peligrosa e impredecible. Es la parte que te está dominando ahora, pero créeme, todo es mental y puedes superarlo con mi ayuda.

—Tengo miedo, no quiero terminar en un psiquiátrico, antes me volaría la tapa de los sesos —dije sacando el arma y apuntando a mi propia sien con ella.

—¡Tranquila! ¡No lo hagas! ¡El suicidio nunca es una buena opción! —exclamó Abey, asustado.

Entonces me quedé con la mirada vacía y la mente ausente, pero no aparté la pistola de la cabeza y estaba a punto de apretar el gatillo, cuando Abey sin quitarme el arma, desvió el cañón hacia el techo: la bala salió disparada contra una de las vigas, pasando a milímetros de mi cabeza. Me había librado por muy poco, apoyé el arma de nuevo sobre la mesa. De repente me había quedado en blanco y ya no sabía que estaba haciendo allí, con mi mejor alumno delante de mí y un arma en mi mano.

Abey me explicó lo que estaba ocurriendo, pues mis cambios de personalidad cada vez eran más recurrentes. Ahora volvía a ser Andrea, pero antes había estado a punto de volarme la tapa de los sesos. No recordaba para nada haber golpeado con la pala a los dos agentes, pero me alegraba que estuviesen bien. La agente Jane Barret había emitido una orden de búsqueda contra mí, pero Abey me dijo que les llevaría meses rastrear todo el bosque, de momento allí estaba segura.

—Así que mi otro yo, se ha deshecho de las pruebas y tu novia te ha dicho que solo soy una sospechosa más de los asesinatos, y que ya no tienen nada sólido contra mí —dije.

—Eso es. Jane quiere ayudarte, pero no sabe cómo —dijo Abey.

—Solo Liam puede hacerlo, su amor era lo único que me mantenía alejada del recuerdo de Laura, pero pesa más en su corazón, la lealtad a su país que lo que siente por mí —dije angustiada.

—Los dos son agentes federales e hicieron un juramento antes de conocernos —explicó Abey.

—Lo entiendo, pero si me encierran en la cárcel, prefiero no volver a verlo —dije—. No quiero que me vea con uniforme de presidiaria, prefiero que el último recuerdo que tenga de mí sea con ropa de civil.

—Lo primero que debes hacer es entregarme el arma. Antes de que vuelvas a transformarte y puedas hacerte daño —apuntó Abey.

—No lo haré, de momento me siento más segura con ella en las manos —dije.

—Por segundos no te vuelas la tapa de los sesos delante de mí —insistió Abey.

—No me acuerdo de nada de eso, pero no pienso entregarte el arma.

—Como quieras, pero sigue siendo Andrea, por favor, no vuelvas a convertirte en Laura, ni siquiera se te ocurra pensar por un segundo en lo ocurrido con tu hija o tu parte emocional volverá a tomar el control de tu conciencia.

—Algún consejo para evitarlo.

—Sí. Lo tuyo todo es mental. Llamaré a Jane y le contaré que acaba de fallecer mi tía carnal que vive con los cucapá en la Baja California y que debo acudir a su funeral. Viajarás hasta la reserva oculta por una manta en la trasera de mi camioneta, una vez crucemos la frontera estarás fuera de peligro. Los federales no tienen jurisdicción en México. Aunque no tienes rasgos indios, eres muy morena, pasarás tranquilamente por uno de los nuestros —dijo Abey.

—¡Genial! Víctor siempre dijo que yo y Laura parecíamos medio indias por el color de nuestra piel. No te da reparo mentir a tu novia por mí.

—Eso no debe preocuparte, déjalo en mis manos. Está claro que mi tía goza de una perfecta salud, le gustará conocerte, es magnífica ya lo verás. Los cucapá tienen un hechicero que separará a tu hija de ti y te curará de tu enfermedad. Ahora solo debemos evitar que te transformes en ella durante el viaje. Sé que estás suscripta a Spotify, por lo que me has contado tienes una lista de baladas de Phil Collins que ponías cada vez que hacías el amor con Liam, pues la pondrás durante todo el viaje para que no dejes de pensar en él. Una vez lleguemos te conseguiré una identidad nueva y el gran chamán extraerá todo el veneno de tu mente, volverás a ser la Andrea de antes. Todavía eres joven y puedes tener más hijos. Aunque te recomiendo dada tu enfermedad mental, que mientras no

estés curada, me entregues esa pistola, pues puedes cometer cualquier locura con ella.

—Si te entrego el arma, me entregarás a los federales.

—No lo haré. Pude dispararte con el rifle cuando llegaste y no lo hice.

—¿Por qué? Sabías por Jane que iba armada.

—No soy un asesino.

—En cambio yo sí, he matado a tres personas.

—Tú no lo has hecho, ha sido tu otro yo. El que no has sabido controlar con tu mente.

—Eso es cierto, yo no me acuerdo de haber matado a nadie, hasta que Liam me lo contó todo, pensé que el asesino de la ballesta era otra persona.

—¿No entiendo por qué quieres ayudarme?

—Simplemente porque eres mi profesora favorita. El arma por favor —suplicó Abey.

Le entregué la pistola a mi mejor alumno de secundaria y puse mi vida en sus manos. Abey me dio una manta y me tumbé en la caja de carga de la pickup, cubriéndome con ella. Antes de salir cogió un saco que llenó con ropa y víveres, y lo colocó tapando mi cuerpo. Así pasamos el cerco policial, Jane les había dado órdenes directas a los agentes de dejarlo pasar sin registrar el vehículo. Ajena a ello, permanecí escuchando con los cascos la música de Phil Collins todo el trayecto.

Más de quince horas más tarde entramos en México por la frontera de Tijuana. Una vez en el país vecino, Abey me quitó la manta y me mandó sentar en la parte delantera de la camioneta. Los dos teníamos ojeras y aún nos quedaba un largo trayecto por delante hasta la reserva. Estaba agotada de escuchar las mismas canciones, una y otra vez, pero gracias a ellas logré mantener la cordura.

Abey me dijo que lo estaba haciendo muy bien dadas las circunstancias. Me agradecía que le hubiese ayudado tanto en el pasado a integrarse en el colegio con sus compañeros, sin tener en cuenta su procedencia étnica, haciéndolo sentir uno más en la clase. Me confesó que durante su estancia en el centro siempre estuvo un

poco enamorado de mí. Era un amor infantil, sin ningún tipo de maldad. Eso me hizo ruborizarme, Abey siempre había sido mi alumno preferido.

Le di las gracias por su ayuda, pues sin él, estaba perdida. Entonces Abey me recomendó que si quería mantener la cabeza en su sitio, necesitaba que mi lado emocional estuviese ocupado pensando en cosas intensas que no tuviesen nada que ver con mi hija. Por eso cuando me enrollé con Liam, no pensé nada en ella.

—Jane sabe algo de que me estás ayudando —dije.

—Eso no puedo contártelo. Digamos que existe la posibilidad de que haya mirado para otro lado. De todas maneras nunca podrás regresar a los Estados Unidos, con tu huida, te has convertido en la máxima sospechosa de un triple homicidio —explicó Abey.

—Está bien. Podré ganarme la vida dando clases de inglés a los niños en la reserva —dije.

—La mayoría hablan kuapa, una lengua indígena que los cucapá llevan utilizando desde generaciones. Seguro que estarás muy ocupada, instruyéndolos, les vendrá bien aprender inglés. Eso ayudará a las nuevas generaciones a integrarse en la sociedad moderna, como hiciste conmigo —explicó Abey.

—Me alegraré de ser útil, y puede que alguno logre matricularse en la universidad y sacar adelante una carrera como sucedió contigo.

Capítulo 32

Unos días más tarde

Por muchos embrujos y ritos que me practicó, el chamán no logró arrancar el espíritu de Laura de mi interior. Primero invocó a las fuerzas del inframundo, luego extendió hojas de laurel por el suelo para alejar a las energías negativas, pero Laura estaba tan arraigada dentro de mí, que el hombre reconoció que la única manera de separarnos podría acarrearme daños irreparables. El brujo entendía que Laura se había apoderado de parte de mi alma, puede que de una porción bastante considerable, pero el alma para él era algo indivisible, por lo que toda su magia fracasó.

Los chamanes creen que el creador forma parte de la naturaleza, por lo que no se puede separar de ella, algo así pasaba conmigo y Laura. Así que la disociación continuó desarrollándose en mi interior. En el fondo pienso que el alma ni siquiera existe, por lo que me hubiese sido mejor ponerme en manos de un psiquiatra que de ese curandero. Uno que fuese bueno: nadie con ganas de prolongar mi agonía con tranquilizantes hasta el final de mis días. Ni engrosar su cuenta bancaria con sesiones interminables de terapia y recetando fármacos como un pistolero disparando contra una diana imaginaria.

Abey regresó junto a Jane para continuar con su trabajo de guía en el parque nacional de Redwood. Yo quedé al cuidado de su tía Anala que significa fuego. A mí me asignaron el nombre de Anaiska que significa especial. De esa manera pasé a formar parte de la tribu. Los cucapá me recibieron con los brazos abiertos y pronto me sentí como uno de ellos.

Me pasaba los días enseñando inglés a los más jóvenes y a otros no tanto. En ocasiones me transformaba en Laura y me ponía a jugar con otros adolescentes. Hasta que ocurrió algo que lo cambió todo. Empecé a notar unas extrañas alteraciones en mi organismo.

Me encontraba fatigada con náuseas e iba muchas veces a orinar al baño. Entonces caí en la cuenta de que no recordaba la última vez que me vino la menstruación. Una nueva vida estaba creciendo dentro de mí. Al principio no sabía a ciencia cierta: si el feto era de Liam o de Víctor. Desde la muerte de Laura hacía más de tres meses, no había vuelto a tener relaciones con mi ex, por lo que era imposible que fuese de Víctor, pues estaba de pocas semanas, eso me tranquilizó bastante.

Aunque Víctor ya me había dado a Laura. Fue tomar conciencia de que estaba engendrando una nueva vida en mi interior y todo se precipitó. No volví a tener cambios de personalidad, era como si aquel embarazo hubiese absorbido la parte de Laura. Todo lo que los ritos chamánicos, no consiguieron invocando a las fuerzas sobrenaturales, ni la medicación había logrado sanar, lo consiguió el hecho de traer una nueva vida al mundo. Era como si la placenta hubiese logrado atrapar todos los recuerdos de mi hija muerta en su bolsa.

Mis pechos se estaban hinchando y mi vientre creciendo, entonces comprendí lo que estaba sucediendo: la lactancia me estaba protegiendo del dolor originado por los traumas del pasado. Claro, que recordaba el accidente, pero de pronto ya no sentía dolor, ni la necesidad de transformarme en mi hija muerta. Era como si hubiese abandonado mi cuerpo y lo viese todo desde una perspectiva más astral. A lo mejor los ritos del chamán, sí que me habían hecho efecto. Para mí era como si Laura ya no estuviese muerta y su espíritu estuviese creciendo de nuevo en mi interior, como una prolongación de mí misma. Me había quedado embarazada de mi propia hija. Era un milagro pero había sucedido.

Una tarde estaba sentada al borde del río con los pies metidos en el agua, cuando escuché unos pasos a mi espalda. Esa manera de caminar me resultaba familiar, atrevida y desconcertante, como era él. Sus pasos eran torpes y al mismo tiempo decididos. Eran inimitables. Lo reconocí al momento por su sonido.

—¿Cómo has tardado tanto? —pregunté.

—Ha sido complicado, antes de venir he tenido que arreglar unos cuantos asuntos que tenía pendientes —respondió.

—Ven, siéntate a mi lado y cuéntamelo todo.

Liam me contó que después de salir del hospital, Jane recibió una llamada desde el orfanato de Harrington de la dirección del centro, informándola de que Tessa quería hablar con ella. La fue a buscar a la institución y la invitó a comer en un restaurante de las afueras. Tessa sabía que Jane también era huérfana y por eso había una cierta complicidad entre ambas. Era como una especie de vínculo que ellas no percibían pero que estaba allí, oculto en algún lugar de su subconsciente.

Jane pidió unas almejas de primero y una hamburguesa de segundo. Tessa callos y unos tacos mexicanos. Al principio Tessa se mostró muy hermética con la agente. Entonces Jane saltándose la ley, pues se trataba de una menor, pidió una botella de vino y le sirvió un poco diciéndole:

—¡Vamos bebe! Las dos hemos pasado por mucho y la vida es breve. Vamos a emborracharnos. No pasa nada. Un día es un día.

Tessa la miró con extrañeza, aunque había pedido una Coca-Cola, se animó a probar un sorbo de vino. Al principio el caldo le supo raro, pero luego se sirvió más y empezó a cogerle el gusto al jugo de uva, según se le iba subiendo a la cabeza. Jane sonreía mientras la observaba embriagarse. Entonces la agente con un bolígrafo azul escribió sobre el mantel de papel las palabras:

In vino veritas.

La adolescente que jamás había estudiado latín, la miró incrédula. Había escuchado palabras parecidas durante el sermón del cura, cuando acompañaba a su abuela a la iglesia parroquial. Su sonido le causaba respeto, era como si se tratase de un idioma alienígena proveniente de otro mundo. Jane le explicó su significado: En el vino está la verdad. Siglos atrás, el gran Seneca explicó que el vino lava nuestras inquietudes, enjuaga el alma hasta el fondo y asegura la curación de la tristeza. Eso significa que una persona bajo los efectos del alcohol tiene más probabilidades de decir la verdad y liberarse así de las cargas que la atormentan. El vino fue bueno para Tessa que empezó a desembucharlo todo.

Nelly le había contado un secreto días antes de ser asesinada que dejó a Tessa helada. Existían videos de Nelly vestida de india, masturbándose en redes de pedófilos, que habían sido grabados en una habitación de un hotel por el profesor Dave Mirren. Al muy cerdo del jefe de estudios le iban esas cosas. Mientras estuvo alojada en su casa, Tessa entró en el ordenador de su padrastro y consiguió las claves de acceso a las páginas porno. Eran de pago. El muy hipócrita tenía todas las contraseñas anotadas en una agenda negra que Tessa le entregó a la agente federal durante la comida.

Eso explicaba porque Dave se esforzó tanto en proteger a su colega Víctor de las acusaciones de abuso sexual sobre Tessa. Los dos docentes eran socios y dirigían una red de pornografía infantil. Dave les pagaba dinero a las menores para que posasen desnudas y se masturbasen delante de la cámara. Luego intentaba convencerlas de mantener relaciones sexuales con él. Nelly le había confesado a Tessa, que se había acostado por dinero con Dave en varias ocasiones.

Aquella confesión de Nelly lo cambió todo. Tessa empezó a sospechar de su padrastro y localizó donde guardaba las cintas con las grabaciones. Cuando registraron la casa los federales no las encontraron porque estaban ocultas en un falso tabique que Tessa descubrió dentro del armario de la habitación matrimonial de los Mirren. Ni siquiera su esposa Rebeca sabía de su existencia, a pesar de que a diario, allí, colgaba de las perchas sus vestidos, pantalones y faldas. Estaba muy bien disimulado.

—¿Cómo diste con el tabique? —preguntó Jane.

—Rastreando el fondo del armario con cuidado. Sabía que las cintas tenían que estar en algún lado. Me costó encontrarlo. A veces los mejores escondites están delante de nuestras narices —contestó Tessa.

—¿Todavía siguen allí? —preguntó Jane.

—Sí, decidí no tocar nada. Era mi padre adoptivo, por lo que tenía miedo de sus represalias, si descubría que yo sabía dónde ocultaba las grabaciones me mataría —contestó Tessa.

—Alguna vez se insinuó contigo.

—Nunca. Si lo hacía podía poner en peligro su secreto y descubrirse todo. En casa pretendía dar la imagen de hombre de familia y honrado. Esa era su tapadera ante el mundo. Tampoco sabía nada de que Nelly me lo había contado todo. Sin embargo sospechaba que la joven podía irse de la lengua con cualquiera. Así que tenía un motivo más que suficiente para matarla.

—¿Has visto algo parecido a una ballesta en su casa? —preguntó Jane.

—Una no, todo un arsenal, lo tiene escondido en la bodega, oculto tras el botellero de ladrillo donde guarda los vinos, por eso tampoco lo encontrasteis al registrar la vivienda —contestó Tessa.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Jane.

—Un día que bajé a la bodega, descubrí una bisagra oculta tras una botella de ribeiro, tiré del botellero y las vi allí, una docena de ballestas de distintos tipos colocadas en diferentes posiciones, al lado había flechas con dibujos indios. Al muy colgado le va todo lo aborigen —contestó Tessa.

—¿Cómo no me lo contaste antes? —preguntó Jane.

—Ni pensaba hacerlo si no llegan a quitarle mi custodia los servicios sociales. Era mi padre adoptivo y conmigo se portaba bien, cuando le quitaron mi custodia, pensé que era el momento de delatarlo —contestó Tessa.

—Lo entiendo, supongo que estabas muy cómoda viviendo en un chalet al lado de la playa.

Tessa no dijo nada ante aquel comentario. Jane lo entendía, para ella era mejor vivir con un degenerado que la trataba bien, que terminar en un orfanato, no podía culparla por ello. Tessa era hija de un padre borracho y una madre drogadicta, poco daño podía hacerle un pedófilo que solo se propasaba con chicas que no pertenecían a su entorno familiar. Dave nunca correría el riesgo de abusar de su propia hija adoptiva, por miedo a que su esposa descubriese sus vicios más ocultos.

Jane le dio las gracias a Tessa por la información y la llevó de vuelta al orfanato. Por la tarde, buscó las huellas de los neumáticos del coche patrulla que yo le robé a Liam en el cementerio y siguiendo su rastro por el parque, localizó la fuente donde enterré la

ballesta con las flechas. Las desenterró y lo guardó todo en una bolsa de pruebas. Lo más curioso del caso es que cuando el juez emitió una nueva orden de registro de la propiedad de los Mirren, al retirar el botellero de la pared de la bodega, la ballesta que yo tenía encajaba perfectamente en el único hueco libre que había en medio de todo aquel arsenal.

—Entonces yo no hice nada. No maté a Nelly, ni a Víctor y Delia —dije sorprendida, interrumpiendo el relato de Liam.

—Es imposible que alguien sin nunca haber disparado antes una ballesta, lo hiciese con semejante precisión, sufriendo un trastorno tan grave como lo es el de identidad disociativo, por mucho entrenamiento al que se sometiese, aprender a disparar un arma de ese calibre con semejante precisión requiere años de práctica. Dave sabía de tu enfermedad por tu marido, por eso aprovechó la cobertura para tratar de endosarte a ti los crímenes.

»Entonces le pagó a una mujer de edad y complexión parecida a la tuya y la vistió con una sudadera idéntica a la de Laura para que fuese a recoger un pedido de una de las armas para completar su arsenal, le dio instrucciones a la mujer para que ocultase su rostro con la capucha, así nosotros al revisar las cámaras pensaríamos que eras tú. Al principio eso creí, al escuchar la declaración de tu otro yo, pero a Jane seguía sin encajarle esa historia.

»Luego, Dave consciente de que tenías amnesia, antes de asesinar a Nelly, Delia y Víctor, dejó la ballesta en algún lugar donde pudieses encontrarla, cerca de la casa del acantilado, y tu imaginación hizo el resto.

»Dave sabía que Laura odiaba a Nelly por salir con Marcos y que tú odiabas a tu ex, por acostarse tan pronto con otra, cuando apenas acababais de firmar los papeles del divorcio. Ese tipo de cosas siempre duelen, sobre todo si la ruptura está reciente. Eras la sospechosa ideal. Así que, al implicarte a ti en los crímenes, mató dos pájaros de un tiro. Por una parte se deshizo de Nelly y Víctor por miedo a que se fuesen de la lengua durante la investigación y su tapadera saltase por los aires, por otra consiguió que tú disociación te llevase a creer que había sido tu otro yo el que había enviado al otro barrio a las víctimas, de esa manera tras tu confesión, él

quedaba libre de cargos. Lo preparó todo para que nosotros pensáramos que había sido tú la que cometió los tres asesinatos.

»También sabía que la policía estaba investigando a Víctor por presuntos abusos sexuales a dos menores, por lo que decidió matarlo para que no pudiesen relacionarlo a él, como su socio en la red de porno infantil que ambos regentaban. Si Víctor hablaba, Dave estaba perdido. Por eso, a pesar de ser su mejor amigo, lo mató.

»Entre las pruebas sustraídas de su casa, encontramos muchas grabaciones de chicas adolescentes masturbándose para el deleite de los pederastas. No solo del Pacific View Charter Scholl sino también de otros colegios. Dave Mirren acaba de ser detenido y pronto será juzgado por sus crímenes. Él sigue culpándote a ti de todo, pero después de lo que hayamos en su casa, no tiene escapatoria. Además hemos encontrado huellas de Nelly en una lancha de su propiedad en el embarcadero de la ciudad. Fue la que utilizó para arrojarla al mar envuelta en una maraña de redes con una boya.

»Encontramos también durante el registro la cámara que instaló en el bungaló para grabar las escenas de sexo entre Víctor y sus alumnas. Supongo que su socio le había contado lo de sus perfiles falsos en la red y como pensaba acometer sus planes para abusar de las chicas. Una vez que Dave se enteró de sus planes, decidió instalar la cámara a sus espaldas, por si un día necesitaba esas imágenes como un seguro para utilizarlo contra él. Una vez lo mató con la ballesta, se le ocurrió dejar las grabaciones en un chip, prendidas a su pene con cinta americana. Él sabía que Víctor os había enseñado a ti y a Laura a hackear un ordenador, por eso antes de acometer el delito, te vigiló y esperó a que te encontrases a solas cuando tu PAE (parte aparente emocional) se encontraba activada y estabas practicando con la ballesta que te proporcionó creyendo que eras Laura para acercarse a ti y contarte sus planes que tú asimilaste como los tuyos, haciéndote creer que tu eras la autora real de los asesinatos. Ignoramos cuantas veces hizo lo mismo para manipular tus recuerdos y así acabases instaurando un relato ficticio de lo ocurrido en tu memoria.

»Es increíble ese cabrón se acercaba a ti, cuando tu alter ego de Laura te poseía, para contarte lo que debías hacer para matarlos a todos. Aunque consciente de tu mala puntería con la ballesta, decidió hacerlo él mismo. Por eso tú me contaste que acertabas siempre con el blanco en tus prácticas de tiro, era él quién dirigía tu brazo hacia la diana. No sabemos que parte de tus recuerdos siendo Laura eran parte de tu psique y cuales fueron inducidos por Dave, pero estamos seguros de que no tienes ni idea de disparar con una ballesta. Hemos encontrado flechas desperdigadas por toda la costa cerca de la casa del acantilado. El farero nos dijo que una vez te vio tirar a un blanco situado en una roca y que no acertaste ni un lanzamiento —explicó Liam.

—Tanto mi hija como yo estábamos muy familiarizadas con Dave y su esposa. Incluso habíamos ido de vacaciones varias veces juntos. El aprovechó esa confianza para acercarse a mí y tratar de endosarme los asesinatos. Sabía que en cuanto me detuviesen por ellos, volvería a recuperar el cargo de líder de su partido y podría presentarse de nuevo a las próximas elecciones a la alcaldía de la ciudad. Su inocencia sería un trampolín para ganar las elecciones. Saldría ante la prensa, desaprobando el comportamiento de su colega Víctor con las menores y jurando que de haberlo sabido nunca lo hubiese protegido. La gente lo creería y le perdonaría —expliqué.

—Era un plan perfecto, salvo por de los ternos envenenados. Encontramos frascos con curare ocultos en la bodega con las ballestas. Eso unido a sus huellas en la lancha y a las cintas encontradas en su casa, terminó haciendo saltar por los aires su coartada. Por lo tanto, eso demuestra que tú eres inocente de todos los cargos.

—Vaya menos mal, me alegro de no haber matado a nadie —dije.

—El trastorno te nublaba mucho la mente, no acertarías con un burro aunque lo tuvieses a tres pasos. Hemos estudiado los crímenes cometidos por personas que padecen este tipo de trastornos y actúan siempre de una manera impulsiva, sin planificación previa y producto de una especie de locura transitoria, por eso este caso no nos encajaba con ese tipo de perfil. Puede que

Dave lograse engañarte a ti, pero se equivocó a la hora de subestimar nuestros conocimientos sobre el tema, por eso Jane permitió que abandonases el país con ayuda de Abey, para que te llevase a un lugar seguro, mientras nosotros resolvíamos el caso —expresó Liam.

—Entonces soy inocente y ahora que acaba de comenzar el curso, ya puedo regresar a mi país para continuar dando clases

—De momento todavía estás de baja, por el trauma que te causó el fallecimiento de tu hija, por lo que no te apures. Cuando te den el alta, cogerás las vacaciones que tienes pendientes, y haremos un viaje para relajarnos. Después de tanto sufrimiento, te vendrá bien un poco de discernimiento —dijo Liam.

—No es mala idea. Me alegro de que hayas venido.

—Y yo de estar aquí, te echaba de menos.

—Sabes que estoy embarazada —dije.

—Eso sí que es una locura, estás de broma. No se nota nada —dijo Liam.

—Es que todavía estoy de pocas semanas —dije acariciándome la tripa.

—Eso nos pasa por no usar condón.

—¿Te apetece tenerlo? —pregunté.

—Eso es decisión tuya, pero si decides tenerlo, a mí me gustaría formar parte de ello.

—Es cierto es una locura, pero que curó otra locura.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Liam.

—Desde que sé que estoy en cinta, he dejado de transformarme en mi hija muerta, es como si Laura de alguna manera, también formase parte de este milagro —contesté.

—Porque lo que está sucediendo dentro de tu cuerpo es tan intenso que ocupa todo tu espacio mental, por eso has aparcado a un lado tus traumas y ya no te causan tanta angustia como antes. De todas maneras te llevaré a un especialista, que no te recetará ninguna medicación que pueda interrumpir tu embarazo, y te ayudará a enterrar para siempre en tu psique el tema de tu disociación. Se trata de un psicólogo muy bueno. Los psicólogos no recetan, curan desde la mente.

—Está bien. Si tú dices que es bueno. Iré encantada. Al fin y al cabo eres el padre de nuestro hija —dije sonriendo.

—¿Cómo sabes que es una niña? —preguntó Liam.

—No lo sé. Lo siento aquí dentro —respondí.

—Ya, pero necesitaremos una ecografía para confirmar el sexo del bebé, aunque tal vez todavía es muy pronto para ello. Sea niña o niño, lo querremos con toda nuestra alma —dijo Liam besándome en la boca.

UNA NOTA DE JAVIER

En primer lugar, quiero darte las gracias por leer *Puedes ir más abajo*. Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejases una valoración: (suficiente con marcar las estrellas de puntuación al final del Ebook) o una reseña. No hace falta que sea larga, basta con dos líneas, pero para mí significa mucho y sirve para que nuevos lectores vayan descubriendo paulatinamente mi obra. Además, ayuda mucho con la promoción.

Sí no has leído las demas novelas de la serie Agente Barret te animo a hacerlo. En la siguientes páginas te dejo una breve información de los títulos y también del resto de mi obra. El orden de lectura al ser como piezas de un puzle puedes escogerlo libremente. Todas las novelas son bastante diferentes y solo mantienen algunos nexos de unión. Otra buena opción es leerlas respetando el año de publicación. Entonces empezaríamos por *La guardiana del bosque, Secretos del silencio y Niña de Fuego.*

En Twitter (@jMontesEscritor); en Instagram (Javier_montes777) o en mi página de Facebook o en mi página de autor: www.javiermontes.com; puedes escribirme. En la web encontrarás un enlace al boktrailer de *La tumba de Amaia*. Gracias de nuevo por acompañarme en esta maravillosa aventura y estaremos en contacto. Un gran abrazo.

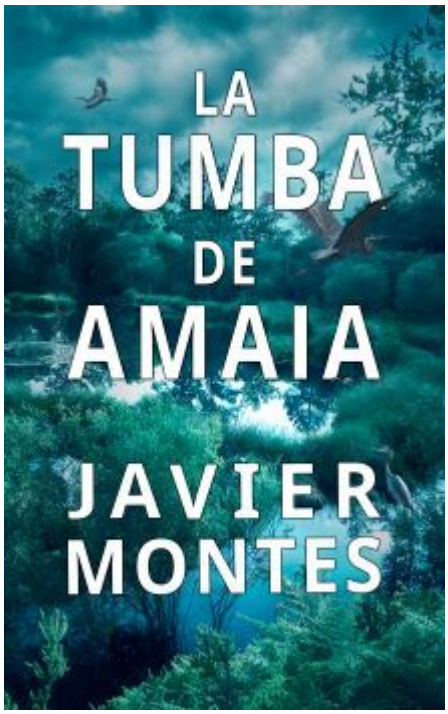
JAVIER MONTES

SERIE JANE BARRET Y OTRAS OBRAS DEL AUTOR

LA TUMBA DE AMAIA.

Un día Amaia abandonó el instituto y nadie volvió a verla.

Hace doce años que su hermana Ariadna la está buscando.

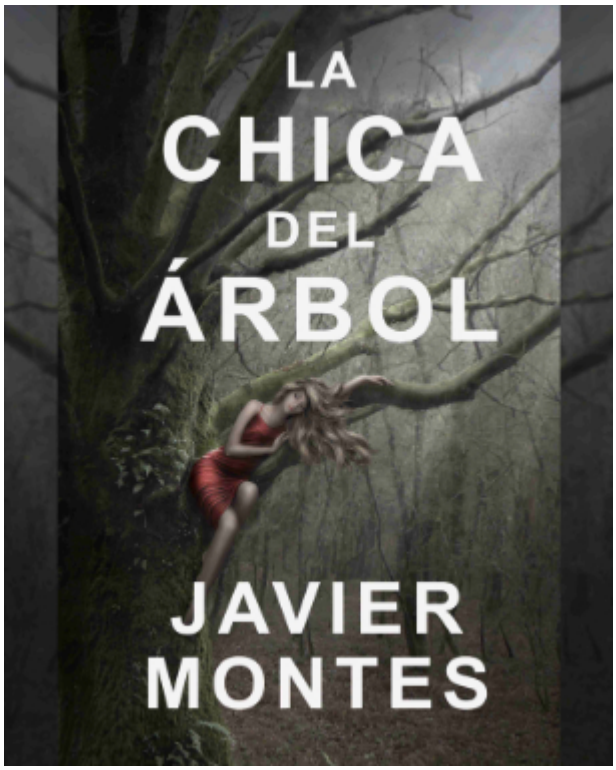


LA CHICA DEL ÁRBOL.

Un cuerpo se balancea en lo alto.

Brotes verdes sobresalen por su boca.

Una historia que te dejará sin aliento.



LA GUARDIANA DEL BOSQUE.

Además de ser una intuitiva investigadora, Jane Barret es una empedernida activista ecológica; una brillante hacker y, una experimentada escaladora; ella tiene el extraño don —bien a través de visiones o sueños— de comunicarse con los muertos. Ello la hace diferente al resto de los agentes.



SECRETOS DEL SILENCIO



NIÑA DE FUEGO.

Simone no es una niña normal.

Ella tiene algo que los demás no tienen.



LA BALADA DEL ÁNGEL NEGRO.



MIS NOVELAS DE NARRATIVA DE ÉPOCA. www. javiermontes.com



www. javiermontes.com